DIÁLOGOS

Y

MONÓLOGOS

Angel Estraday (14)

Editores

caballar y bondede amy Segundo Leniro en of major afects De ef chen 16 M wy OMEDIAS INFANTIL EN PROSA Y VERSO

Es propiedad de los Editores, quienes la ponen bajo el amparo de la ley N.º 7092.

21.174

DIÁLOGOS,

MONÓLOGOS

Y

COMEDIAS INFANTILES

EN PROSA Y VERSO

COLECCIONADOS

POR

JOSÉ MARÍA AUBÍN

PROFESOR NORMAL

CUARTA EDICIÓN



BUENOS AIRES

ANGEL ESTRADA Y CÍA. — EDITORES

466 — CALLE BOLÍVAR — 466

1357,95

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS POR LA CASA

Diálogos ·	y Monólogos.	
Ejercicios	sobre los programas de tercer grad	lo.
Ejercicios	Graduados.	
Nociones	de Geografía, para 4.º grado.	

» » » 5.° »
» » 6.° »

Historia General, para 3.er grado

Historia Nacional, para 3.er grado

Lecturas sobre Historia Nacional. Lecturas Geográficas e Históricas. Vocabulario Infantil.

La Composición y el Estilo.

Anecdotario Argentino. Mármol y Bronce.

Cuentos de la Abuelita.

Cosas de Niños.

Sentimiento.

Destino.

Vida Diáfana.

Historias y Cosas Viejas, contadas por un Viejecito.

INDICE

PRIMERA PARTE

PROSA

		9
Monólogo de una veleta	Vicente Colorado	1
Las tres hijas del cielo	Luisa O. Ombrino	5
Consejos a una niña	X	8
La consideración	Ernesto Legouve	10
El secreto del niño	Máximo	13
La leyenda del petirrojo	Mario Llerena y Sabajués	15
De las dos a las cinco, o tres horas		
de escuela	Juan Bautista Marin	17
La urna de oro	Ángela Grassi	20
El duende	Juan Tomás Salvany	27
La lluvia y los cristales	Alfonso Pérez Nieva	36
Las hojas secas	G. A. Bécquer	38
Yo quiero ser cómico	L. M. de Larra (Figaro)	44
Las tres potencias	Ramón Ramírez	53
Niño extraviado	Schmidt	55
Rumores de la marea (Lo que char-		
lan las olas)	Alfonso Pérez Nieva	57
La espada y la ciencia	Barrau	59
Los juegos y el estudio-Juego de		
la estatua	***	61
La escuela de aldea	X	65
El dedal perdido	A	70
El niño contento con su suerte	Barrau	72
La sentencia del abuelito	(Traducción de A. Correa)	76
El sauce y la huérfana		78

VIII ÍNDICE

	Página	a
No es sino una mosca	8:	I
La caridad	Emilia Mijares de Real 8:	4
Desde que se fué mamá	Matilde R. Ayerbe 8	7
La ridícula Mariana		3
Un mal consejo	María Trècourt 10	
El premio a la virtud	Alcimo II	I
Caridad	Alcimo II	8
Las decepciones de Juanita		4
Las dos gemelas	12	8
Lilf	Maximiliano M. Monje 13	6
El castigo de una falta	María Cecilia Roca 14	9
Entre ingleses y porteñas	José María Aubín 15	5
Inés y Marta	Francisco Pí y Arzuaga 18	I
La gratitud	Juan B. Enseñat 20	2
Ganarse la vida	Facinto Benavente 22	I
¡Viva la Patrial	José María Aubin 23	2
Solita; siempre solita!	José María Aubín 25	8
Los árboles simbólicos (el laurel, el		
ciprés, el olivo y el mirto o arra-	De la Revista de Instrucción	
yán)	Primaria, de La Plata z6	2
Los tres dones de la Buena Hada	José María Aubin 26	8
Las horas que se escapan del re-	Rosalía A. de Lamadrid y Dolo-	
loj	res Claveles Montero 28	2
SEGUND	A BARTE	
SEGGINE	AFARIE	
VER	RSO	
Pl		-
El egoísmo	Enrique Segovia Rocaberti 29	
Juzgar por las apariencias	Santiago Olmedo y Estrada 30	3
El arte de ser feliz	Fosé Hernández y González 32	
La herencia del emigrado	Fosé María Aubin 35	
Esperar haciendo bien	Francisco Pí y Arzuaga 37	
Una lección sin maestro	Teodoro Guerrero 38	7
Pensamientos nocturnos (el sereno		
en la calle y el anciano en su	The second of the second second	
alcoba)	Hebel 39.	
Las tres palabras de fe	Schiller	
Los desengaños del mundo	Diego Yugo Ramírez 39	
La Caridad y la Poesía	Carlos Guido y Spano 40	I

	Pa	gina
La patria del alma	G. C	403
El cuento de Margot	Juan de Dios Peza	409
La dicha es la muerte	Ramon de Campoamor	409
Alegoría (para una fiesta de Gerva-	Control of the second	
sio Méndez)	Martín Coronado	411
El corazón y la cabeza	Diego Yugo Ramírez	413
Dos hermanos	Pilar Pascual de Sanjuán	416
Himno de la mañana	Esther Tapia de Castellanos	419
El ateo y el creyente	Aurora Lista de Milbart	421
Últimas abjuraciones	Ramón de Campoamor	424
El banquillo,	Olegario V. Andrade	426
La limosna	Lázaro María Pérez	430
Idea y fuerza	Manuel de la Revilla	432
El desgraciado y su visión	Miguel Estévez Saguí	434
La flor y el arroyo	Rafael Blanco	437
Lucha de hermanos	Manuel de la Revilla	439
La Fe	J. de Dios de la Rada y Del-	
La Fe	gado	442
Las violetas	Pilar Pascual de Sanjuán	444
El niño ciego	F. L. A	448
La instrucción	Florentino Llorente	451
La mejor herencia	Rodolfo Menéndez	455
Colón	Francisco Pí y Arzuaga	458
Primavera florida	Julio Hoyos	473
A Rivadavia	Aurelio Berro	476
El beso maternnl	Alberto Plangini (hijo)	479
El tambor de San Martín	Victoriano E. Montes	481
La limosna espiritual	Elena X. X	484
Himno al árbol	José María Aubin	487
A la Primavera	J. S	488
Los dos leños	Josè A. Calcaño	492
¿Dónde está Dios?		494
El parentesco		496
Metamorfosis		499
El poeta y el soldado	Ricardo Gutiérrez	501
Andresillo,	Carlos Roxlo	506
La alondra	José Selgas	511
Canto al trabajo	José María Gabriel y Galán	514
A los árboles	Juan Zorrilla de San Martín	519

X ÍNDICE

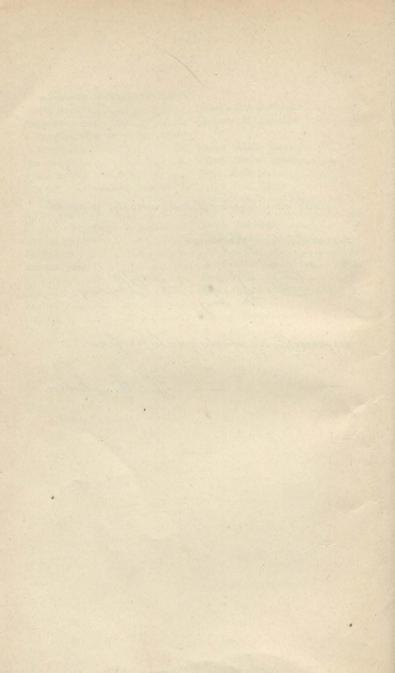
		'àgina
El saboyanito (traducido libremente del francés)	Martín García Merou	52I 528.
nario)	Juana María Casterá	531
Los títeres	César Medina Bocos	532
A los muertos por la Patria	José Maria Aubin	538
Los niños (al doctor Manuel T.	Charles of the state of the state of	
Podestá)	Leopoldo Díaz	539
A un gorrón	Vital Aza	542
El beso maternal	Josefa Massanés	546
Las tres sombras	Juan María Gutiérrez	548
Infancia		₹ 556
Mis gorriones	Aristides Calcaño	至559
Los juguetes de la abuela	Enrique Gil	564
Los reyes magos	Fran Antonio Cavestany	572
Los soldados,	Eusebio Blasco	579
Oración al pan	Guerra Junqueiro	585.

Al excelente educacionista y escritor didáctico, profesor

D. Jorge A. Boero

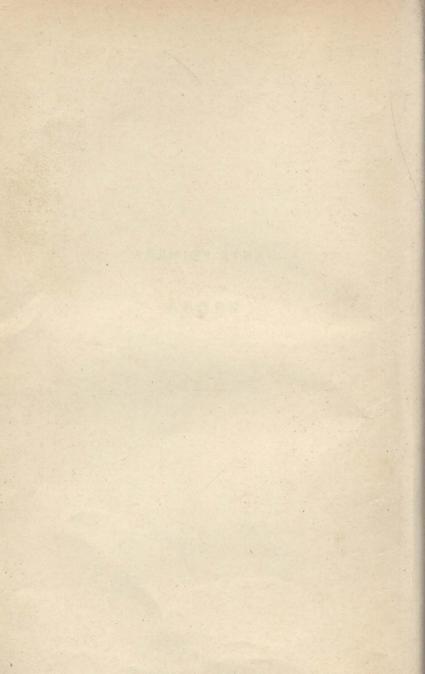
en prueba de afecto que le profesa

J. M. Aubin.



PARTE PRIMERA

PROSA





MONÓLOGO DE UNA VELETA

BIEN; yo era un pedazo de latón, un humilde pedazo de latón, del que un hombre vulgar hizo, con sus tijeras, una gentil saeta, símbolo del poder.

De la misma inmensa hoja de que salí yo saeta, salieron latas para conservas, jarros para el agua, tarteras, marmitas, pucheros, y... qué sé yo cuántos utensilios!

Después que me hubo perfilado a su gusto, mi hombre me dió la mano, me condujo tramo a tramo por una tortuosa escalera, llegamos a lo alto de una torrre, me enhebró en una larga varita de hierro y me elevó hasta los cielos.

Al verme en tales regiones, perdi la cabeza. Desde aquella altura todo me parecia pequeño: los hombres, los edificios, la ciudad, la misma tierra que, comparada con el dilatado horizonte, semejaba un grano de arena perdido en el firmamento.

Con gran satisfacción mía, observé que yo estaba sobre todo, que por encima de mí no había nada, teniendo a mis pies un pueblo, al cual dominaba desdeñosamente.

Esto despertó mi orgullo, y me hinchó de vanidad y de soberbia.

El viento y yo éramos amigos, intimos amigos, inseparables: siempre alegre y juguetón, trataba de buscarme las vueltas; pero cuando él venía por el Norte... rí... rí... volvía yo la espalda al Sur.

Si de allí a poco cambiaba de dirección, y, queriendo sorprenderme, soplaba por el Oeste, ri... ri... yo volvía al Este las espaldas, burlándome... de su torpeza, y... ri... ri... ri... riéndome de su despecho.

Un día amaneció nublado.

A la hora de tocar a misa, subió a la torre el monaguillo, y detrás de él, el sacristán.

- Hoy va a llover de firme - dijo este último.

—¿En qué lo conoce usted?—preguntó el muchacho.

- ¡En qué lo he de conocer! ¡En la veleta!

Al oirme nombrar, presté atención a lo que decían, y entonces oí de qué manera servia yo para señalar la dirección del viento y, por lo tanto, de las nubes.

Aquello me llenó de ira.

¡Cómo! Yo, el ser más elevado de todos, ¿servia para tan ruín oficio?

Yo, que tenia por pedestal la Tierra y por corona los innumerables astros, ¿ era juguete del aire?

Yo, que desde mi altura dominaba desdeñosamente los hombres, las casas, la ciudad y las montañas, ¿ servía para anunciar la lluvia?...

Yo servir a nadie ni para cosa alguna!

Rabiosa, colérica, ri... ri... me revolvi de Este a Oeste, y de Norte a Sur, sin detenerme un punto.

Tanto me cegó el orgullo, que me olvidé de mi humilde origen, de mi árbol genealógico, de las tijeras que me hicieron y del hombre que me

había elevado: era veleta y me creí Dios.

Ri... ri... ri.. ¡Ahora veréis lo que es bueno!

Os anunciaré buen tiempo y habrá lluvia; si hay tempestad, señalaré buen tiempo; cuando el aire esté en calma, correré como una loca, y cuando se desencadene el aire, permaneceré inmóvil como una muerta: rí... rí... rí...

En seguida me encaré con el viento y le dije:

— Oye, basta de bromas y ocupe cada cual el puesto que le corresponde.

Por ahí abajo se asegura que eres mi señor y dueño, que me riges a tu antojo y que haces de

mi lo que te da la gana.

Bien sabes tú que no es cierto, que en todas ocasiones te he salido al encuentro, moviéndome por mi propia voluntad y burlándome de tus iras lo mismo que de tus halagos.

Y soy superior a ti, porque nunca desciendo de mi altura, en la que he nacido, mientras que tú te arrastras por la tierra y juegas con todo el mundo sin distinción de clases, y andas en labios de gentes de poco más o menos.

Y... rí... rí... dí mí última vuelta, me afiancé sobre la varilla de hierro, que las lluvias habían oxidado, y me detuve en seco.

El viento, que en un principio pasaba murmurando, acabó por golpearme brutalmente.

Yo me mantuve rigida; pero cuanta mayor era la resistencia que le oponía, más violentos eran sus ataques: hubo un instante en que la torre osciló, las campanas sonaron por sí mismas, crujieron hierros, piedras y maderos; la varilla en que estaba enhebrada se rompió, y, dando tumbos de uno a otro tejado, vine a caer en el suelo.

Hasta que no me vi en el fondo del saco de un trapero, ahogada entre inmundicias, no perdí mis ilusiones y esperanzas.

¡Qué queréis! No soy la única veleta que se ha estrellado por ir contra la corriente.

VICENTE COLORADO.





LAS TRES HIJAS DEL CIELO



A FE.—¿Quién eres tú, cándida virgen, que al extender tu sublime manto, das consuelo al alma dolorida?

La Esperanza. — Virgen me llamas, pues como virgen inspirada dirijo mis

ojos a la celeste esfera, allí donde todo es paz y consuelo, donde los ángeles tributan al Redentor alabanzas sin fin. ¿ Quiéres saber mi nombre?

La Fe.—Sí, quiero saberlo, puesto que adonde dirijo mi vista, donde ella se detiene, tú también la diriges, y surges hermosa y radiante como envuelta entre crespones de gasa y nacarado tul.

La Esperanza.—Yo me llamo Esperanza. Y tu nombre ¿cuál es?

La Fe.—Soy la luz divina que vierte sobre los mortales el balsamo consolador de la resignación; soy la antorcha que alumbra el sendero que tienen que recorrer. Soy la Fe.

La Caridad (apareciendo).—Ángeles del Cielo, en-

viados a la Tierra, os ofrezco mi amistad.

La Fe y la Esperanza (a la vez).—; Y quién eres tú, angelical criatura?

La Caridad. - Yo soy el amor. Soy la Caridad.

La Esperanza.—Caridad, te llamas Caridad... Mil veces he oído tu nombre... todos te aprecian, pequeños y grandes, ricos y pobres.

La Fe (a la Caridad).—; Y cómo no debe ser así, joh Caridad!, hermana querída, si tú eres el báculo del infeliz mendigo que de puerta en puerta sólo a ti clama, si tú eres la estrella que guía al pobre viajero de la Tierra, en su corta peregrinación, y le conduce, cual náufrago fatigado, al puerto de salvación!

La Caridad. — ¡Hermana querida han pronunciado tus labios!

La Esperanza.—Si, hermana querida, yo también repito, porque cada una de nosotras es una nota en el concierto de los cielos, es una estrella en la noche sombría, es un destello de luz divina...

La Fe.—Si, hermanas somos, pues sin nosotras, los hombres no se ayudarían unos a otros, ni menos se amarían, y la vida seria para ellos una continua serie de miserias, si al través de las brumas no divisaran la luz brillante de la aurora.

La Caridad.—¿Qué sería del infeliz mendigo que gime bajo el peso del dolor, qué sería del moribundo en las horas lentas del sufrir, sin esa suave aureola que corona la existencia y endulza las penas que le agobian?

La Esperanza.—Y en los momentos más solemnes de la existencia, cuando las heridas de la

adversidad turban nuestra vida hasta entonces tan feliz, cuando el cráter del dolor aumenta, allí extiendo mi celestial manto.

La Fe.—; Ah! que mi celeste inspiración y la vuestra, jamás sea apartada de los corazones hu-

manos!

La Caridad.—Mi mano protectora protege al desvalido y al mendigo cubierto de harapos y miseria; y cual un eco fugitivo, envuelto entre celajes de cariño y boudad, envío a los afligidos corazo-

nes un consuelo de ternura y amor.

La Esperanza.—Cual perfume purísimo que llena el cáliz de la vida, cual astro brillante de la alborada, cual faro que ilumina al mundo, señalándole el camino de la felicidad y conduciéndole al paraíso de sus más nobles y sagradas aspiraciones, yo lleno la primavera de la vida con el grato aroma de las ilusiones.

La Fe.—Yo hago brotar la fe en el gran incensario del corazón.

Todas.—Unámonos, queridas hermanas, en fraternal y cariñoso abrazo.

Luisa O. Ombrino.





CONSEJOS A UNA NIÑA

MONÓLOGO DE UNA AGUJA



YE, niña, los consejos de tu aguja:

Soy para ti una nueva amiga, pero nuestra amistad debe ser larga, y no debemes abandonarnos la una a la otra en muchos años.

Yo seré quien te inspire ideas serias.

Ya ves cómo empiezo a enseñarte a desempeñar en la vida el papel de mujer, puesto que desde el momento en que has comenzado a utilizarme, principias a ser útil a la sociedad.

Soy el emblema del trabajo; el trabajo es la vida, la actividad, la dicha; todo trabaja en torno tuyo.

Para colocarme en tus manitas, millares de hombres han cavado la tierra, han extraído de sus entrañas el metal grosero, lo han fundido, lo han purificado, lo han pulimentado, y a fuerza de trabajar, han conseguido labrarme tal como me ves, fina y ligera.

Para elaborar la tela que estás cosiendo, millares de trabajadores han soportado el sol en climas ardientes; otros, moviendo las máquinas inventadas por la ciencia, han hilado y tejido el fino vellón blanco que numerosos barcos han traído de allende los mares.

Para darte el hilo que has enhebrado en mí, infinidad de hombres han labrado la tierra, sembrando la semilla, que Dios ha hecho germinar y desarrollarse.

Seca la planta, ha pasado a otras manos, que de su tallo muerto han sacado este hermoso hilo, tan blanco y tan suave.

Como ves, todos han trabajado para ti; trabaja a tu vez para todos, a medida de tus fuerzas: sé la alegría de la casa, el ángel del hogar; alegra los días de tu padre cuando vuelva fatigado del trabajo; brinda la felicidad a tu mamá, para que sus sinsabores y sus tareas le sean más gratas.

Tú, hermosa niña, que aprovechas ahora el trabajo de todos y cada uno, respeta siempre al más humilde de los trabajadores, y hazte digna de ocupar un día el puesto que entre ellos te está reservado.

X.





LA CONSIDERACIÓN

DIÁLOGO SOBRE LO QUE ES LA CONSIDERACIÓN SOCIAL

оміндо. —; Qué es la consideración?

Julian.—; Diablo! Me haces una pregunta que no es fácil de contestar. ¿Es lo mismo que la admiración?

Domisgo.—No; se puede estar muy considerado sin ser admirado; y al contrario, aunque esto suceda más raramente, se puede ser admirado sin estar considerado.

Julian.—; Cómo es eso? .

Domingo.—La admiración se dirige a todo lo que merece el nombre de genio: genio militar, genio literario, genio político, genio filosófico. Se admira a los grandes escritores, a los grandes oradores, a los grandes generales, a los grandes ministros; pero puede suceder que un gran poeta sea ridículo a fuerza de vanidad, que un político lleve la ambición hasta la intriga, que un gran general sea tan ambicioso de dinero que llegue a la avaricia, que un filósofo sea débil hasta la pusilanimidad. En este caso, se les ad-



EL SECRETO DEL NIÑO



A SEÑORA.— ¿ Qué haces aquí, niño? ; no ves que puedes caerte?

Bájate, créeme, y juega de otro modo. El Niño.—¡Oh! no crea usted que estoy para juegos. Si me ve usted empeñado en

la tarea de sujetar las pocas y marchitas hojas que quedan a este árbol, crea usted que lo hago inspirado por otro móvil muy diferente.

La señora.— ¿ Y no puedes manifestármelo?

El NIÑO.—Tal vez. ¿Es usted capaz de guardar un secreto, señora?

La señora (sonriendo).— Si de secretos se trata, prometo guardarlos con toda fidelidad.

El niño.—Pues bien, puesto que asi lo desea, señora, escúcheme.

Si me ve solo aquí, sin nadie que me acompañe, es porque hace ya mucho tiempo que mi pobre hermana, la que me conducía a todo instante, yace postrada en su lecho, allá en mi casita blanca, al fondo del bosque, donde mora mi madre, que llora y llora sin cesar a la cabecera de aquel lecho.

La SEÑORA. - ¡ Pobre madre!

El Niño.—Con frecuencia nos visita el doctor, un señor alto y triste, casi tan triste como mi madre, quien al tocar el pulso a Juana mueve la cabeza dolorosamente... comtempla a mi madre... y calla.

La señora.— ¿Tan enfermita está tu pobre her-

mana?

EL NIÑO.—; Oh sí, mucho! Una tarde, a la hora en que hacía la visita el doctor, quedéme yo oculto en un rincón del aposento (porque mi madre acostumbraba hacerme salir siempre que entraba el doctor), y desde allí, desde mi escondite, pude escucharle.

La señora. - ¿Y qué dijo?

El niño.—Las siguientes palabras, que arrancaron muchas lágrimas a mi madre:

«Cuando caigan las hojas de los árboles, dijo el médico, vuestra hija, amiga mía, habrá dejado de existir. El peligro es fatal y el remedio imposible.»

Y por eso, señora, por eso me ve usted aquí, afanado en mi tarea, atando estas hojas a su tallo, una tras otra, fuertemente y de continuo... Pero ¡ay! no puedo dar cima a mi trabajo... ¡Son tantas las que caen!...

Máximo.





LA LEYENDA DEL PETIRROJO



LANCA.—; Abuelita, abuelita!; Mire usted qué hermoso pajarillo!

La abuelita.—; Quién te lo ha dado? Blanca.—Se lo compré a un muchacho que traía varios de ellos.

Celia.—Pero...; qué abatidito está! Parece que está herido...

Blanca.—Y es verdad, parece que tiene sangre en el pecho...

La abuelita. — No, no está herido; pero esa mancha roja recuerda otra de sangre. ¿Sabes cómo se llama esta avecilla?

Blanca.—No, abuelita.

La abuelita.—Pues este pajarito es el petirrojo y tiene una historia muy bella.

CELIA. - ¿ Una historia, abuelita?

BLANCA.—Cuéntenosla usted...

La abuelita.—Si que os la contaré, porque ella aumentará vuestro amor hacia los viajeros del cielo y alejará de vosotros la tentación de hacerles daño.

Cuando Nuestro Señor Jesucristo se hallaba ago-

nizando en la cruz, y mientras sus verdugos echaban suertes para apropiarse sus vestiduras, un pajarillo, de corazón menos duro que el de los hombres, fué a posarse sobre la divina cabeza del Redentor. Movido a piedad por los dolores de Aquel que había querido sufrir pasión y muerte para rescatarnos del pecado, y viendo que aquellos dardos atravesaban la angustiada frente del Justo, empezó el pajarillo a forcejear para arrancarlos...

Cella. -; Pobrecito!

Blanca. - ¡ Qué bueno!

La abuelita.—Sus débiles esfuerzos fueron inútiles, y su tierno pecho fué herido por las espinas, hasta brotar la sangre que tiño de rojo el delicado plumaje.

Entonces, el Salvador sonrió a la avecilla y la miró con ojos de misericordia, y una voz sobrenatural, descendida del cielo, dijo: — « Has hecho bien, pajarillo, y tu acción no será olvidada. Desde hoy, todos los de tu raza llevarán en el pecho la memoria de tu sangre leal, y ningún hombre ni fiera podrá hacerte daño a ti, ni a los tuyos.»

BLANCA.—; Oh! tiene razón abuelita, yo nunca haré daño a los pajarillos del cielo que vuelan protegidos por la mirada de Dios.

Cella.—Y yo cuidaré y mimaré a las avecillas que tuvieron lástima de Jesucristo, cuando los hombres le mataban en solitaria y afrentosa cruz.



DE LAS DOS A LAS CINCO

O TRES HORAS DE ESCUELA



A, las dos! Vaya, a la escuela... Buenas tardes, muchachos... Despacio... ¿ Qué es eso? Cada uno a su sitio, hasta que entren los demás... ¡ Chist! Silencio. ¿ Quién habla ahí? Si voy yo... Vamos, en pie.

Fila... Clase de lectura... Con orden... No apretarse... Esas secciones, bien puestas... Instructores, libros... A trabajar... Más bajo... He dicho que más bajo... Inspector de clase... La sección quinta...; Silencio!; Quién llora en esa sección?... Lea usted... Despacio... Esa coma...; Pero, hombre, por Dios, si hay punto!... El otro... Más alto, que no oigo... Vengan aquí los castigados...; Qué he mandado?...; Por qué no están ustedes como es debido?... El otro...; Dónde tiene usted el libro?... El comer no se le habrá olvidado... Lea usted en ese... Más despacio y con sentido...; Y ese interrogante?...; Cómo ha dicho usted?...; Qué dice ahí?...; Cómo?... Adelante... Que se ha pasado usted una línea... No

repita las palabras... Despacio... Bien. El otro... Basta... Alto... Silencio!... Fila... Por qué llora usted ?... ¿ Qué le han pisado?... Eso no es nada... ¿ Qué quiere aquel que levanta el dedo?...; Aguas?... No, señor... Brazos cruzados... Dando la vuelta... ¿De quién es este libro?... Escritura... A las mesas, con orden... Media vuelta... Sentarse... A escribir... ¿ Que no hay tinta? Eche usted tinta... Vamos, a escribir... Despacio... Pase usted lista...; Silencio!...; Y éste borrón?...; Oué letra es ésta?...; Y estos garabatos?... ¿Quién habla en la segunda mesa?... Vamos, cada uno a su papel... ¿ Qué ruido es ese?... Venga aquí el que está hablando...; A qué se viene a la escuela?... Ahi, de rodillas...; Si vov a esos pequeños!... Toque usted la campanilla... Alto... Limpiar las plumas... ¿Oué ruido es cse?... Mucho cuidado... No. señor; no va nadie a hacer aguas... En pie... Primero de la escuela... Fila general... Aritmética... Cada uno a su sección... Instructores... Tizas... Bien puestas las secciones... ¿Quién es el instructor de la cuarta?... Venga usted aquí... Por enredador... ¡Si le vuelvo a llamar!... ¿ Oué hacemos ahí?... Atención... Decíamos aver...; Qué quiere usted ?...; Castigado?... ¿Y no le da a usted vergüeuza de que le castiguen ?... A su sitio... Deciamos ayer que el sistema métrico...; Pero quién consiente esa bulla?... Que el sistema métrico era la uniformidad en las medidas, pesas, y... ¡Callarse!... Que era la uniformidad en las medidas, pesas y valor en las monedas tomadas por tipo... Llaman... ¿ Quién ?... Que entre quien sea... Si, señora, ha venido... El metro

es la base del... ; Silencio!... Es la base del sistema métrico. Esta medida fué tomada de un cuadrante de...; Muchacho!... La Tierra, que dividida...; Como vo vava!... En diez millones de partes...; Pero, mire usted que es trabajo!... Vengan aqui los instructores... Y que no los vuelva a llamar...; Lo ha entendido?... Lo repetiremos otra vez... El sistema métrico... Bien... Ahora es preciso que dividamos a los...; Instructores!... Vaya, se acaba la paciencia... ¿ Qué es esto?... Alto... Historia Sagrada... Clase general... Vamos a explicar...; Quién le llama a usted, Montes?... Vamos a explicar la historia de Sansón... Es uno de los hechos...; Qué he dicho?... Es uno de los hechos más importantes que se refieren en el Antiguo Testamento... Atención, que lo pregunto en seguida a los más distraídos... Y ató trescientas raposas... Y con la quijada de un asno... Eh. silencio!... Las cinco... De rodillas... Oración de salida... Más bajo... En pie... Id saliendo... En fila...; Quién aprieta?... Despacio... Adiós... Adiós... Adiós...; Puf!; Qué atmósfera!...; Luego este local!... En fin, vamos a casa... ¡Qué cabeza tengo!... Esto no es vivir... Si al fin se cobrase algo más v un poco mejor... No hay que darle vueltas.

Juan Bautista Marin.





LA URNA DE ORO



μ P. Juan.—Trabajad y tened fe, hijos míos, que con la fe y el trabajo el hombre todo lo alcanza.

Y nada os demostrará tanto la verdad de lo que os digo, como la historia que

voy a contaros.

Jacinto.--; Una historia!

MANUEL.—; Dejadme sentar!

Eugenio.—¡Oh! no empujéis vosotros...; Padre Juan, Manuel quiere quitarme mi lugar.

EL P. Juan.—Haya paz, o nos quedamos sin historia.

Manuel.—Este chiquilín es más impertinente...

El P. Juan (a Manuel).—Y tú muy poco condescendiente; ya sabes que Dios nos da las fuerzas, no para oprimir a los débiles, sino para sostenerlos y ampararlos.

Manuel. - Si yo no queria hacerle dano ni qui-

tarle su lugar...

El P. Juan.-Así lo creo: y puesto que estáis

todos bien colocados, oidme con atención y comienzo mi historia.

Existe en la ciudad de Lieja, en Bélgica, una grande y suntuosa iglesia, llamada de San Pablo, y en esa iglesia aun hoy se admira una bellisima urna de oro, en donde descansan los restos mortales de San Lamberto, protector de la ciudad.

Y he aqui la sencilla historia de esa urna, que está en todos los labios y que los habitantes de la ciudad relatan complacidos a los extranjeros

que la visitan.

Era el 1.º de noviembre de 1049, festividad de Todos los Santos; rayaba el alba, y las campanas de la ciudad dejaban oir sus melancólicos sones.

Uno solo los oyó...

Eugenio.-; Quién era?

EL P. Juan.—Ahora os lo diré: Hullos...

Eugenio.—; Hullos? ; Qué nombre raro!

Manuel.—Cállate y no interrumpas al Padre Juan.

El P. Juan.—Como os decia, Hullos despertó al oir el toque matutino, y al despertar lanzó un sus-

piro doloroso.

"Hoy es el día de Todos los Santos, pensó; día de fiesta y de algazara, y no tengo pan para mis hijos, como ayer no tuve carbón para mi fragua. ¡Ayer no se enciendo! ¡Hace tres meses que no se enciende! ¡Ay de mis hijos! ¡ay de mi fragua!"

Eugenio.—¿La fragua? Entonces, Hullos sería

herrero.

EL P. JUAN.—Sí, tal era su oficio.

Jacinto.—Hágale callar, Padre Juan; siempre interrumpe en el momento más interesante.

EL P. Juan.—Hullos se entregó durante algunos momentos a un vértigo doloroso; pero las campanas, con su tan... tan... solemne, le recordaron el cielo.

Se levantó, se puso un chaquetón de paño burdo, su gorro de lana calado hasta las orejas, y salió a la calle, llena todavía de sombras, encaminando sus pasos a la iglesia de San Pablo.

Sólo el sacerdote que celebraba la misa estaba en el altar con los monaguillos, y los pasos de Hullos por el pavimento levantaron un eco prolongado.

Hullos oyó la misa con fervor, oró delante de la urna que encerraba los restos de San Lamberto, y al concluir su plegaria, rogó al Santo, con lágrimas del corazón, que hiciese un milagro en fivor de su fragua y de sus hijos.

Eugenio.-; Un milagro! Y el Santo, ¿lo hizo?

El P. Juan.—Espérate un poco, que las cosas atropelladas nunca salen bien; a su tiempo sabrás el fin de la historia.

Manuel.—Me alegro, así aprenderás a no interrumpir.

Jacinto.—Y tú, ¿ por qué no aprendes a ser tolerante?

EL P. Juan.—Muy bien dicho; jamás debemos echar en olvido aquella frase del Salvador: Aquel que esté sin pecado, arroje la primera piedra.

La fe puede mover los montes de un lugar a otro; la fe era tan grande en Hullos, que salió de la iglesia consolado.

De pronto, sintió que le tocaban en el hombro. Era un antiguo compañero suyo, que estaba de pie en el umbral de una cervecería y le convida-

ba con un vaso del espumante líquido.

Hullos, que con su ferviente rezo creía haber salvado a su familia, entró... y bebió, tal vez más de lo prudente.

Salió de la cervecería con su amigo, se sento

en un banco y se quedó dormido.

Cuando despertó, las calles estaban otra vez llenas de sombras!

Su primer pensamiento fué como el de por la mañana.

¡Ay de mi pobre mujer, sin pan! ¡Ay de mis hijos!

Fijó sus ojos en las estrellas del cielo, en las luces errantes que cruzaban por las ventanas de algunas casas, y tuvo horror y vergüenza de sí mismo.

Eugenio.—; Vergüenza! ¿Y por qué?

Manuel.—; Toma! De haberse embriagado. ; Verdad, Padre Juan?

EL P. Juan.—Así es la verdad. Su desesperación y remordimientos fueron tales, su exaltada fantasía ennegreció tanto su falta, que le parecia imposible que la tierra pudiese sustentar a un monstruo semejante.

"¡Padre sin corazón!—exclamaba golpeándose

el pecho.—; Tú embriagàndote de cerveza, y fus pobres hijos pereciendo de hambre."

Y fué tal su dolor, que un pensamiento horrible cruzó por su mente.

A dos pasos de allí, el Mosa se deslizaba blan-

damente sobre su florido cauce.

Hullos fijó sus extraviados ojos en las profundas aguas, que parecían brindarle con el reposo

eterno!
Paso a paso, reteniendo hasta el aliento, y como atraído por una fuerza misteriosa, se fué acercando a la pérfida corriente, que huía presurosa invitándole a seguirla...

Jacinto. – Se suicidó. ¡Qué gran pecado!

EL P. Juan.—Dios no permitió que cayera en tal extravio.

En el instante en que Hullos iba a lanzarse al agua, las campanas tocaban el *Ave Maria*.

Hullos se descubrió y rezó...

Entonces, no supo si de las turbias aguas o de la verde arboleda, surgió una figura extraña, un viejo de blanca barba y aspecto majestuoso que, con voz profunda y melancólica, le dijo:

—¡Hullos, Hullos!, ¿en dónde está tu fe?, ¿en dónde tu esperanza?... Sin embargo, has creido y has rezado!

¡Hullos, Hullos, ve a tu casa!...; Tu mujer y tus hijos también están rezando!... Pero no distraigas a tu mujer y a tus hijos; toma un azadón y sube al monte de San Walburg...

Allí, cerca del convento de monjes, encontrarás

un gran montón de nieve, y debajo de la nieve unas piedras negras y relucientes! ¡Enciéndelas, y tu fragua no estará muda y tus hijos tendrán pan.

MANUEL.-Entonces, ¿San Lamberto hizo el mi-

lagro?

El P. Juan.—¿Y qué te extraña? El cielo no abandona nunca a los que creen y esperan.

Hullos, al escuchar la voz, había caido de ro-

dillas, había cerrado los ojos.

Cuando los abrió de nuevo, sólo vió a las estrellas que rodaban por los cielos y la espesura muda e inmóvil como antes...

Levantóse lleno de fe, atravesó la ciudad y entró en su casa, en donde resonaban las preces que su mujer y sus hijos elevaban al bendito Santo; tomó el azadón con sigilo y se dirigió a la montaña.

Cayendo y levantándose, con los pies chorreando sangre, con el traje hecho jirones, llegó a la cumbre del Walburg. Junto al convento estaba el montón de nieve indicado, y se puso a cavar, diciendo:

-Milagroso San Lamberto, ven en mi ayuda.

Y cavó, y al cabo de algún tiempo halló muchas piedras negras y relucientes.

Aquellas piedras eran el carbón de piedra, al que se le dió el nombre de hulla, en memoria de su descubridor, el pobre herrero.

Manuel.—¡Entonces pudo encender la fragua!

Jacinto.—Y ganaría mucho dinero, porque, poseyendo él solo el secreto, trabajaría mientras los otros, por falta de carbón, no podían imitarle. EL P. Juan.—Así fué. Hullos se hizo rico, su pobre fragua se transformó en un vastísimo establecimiento, en donde millares de felices obreros cantaban al compás de sus martillos: pero con los primeros beneficios que reportó de la nueva industria, hizo construir para el Santo bendito aquella preciosa urna de oro que asombra a cuantos visitan la iglesia de San Pablo.

ÁNGELA GRASSI.





EL DUENDE

enturita.— ¿Es cierto que existen duendes, tío?

Don Tomás.—; Ya lo ereo!

VENTURITA.—; Los has visto tú?

Don Tomás.—Uno se me apareció hace

tiempo, por la noche, de doce a una...

VENTURITA. - ; Ay, que miedo!

Don Tomás.—Si te asustas, no lo cuento.

VENTURITA.—Pero, tío, ; si es que me gusta asustarme!

Don Tomás.—Pues, escucha.

Hace mucho tiempo, cuando el Tívoli¹ no estaba donde hoy está, sino más arriba, junto a la esquina de la calle de Aragón, donde hoy se levantan unas casas muy grandes...

¹ Así se llama a uno de los teatros de verano de la ciudad de Barcelona (España).

VENTURITA.—Pero, tío, ¿ qué nos importan a nosotros esas casas?

Yo quiero el cuento del duende.

Don Tomás.—No te impacientes, todo llegará. Pues, como iba diciendo, había en el antiguo Tívoli unos jardines verdes y frondosos, debajo de cuyos árboles estaba, aquella noche, mucha gente viendo la función.

Confundidos estre los espectadores, y ocupando cómodas sillas, formábamos varios amigos animado corro; y como la obra puesta en escena resultase algo fantástica, durante un entreacto nos echamos a discurrir sobre la existencia de los fantasmas.

-Yo-decía uno de los amigos -no creo en duendes ni en fantasmas.

—Pues habías de creer—replicó otro—si se te hubiesen aparecido, como a mí.

Y a renglón seguido nos refirió una historia que, a ser cierta y a estar nosotros en lugar menos alegre, nos habría erizado los cabellos.

VENTURITA. -; No la recuerdas, tio?

Don Tomás.—Como hace tanto tiempo que la oi, se me ha olvidado; pero no importa, recuerdo perfectamente lo que aquella misma noche me ocurrió...

VENTURITA.—Sigue, sigue.

Don Tomás.—Pues... mis amigos no se ponían de acuerdo sobre la verdad o la mentira de los duendes.

Yo les oía sonriendo con aire incrédulo, sin meter baza en la conversación, hasta que, al fin, terminado el espectáculo, salimos todos. Hablando de fantasmas y aparecidos, llegamos hasta la calle de Fernando VII, en donde nos despedimos, yéndose por su lado cada cual.

VENTURITA.—; Y nada más?

Don Tomás.—Espera un poco. Al despedirnos, dijo uno, refiriéndose a mí:

—¡Éste, decididamente, no cree en fantasmas! Yo me encogí de hombros, dejándole decir, y él

replicó:

—Pues esta misma noche vas a dar fe de que existen, porque se te aparecerán.

—Vaya, vaya, no tengo ganas de bromas—contesté, tendiéndole la mano.

Pocos instantes después, caminaba solo en dirección a nuestro domicilio.

Viviamos entonces en el Pasaje de Escudillers, en un cuarto ségundo, frente a la imprenta de Ramírez.

Como estábamos en la canícula y el calor era sofocante, y la atmósfera, por lo húmeda y cálida, tenía toda la traza de un baño ruso, la familia había salido al campo, a veranear, y no quedaba en casa más que yo, sin otra compañía que la de una vieja sirvienta, a cuyo cargo corrían la limpieza y demás faenas domésticas.

VENTURITA.—; Y no tenías miedo a los ladrones?

Don Tomás.—No, porque el pasaje estaba muy bien guardado: había dos verjas, una en cada extremo, que se cerraban a las diez de la noche, y un vigilante que no abría sino a los vecinos y a los operarios de la imprenta, a quienes conocia uno

por uno.

Volviendo a mi historia, yo entonces comía en el restaurant de Falcón y dormía en casa, en una habitación interior, con gran ventana al patio.

VENTURITA.-¿Y fué allí donde se te apareció el

duende?

Don Tomás.—Ahora verás. A lo largo del testero fronterizo a la ventana, apoyada la cabecera en la pared perpendicular a la misma, se extendía la cama; en uno de los rincones opuestos, entre la ventana y la puerta que conducía a la pieza contigua, sin duda por las prisas del viaje, habían quedado amontonados varios trastos y juguetes, entre los cuales recuerdo perfectamente una silla coja, un velocipedo descompuesto, dos muñecas de tus primas, una pelota de goma, tres aros, una hamaca, un baúl viejo y no sé cuántas cosas más, todo lo cual, en informe y abigarrado montón, servía allí de estorbo.

VENTURITA.—No tanto, querido tío; porque en cuanto a la pelota y a uno de los aros, todavía juego yo con ellos.

Don Tomás.— ¡Tontín! Si eso te lo compré yo más tarde. Pero déjame continuar, no me interrumpas.

VENTURITA.—Venga, venga el cuento.

Don Tomás.—Ya te he dicho que no es cuento, sino sucedido, puesto que me sucedió a mí, y de ello doy fe.

VENTURITA.—Bueno, lo mismo da; yo llamo cuento a todo lo que me cuentan. Volvamos a nuestros juguetes.

Don Tomás.—Al llegar a casa, la criada dormía profundamente y reinaba un silencio sepulcral.

Al introducirme en mi cuarto, cerré la ventana, que estaba abierta y encendí una bujía.

VENTURITA.—Tío, ¡cuánto tarda el duende!

Don Tomás.—; Qué tiempo necesitas tú para ir, andando, de aquí a Gracia?¹.

VENTURITA.—Lo menos media hora...; oh, si! y me canso mucho.

Don Tomás.—Pues el duende ha de venir del otro mundo...

Conque figurate tú si tardará... Pero ya le tenemos encima: escucha.

VENTURITA.—Soy todo oídos.

Don Tomás.—A los cinco minutos de haber encendido la bujía, ya estaba yo acostado.

Pero, en vez de dormirme, abrí un libro y me puse a leer en la cama, según tengo por costumbre ha largos años.

Ignoro el tiempo que llevaría leyendo, cuando en medio de aquel profundo silencio, me obligó a levantar bruscamente la cabeza una especie de crujido que acababa de sonar, claro y distinto, en mi misma habitación.

Miré en torno y nada vi.

En el mismo instante un reloj de pared dió la una.

Habrá sido el reloj, dije para mí, recordando que en muchos de esos artefactos precede a la

¹ Nombre de uno de los barrios de Barcelona.

campanada o campanadas un crujido semejante al de algo que se rompe.

Esta reflexión bastó a devolverme la calma y

continué leyendo.

Al poco rato, un segundo crujido, más fuerte y más sonoro que el primero, vino de nuevo a distraerme. No, pues esta vez no es el reloj, me dije.

Comencé a devanarme los sesos acerca de lo que aquello ser pudiera, y no me dejó concluir un tercer crujido más fuerte y ruidoso aún que los anteriores.

Entonces, sin querer, se me vino a la memoria la conversación sostenida dos horas antes en el Tívoli sobre los fantasmas; recordé las caprichosas palabras de mi amigo, al despedirme: Esta misma noche vas a dar fe de que existen, porque se te aparecerán. Y un vago temor embargó mi espiritu, y un estremecimiento recorrió todos mis miembros.

VENTURITA. - ¿Y no diste voces?

Don Tomás.—No: solté el libro, que maquinalmente conservaba en la mano, me tiré de la cama al suelo, tomé con la siniestra la palmatoria, en la diestra un bastón que era pesado y grueso, y me puse a registrar la habitación.

Debajo de la cama no había nada, el cielo raso estaba desnudo, de las paredes pendian sólo algunos cuadros de relevante mérito; las sillas, el lavabo, todo se hallaba en su sitio y sin novedad alguno.

alguna.

Hurgué repetidas veces con el palo el montón

de trastos y juguetes donde me pareciera que sonaron los crujidos...; Nada! no di con el objeto de mi inquietud.

¡Bah! Alucinaciones, tonterías, pensé, volviéndo-

me a la cama ya repuesto de la alarma.

Proseguí mi lectura; y como ésta me interesase vivamente, acabé por olvidarme de cuanto me rodeaba y hasta de mí mismo.

De repente, cuando más abstraído me hallaba con el libro, sonó hacia el montón de trastos un ruido seco, semejante al de huesos rotos o revueltos, el cual no pudo menos de sobresaltarme.

Levanté instintivamente la cabeza, y, en el mismo instante, sin darme tiempo para reflexionar ni defenderme, un bulto negro cayó sobre la cama, y sentí un golpe fuerte y brusco en el libro que estaba leyendo, cuyo libro, violentamente arrebatado de mis manos, fué a chocar, abierto aun, contra las baldosas del pavimento.

Confieso que, ante tan inesperado ataque, inundó mi rostro un sudor frío y se me erizaron los cabellos. Pero... Venturita, hijo mío, ¿qué te pasa?

VENTURITA.—Tengo miedo...

Don Tomás.—Pues mira, no te asustes, porque aquella noche, repuesto yo del instintivo sobresalto, por segunda vez me arrojé de la cama, decidido a defenderme contra el duende, y entonces pude ver que éste era un murciélago, tan grande...

VENTURITA.—; Un murciélago! Don Tomás.—Sí, enorme. VENTURITA.—¿ De suerte que no hay duendes? Don Tomás.—No hay más que murciélagos o cosa así.

VENTURITA.—; Qué lástima!

Don Tomás.—Te advierto, Venturita, que el murciélago, pese a su diabólica facha, es un mamífero completamente inofensivo y muy útil a la agricultura, pues se alimenta de insectos nocivos a las plantas.

En cuanto a mi duende o murciélago, como tú quieras llamarle, se conoce que aquella noche, al encontrar abierta la ventana, se coló en la habitación sin saber lo que hacía; fué a dar en el montón de trastos y juguetes, algunos de los cuales, cayéndosele encima, lo aprisionaron, hastaque, atraido por mi luz, tras repetidos esfuerzos, logró evadirse de su cárcel, y al perseguir, atontado, la llama de la bujía, tropezó con mi libro.

VENTURITA.—De todas maneras, no era agradable, ni natural, semejante huésped: ¿qué hiciste con él?

Don Tomás. — Muy sencillo, apagué la bujía, abrí la ventana, y el murciélago, atraído entonces por la luz de las estrellas, se fué con viento fresco.

Volví a cerrar... y entonces dió fin la historia del duende, porque cinco minutos después dormía yo como un lirón.

VENTURITA.—Ya me servirá tu historia de ejemplo, porque si alguien trata de embaucarme con

narraciones de brujas, duendes o aparecidos, le he de contestar:

—No me vengas con pamplinas: vete, vete a contárselo a mi tío, y él te dirá que su duende era un murciélago.

JUAN TOMÁS SALVANY.





LA LLUVIA Y LOS CRISTALES



a LLUVIA.—Tic... tic... tic... tic... Encajad bien las fallebas, amigos cristales, que ya estamos aqui para bordaros vuestros lomos transparentes de hilos de gotas.

Los cristales.—¡Hola! bien venida la lluvia!... ¡Caramba, ya era tiempo de que la sequia cesase! A nosotros todo se nos volvía preguntar a los canalones y a los aleros: ¿Qué hay de la borrasca?... ¿Han dicho algo las veletas?... Pero nada sabían... creíamos que este año nos dabais mico...

La lluvia.—¡Imposible!... Nosotros no podemos dejar nunca de acudir a besaros por ahora... Pues si os consta de siempre! El golpeteo de la lluvia en los cristales y el crujido de los sarmientos que se prenden en el hogar, es el dúo obligado de la estación que corre.

El rumor de mis gotas es la música del otoño; y dime: ¿qué tal ha sentado nuestra llegada?...

Los cristales.—Muy bien; sobre todo los olivos, que ya andaban mustios, y las cepas, que

estaban alicaídas, se han alegrado de veras; aquí en casa te esperaban, pues el amo preparó una buena de leña en el hogar y hoy, al cerrarnos dijo de muy buen humor después de mirar al cielo: ¡gracias a Dios que lo hace solano!

La LLUVIA. -; Pues no sabéis lo que me compla-

cen tales noticias, cristales!...

¡Y poco que gozo yo en las noches que resbalo por vosotros, atisbando al interior de la cocina, iluminada por las llamas del fuego, y rodeado el fogón de hombres que arreglan y reparan los aperos, y de mujeres que hilan y cosen!...

Yo, cayendo lentamente, golpeándoos en monótono son, les voy cerrando los párpados e imbuyéndoles el sueño, y cuando se van a la cama me creo la lluvia más feliz al considerar que he contribuí-

do a que se duerman y descansen.

Los cristales.—Los campesinos te quieren mucho, lluvia... Nuestro amo no se acuesta jamás sin acercarse a nosotros a ver qué tal queda la noche, y al sentirte caer, murmura regocijado: ¡Que llueva! ¡que llueva!

La lluvia.—Tic... tic... Pues ya empezó de nuevo mi faena, cristales... Ya sabéis que la lluvia

os aprecia y que no os faltarán sus gotas.

Los cristales.—¡Ni a ellas nuestro torso para explayarse, y bien haya el otoño que te ha traido!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.



LAS HOJAS SECAS

DIALOGO EXTRAÑO ENTRE DOS HOJAS SECAS



ERMANA, ¿ de dónde vienes?

—Vengo de rodar con el torbellino, envuelta en la nube de polvo y de las hojas secas nuestras compañeras, a lo largo de la interminable llanura. ¿Y tú?

—Yo he seguido algún tiempo la corriente del río; hasta que el vendaval me arrancó de entre el légamo y los juncos de la orilla.

-Y ; a dónde vas?

—No lo sé; ¿lo sabe acaso el viento que me empuja?

—; Ay! ¿quién diría que habíamos de acabar amarillas y secas, arrastrándonos por la tierra, nosotras que vivimos vestidas de color y de luz, meciéndonos en el aire?

— ¿. Te acuerdas de los hermosos días en que brotamos, de aquella apacible mañana en que, roto el hinchado botón que nos servia de cuna, nos des-

plegamos al templado beso del sol, como un abanico de esmeraldas?

- —¡Oh! ¡qué dulce era sentirse balanceada por la brisa a aquella altura, bebiendo por todos los poros el aire y la luz!
- —¡Oh!¡qué hermoso era ver correr el agua del río que lamía las retorcidas raíces del añoso tronco que nos sustentaba, aquella agua limpia y transparente que copiaba, como un espejo, el azul del cielo, de modo que creíamos vivir suspendidas entre dos abismos azules!
- —; Con qué placer nos asomábamos por encima de las verdes frondas para vernos retratadas en la temblorosa corriente!
- —; Cómo cantábamos juntas imitando el rumor de la brisa y siguiendo el ritmo de las ondas!
- —Los insectos brillantes revoloteaban, desplegando sus alas de gasa, a nuestro alrededor.
- —Y las mariposas blancas y las libélulas azules, que giran por el aire en extraños círculos, se paraban un momento en nuestros dentellados bordes.
- Cada cual de nosotras era una nota en el concierto de los bosques.
- —Cada cual de nosotras era un tono en la armonía de su color.

En las noches de luna, cuando su plateada luz resbalaba sobre la cima de los montes, ¿ te acuerdas cómo charlábamos en voz baja entre las diáfanas sombras ?

-Referiamos con un blando susurro las historias

de los silfos que se columpian en los hilos de oro

que cuelgan las arañas entre los árboles.

-Hasta que suspendíamos nuestra monótona charla, para oir embebecidas las quejas del ruiseñor, que había escogido nuestro tronco por escabel.

-Y eran tan tristes y tan suaves sus lamentos, que, aunque llenas de gozo al oirle, nos amanecía llo-

rando

- ¡Oh! ¡qué dulces eran aquellas lágrimas que nos prestaba el rocio de la noche y que resplandecian con todos los colores del iris a la próxima luz de la aurora!

-Después, vino la alegre banda de jilgueros a llenar de vida y de ruidos el bosque con la alborozada y confusa algarabia de sus cantos.

-Y una pareja colgó junto a nosotras su redondo

nido de aristas y de plumas.

-Nosotras serviamos de abrigo a los pequeñuelos contra las molestas gotas de la lluvia en las tempestades de verano.

-Nosotras les serviamos de dosel y los defen-

diamos de los impetuosos rayos del sol.

-Nuestra vida pasaba como un sueño de oro, del que no sospechábamos que se podría despertar.

-Una hermosa tarde en que todo parecía sonreir a nuestro alrededor, en que el sol poniente encendía el ocaso y arrebolaba las nubes, y de la tierra ligeramente húmeda se levantaban efluvios de vida y perfumes de flores, dos hermanos se detuvieron a la orilla del agua y al pie del tronco que nos sostenia.

—¡Nunca se borrará ese recuerdo de mi memoria!—«¿Por qué lloras? Perdona este involuntario sentimiento de egoísmo, le respondió el hermano al hermano enjugándose una lágrima, lloro por mí. Lloro la vida que me huye: cuando el cielo se corona de rayos de luz, y la tierra se viste de verdura y de flores, y el viento trae perfumes y canto de pájaros y armonías distantes, ¡ la vida es buena!—¿Y por qué no has de vivir?—Porque es imposible. Cuando caigan secas esas hojas que murmuran armoniosas sobre nuestras cabezas, yo moriré también, y el viento llevará algún día su polvo y el mío quién sabe a dónde?»

—Tú lo oiste, como yo, y nos estremecimos y callamos. ¡Debíamos secarnos! ¡debíamos morir y girar arrastradas por los remolinos del viento! Mudas y llenas de terror permanecíamos aún cuando llegó la noche. ¡Oh! ¡qué noche tan horrible!

—Por la primera vez faltó a su cita el ruiseñor que encantaba con sus quejas.

—A poco volaron los pájaros, y con ellos sus pequeñuelos, ya vestidos de plumas: y quedó el nido solo, columpiándose lentamente y triste, como la cuna vacía de un niño muerto.

—Y huyeron las mariposas blancas y las libélulas azules, dejando su lugar a los insectos obscuros que venían a roer nuestras fibras y a depositar en nuestro seno sus asquerosas larvas.

-¡Oh!¡y cómo nos estremecíamos encogidas al helado contacto de las escarchas de la noche!

-Perdimos el color y la frescura.

- —Perdimos la suavidad y las formas, y lo que antes, al tocarnos, era como rumor apacible, como murmullo de palabras, luego se convirtió en áspero ruido, seco, desagradable y triste.
 - -; Y al fin, volamos desprendidas!
- Hollada bajo el pie del indiferente pasajero, sin cesar arrastrada de un punto a otro entre el polvo y el fango, me he juzgado dichosa cuando podía reposar un instante en el profundo surco de un camino.
- —Yo he dado vueltas sin cesar, arrastrada por la turbia corriente, y en mi larga peregrinación vi, solo, enlutado y sombrio, contemplando con una mirada distraída las aguas que pasaban y las hojas secas que marcaban su movimiento, a uno de los dos hermanos cuyas palabras nos hicieron presentir la muerte.
- —Él también se desprendió de la vida y acaso dormirá en una fosa reciente, sobre la que yo me detuve un momento!
- —¡Ay! Él duerme y reposa al fin; pero nosotras, ¿cuándo acabaremos este largo viaje?...
- ¡ Nunca!... Ya el viento que nos dejó reposar un punto vuelve a soplar, y ya me siento estremecida para levantarme de la tierra y seguir con él. ¡ Adiós, hermana!

—; Adiós	1			
		Control of	tipe on	

Silbó el aire, que había permanecido un momento callado, y las hojas se levantaron en confuso remolino, perdiéndose a lo lejos entre las nieblas de la noche.

Y yo pensé entonces algo que no puedo recordar, y que, aunque lo recordase, no encontraria palabras para decirlo.

G. A. BÉCQUER.





YO QUIERO SER CÓMICO...

DIÁLOGO ENTRE EL QUE QUIERE SER CÓMICO Y EL EMINENTE ESCRITOR L. M. DE LARRA.



o fuera yo Fígaro, ni tuviera esa travesura y maliciosa indole que malas lenguas me atribuyen, si no sacara a luz pública cierta visita que no ha muchos días tuve en mi propia casa.

Columpiábame en mi mullido sillón, de estos que dan vuelta sobre su eje, los cuales son especialmente de mi gusto, por asemejarse en cierto modo a muchas gentes que conozco; y me hallaba en la mayor perplejidad, sin saber cuál de mis numerosas apuntaciones elegiría para un artículo que me correspondía ingerir aquel día en la Revista. Quería yo que fuese interesante sin ser mordaz, y conocida toda la dificultad de mi empeño, y sobre todo que fuese serio, porque no está siempre un hombre de buen humor o de buen talante para comunicar el suyo a los demás. No dejaba de atormentarme la idea de que fuese histórico, y, por consiguiente, verídico, porque

mientras yo no haga más que cumplir con las obligaciones de fiel cronista de los usos y costumbres de mi siglo, no me podrán culpar de mal intencionado, ni de amigo de buscar pendencias por una sátira más o menos.

Hallábame, como he dicho, sin saber cuál de mis notas escogería por más inocente, cuando me deparó felizmente la casualidad materia sobrada para un artículo, al anunciarme mi criado a un joven que me quería hablar indispensablemente.

Pasó adelante el joven, haciéndome una cortesia bastante zurda, como de hombre que necesita, y estudia en la fisonomia del que ha de favorecer, sus gestos e inclinaciones, o su humor del momento para conformarse prudentemente con él; y dando tormento a los tirantes y rudos músculos de su fisonomía, para adoptar una especie de careta que desplegase a mi vista sentimientos mezclados de afecto y de deferencia, me dijo con voz forzadamente sumisa y cariñosa:

-¿Es usted el redactor llamado Figaro?... ·

-¿Qué tiene usted que mandarme?

— Vengo a pedirle un favor... ¡Cómo me gustan sus artículos de usted!

-; Es claro!... si usted me necesita...

—Un favor de que depende mi vida acaso...; Soy un apasionado, un amigo de usted!

-Por supuesto... siendo el favor de tanto inte-

rés para usted...

-Yo soy un joven...

-Lo presumo...

- -Que quiero ser cómico y dedicarme al teatro.
- -; Al teatro?
- -Si, señor... como el teatro esta cerrado ahora...
- -Es la mejor ocasión.
- —Como estamos en cuaresma, y es la época de ajustar para la próxima temporada cómica, desearía que usted me recomendase...
 - -; Bravo empeño! ¿A quien?
- —Al Ayuntamiento.
 - -¡Hola! ¿Ajusta el Ayuntamiento?
 - —Es decir, a la empresa.
 - -; Ah! ¿ Ajusta la empresa?
- —Le diré a usted... según algunos, esto no se sabe... pero... para cuando se sepa.
- —En ese caso, no tiene usted prisa, porque nadie la tiene...
 - -Sin embargo, como yo quiero ser cómico...
- —Cierto. ¿Y qué sabe usted? ¿ Qué ha estudiado usted?
 - ¡Cómo! ¿Se necesita saber algo?
- -No; para ser actor, ciertamente, no necesita usted saber cosa mayor.
- —Por eso, yo no quisiera singularizarme; siempre es malo entrar con ese pie en una corporación.
- —Ya le entiendo a usted; usted quisiera ser cómico aquí, y así será preciso examinarle por la pauta del país. ¿Sabe usted el castellano?
- -Lo que usted ve... para hablar, las gentes me entienden...
 - -Pero la gramática, y la propiedad, y...
 - -No, señor, no.

- —Bien, ¡ eso es muy bueno! Pero sabrá usted desgraciadamente el latín, y habrá estudiado humanidades, bellas letras...
 - -Perdone usted.

—Sabrá de memoria los poetas clásicos, y los comprenderá y podrá verter sus ideas en las tablas.

- —Perdone usted, señor. Nada, nada. ¡Tan poco favor me hace usted! Que me caiga muerto aqui si he leido una sola línea de eso, ni he oido hablar tampoco... mire usted...
- —No jure usted. ¿Sabe usted pronunciar con afectación todas las letras de una palabra, y decir unas voces por otras, actitud por aptitud, y aptitud por actitud; diferiencia por diferencia; háyamos por hayamos; dragmático por dramático, y otras semejanzas?
 - -Si, señor, si, todo eso digo.
- —Perfectamente; me parece que sirve usted para el caso. ¿Aprendió usted historia?
 - -No, señor; no sé lo que es.
- —Por consiguiente, no sabrá usted lo que son trajes, ni épocas, ni caracteres históricos...
 - -Nada, nada, no, señor.
 - -Perfectamente.
- —Le diré a usted, en cuanto a trajes, ya sé que en siendo muy antiguo, siempre a la romana.
 - -Eso es; aunque sea griego el asunto.
- —Si, señor: si no es tan antiguo, a la antigua francesa, a la antigua española; según... ropilla, trusas, capacete, acuchillados, etc. Si es más mo-

derno o del día, levita a la Utrilla en los calaveras; y polvos, casacón y media en los padres.

-; Ah! ; ah! Muy bien.

- —Además, eso en el ensayo general se le pregunta al galán o a la dama, según el sexo de cada uno que lo pregunta, y conforme a lo que ellos tienen en sus arcas, así...
 - -; Bravo!
 - -Porque ellos suelen saberlo.
 - —¿ Y cómo presentará usted un carácter histórico?
- Mire usted: el papel lo dirá, y luego como el muerto no se ha de tomar el trabajo de resucitar, sólo por desmentirle a uno... además que gran parte del público suele estar tan enterado como nosotros.
- —¡Ah! ya... usted sirve para el ejercicio. La figura es la que no...
 - -No es gran cosa; pero no es esencial.
- —Y de educación, de modales, y usos de sociedad, ¿á qué altura se halla usted?
- —Mal; porque si voy a decir verdad, yo soy pobrecillo. Yo era escribiente en una mala administración; me echaron por holgazán, y me quiero meter cómico, porque se me figura a mí que es oficio en que no hay nada que hacer.
 - -Y tiene usted razón.
- —Todo lo hace el apunte, y... por consiguiente, no conozco esos señores usos de sociedad que usted dice, ni nunca traté a ninguno de ellos.
- -Ni conocerá usted el mundo, ni el corazón humano...

- Escasamente.
- −¿Y cómo representará usted tantos caracteres distintos?
- —Le diré a usted: si hago de rey, de príncipe ó de magnate, ahuecaré la voz, miraré por encima del hombro a mis compañeros, y mandaré con mucho imperio.
- —Sin embargo, en el mundo esos personajes suelen ser muy afables y corteses, y como están acostumbrados, desde que nacen, a ser obedecidos a la menor indicación, mandan poco y sin dar gritos...
- —Si, pero ; ya ve usted! en el teatro es otra cosa.
 - -Ya me hago cargo.
- —Por ejemplo: si hago un papel de juez, aunque esté delante de señoras o en casa ajena, no me quitaré el sombrero, porque en el teatro la justicia está dispensada de tener crianza: daré fuertes golpes en el tablado con mi bastón de borlas, y pondré cara de caballo, como si los jueces no tuvieran entrañas.
 - -No se puede hacer más.
- —Si hago de delincuente, me haré el perseguido, porque en el teatro todos los reos son inocentes.
 - -Muy bien.
- —Si hago un papel de picaro, que ahora están en boga, cejas arqueadas, cara pálida, voz ronca, ojos atravesados, aire misterioso, apartes melodramáticos... Si hago un calavera, muchos brincos y

zapatetas, carretitas de pies y lengua, vueltas rápidas y habla ligera... Si hago un barba, andaré a compás, como un juego de escarpias, me temblarán siempre las manos como perlático o descoyuntado, y aun cuando el papel no apunte más que cincuenta años, haré del tarato y decrépito, y apoyaré mucho la voz con intención marcada en la moraleja, como quien dice a los espectadores: "Allá va esto para ustedes".

- ¿Tiene usted grandes calvas para los barbas?
- —; Oh! disformes; tengo una que me toma desde las narices hasta el colodrillo; bien que ésta la reservo para las grandes solemnidades. Pero aun para diario tengo otras tales que no se me ve la cara con ellas.
 - -;Y los graciosos?
- —Esto es lo más fácil; estiraré mucho la pata, daré grandes voces, haré con la cara y el cuerpo todos los raros visajes y estupendas contorsiones que alcance, y saldré vestido de arlequín...
 - -Usted hará furor.
- —¡Vaya si haré! Se morirá el público de risa, y se hundirá la casa a aplausos. Y especialmente, en toda clase de papeles, diré directamente al público todos los apartes, monólogos, gracias y parlamentos de intención o lucimiento que en mi parte se presenten.
- −¿Y memoria?
- —No es cosa la que tengo; y aun esa no la aprovecho, porque no me gusta el estudio. Además que eso es cuenta del apuntador. Si se des-

cuida, se le lanzan de vez en cuando un par de miradas terribles, como diciendo al público: "¿Ven ustedes qué hombre?".

—Eso es; de modo que el apuntador vaya tirando del papel como de una carreta, y sacándole a usted la relación del cuerpo como una cinta. De esa manera y hablando él altito, tiene el público el placer de oir a un mismo tiempo dos ejemplares de un mismo papel.

—Si, señor; y, en fin, cuando uno no sabe su relación, se dice cualquier tontería, y el público se ríe. ¡Es tan inteligente el público! ¡Si usted

viera!

-¡Ya sé, ya!

—Vez hay que en una comedia en verso se añade un párrafo en prosa: pues ni se enfada ni menos lo nota. Así es que no hay nada más común que añadir...

-¡Ya se ve que hacen muy bien! Pues señor, usted es cómico, y bueno. ¿Usted ha representado

anteriormente?

—¡Vaya! En comedias caseras. He alborotado con el Garcia y el Delincuente honrado.

—No más, no más; que digo a usted que usted será cómico. Dígame usted: ¿Sabrá usted hablar mal de los poetas y despreciarlos aunque no los entienda, alabar las comedias por el lenguaje, aunque no sepa lo que es; o por el verso, mas que no entienda siquiera lo que es prosa?

- Pues no tengo de saber, señor! Eso lo hace

eualquiera.

—¿Sabrá usted que jarse amargamente, y entablar una querella criminal contra el primero que se atreva a decir en letras de molde que usted no lo hace todas las noches sobresalientemente? ¿Sabrá usted decir de los periodistas, que quién son ellos para...?

—Vaya si sabré: precisamente este es el tema nuestro de todos los días. Mande usted otra cosa.

Al llegar aquí no pude ya contener mi gozo por más tiempo, y arrojándome en los brazos de mi recomendado: «Venga usted acá, mancebo generoso, exclamé todo alborozado; venga usted acá, flor y nata de la andante comiquería: usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática, para renovar aquel siglo de oro, en que sólo comían los hombres bellotas y pacían a su libertad por los bosques, sin la distinción del tuyo y del mío. Usted será cómico en fin, o se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio.»

Diciendo estas y otras razones, despedí a mi candidato, prometiéndole las mas eficaces recomenda-

ciones.

L. M. DE LARRA. (Figaro.)





LAS TRES POTENCIAS

DIALOGO ENTRE LA LECTURA, LA ESCRITURA Y LA IMPRENTA



de la Fama los tres grandes elementos de la civilización y el progreso: la Lectura, la Escritura y la Imprenta, solicitando para sí la preeminencia en el campo

de la ciencia.

La Lectura dijo: Yo soy la base principal de la educación, puesto que elevo al hombre sobre el nivel de los demás, sacándole de la triste condición de la ignorancia. Le sirvo de aya refiriéndole los acontecimientos pasados, con lo que puede calcular el porvenir: soy su mejor guía para viajar, pues lo llevo como de la mano a los más remotos países, conduzco su imaginación hacia otros mundos desconocidos, y su más fiel amiga porque le evito el más pernicioso vicio: el de la ociosidad.

La Escritura expuso: ¿Por qué se me disputa el primer puesto, siendo como soy la primera de

las invenciones humanas y la artista por excelencia? — Sin mí, no tuvieran vida la lectura, la idea, el telégrafo y otras invenciones, porque para que el hombre las posea, dióme primero la existencia. Yo eternizo sus ideas, soy el alma del comercio, la pintura de lo pasado, la regla de lo futuro, y la mensajera de su pensamiento.

La Imprenta sonrióse maliciosamente, diciendo: Hija de la civilización y el progreso, a ellos debo mi fuerza y mi poder. ¿ De qué servirían a la humanidad la escritura, la luminosa idea y las invenciones si habían de permanecer encerradas en un estrecho círculo? A mi potente voz sucumben los tiranos y tiemblan los reyes en sus tronos. Soy joven y ya he asombrado al mundo entero con mi popularidad, hablando el lenguaje de la ciencia al entendimiento humano, en todos los idiomas, a la diversidad de razas, en apartados climas y a todas las clases sociales.

La Fama, entonces, falló: Concedo la preeminencia a la última de las tres potencias, considerando que, por medió de la palabra los hombres se comunicaron, por la lectura y la escritura se asociaron, y por la imprenta se perfeccionaron en la obra de civilización y progreso.

RAMÓN RAMÍREZ.





NIÑO EXTRAVIADO

DIÁLOGO ENTRE UN NIÑO IGNORANTE QUE SE HA EXTRAVIADO Y UNO QUE QUIERE GUIARLE

IME, al momento, de qué ciudad o de qué aldea eres tú.

—Yo no soy de ninguna ciudad ni de ninguna aldea.

-Esto sí que es cosa rara: sin embargo, tú vivirás en alguna parte.

—En mi casa, que está en el bosque, cerca de la aldea.

- -¡Ya! Pero ¿cómo se llama la aldea?
- —¡Ah! la aldea... se llama... la aldea. Así la llama siempre mi madre. «Dan las doce en el reloj de la aldea», suele decir; o bien: «Mañana iré contigo a comprar pan a la aldea».
 - -Pero ¿cómo se llaman tus padres?
- —Mi padre se murió ya, y a mi madre la llaman generalmente Teodora.
 - -Su nombre será Teodora; ¿ pero y su apellido?

—No tiene más nombre ni apellido que Teodora, y ella misma me decía muchas veces, «que no se debe llamar a las gentes por otros nombres, porque es muy feo poner apodos».

SCHMIDT.





RUMORES DE LA MAREA

(LO QUE CHARLAN LAS OLAS)



sitio donde rebullirse con tantos buques como atracan al muelle! Vaya, es preciso estirar un poco las ondas... Compañeras, ¿os venis a la playa?... Hoy

sopla ventolina y estará aquello a pedir de bañistas.

- -Vamos adonde se os ponga en las burbujas.
- —Pues orza... Rugu... rugu... ¿Por qué os paráis? ¿os da la calma chicha?
 - -Es que se acerca un bote...
 - —¡Eh! dejaos ahora de monerías.
- —Si os entretenéis en rizar estelas de espumas detrás de las quillas y en salpicar de perlas los remos, nos va a sorprender el reflujo en el camino y adiós ribera.

- —Bueno, bueno...; Como es costumbre! y qué mal se resbala por aquí con tantas algas...
- —; Os parece que fondeemos en el pueblecito de los castaños, que tiene una rada natural muy hermosa?
- —Rugu... rugu... Sí... Sí... ¡Vaya un remazo que me han descargado los de esa lancha en las moléculas!...
- —¡Es la falúa de Sanidad, que vuelve de reconocer a aquel vapor que acaba de echar el ancla!
- —¡ Qué hermoso buque! ¡Vamos a besarle el casco!

Pues señor, a este paso no hacemos pie en la playa en toda la tarde. Como nos sorprenda el retorno de los pescadores, nos van a desbaratar y somos perdidas...

—Vamos allá, anda, vamos allá, a ver si atrapamos algún marisco de los flojos... Rugu... rugu... rugu...

ALFONSO PÉREZ NIEVA.





LA ESPADA Y LA CIENCIA



A ESPADA.—¿ Qué poder puede superar al mío? Yo he avasallado pueblos y derrocado monarcas. Con mi acerada punta he abierto al mundo el templo de la libertad, antes inaccesible a la huma-

nidad.

Con los relámpagos de mi ser se han alumbrado las fructificantes ideas de igualdad y de fraternidad.

¡César me amó y Napoleón me adoraba!

¡Yo venci en Farsalia y triunfé en Austerlitz!

Descansemos un poco: ¡descansemos!

La ciencia.—Preguntas qué poder puede superar al tuyo, y te contesto: el mío.

Tú has avasallado pueblos y derrocado monarcas: tú destruyes; yo alivio, regenero y propago. Te jactas de haber abierto con tu punta el templo de la libertad, y aseguras lo que no es cierto.

Yo, yo he sido quien, con mi luz, ha penetrado

en el espíritu del hombre: yo he abierto ese templo.

Jamás el fuego fatuo obscurece al Sol. Dices que tus relámpagos, fuegos fatuos, alumbraron las ideas de igualdad y fraternidad, y es falso también.

Son dos astros con luz propia: son las pupilas de mi ser. No necesitaron de tu luz.

No delires, espada: si César te amaba, si Napoleón te erigía en Dios, tú mataste a César y hundiste a Napoleón.

No delires: tú eres el huracán que azota: yo el aura que acaricia.

Tú el arreo de la juventud y el emblema de la fuerza.

Yo, escúchalo, la diadema de la ancianidad y el emblema de la Omnipotencia.

¿ Quién es más grande?

BARBAU.





LOS JUEGOS Y EL ESTUDIO

JUEGO DE LA ESTATUA

DIÁLOGO ENTRE VARIAS NIÑAS JUICIOSAS Y TRAVIESAS

arlota.—Dime, querida hermanita: ¿ no es verdad que ha dicho Enriqueta que vendría esta noche a jugar con nosotras?

Luisa.—Sí, porque mamá dijo la noche pasada que esta noche iba a casa de la señora de C... con Ángela, y que no habría lección.

Margarita.—Pero, entretanto, podríamos jugar. Luisa.—Yo no quiero jugar hasta que venga Carolina.

Margarita.—¿Y por qué?

Luisa.—Porque tú no sabes; y además prefiero irme a estudiar la lección de dibujo para mañana.

CARLOTA.—Pues yo prefiero jugar a estarme dos horas estudiando historia, que me fastidia y que no entiendo. Luisa.—Pues yo no; porque, según dice mamá, hay que estudiar para llegar a ser como nuestra hermana Ángela, que va á todas partes con mamá, y que dicen que a su edad está muy adelantada. ¿ Quieres venir, Margarita? Te enseñaré los dibujos y te divertirás mientras vienen Carolina y Enriqueta.

Margarita.—Si, si: a mi me gusta mucho ver flores y pájaros, y figuras como las que dibuja tu

profesor; yo también aprenderé a dibujar.

Carlota.—Pues yo jugaré con mis muñecas... Pero

llaman; será sin duda Carolina.

Enriqueta.—Buenas tardes, queridas primas; espero que esta noche jugaremos, porque según dijo tu mamá, debía salir con Ángela.

Carlota.—Mirad, he traído una caja de juguetes que me ha comprado mi mamá, porque dice que la he merecido a causa del premio que me han dado en la lección de música.

Enriqueta—Dí que ha sido porque mamá te prefiere siempre; porque a mí me han dado un premio en historia y en dibujo, y sin embargo nada me ha regalado.

Luisa.—Será porque tú eres mayor que tu hermana; por eso deseo yo aplicarme para que mi

mamá me quiera y me regale.

Carlota.—Pues yo te aseguro que estoy tan cansada de estudiar historia y leer gramática, que si en mí consistiera, no volvería a tomar un libro.

Enriqueta.—Sí; pero de esta manera no llegarias a saber nada: yo, a la verdad, prefiero también

jugar que estudiar; en el colegio dicen que se necesita estudiar para saber algo; pero juguemos.

MARGARITA.—El otro dia dijo Caroliaa que habías aprendido un juego muy bonito: ¿quieres enseñarmelo?

Enriqueta.—Si, con muchísimo gusto lo haré así por complaceros: el juego se llama estatua.

MARGARITA.—Y ¿qué es una estatua, Enriqueta? Enriqueta.—Una estatua es una figura hecha de bronce, de madera o de piedra, es decir, una figura que no tiene vida, como las hay en los jardines.

Luisa.—Sí, el juego de la estatua es muy bonito; yo creo que podré explicarlo: una niña se pone de pie sobre una silla, y cada una de las otras le ordena que haga un movimiento o tome una postura; una dice:—os ordeno que levantéis la cabeza; otra: os ordeno que bajéis la cabeza, que levantéis los ojos al cielo, que toméis la postura de Diana Cazadora o de Ceres en la siega. La estatua se conforma, hasta que una niña caritativa le dice: os ordeno que deis un salto; entonces ya está libre.

Enriqueta.—Perfectamente aprendido: yo no lo hubiera explicado mejor. Aseguro que es muy bonito; pero ¿ no os parece que Ángela estará más divertida que nosotras, porque verá tantas señoritas elegantemente vestidas, oirá tocar el piano y cantar? ¡ Qué deseos tengo de ser mayor para acompañar a mamá!

Carlota.—Yo no sé si Ángela estará mejor que nosotras; lo que sé, es que mi mamá me llevó una noche a casa de una amiga a tomar el te, y me fastidié, porque me trataban como a una niña y nadie hacía caso de mí.

Enriqueta.—Papá dice que las niñas de nuestra edad deben mejor estar estudiando o bien ocupadas en juegos, que no ir a las tertulias; porque es ridículo en una reunión ver a una niña que, o bien quiere hacer el papel de tener más edad de la que en realidad tiene, o bien se fastidia y concluye por dormirse.

Luisa.—Ángela me ha dicho que la otra noche se divirtió mucho, porque tocó el piano y la aplaudieron y además explicó varias cosas de pintura y geografía, lo que hizo que dijeran a mamá que tenía una niña muy instruída y amable.

Carlota.—Por eso quieres tú estudiar, para llegar a nuestra hermanita.

Luisa.—No sólo por eso: es porque dicen que se debe estudiar, y además porque me gusta mucho.

Carlota.—Entonces, ¿ para qué quieres los juguetes? Abuelita que te ha comprado una muñeca tan bonita...

Luisa.—Hay tiempo para todo, y además me gusta tener juguetes para divertir a mis amigas.

CARLOTA.—Gracias, ya vendremos mañana para que nos muestres tu muñeca.

Enriqueta.—¿Y por qué no la he de enseñar esta tarde?



LA ESCUELA DE ALDEA

DIÁLOGO ENTRE VARIOS NIÑOS Y SU PRECEPTOR SOBRE ELECCIÓN
DE UNA CARRERA

oмás.—Mi padre me ha dicho que me aplique, porque si no, no podré ser obispo.
Víстов.—Pues qué, ¿ vas a ser obispo?
Томás.—Sí, señor, voy a ser obispo; lo ha dicho mi padre, y no me falta más

que crecer y ser grande; pero para esto tendré que saber muy bien la gramática y aprender el latín y yo no sé cuántas cosas más.

Victor.—Pues yo no quiero ser obispo.

Tomás. - Entonces, ¿ para qué estudias?

Víctor.—Yo estudio para general; a mí me gusta llevar un uniforme muy bonito, con galones de plata y oro, y mandar a muchos soldados.

Tomás.—¿Y no tendrás miedo a las balas?

Víctor.—Si he de decir la verdad, eso es lo que menos me gusta, pero ya procuraré acostumbrarme a ellas: tengo un tío, que es brigadier, y dice que en las primeras batallas se pasa mucho miedo, pero que después ya no hay cuidado.

Pedro.—Pues yo voy a estudiar para juez, a fin de que en mi pueblo no haya ladrones.

Maestro.—El diálogo que, sin que ustedes lo sospecharan, acabo de oir, no ha dejado de serme grato, porque me demuestra la elevación de pensamientos de algunos de los niños de la escuela, al paso que me disgusta el silencio de otros a quienes parece les preocupa más el presente que el porvenir. Poco puede alcanzar el hombre apático; sin duda alguna, el ambicioso puede ser útil a la sociedad, si su ambición se halla justificada por la superioridad y por el talento. ¿ Conque tú, Tomás, aspiras a ser obispo?

Tomás.—Sí, señor, yo he dicho que quería ser obispo, y bien puede suceder que cuando sea hombre llegue a serlo; mi padre me lo dice, pero para esto tengo que aplicarme mucho.

Maestro.—Bien puede ser que así sea, si las aspiraciones de ahora subsisten los años necesarios, estudiando siempre, siendo virtuoso y sobresaliendo en tu ministerio evangélico. Persevera, amigo mío, y no te desalientes jamás, y en todo caso, confórmate siempre con la voluntad de Dios.

Tú, Víctor, has dicho que ibas a ser general, y tú, Pedro, juez. Todo eso es posible, y yo me alegraré, amigos míos, de que así suceda, pues más fácil es que alcance una alta posición el que aspira a ella, que aquel que no pretende nada. Y vosotros, ¿ qué es lo que vais a ser cuando tengáis treinta o cuarenta años?

Carlos.—Yo no he pensado lo que seré; pero

como mi papá es rentista, yo también lo seré y no tendré necesidad de seguir una carrera.

Maestro.—Convengo en que los que tienen bienes de fortuna no necesiten trabajar para atender a su subsistencia y la de su familia; pero no por eso están libres de trabajar ni de estudiar el modo de ser útiles a sus semejantes.

Carlos.—Bien, yo estudiaré lo que mi papá quiera, señor.

Maestro.—Y tú, Antón, ¿qué es lo que vas a ser?

Antón.—¿Yo?... ¿yo?... nada... un hombre del pueblo... un labrador como mi padre y como mi abuelo.

Maestro. - ¿Y tú, Juanito?

Juanito.—Yo no lo sé, porque como mi padre es tan pobre, no puede comprarme libros ni enviarme a las cátedras. Yo quisiera aprender a tocar el violín, pero no será posible, porque no tengo maestro, ni violín, ni tiempo; pues, cuando sea mayor, iré a servir de criado a algún labrador; esto es lo que me ha dicho mi padre.

Maestro.—Verdaderamente, que aquí tengo reunida una pequeña sociedad de hombres que llegarán a ser útiles a sus semejantes, y por cierto que mucho me alegro de que entre los que estáis aquí, todos pensáis con cordura y abrigáis el propósito de ser muy aplicados.

Ven, ven acá, Roque, a ti también quiero preguntarte qué es lo que vas a ser cuando tengas muchos años. ROQUE.—; Cuando tenga muchos años?

Maestro. - Si, eso, responde.

Roque.—Cuando tenga muchos años... seré... muy viejo.

Maestro.—No es eso lo que te pregunto, lo que deseamos saber es a qué oficio o carrera piensas dedicarte para ser útil a la sociedad el día de mañana.

Roque.—No lo sé, nunca he pensado en eso. Mi padre quiere que sea sastre, pero a mí no me gusta el oficio.

MAESTRO.-Y ¿ cuál es el que te gusta?

Roque.—Cualquiera menos estudiar, porque tengo mala memoria. Pero todavía no debo pensar en eso; cuando pasen algunos años, ya veré.

MAESTRO.-Muy mal hecho, y para que te convenzas de que es preciso pensar en el día de mañana, no tienes más que considerar en el papel desairado que harás entre tus mismos compañeros, los cuales desde hoy van a aplicarse mucho para ser luego hombres de provecho. Aquí tienes a Víctor que quiere ser general, a Tomás que estudia para obispo, a Pedro que aspira a ser juez, a Carlos que es rentista y reunirá las cualidades de un caballero bien educado, a Antón que se contenta con ser un labrador y un ciudadano honrado, a Juanito que prefiere ser artista, y a todos esos niños que también han escogido sus profesiones y desde hoy van a empezar a educarse para desempeñarlas cuando tengan más edad. ¿Qué vas a hacer tú, entonces? ¿Vas a mezclarte entre ellos sin participar de sus legitimas esperanzas?

Roque.—Reconozco, señor, que tengo el deber de pensar a qué ocupación u oficio he de dedicarme pronto, pero no se me había ocurrido hasta hoy, como a mis compañeros; se lo voy a decir a mi padre, y él, que me quiere mucho, me dará su consejo, que yo acataré como hijo obediente.

X.





EL DEDAL PERDIDO

DIÁLOGO SOBRE EL ORDEN

AQUEL.—Préstame tu dedal, Luisa... Nunca puedo encontrar el mío cuando lo necesito.

Luisa.—Y ¿ por qué no puedes encontrar el tuyo, Raquel?

RAQUEL.—No sé por qué; pero si no me lo quieres prestar, se lo pediré a otra persona.

Luisa.—No tengo inconveniente en prestártelo; pero ¿ por qué, siempre que pierdes algo, vienes a pedírmelo prestado a mí?

RAQUEL.—Porque nunca pierdes las cosas, y sabes siempre dónde hallarlas.

Luisa.—Yo te diré el secreto para hallar siempre los objetos que uso diariamente y necesito con frecuencia. Yo tengo un lugar señalado para cada cosa, y después que la he usado, la coloco allí para hallarla en el momento que la necesito.

RAQUEL.—Uno pierde mucho tiempo en tener que arreglar las cosas pequeñas de ese modo.

Luisa.—; Y no crees tú que pierdes más en buscarlas cuando te hacen falta?

Raquel.—Está bien, Luisa. Será la última vez que te pida algo prestado.

Luisa.—; Estás enfadada, hermana mía?

RAQUEL.—; Ah! no. Estoy avergonzada: y te prometo que de aquí en adelante, tendré un lugar para guardar cada una de las cosas que uso diariamente.

A.





EL NIÑO CONTENTO CON SU SUERTE

DIALOGO ENTRE UN NIÑO POBRE, DE NOBLES SENTIMIENTOS, Y UN CAZADOR A QUIEN SALVA LA VIDA

Un pastorcillo llamado Marcelino, al conducir su rebaño por el monte, halló un cazador agobiado de cansancio y que apenas podía hablar, y ambos conversaron del tenor siguiente:

L CAZADOR — Muchacho, me estoy muriendo de hambre y de sed. Ayer vine a cazar en este monte, me extravié y he pasado aquí la noche.

MARCELINO.—En mis alforjas tengo pan y queso; tome, sírvase usted... voy á esperarlo y luego lo voy a conducir hasta una vieja encina, en cuyo tronco hay agua siempre.

EL CAZADOR.—Eres un buen muchacho; me has salvado la vida, pues si hubieras tardado una hora más, me hubieses encontrado muerto. Ahora, deseo mostrarte mi agradecimiento; ven conmigo a la ciudad, soy rico y te trataré como si fueras mi hijo.

MARCELINO.-No, señor, no voy con usted a la

ciudad, porque tengo mi padre y mi madre, que son pobres y los quiero mucho, y ni aun por el rey mismo quisiera yo dejarlos.

El Cazador.—Pero tu casa es una triste choza cubierta de paja, y yo vivo en un palacio de mármol rodeado de columnas magníficas. Beberás en copas de cristal y comerás deliciosos manjares en vajilla de plata.

Marcelino.—Nuestra casita no es tan mísera como usted cree; si no está rodeada de columnas, lo está de árboles frutales y de parras. Bebemos una agua muy clara de la fuente que está al lado; nuestro trabajo nos proporciona el sencillo alimento que necesitamos, y si en nuestra casa no hay dinero, cristal ni mármoles, no nos faltan las flores.

El Cazador.—Ven conmigo, muchacho; también hay en la ciudad árboles y flores. Tengo allí un magnifico jardín con frondosas alamedas y plantas rarísimas; en medio del jardín hay un surtidor del que brotan brillantes chorros de agua; tú no has visto jamás cosa parecida; el agua salta con fuerza por mil puntos y cae formando espuma en un estanque de mármol blanco.

Marcelino. — En el monte somos felices. La sombra de nuestros bosques es, por lo menos, tan deliciosa como la de esas magnificas alamedas; nuestros verdes prados están esmaltados de mil flores; también al rededor de nuestra casita crecen las rosas, las violetas, las azucenas y los pensamientos. ¿Cree usted que nuestras fuentes son menos

bellas que sus surtidores de usted? ¡Si supiera usted cómo me encanta ver salir el agua a borbotones por entre las peñas o caer de lo alto de las colinas para correr luego serpenteando por los floridos valles!

El cazador.—¡Hijo mío, tú no sabes lo que rehusas! Hay en la ciudad colegios famosos en donde podrás aprender las ciencias que quieras; hay teatros en donde se recreará tu oído con el armonioso concierto de la música; hay riquísimos salones en donde asistirás a fiestas espléndidas.

Marcelino.—No, no, señor, no iré a la ciudad. En la escuela de la aldea me enseñan todo lo que es útil y sobre todo el temor de Dios, a honrar a mis padres y a imitar sus virtudes. Es todo lo que necesito. ¿Acaso sus músicos cantan mejor que el ruiseñor o el jilguero? Mi hermana canta y yo la acompaño con la flauta; nuestros cánticos resuenan a lo lejos y el eco los repite. ¡Oh, no! no iré a la ciudad.

Viendo el cazador que eran inútiles sus esfuerzos para llevarse al pastorcillo, le dijo:

El cazador.— ¿ Qué te daré yo, entonces, para mostrarte mi agradecimiento? Toma, pues, esta bolsa llena de oro y plata.

MARCELINO.—¿ Y para qué quiero yo el dinero? Somos pobres, es verdad, pero nada nos falta; si yo aceptara este dinero, me pagaria usted el servicio que le he prestado. Estaría mal hecho, y mi madre me reñiría, pues siempre nos ha dicho que

debemos socorrer a los desgraciados, pero sin interés alguno.

El cazador.—Pues bien, preciso es que aceptes alguna cosa, porque si no, me causarás un sentimiento. ¿ Qué quieres que te dé?

Marcelino.—Si es así, deme usted ese frasco que lleva en la cintura, porque me parece que hay grabados en él unos perros que persiguen a un venado.

En posesión del frasco que le dió el cazador, Marcelino se fué brincando de contento, como los corderos que triscan en la pradera.

BARRAU.





LA SENTENCIA DEL ABUELITO

ARÍA.—¡Abuelito, di a Luis que me devuelva mi libro de muñecos!

Me lo ha quitado diciendo que es suyo.

Vas a ver como tengo razón.

Luis.—Sí, abuelito dirá quién tiene ra-

zón. Ya verá usted como este libro es mío. EL ABUELITO. - Vamos, hijos mios, tranquilizaos.

Decidme, en conciencia, ¿a quién pertenece el libro?

MARÍA Y Luis (a la vez). - ¡Mio!...; Mio!... porque...

El abuelito.—Cada uno de vosotros cree tener derecho al libro, y queréis que yo decida de quién es, ¿no es así?

María. - Sí, abuelito.

EL ABUELITO.—Entonces, cada uno por turno expondrá los derechos que crea tener, y yo daré el libro a quien pertenezca en justicia.

El otro nada reclamará.

Luis.—Dice muy bien abuelito.

EL ABUELITO. Pues bien, hijitos míos, puesto que así lo queréis, voy a fallar en vuestro pleito. Pero. antes, tengo algo que proponeros.

Si queréis venir a sentaros delante de mi sillón, yo mantendré el libro abierto sobre mis rodillas, y los dos podréis leer a la vez. De este modo no habrá necesidad de discutir los derechos de cada uno, y los dos gozaréis del libro. ¿ Qué os parece? Os dejo en libertad para admitir o no mi propuesta que no es un fallo, sino un consejo.

María.—; Pues si abuelito tiene razón!

Luis.—; Esto es mucho mejor!

EL ABUELITO.—Me alegro, todos contentos y pleito terminado. Y ahora que todos estáis satisfechos, oidme con atención.

No olvidéis nunca el consejo de abuelito, porque, entre hermanos, reclamar su derecho es bueno; pero ponerse de acuerdo es mil veces mejor.

(Trad. de A. Correa.)





EL SAUCE Y LA HUÉRFANA

DIALOGO SOBRE EL OLVIDO DE LOS MUERTOS

L SAUCE.—; Qué vienes a hacer aquí, oh joven enlutada!... Todas las tardes, a la entrada del sol, te oigo llorar y gemir sobre esta piedra sepulcral.

La huérfana.—Vengo a mezclar mis lágrimas con las tuyas... Vengo a llorar a una tierna madre que el cielo me llevó. Huérfana y abandonada en este mundo, mi único consuelo es ahora llorar y rogar por la que yo tanto amaba.

El sauce.—Me alegro de verte tan sensible y tan buena. Rara vez soy testigo de semejantes penas.

La Huérfana.—¿Y por qué lloras tú también, árbol sagrado?...

El sauce.—; Ah! yo lloro los muertos olvidados demasiado pronto por los vivos.

Estoy aquí como un guardián que vela, mientras

los difuntos duermen su último sueño; como un centinela, prevengo a los hombres que pronto les tocará a ellos venir a reunirse con los que ya están aquí... Pero ellos no escuchan.

La huérfana.—Son demasiado insensibles a tu voz, lúgubre y lastimera; ellos necesitan la alegría de los placeres que conmueven los sentidos y alejan el recuerdo de la muerte.

EL SAUCE.—¡Ay!... sí, ellos son insensibles. Todos los días veo gente que viene aquí acompañando a su última morada a sus parientes y amigos. Derraman algunas lágrimas, poco sinceras a veces, lágrimas que apenas disimulan el placer oculto de recoger una herencia... No les vuelvo a ver más, y lloro de dolor.

La huérfana.—¡Tú no los ves más!¡Oh, insensibilidad!...¡Oh, ingratitud!¡Ellos olvidan tan pronto a los que los han amado!...

El sauce.—Sí, y yo quedo aquí en pie, para llorar su indiferencia.

A todas horas del día me parece oir de las entrañas de esos sepulcros olvidados, quejidos tiernos y afectuosos que piden plegarias y recuerdos... y nadie responde a su voz desgarradora.

La Huérfana.—Ellos volverán algún día.

EL SAUCE.—Sí, pero será en un féretro y para no volverse. Se les cubrirá con tierra húmeda, se pondrá sobre ellos una fría y pesada piedra. Todo habrá concluído. La indiferencia de hoy será castigada entonces con el olvido de aquellos que los habrán acompañado.

Eso es justo.

Pero tú, ¡piadosa niña!, tu amas tiernamente a tu madre.

La huérfana.—; Cómo no se ha de amar a una madre!...; Ah, no olvídaré jamás a la que me dió el ser! Todas las mañanas iré a ofrecer mis lágrimas y mis sacrificios al pie de los santos altares, y todas las tardes vendré a orar sobre esta humilde losa. He cultivado flores y siemprevivas para adornar su tumba silenciosa, y suspiro sin cesar por la dicha de ir a reunirme con ella en la Patria Celestial.

Sauce querido y sagrado, tú eres el amigo fiel de los difuntos: a tu discreta sombra vendré yo a confiar mi dolor.





NO ES SINO UNA MOSCA

DIALOGO SOBRE UNA MOSCA Y UTILIDAD DEL MICROSCOPIO



н ¡Daniel, no seas cruel; ¡no maltrates a ese animal!

-Qué importa, hombre; ¡no es sino una mosca!...

-Y porque es una mosca, ¿ crees tú que no siente?

-; Vamos! pero todos nosotros pisamos al andar una multitud de insectos, sin cuidarnos de si los matamos o no. Tú mismo no sabes tal vez cuántos de ellos destruirás cada vez que sales de tu casa. ¿Qué mal habría, entonces, en matar una mosca 9

-Es verdad que, sin quererlo, puede a veces suceder que quitemos la vida a algunos insectos; pero eso no es una razón que se pueda alegar como excusa para matarlos intencionalmente.

-Sin duda que no; pero que los matemos ahora o más tarde, no creo que sea un asunto de

grande importancia.

—Parece, Daniel, que tienes un placer en maltratar a los animales. A la verdad que no comprendo cómo puedas tener gusto en ver morir poco a poco un insecto como ése.

-Estos animalitos no tienen sensibilidad, y estoy seguro de que no sufren el menor dolor.

—¿Y por qué te parece que no pueden sufrir lo mismo que cualquier otro animal?

—; Oh! Es claro; porque estos insectos no se resisten ni defienden, ni tampoco tienen sangre en su cuerpo como los animales más grandes.

—Espera un momento; aquí tengo el microscopio que mi buen tío César me ha regalado, y él me ayudará a sacarte de tu error. Mira al través del vidrio de aumento, la mosca que acabas de matar.

—¡Oh! ¿Cómo es eso? ¡Quién lo habría pensado!... Entonces, ¿las moscas tienen sangre?...

—Ciertamente; y ya ves tú como podemos comprobarlo con el auxilio del microscopio. La mosca tiene un corazón y una clase particular de venas y de arterias que conducen y reparten la sangre del corazón a su pequeño cuerpo. Alguna parte de esta sangre es roja; pero la mayor cantidad de ella es blanca o de un color claro como el agua.

—; Pero esto es admirable! Déjame mirar una vez más...

—Con el mayor gusto; mira por todo el tiempo que quieras.

—A la verdad que no sé cómo jamás se me había ocurrido pensar en esto. Nunca creí que la mosca fuera un animalito tan admirablemente formado; y te aseguro que no las mataré en lo sucesivo. Dime, ¿todos los demás insectos se ven tan bien como las moscas con el microscopio?

-No todos. Pero generalmente aparecen mucho mejor que a la simple vista.

- —; Qué interesante debe ser observarlos de esta manera!
- —Seguramente, Daniel; y tengo el mayor placer en poner a tu disposición este microscopio siempre que quieras usarlo. Espero sólo que no olvidarás la lección de que no debemos complacernos en destruir ningún ser viviente.
- —Mil gracias, amigo mío; es verdad que este prodigioso instrumento me ha enseñado que no debo atormentar a ningún animal, aunque sea una mosca...





LA CARIDAD

AGDALENA.—; Qué noche, Virgen Santa!

MARGARITA. — Muy crecido viene el arroyo de la montaña; el sembrado del tío Juan no lo pasará muy bien.

Magdalena.—Ni mañana se podrá llevar el grano al molino; porque, o no molerá, o

saldrá la harina gruesa.

Margarita.—; Ah! Y no es eso lo peor, pues aseguran que esta mañana apareció Juana la pastora helada en el monte, y sus pobres hijos tendrán que pedir una limosna.

Magdalena.—; Oyes, hija?; Las ovejas balan como

si las amenazase algún peligro!

Margarita.—Anselmo debe de estar en el establo; sólo la proximidad de los lobos las puede amedrentar.

Juanito.—Abuelita Magdalena, cuéntenos usted un cuento.

Magdalena.—Hijos, los tiempos van malos, las palabras de los viejos no son oídas, y para nada sirven los buenos ejemplos.

JUANITO Y MARÍA.—; Un cuento, abuelita! ; Un cuento!

Margarita.—Cuénteselo usted, madre; ellos estarán muy quietos y escucharán con atención: el que enrede o se duerma, irá a la cama sin cenar.

MAGDALENA.—En la aldea inmediata y en el mismo sitio que ahora ocupa la capilla de la *Aparición*, había hace tiempo una pobre casa, habitada por la familia de un honrado labrador.

Era, cuando pasó lo que voy a contaros, una noche tormentosa de invierno; y la familia, agrupada al amor del fuego, esperaba para cenar la vuelta del amo de la casa, que había ido a cuidar de que nada faltase al ganado.

Juanito.—Como nuestro padre.

MAGDALENA.—Dieron un golpecito a la puerta, la que, una vez abierta, dió paso a una mujer con un hermoso niño en los brazos, que pidió permiso para pasar allí la noche.

Cuando ella se presentó en el umbral, un vivo

resplandor iluminó la estancia.

La mujer y su hijo fueron acogidos con agrado por aquellas pobres gentes, y cuando el jefe de la familia volvió de su tarea, les ofrecieron de cenar.

Después improvisaron cerca del hogar una cama para ellos, y se despidieron, deseándose mutuamente paz y reposo.

Al día siguiente, se despidió la pobre mujer colmando de bendiciones a los compasivos labriegos.

En adelante, llovieron los beneficios sobre aquella casa, pues era la Virgen Santisima la que, bajo el aspecto de una pobre, había recibido hospitalidad en ella.

Juanito.—; Cómo quisiera yo que anduviera todavía la Virgen por el mundo!

Magdalena.—Ya oíste la otra mañana al señor cura, cuando dijo que la limosna que dábamos a un pobre, la agradece Dios como si se la diésemos a Él o a su Santísima Madre.

JUANITO.—Pues yo di al dia siguiente el pan de mi almuerzo a un pobre, y cuando volvi a casa creyendo que la bolsa de mis avellanas se hubiese llenado, me encontré con que mis hermanos se habían comido la mayor parte de ellas, mientras yo daba mi almuerzo.

Margarita.—¡Calla, tonto! ¿Sabes tú si Dios te libró aquel día de algún peligro, por tu buena acción?

¿No oíste también al señor cura que dijo que Dios mira más a la voluntad del que da, que a la dádiva misma; y que le era más grato un trozo de pan ofrecido con corazón sencillo, que las mayores riquezas ofrecidas con ostentación?

Cuando des, no lo hagas nunca con mira interesada: da con el solo propósito de hacer bien y de agradar a Dios.

No olvides, además, que hay otra vida y que aqui debemos sembrar para recoger en el cielo

EMILIA MIJARES DE REAL



DESDE QUE SE FUÉ MAMÁ

(MONÓLOGO)

Al señor José M.ª Aubin, respetuosamente.

Al fondo del escenario una puerta que comunica con un cuarto o un patio, estará cubierta con cortinas desgarradas; en la habitación donde se desarrolla la escena, una pequeña cama cubierta con diversas piezas de ropa; en el centro una mesita con libros, cerca de ella un cajón hace el oficio de silla. La pieza tendrá un aspecto pobre y desordenado.

Norié, el canillita, estará vestido con un traje muy descuidado, presentando, sin embargo, aspecto simpático.

Una correa sujetarà los diarios.

Al comenzar la escena se oyen gritos y golpes que parten del interior. Norié aparece agitado y con los diarios en desorden, cierra con violencia la puerta, da vuelta a la llave y tira los diarios a un rincón.

(Con indignacion). ¡No quiero! ¡no quiero! y ¡no quiero! Ya estoy cansado de vivir esta vida de injusticias. ¿Quién es ella y qué derecho tiene para golpearme? (Camina siempre agitado.)

Su perro y su gato tienen más suerte que yo; para ellos hay alimentos, para ellos hay caricias, para mí... para mí, nada.

Mi deber (con energia), es levantarme a la mañana bien temprano aunque sople el viento que corta la carne,

aunque llueva a cántaros, por más crudo que sea el invierno o ardiente el verano; mi obligación, es vagar por las calles, sin abrigo... (con pena y despecho). ¡ Que digo sin abrigo!... Con unos andrajos que no cambian con las estaciones como no sea para estar más agujereados cuando más falta hace que estén sanos!

Yo corro de aquí para allá, sin descansar un momento, grito hasta desgañitarme, me fatigo, me canso... y luego cuando llego a este infierno... (con resolución) si la bruja que lo habita quiere más dinero del que traigo,—y eso ocurre siempre,—son sus garras las que me acarician, sus gritos los que me conmueven, sus palos los que me alimentan!

(Se sienta en el cajón y reflexiona). Ésta es la más miserable de las vidas. Trabajar y no tener siquiera idea de lo que es la libertad, pregonar a voz en cuello: ¡La Prensa!, ¡La Nación!, ¡El Diario!, y no poder leerlos porque ése es un crimen que se castiga severamente en esta casa; correr detrás de las personas y de los vehículos como si se corriera detrás de un ideal, y después de alcanzar el centavo perseguido venir a recibir como premio el ultraje a la dignidad del hombre...

Sí, porque el hecho de que yo sea un chiquilín no quiere decir que no sufra al ver pisoteados mis derechos.

Yo no quiero que crea esa mala mujer, que estoy dispuesto a soportar sus caprichos... ¿Es que, acaso, el mendrugo de pan que recibo y este miserable cuchitril no están bien pagos con lo que yo gano? (Se detiene).

¡Al fin!...; quien sabe si yo no lo pasaría mejor durmiendo como Pepe y Guitarrita en los umbrales de una puerta! (con suavidad). Acaso la noche ¿no es más amante, ya que nos cubre a todos por igual?

(Pensativo). Ella, siquiera, es justa. Ella, siquiera nos muestra a todos su Luna, sus estrellas; ella nos

hace pensar que vale la pena ser bueno!...

Dicen que al bueno lo premian; pero yo veo que a veces, al bueno lo convierten en malo y le cambian el corazón por el mendrugo duro que le arrojan para que viva...; Cuántas veces he pensado en vengarme de esta infame que me maltrata y me abruma!

Yo (con seguridad), podría hacerlo de muchas maneras. ¿No sería acaso divertido hacerle pasar un mal momento? ¡cómo que sólo se ocupa en charlar con sus vecinas, yo podría cerrarle las puertas... llevarme la llave y dejarla encerrada... fuera (con burla). Habría rabieta segura.

A su regreso del mercado y en un descuido nada me costaría poner a su querida *Mimi* y a su adorado *Ton-Tín* en comunicación con sus provisiones, o podría hacer desaparecer a sus mimados, y entonces... habría lágrimas, desmayos y pataleos (acompaña lo dicho anteriormente con ademanes convenientes). ¿ No sería gracioso disponer su cama de tal manera que a la noche cuando fuera a descansar su enorme persona (remeda el andar de una persona obesa) ¡ pataplún! se viniera con su cama abajo?... ¿No se fastidiaría bastante si yo me las arreglara para que el puchero saliera dulce y el mate salado?

Todas éstas y otras muchas (con convicción), son diabluras que yo podría realizar fácilmente y que si se repitieran a la par que sus palos le harían pasar una vida desagradable... y a mí también ¡claro!

Pero no quiero vengarme, el que se venga es ruín, es indigno; hay que perdonar el mal que se nos hace porque así lo decía mamá. ¡Mamá! (con pena) ¡Oh, mamá! si tú vivieras, yo sería feliz, si estuvieras conmigo en aquella casita tan limpia y tan clara, si me acompañaras como antes a la escuela y me enseñaras a hacer mis deberes...!

(Se sienta en el borde de la cama y se toma la cabeza con las manos, así permanece un momento; pasa su mano por la frente y continúa):

Desde que te fuiste ; qué largos me parecen los dias! ¿Por qué me dejaste solo, tú, que me querias tanto?

¡Que feliz era antes cuando me besabas y me llenabas de caricias, cuando me contabas cuentos y me abrigabas en mi camita blanca!

¡Oh! tus besos, mamá (con desesperación). Después que tú te fuiste, nadie me besó más, nadie me llamó ¡hijo mío!, nadie me miró al pasar... Soy para todos el canillita, el chico errante, el indiferente. (Se deja caer sobre la cama y los sollozos lo agitan. Después de un momento levanta la cabeza y se enjuga las lágrimas).

¿Por qué se mueren las madres y no se llevan

sus hijos?

Ella no me pegaba; jamás se enojaba y vo era siempre bueno... Después... después, estuvo en su lecho sin levantarse, y tosia mucho, y yo... siempre a su lado! ¡Que besos más tristes me daba entonces mamá! (llora y enjuga sus lágrimas). Y cuando se

murió todos decían: ¡Pobrecito! ¡Desgraciado niño...! pero la llevaron; desde entonces yo no la vería más, y pasada esa hora, la más negra de mi vida, nadie se acordó de mí; mamá se fué para siempre y yo me quedé para llorar su ausencia. ¡Al hijo que se queda sin su madre, deberían arrancarle el corazón! (Se levanta y camina).

Cuando estaba muy enferma me dijo que debía ser bueno y atento siempre, para hacerme agradable, me hizo prometer que no dejaría que crecieran en mi pecho ni envidias, ni rencores, ni egoísmos, por eso perdono!

Si mamá me ve desde el cielo, como dijo, sabrá que pienso en ella y que he sido obediente y fuerte, que no lloro cuando me pegan sino cuando me acuerdo de ella; porque siempre me repetía (sentenciosamente): ¡Los hombres no deben llorar! y yo, ya soy un hombre, porque trabajo.

No es cobarde el que llora por su madre, pero si el que se deja golpear sin merecerlo; yo no quiero que me peguen, por eso me iré de aquí.

(Elige algunos libros de la mesa, toma uno). En éste me enseñó a leer mamá (lo besa).

(Toma un pañuelo grande del cajón de la mesa, lo extiende en el suelo y va sacando de la cama algunas piezas de ropa que coloca en el, junto con los libros: arrodillado mientras hace el paquete, habla).

Viviré en la calle, tendré frío, pero seré libre; no tendré abrigo, pero el cielo nos ampara a todos; no tendré hogar, pero el mundo será mío! (ata las puntas del pañuelo). Seré libre como los pájaros, a quienes no sujetan porque si los encierran se mueren de tris-

teza (coloca el atado sobre la mesa); libre como el viento, libre como el sol.

Nadie se burlará de mí (arreglando los diarios que habia tirado) porque lea, ni porque escriba, ni porque piense, nadie dominará mi pensamiento ni mi corazón. (Se coloca la correa con los diarios).

Mamá me mirará desde esa estrella que tanto quiero porque me parece su alma y me verá desgraciado, pero digno; andrajoso, pero honrado; preso por la miseria, pero libre como la luz...!

¡Mamá! (eleva sus manos implorando) me voy, pero no solo; tú me acompañas; tú, que estás en el cielo... no te olvides de mí. Ámame como antes, mucho... mucho, para que yo sea bueno como lo eras tú!!

¡Mamá! (se arrodilla) a ti elevo mi plegaria de dolor, mi pedido de consuelo!

(Se enjuga las lágrimas. Se levanta, toma su paquete, espía por la puerta, la abre con cuidado y se va).

MATILDE R. AYERBE





LA RIDÍCULA MARIANA

Personajes:

Mariana, 17 años, hija de Doña Josefa, 55 años. Julián, primo de Mariana. Mr. Canet, fabricante.

Sala pobre. Puerta al foro y otra lateral. Una mesa de labor en el centro.

ESCENA PRIMERA

Mariana (leyendo un periódico).—"El diputado señor Pérez contestó al ministro de Hacienda que el recargo sobre las contribuciones no mejoraría la situación ni aumentaría los ingresos, sino que, por el contrario, agravaría la una y disminuiría los otros, ya que el comercio y la industria, no pudiendo soportar las nuevas cargas, dejarían, al arruinarse, de pagar las nuevas y las antiguas". ¡Bien contestado! ¡muy bien! Y aun pudo el señor de Pérez reforzar el argumento con otras razones breves, pero claras y precisas, y, ante todo, convincentes. (Perorando con énfasis).

Sí, señor, hubiera dicho yo al gobierno. Si se quiere aumentar el presupuesto de los ingresos, se puede, pero no por el camino de mostrarse intransigente con el comercio y la industria, que son los únicos bienes de que las naciones gozan; y aun cuando eso se intente, hay un medio, sí, señores, hay un medio; pero ése no está en acordar recargos para lo propio; ahí tiene el gobierno otros recursos con que procurarse debe el superávit que busca. (Dando un puñetazo sobre una mesa de labor y tirándolo todo).

¿No están ahí los aranceles? Pues recargue los productos extranjeros. Más prudente es esta forma y más práctica. No espero que me conteste Su Señoría con otra argucia de que usar suele. Me hablará de las materias primas, pues bien, espere, que a eso voy (pausa). ¡Oh! Sí, señores. Es preciso que se observe que las materias primas...

ESCENA II

DICHA Y DOÑA JOSEFA

Doña Josefa (interrumpiendo a Mariana).—Pero, hija, ¿qué te sucede? Una hora hace que te aguardo allá dentro, pero ni vienes como te dije a coser la

ropa.

Mariana.—; Bah! Me enfurece esta conducta insensata con que arruinarnos pretenden. Las naciones, según dijo ya Aristóteles y vienen confirmándolo mil sabios con razones excelentes, son al cabo cual las casas a lo que toca a su régimen. La norma de su conducta escrita se halla en sus leyes; pero ni Solón, ni Licurgo, ni Pericles, ni Artajerjes negaron que los preceptos más sabios...

Doña Josefa (bruscamente).—Calla, si puedes. Siempre estás hablando recio de lo que menos entiendes. ¿Qué te importa a ti, mujer, de los públicos papeles, ni del gobierno? La casa está abandonada siempre y lo que mi edad impide que haga, queda sin hacerse. ¿No te da vergüenza, hija? ¿No es misión de las mujeres?...

Mariana.—No me salga usted con esas cosas. La mujer tiene deberes nacionales como el hombre. ¿No ha habido reinas cual reyes, y aun mejores? El progreso humano, ¿ puede oponerse a que la mujer conquiste lo que al fin la pertenece?

Doña Josefa.—Al fin te hará desgraciada ese afán de entrometerte en todo. No me disgusta, ni podría yo oponerme a que te ilustres y leas todo lo que tú quisieres. Instrúyete, sí, hija mía; pero sé a un tiempo prudente y discreta y hacendosa, que lo uno a lo otro no empece. Cuida de la casa.

Mariana.—Cuido lo preciso.

Doña Josefa.—No contestes. Está todo abandonado.

Mariana.—Ahora mismo iré a coser. No se apure ni se inquiete por eso.

Doña Josefa.—Lo que me inquieta es el que tú no comprendes lo que te importa saber escuchar. Impertinente es a todos la que, aun siendo sabia, nunca puede estar callada y en todo audaz intenta meterse. Habla poco y jamás hagas alarde de lo que pienses y lo que aprendas. La ciencia, suponiendo que la tengas, que lo dudo, cual tesoro pre-

ciado debe esconderse, para aplicarla después cuando sea oportuno.

Mariana.—; Quiere que me esté siempre callada? Doña Josefa.—No; pero, sí, que no intentes demostrar a todo el mundo que eres más sabia que Lepe. El saber no se pregona, sino que da a conocerse sin bullas y con prudencia. ¿Crees que al hablar a las gentes como las hablas, acaso de tu genio, las convences? Pues estás en un error, porque al encontrarte siempre tan petulante, se apartan de ti y por loca te tienen.

Mariana.—¡Antiguallas! ¿Habrá quien mis talentos no penetre, al ver cual yo que para todos los problemas más urgentes hallo sabias soluciones con que puedan resolverse en un momento? ¿Habrá quien dude de lo que me debe, al ver que abarco las ciencias más contrarias? ¿Si no fuese por mi ciencia, salvaríamos este mal que nos conmueve? He de buscar un empleo. Usted sabe los reveses que hemos sufrido. Pues bien; si yo instruída no fuese, ¿tendríamos ni la esperanza de hallarlo?

Doña Josefa.—No. Me parece con todo, y es lo que temo, que tu afán incontinente de lucir tu gran talento puede muy funesto serte. En fin, te di mi consejo; obra tú como quisieres. Hoy ha quedado en venir, según mi hermana me ofrece, el dueño de una gran fábrica que para el despacho quiere una joven instruída, que bien los libros le lleve. Estás muy recomendada y sólo vendrá por verte y estipular el salario que ha de darte si convienes a sus fines.

Mariana.—Verá usted que pronto, cuando se entere de mi saber, no me deja escapar, aunque le cueste mi sueldo dos mil pesetas por mes.

Doña Josefa.—Justo es que moderes tu petición y que no hagas de las tuyas.

Mariana.—Usted déjeme.

Doña Josefa.—Bien; será lo que tú quieras, mas mira que no consiente nuestra miseria esperar mucho el remedio.

MARIANA.—Bien. (Suena una campanilla).

Doña Josefa.—Debe ser él. Voy a abrir. (Vase).

MARIANA (tomando precipitadamente un libro y haicendo ver que lee).

—Yo, a leer. Que vea que me sorprende con Estrabón en la mano y sepa cuál es mi suerte.

ESCENA III

Mariana, Doña Josefa y Julián

Doña Josefa (entrando con Julián).—Pasa, Julián (a Mariana). Mira, mira, Mariana, qué mozo viene.

Mariana (deja de leer y se levanta con alegría). —; Primo! ; Tú aquí! ; Qué sorpresa!

Julián (dando la mano a Mariana).—Prima, al fin el cielo quiere que nos veamos.

Mariana.—¡Jesús! ¡Y cuánto tiempo sin verte y sin noticias.

Julián.—Amiga, quien hoy de tan lejos vuelve nunca os olvidó.

Doña Josefa.—; Has llegado?...

Julián.—Esta mañana. Ha dos meses que salí de Veracruz.

Mariana.—¿Has debido detenerte en algún punto? Julián.—Sí, tuve en Cádiz que estarme trece días para asuntos varios relativos a intereses. (Se sientan todos).

Doña Josefa.—Vendrás rico:

Julián.—Sí que traigo buena fortuna.

Doña Josefa.--Así alegre te vea toda la vida.

Julián.—Vaya, mil gracias; ¿y a ustedes cómo les va?

Doña Josefa.—Ya lo ves que nos va bien malamente. Desde que murió Fernando no salimos de reveses.

Mariana.—Ya sabrias...

Julián.—Sí, ya supe la desgracia.

Doña Josefa.—Pues comprende que viviendo él del trabajo, como vivía, a su muerte nada dejó. Cuatro alhajas que yo tenía y papeles y libros que ni un prendero de balde llevarlos quiere. Nos sostuvimos así hasta ahora; más porque cese nuestra penuria, Mariana va a colocarse, si puede, en el escritorio de un gran fabricante, que tiene necesidad de una joven laboriosa e inteligente.

Mariana.—Creimos que fuera él al llamar tú.

Julián.—Me conmueve la conducta de Mariana, y ese acto no desmiente mi opinión. Es buena hija. Eso sólo ya merece todo galardón, y si ella dueño mejor no pretende, nuestras almas y fortunas unidas queden.

MARIANA. -; Fortunas?

Julián.—Sí, que fortuna son belleza y virtud. Doña Josefa.—Tiene todavía pocos años. Julián.—; Cuántos?

Doña Josefa.—Cumplió diez y siete el mes pasado. Julián.—Pues bien, no ha de ser tan de repente el negocio y aun un año será justo que yo espere. Así nos conoceremos los dos nuestros caracteres.

Mariana.—Gracias, primo. Yo obedezco lo que mi madre me ordene.

Doña Josefa.—Yo, hijos, estoy conforme con vuestra dicha.

Julián.—Pues dejen de lamentarse. Yo tengo ya treinta y cinco y conviene a mi edad tomar estado, y pues hoy mi buena suerte me deparó esta ocasión, no está mal la aproveche. Ahí es nada en estos tiempos, aun siendo muy diligente, hallar esposa de prendas estimables!

Mariana.—Se agradece la intención de tus palabras. (Con petulancia). Bien veo, primo, que eres hombre de cabal cerebro y así no extraño que pienses con tal tino. En cuanto vi tu ángulo facial, in mente me dije: He aquí un talento. Es seguro que tú tienes muchas circunvoluciones cerebrales.

Julián (aparte, con extrañeza).—; Qué solemne lenguaje! Mariana.—Si, bien se ve desde el labio hasta la frente, y desde el oído al labio la cantidad que contiene tu cráneo de masa gris, y es, según ello, evidente, que sin grandes secreciones, que la función entorpecen del pensar y el conocer y hasta del sentir a veces, puedes llegar hasta el genio, es decir, que siempre pensarás bien aunque puedes pensar mal por accidente. El centro nervioso...

(Se oye otra vez la campanilla).

Doña Josefa (levantándose). -; Llaman?

MARIANA. - El fabricante.

Doña Josefa.—Que no entre, ya no es preciso.

Mariana —Sí, sí. Quiero hablarle, quiero verle y así Julián formará juicio de mí. ¿A qué me ofrece por servirle, lo que quiera?

Doña Josefa. —Abriré. (Saliendo y por Mariana). ¡Qué im-

pertinente!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS Y MR. CANET

Canet (entrando).—A sus pies, señoras mías. ¿Doña Josefa de Vélez?

Doña Josefa.—Servidora.

CANET.—Yo venir a conoser a mi...

Doña Josefa.—Siéntese.

Canet (sentándose).—Mersi bien. La señorita de contas que me conviene pur le comptuar de mi grand fabricasión de allumetes que acabo de estableser en la siudad, ¿ es presente?

Mariana.—Sí, señor; yo soy y usted verá pronto, si me atiende, que, aunque parezca inmodestia, mal dirigido no viene. (Con entasis). La fabricación de fósforos es, amigo mío, fuente de riqueza. Los estados ricos, como los franceses, los estancan, y otros, como en nuestra patria sucede, sujetan a monopolio su producción, y de esto depende que el consumo sea inmenso, y, por eso, fácilmente, al Tesoro Nacional recursos sanos ofrece. Hoy aquí, las arcas públicas muy pingüe ganancia obtienen

con este impuesto y aun quedan muy bien como remanente o ganancias a la casa de la Junta que posee el monopolio, millones, después de dar puntualmente y algún tanto exagerado, el tal impuesto. Sucede, además, que el monopolio quita todo concurrente. La importación italiana que era ya...

CANET.-Moá no comprende tanto parler.

Mariana.—He dicho esto, y la molestia dispense, para que vea que yo estoy en todo; y en cuanto a hacerle relación circunstanciada del modo que se procede a su fabricación, yo se la daré cual quisiere, que sé muy bien, cómo la materia fosforescente, una masa blanquecina que de ordinario extraerse suele de materias úreas y aun más generalmente de las óseas, es materia que un Bradt, en Hamburgo, célebre, descubrió en el año 1669, y que un siglo después, Ghan, obtuvo más fácilmente por nuevos procedimientos.

CANET.—Madame, no se moleste.

Mariana.—No hablaré a usted más del fósforo, porque usted lo que pretende es hallar una persona que los cálculos *penetre* y domine de las ciencias exactas cuánto contienen, y Pitágoras y Newton en la inteligencia lleve.

Pues bien; Newton que explicó por profundísimas leyes de universal gravedad las misteriosas corrientes...

CANET (desesperado).—Madamuasell, por San Luis... Yo no querer bachilleres, ni cotorros.

Mariana.—¿ Qué me da por servirle?

CANET (levantándose),—Ni un pesete. Me voy que mi tiempo es orro. ¡Qué diable de muqueres! (Vase).

Julián.—Y yo me marcho también.

Mariana. -; Volverás?

Julián. - ¡Sí! la semana...

MARIANA. -; Qué?

Julián. - Que no tenga jueves.

MARIANA. -; Qué dices?

Doña Josefa. -; Te sientes malo?

MARIANA. -; Oh! Si son esos franceses...

Julián (con gravedad).—Son como todos. No gustan de petulantes sandeces. Tampoco a los españoles nos gustan. Vaya, que ustedes lo pasen bien. Quedan libres de obrar cual les conviniere. Yo retiro mi palabra antes de que se me indigesten Pascal y Newton, Pitágoras y todo el cortejo ese de sabios con que mi prima quiere obsequiarnos.

MARIANA (desesperada).—Detente.

Doña Josefa (a Mariana).—; Ves, hija, ya el resultado de tu manía?

Mariana (humilde).—Si, tienes razón, Julián; soy muy necia, ahora lo comprendo. Vete. Merezco la humillación y el castigo. (Llora).

Julián (acercándose a ella).—Si prometes corregirte y no ser más petulante e impertinente, yo te perdono y mantengo mi palabra.

Mariana.—; Si! ; sí! ; créeme! Estoy bien arrepentida. Ahora veo que se debe ser de otro modo, y seré como me aconsejas.

Julián.—Vuelve a la alegría.

Doña Josefa.—Discretas deben ser siempre las mujeres, aunque se crean sabias; que la más inteligente, si es presuntuosa, no logra más que burlas y desdenes.

Mariana (al público).—Y perdonad nuestras faltas, que aquí se acabó el sainete.

TELÓN

FRANCISCO PÍ Y ARZUAGA.





UN MAL CONSEJO

Personajes:

La Srta. María, directora del Colegio. Francisca, alumna. Agustina, alumna. Varias Alumnas que no hablan.

El teatro representa un jardin, que figura ser del Colegio

ESCENA PRIMERA

FRANCISCA Y AGUSTINA

AGUSTINA.— ¿Sabes, Francisca, que la severa penitencia impuesta a estas niñas me ha impresionado mucho?

FRANCISCA. - ¡ Bien merecida la tienen!

Agustina.—¡Caramba, qué corazón tan duro tienes! Yo no puedo vivir tranquila pensando que hay, cerca de mí, quien vive privado de libertad y a pan y agua.

Francisca.—Me tratas injustamente, atribuyendo a mi corazón una cualidad que no tiene.

No soy dura, soy justa; y por eso el pesar de la víctima me conmueve más que el de las culpables.

AGUSTINA.—¿Tanto es de compadecer la víctima, como le llamas tú, para que todo el mundo se interese por ella hasta la exageración, cuando sus padres, que son muy ricos, podrán, con un puñado de dinero, reparar el mal?

Francisca.—¿Así lo crees tú? Pues dí, ¿cómo se compensan los afanes de la pobre Teresa, cómo la satisfacción de contemplar concluída una obra difícil y de poder decir: "Este es el fruto de mi perseverancia"?

¡Una labor tan hermosa! Un bordado preciosísimo que debía figurar en la exposición que nosotras preparamos para la distribución de premios, y con el cual debía cubrirse un frontal para el nuevo altar de la iglesia del Sagrado Corazón...

¿No presenciaste la aflicción de nuestra pobre amiga, cuando al abrir el armario para sacar la hermosa labor que había recién concluído, y que nuestra directora deseaba mostrar a varias señoras, encontró, en vez de la obra tan pacientemente trabajada, un montón de cenizas?

¿La viste en aquel momento, y te atreves a compadecer a las culpables, cuya acción no tiene atenuación posible, porque revela la más refinada envidia y la más negra y ruin maldad?

AGUSTINA.—¡Con qué elocuencia te expresas! Y... he de decirtelo: no me gusta tu Teresa, es una insulsa.

Por mi parte, voy a pedir a la directora el perdón de las culpables, porque, francamente, me siento humillada al pensar que hay compañeras mías sujetas a un castigo que conceptúo degra-

dante. ¿No las has visto?

Francisca.—Yo no, ni ganas, y he de decirte que, en mi concepto, se han rebajado mucho con su deplorable acción.

Agustina.—Te noto harto despreciativa; yo no

tengo tu orgullo.

Francisca.—Es que apreciamos las cosas de muy

diferente manera, Agustina.

Yo creo que me rebajaría colocándome al nivel de las culpables; advirtiéndote, que no es su persona, sino su acción lo que me inspira desprecio.

AGUSTINA.—Pues yo, que no soy tan rigida, pienso de otro modo; y como yo, piensan muchas; tanto es así, que ya somos seis las firmantes de la petición que, hoy mismo, presentaremos a la directora, solicitando sea levantada la penitencia a las que la están sufriendo.

Francisca.— ¿Y qué pensará la pobre Teresa, si

se perdona a esos dos seres malignos?

AGUSTINA.—; Tú no piensas sino en Teresa! Y si yo te demostrara que hay alguna mucho más culpable que las dos compañeras que a tan dura penitencia están sujetas, ¿ qué dirías?

Francisca.-¿Qué quieres decirme con eso?

AGUSTINA.—Este es mi secreto, que no revelaré por nada del mundo, porque yo no he nacido para delatora.

Francisca.—¿Han sido quizás impulsadas por otra a cometer su reprochable acción?

Agustina.—No me pidas que hable, ; por Dios! Demasiado he dicho.

ESCENA II

FRANCISCA — AGUSTINA — LA SRTA. MARÍA — VARIAS ALUMNAS

La Srta. María.—Pero yo, que casualmente he oído sus palabras, le exijo a usted que me dé una explicación:

Ha dicho usted que existía una persona más culpable que Honorina y Valeria; ¿quiere usted decirme su nombre?

Agustina.—; Oh, nunca, señorita! Jamás me deshonraré denunciando a mis compañeras.

SRTA. MARÍA.—¿ Ignora usted que hay casos en que es un deber declarar lo que se sabe y que, en estos casos, declarar no es hacer una denuncia, sino prestar un servicio?

Si es poco digno descubrir un secreto sin provecho para nadie, la rectitud de conciencia obliga a denunciar a los seres malignos y peligrosos, a fin de que no causen nuevos males.

Yo supongo que en este asunto, que a todos tiene entristecidos, se trata de alguna mala consejera, y yo intimo y, si es necesario, ordeno a usted que me la nombre, siempre que usted esté segura de su culpabilidad.

AGUSTINA.—; Oh, perfectamente segura! Como usted sabe, señorita, el hecho ha ocurrido a las dos de la mañana. A lás cinco y media me desperté. Estrella se preparaba para partir.

Srta. María.—¿Estrella estaba mezclada en el asunto?

Agustina.—Ella es la única instigadora. Como era muy temprano, no sospechó que nadie estuviera despierta, por cuya razón no tomó muchas

precauciones.

Ya vestida, se dirigió a las camas de Honoria y de Valeria que, como usted recordará, están una al lado de la otra, y bajo, muy bajito, les dijo:
—"¿Os ha ido bien?—Muy bien, contestaron; todo el mundo dormía. Nada queda ya de tan hermosa obra.—Tomad, dijo Estrella; he aquí vuestra recompensa.—¡Qué hermoso collar, qué linda sortija, han añadido ellas.—Escondedla pronto; la insulsa se levantará a las siete. Cuando ocurra el golpe teatral, yo estaré ya muy lejos... Adiós... me esperan." Las besó y partió.

SRTA. MARÍA.—; Qué triste relación! ¿ Conque es Estrella el genio maligno que ha inspirado obra tan baja, y la ha hecho realizar en el mismo instante en que partía, poniéndose al abrigo de toda res-

ponsabilidad?

¡Qué bajeza! Yo no tengo ya sobre ella autoridad alguna; pero crean ustedes que si no puedo castigarla, Dios se encargará de hacerlo, inspirándole amargos remordimientos.

Pero quiero aprovechar la circunstancia para hacer notar a Agustina el error en que está sumida, y para declarar que, en este asunto, estoy completamente de acuerdo con el modo de pensar de su contradictora.

Teresa, es una alumna como yo desearia que fuesen todas: buena, dulce, cuidadosa.

Algunas de sus compañeras la creen orgullosa, pero se engañan; fáltale solamente ser algo más comunicativa, lo que en ningún caso puede considerarse un defecto.

Honorina y Valeria, que tan mal se han portado con ella, son pues muy culpables; y para que se acuerden de su injusticia y maldad, y recordándola, se enmienden, no accederé a lo que algunas niñas quieren pedirme; no les perdonaré ni un minuto de su penitencia, antes bien, les haré comprender cuán bajo y despreciable es dejarse seducir por el miserable interés de un regalo o recompensa.

Una sirvienta entrega una carta a la directora, quien, después de leerla, exclama:

¡Dios mio! ¡No creia yo que tan pronto se cumplieran mis vaticinios!

Escuchen, señoritas:

"Señorita (leyendo):

"Mi infortunada hija ha estado a punto de perecer en el camino, víctima de un desgraciado accidente.

"Yo no puedo comprender cómo tenía fósforos en sus bolsillos; ella sostiene que es un hecho casual que no puede explicar.

"Durante el trayecto, que ella ha debido hacer en coche, le ha sido preciso recorrer un trozo de carretera que está en pésimo estado de conservación.

"Los barquinazos del coche, ocasionando movimientos, y quizás roces muy pronunciados, produjeron el incendio de los fósforos, que han hecho presa en los vestidos de mi pobre hija, envolviéndola en llamas y causándole llagas muy po-

derosas y de posibles resultados fatales.

"Mi hija sufre horriblemente, y aumenta su desgracia la seguridad de que, durante mucho tiempo, no podrá tocar el piano; tan triste es el estado en que han quedado sus manos."

Una Niña (a media voz).—; Ella que tanto se envane-

cía de haber adelantado a Teresa!

Srta, María—; Desgraciada! No era el amor a la música, sino el afán de brillar lo que la guia-

ba v sostenia.

Siempre he notado que Estrella, mimada en demasía por sus débiles padres, no prestaba atención a las buenas máximas que yo trataba de inculcar en su corazón.

Vean ustedes, señoritas, el justo castigo del cielo; los mismos fósforos que sirvieron para destruir la obra que a fuerza de constancia y de trabajo había realizado Teresa, han sido causa de su horrible desgracia.

Acatemos los designios de Dios, y no olviden

ustedes nunca tan triste ejemplo.

¡Siempre somos victimas del mal que a los otros pretendemos hacer!

MARÍA TRÉCOURT.





EL PREMIO A LA VIRTUD

DRAMA EN UN ACTO

ESCENA PRIMERA

BLANCA

Blanca.—Tengo que apresurarme a terminar este bordado para llevarlo inmediatamente a la señora Elvira. Me compensará muy bien, y cuento con el dinero para pagar la casa, y traerle alguna golosina a mi abuelita, que no las prueba hace mucho tiempo... ¡Pobre abuelita! Ella se entristece de no poderme ayudar, y yo me aflijo de no poder hacer más por ella. Cada día me parece que es mayor su debilidad... ¡Ay! ¡Qué sería de mí si me llegara a faltar! No tengo más que a ella en el mundo... (Solloza). ¡Pero qué tonta soy!... (Se enjuga las lágrimas). ¡Estoy como aquella viejecita que lloraba en los días buenos porque al día siguiente vendría uno malo!... ¡Ah! tengo que suspender un

momento mi obra para dar de beber y de comer a un compañerito del que ya me iba olvidando... ¡Qué ingratitud! ¡Cuándo él hace tanto para compensarme mis pequeños favores! ¡Cuando es tan cariñoso y agradecido!... ¡Me acompaña en mis canciones, me anima en mis tristezas! ¡Pobre jilguerito mío!

Se levanta y se dirige a la jaula, Echa agua y alpiste en los vasos. Va al interior y vuelve con una hoja de lechuga que coloca en la rejilla de la jaula. Vuelve a sentarse y a continuar su bordado. Canta:

> Seamos como el pajarillo Que se posa en débil rama, Y que canta aunque se doble, Porque sabe que tiene alas.

ESCENA II

BLANCA - LA ABUELA

La Abuela (entrando).—Tu voz alegre, mi querida Blanca, me ha hecho levantar. Suena en mis oídos como música deliciosa, y me hace olvidar mis sufrimientos... Soy egoísta; no debía hablarte de ellos. Tú, siempre tan resignada, y yo tan quejumbrosa.

Blanca.—Vaya, abuelita; ya empezó usted a quejarse de sí misma...

La Abuela.—¡Cómo no he de quejarme, hijita mía, si tú estás siempre trabajando para atender a todas las necesidades, y yo soy tan inútil! No sé por qué se empeñará Dios en conservarme en este mundo, donde sólo sirvo para aumentar tus trabajos...

BLANCA.—; Tá, tá, tá! Se conoce, mi abuelita, que me ha perdido usted todo cariño. Si no fuese así, ¿se lamentaría usted de vivir a mi lado, cuando yo no tengo más que a usted en el mundo, y cuando sabe que si me faltase me moriría de pena?... (Suspende el bordado y se pasa la mano por los ojos).

La Abuela.—No, Blanca, perdóname. ¡Te hago llorar cuando quisiera verte tan feliz, a ti, la mas virtuosa y la más ejemplar de las criaturas! (Le da un beso).

Blanca.—Ahora viene usted a lisonjearme y a echarme a perder... (Le da una palmadita). Abuelita (riendose), voy a terminar este trabajo, que lo están esperando. Un momento, y le he dado la última mano...

La Abuela (sentándose a su lado).—; Está admirable! No sé cómo te has ingeniado para concluirlo en tan poco tiempo, aun cuando te faltó la seda...

Blanca.—Es verdad: eso fué lo peor, abuelita. Tuve que andar todo Buenos Aires para encontrar igual. Empecé por la "Ciudad de Londres", cuyo aviso está en la última página de El Escolar Argentino, y acabé por una tienda que hay en las Cinco Esquinas... ¿ Quién diría que había de encontrarla allí? Pero ya he concluído. Voy a sacar el bordado del bastidor y a llevarlo. Pronto estoy de vuelta. (Así lo hace. Envuelve el bordado, y se pone un sombrero que saca de una caja). Adiós, abuelita; no se alarme si me demoro...

La Abuela.—Adiós, hija mía...; Dios te bendiga! (Se enjuga una lágrima).

ESCENAIII

LA ABUELA

La Abuela.—¡Pobre Blanca! Es un modelo de bondad y de virtud... ¡Cuánta abnegación! ¡Qué constancia en el trabajo! ¡Y qué carácter tan angelical! ¡Nunca he sorprendido en ella una sombra de tristeza! Siempre jovial y risueña... Nunca se muestra fatigada. No le falta tiempo para nada. A todo se anticipa, y todo lo prevé... Es el retrato de su madre, mi inolvidable Angélica... ¡No es un contrasentido que yo la haya sobrevivido? Dios sabe lo que hace... Sólo Él conoce esos misterios y sabe la razón de sus leyes... ¡Pero mi Blanca! ¡Tan joven y tan virtuosa, sacrificándose por mí! ¡Y yo que nada puedo hacer para aliviar sus trabajos y dulcificar su vida!... (Entra una dama).

ESCENA IV

LA ABUELA-LA DAMA

Dama.—Usted dispense. Llamaba y nadie salia... He creido que podía entrar sin ceremonias. Se me ha dado señas tan exactas... ¿Es aqui donde vive una joven llamada Blanca, con su abuelita, a quien sostiene con su trabajo?

La Abuela.—¡Ah! si, señora, aqui vive... La pobrecita acaba de salir a llevar un bordado que ha concluido.

Dama.—No me equivoco, suponiendo que es usted la abuelita...

La Abuela.—Si, señora; ella es mi nieta, mi Ángel de la Guarda. Sin ella, ya me habrían echado en el osario... Imagínese usted, señora, que en la última epidemia invadieron mi habitación; me dieron por muerta y me llevaron hasta las ropas de vestir! Blanca no se separó de mi lado. Me rodeó de botellas de agua caliente, y me hizo volver a la vida... ¡Ah! ¡cómo pagarle tanto cariño y tanta abnegación!

Dama.—Señora, lo que oigo de usted, con verdadera emoción, confirma cuanto se nos ha informado respecto de su nieta, y demuestra la justicia de la resolución que voy a notificar a usted.

La Abuela.—¿Qué me dice, usted señora? ¿Hay en el mundo quienes puedan ocuparse de nosotras? ¿Es posible que se nos busque en medio de la obscuridad y de la pobreza que nos rodean? (Entra Blanca precipitadamente).

ESCENA V

LAS MISMAS-BLANCA

Blanca (sin ver a la dama).—Abuelita, aquí le traigo el dulce de zapallo que tanto le agrada a usted... (Se apercibe de la presencia de la dama). ¡Ah! usted perdone, señora; no tenía idea... estoy tan poco acostumbrada...

Dama.—Sí, lo comprendo, a ver personas extrañas en vuestra habitación, asilo de la virtud, del trabajo solitario y de los afectos sencillos. Blanca (ruborizada).—Señora, usted me llena de confusión... ¿A qué debemos el honor de su visita? ¿Sería usted bastante buena para venir a encargarme alguna labor?

Dama.—No, hija mía. Iba a explicar a vuestra abuela, en el momento en que entrasteis, el motivo de mi visita. Tal vez ignoran que, por inspiración de Rivadavia, se han fundado, desde 1823, varios premios que deben adjudicarse y repartirse por la Sociedad de beneficencia, de que formo parte. El primero de esos premios corresponde a la moral, y debe adjudicarse a la mujer que más se haya distinguido por su moralidad y por la práctica de las virtudes propias del sexo y de su estado. La Sociedad de Beneficencia ha recogido los más prolijos informes para desempeñar su digna misión, y sabe que ninguna mejor que la señorita (dirigiéndose a Blanca) merece aquel premio...

La Abuela.—; Santo Dios!

Blanca.—¡Cómo, señora! ¿Hay acaso algo de extraordinario en lo que yo hago?

Dama.—Para usted no, hija mía: para la Sociedad, sí. Ésta tiene el derecho y el deber de acudir a apoyar a los débiles, sujetos a tantos desfallecimientos en la vida. (Se dirige a la abuela y le entrega un sobre cerrado). Prefiero depositar en manos de usted este premio, que corresponde a su nieta. Ese sobre encierra la cantidad de mil pesos, con lo cual puede ella atender a las necesidades de usted en los días sin trabajo, y darse algunos momentos de reposo. ¡Pueda ella seguir haciéndose acreedora a estas

recompensas, cuyo significado moral es de mayor precio que el dinero!

Blanca.—Señora... mis ojos se arrasan de lágrimas... No encuentro palabras para deciros lo que siento.

La Abuela.—Gracias sean dadas a Rivadavia y a la digna Sociedad que todavía ejecuta sus decretos...; Ya puedo morirme tranquila, sabiendo que mi nieta no quedará desamparada!; El genio de aquel grande hombre vela todavía sobre la inocencia y la virtud!

Blanca y la abuela se abrazan. La dama de Beneficencia se despide conmovida.

Cae el telón.

ALCIMO.





CARIDAD

DRAMA EN UN ACTO

ESCENA PRIMERA

CARLITOS

Carlitos.—Papá ha cumplido, como siempre, la promesa que me hizo la última vez. Me había dicho que si salía bien de los exámenes, me iba a regalar un reloj... Y no sólo me ha regalado un reloj de oro con cadena, sino que ha agregado todavía una carterita con dinero. (Saca el reloj). Veamos la hora... ¡Las nueve de la mañana! ¡Cómo me he dormido! ¡Qué lindo es tener un reloj! ¡Casi todos mis amigos lo tienen, y yo experimentaba cierta vergüenza cuando ellos, con cualquier motivo, o sin ninguno, lo sacaban a relucir! Ahora podré hacer lo mismo. (Mira el reloj con placer). Voy a darle cuerda: diez vueltas, me ha dicho papá. (Le da cuerda y le guarda con aire de satisfacción). ¿Y qué haré ahora? Estoy de vacaciones. Me iré a pasear al Tigre con Enrique... Tengo dinero.

(Saca la cartera y cuenta varios papeles). ¡Dos, cuatro, cinco, siete, diez pesos! ¡Nunca he tenido tanto dinero! ¡Cómo nos vamos a divertir! Pasearemos en bote; comeremos en el restaurant; correremos por los jardines... compraremos dulces... ¡La mar!... Corro a despedirme y a buscar a mi compañero... (Sale).

ESCENA II

LA MADRE

La Madre.—Es natural que se divierta, después de tanto encierro, el pobrecito. Acaba de despedirse de mí. ¡Con qué gracia me ha dicho, sacando su reloj, que a las cinco estará de vuelta. Voy a extrañarlo, sin embargo. Estaba tan acostumbrada a salirle al encuentro cuando volvía de su clase, y a sentirlo pasearse por su habitación, recitando en voz alta sus lecciones... Pero el pájaro, cuando ve la puerta de su jaula abierta y columbra la libertad, abre sus alas y hiende el espacio. Necesita de aire y de luz. Las plantas mismas lo necesitan... ¡Cómo había de privarse el hijo mío de ese movimiento y de esa expansión!...

ESCENA III

LA MADRE - EL PADRE

EL PADRE (entrando).—; Con quién hablabas? Me pareció oir tu voz...

La Madre. — Conmigo misma... Ya sabes que es mi costumbre. Estaba entregada a mis reflexiones

y algo conmovida... Carlitos acaba de irse... Va a buscar a Enrique para que lo acompañe al Tigre, donde desea pasar algunas horas... Me ha pedido permiso...

El Padre.—Y se lo habrás dado sin vacilar. Nada más justo. Ha merecido esa recompensa. Se ha portado bien, y si continúa de esa manera, será un hombre de proyecho.

La Madre.—, Y cómo no ha de continuar? No le faltan buenos consejos, y tiene, sobre todo, la lección viva de los buenos ejemplos, que es la lección más corta y la que mejor aprende.

El Padre. Es cierto, tiene a la madre...

La Madre.—Tiene al padre, querrás decir...

EL Padre.—No: son las madres las que forman el alma de sus hijos. Por lo general, ellos sólo toman del padre... los defectos... Pero parece que alguien entra... (Liaman a la puerta) Adelante...

ESCENA IV

Los Mismos — Enrique

Enrique (entrando).—Perdonen ustedes... Buscaba a Carlitos... Como no estaba en su cuarto... pensé...

La Madre.—; Pero, cómo! ¿ No lo ha visto usted? Si hace como una hora que salió para su casa... Iba a invitarlo para un paseo... Me extraña y alarma lo que pasa...

El Padre.—; Ya empezaron las alarmas!...

Enrique. — Señora... no debe alarmarse usted. Yo he venido directamente de casa; pero tal vez

él haya ido antes a alguna otra parte; a buscar algún informe, o hacer alguna compra... Vuelvo en seguida...

La Madre.—Si, hágame usted el favor, y aviseme lo que ocurra, pues estaré intranquila mientras

tanto...

El Padre.—¿ Cuando no lo estás?

Enrique.—Sí, señora; volveré yo mismo sin tardanza; tal vez volvamos los dos juntos. (Se despide y sale apresurado; volviendo a entrar inmediatamente con Carlitos). No lo decía yo...

ESCENA V

Los Mismos — Carlitos

La Madre.—¿ Qué te ha pasado, hijo mío? (A Carlitos). Te noto pálido... Algo te ha sucedido... ¿ Qué tienes?

Carlitos.—; Nada, mamá; absolutamente nada! (Fingiendo).

La Madre.—Nada se oculta a la penetración de una madre. Ibas a buscar a Enrique... ¿ Por qué no fuiste? Proyectabas un paseo... ¿ Qué se ha hecho de ese proyecto?... Saliste jovial, alegre... ¿ Por qué vuelves preocupado?

Carlitos.—Mamá, papá, no puedo ocultaros nada. Tal vez voy a sufrir una reprensión y un castigo, después de los premios recibidos y de tantos castillos en el aire... Oidme...

La Madre.—Habla, hijo mío... nada temas. ¡Tú no puedes haber hecho nada malo!...

EL Padre.—Hable usted, caballerito, y lo juzgaremos imparcialmente.

Enrique (aparte). —; Cuánto lo compadezco!...

Carlitos.—Iba yo muy contento a buscar a Enrique para proponerle un paseo al Tigre... Al pasar por la casa en donde vive Juanito, aquel niño pobre que tú, mamá, has solido socorrer, lo vi sollozando a la puerta... Me detuve a preguntarle la causa de su llanto, y me dijo que la madre, que está enferma hace tiempo, iba a ser arrojada de la pieza que ocupa porque no pagaba al casero, ni tenía con qué hacerlo... Sentí una opresión extraña y tuve no sé qué inspiración... Entré con él a la pieza, y vi a la madre llorando, y a un hombre que daba orden de echar los cachivaches a la calle. Le llamé aparte, y le dije que tenía dinero para pagarle... Saqué mi cartera y le dí los diez pesos... No era sino la tercera parte de lo que debía la pobre mujer, y entonces, ¿ qué dirás que hice, papá?...

La Madre (ocultando sus lágrimas).—Me parece adivinarlo...

El Padre (conmovido).—Continúa...

Carlitos.—Me desprendí de mi reloj, del reloj que me acababas de regalar, y de que yo estaba tan orgulloso, y se lo dí para que lo vendiera, se cobrase lo que faltaba, y entregara a la pobre el sobrante... Después de haberlo hecho, comprendí la enormidad de mi falta...

La Madre.—; Hijo mío! Tu acción es hermosa y sublime! Has hecho una caridad.

El Padre.—Has procedido bien. El dinero que ibas, tal vez, a malgastar, lo has empleado en una buena acción. Te falta el reloj, pero el placer de haber hecho el bien, puede reemplazar a la vana satisfacción de ostentar aquella joya.

Carlitos.—¡Ah! ¡Entonces, en lugar de reprenderme, aprobáis mi conducta! ¡De qué peso me habéis librado, querido papá, querida mamá!... Ahora puedo considerarme feliz!... ¡Qué mayor placer que el de haber librado a la pobre madre y a su hijo de la miseria y del abandono!

Enrique.—Muy bien, muy bien, querido Carlos. Iremos a dar un paseo que nada nos cueste, y que no será por eso menos higiénico, ni menos agradable...

La Madre.—Sí (abrazando a Carlitos), las bendiciones del cielo te acompañarán. Yo trataré de completar tu obra, velando por esa pobre mujer... Desde hoy queda bajo nuestra protección... Tú has transformado en limosna los premios que mereciste, y a nosotros nos corresponde perpetuar esa limosna, y con ella el recuerdo de tu noble acción!

El Padre.—¡Razón tenía cuando hace un instante opinaba que son las madres las que forman el alma de sus hijos!

Cae el telón.

ALCIMO,



LAS DECEPCIONES DE JUANITA

ESCENA CAMPESTRE

(Juanita, elegantemente vestida de pastora, el cayado en una mano y una linda canasta de flores en la otra).

¡Y bien, sí, se puede decir que es una famosa desmemoriada!... Haber estado en vísperas de ser baronesa y encontrarme de pastora como antes... ¡Qué chasco!¡qué barro!... De seguro que me costará una enfermedad esto.

(Deposita su canasta en el suelo, y se seca los ojos con el revés del delantal).

Ved lo que es escuchar las tonteras y los cuentos de unos y de otros.

Una hermosa mañana, mi madrina, empleada en el castillo de la baronesa d'Erlange, se presenta delante de mi y muy entusiasmada me habla así: (Desfigura la voz). "Juanita, tú eres muy hermosa; tienes un talle muy agraciado, y posees todos los modales de una señorita muy distinguida. ¿Quieres ser baronesa?—¡Baronesa! ya lo creo!—le contesté, medio desmayada de emoción;—¿ qué es necesario hacer para eso?...—Casi nada, agradar simplemente a ma-

dama d'Erlange; se le ha puesto en la cabeza adoptar a una joven del cantón, y ninguna podrá agradarle mejor que tú.-Pero, en fin, respondí toda temblorosa, explicaos más claramente". Y mi madrina se puso a desenhebrar su rosario. (Deja su cayado sobre su canasta, y cuenta con los dedos). Saludar todas las mañanas a la señora baronesa, llevándole una porción de flores; adular sus manías, acariciarla, besar sus blancas manos; admirar su cotorra... mimar su perro, un viejo mequetrefe ciego, todo pelado, sarnoso; jugar con su horrible gato; recoger el rapé que deja caer de sus dedos encorvados; presentarle su bastón y su sombrilla, cuando tiene intención de salir a paseo. En una palabra, mostrarse la servidora más humilde de la altísima baronesa d'Erlange de San Frusquín. (Después de haber dicho esto, Juanita se apoya en su cayado para respirar).

¡Y bien! ¿qué dicen ustedes de todo esto? La tarea era bastante difícil, ¿ no es cierto?

Pero qué quieren ustedes, yo estaba dominada por el orgullo y pasaba por encima de todo. La ambición, el deseo de brillar, el gozo de obscurecer por mi esplendor a mis compañeras, todo eso me hacía tirar mi cayado por encima de los molinos. Felizmente, vedlo, y no lo dejaré más, a fe de Juanita. ¡Ah, señor! qué zonza he sido de creer las bagatelas de mi madrina y hacer cien bajezas al día a esa vieja baronesa... Estoy aún roja de vergüenza. ¡Ir todas las mañanas, después de haber devastado el invernadero de mi pobre padre, para ofrecerle las flores más bellas; saludarla hasta la tierra, como una madona (saluda), besarle esas manos amarillas,

extenuadas; acariciar, peinar, lavar, expulgar esas bestias tan feas!... He hecho más de veinte veces esa tarea. Y todo esto con la esperanza de interesar el corazón de la baronesa, encantarla, hacerle ver todas mis ventajas a fin de decidirla en mi favor. En fin, un dia crei tocar el punto de mis deseos. Antes de despedirme, madama de San Frusquin me besó en la frente. Este beso, aunque tan frio, acabó de darme vuelta el cerebro... ¡He sido tan tonta! (Se golpea la frente). Regresando a casa, contenta como un pájaro, encontré a Ivona, mi más intima amiga. Apenas me vió, me tendió los brazos llorando y me dijo: "¿Es verdad, querida Juanita, que la baronesa va a adoptarte?" La cosa anda en buen tren, le respondi, dándole un abrazo. Después, viéndola sollozar, le dije: "Consuélate, mi pobre Ivona, que todo no está perdido: si algún día llego a ser baronesa, te prometo muchas cosas, te enriqueceré, tendrás lindos vestidos v, en fin, cuanto puedas desear."

Valía bien la pena de hacerle tan hermosas promesas. Aquella mañana, más radiante, más elegante que nunca, corrí al castillo con la linda canasta de flores... alpiste para los pájaros... dos ratones para el perro y el gato... mil reverencias, y otras tantas zalamerías para la señora baronesa. Llegué llena de gozo al enrejado... llamé... nada.

Todo estaba cerrado con candado, tan atrincherado... No se veía una sola persona... Al cabo de algunos momentos, apareció la hija del jardinero, una gruesa maritornes, y acercó su nariz a la reja. "La señora ha ido a París, me dijo, para asistir a

las bodas de una sobrina huérfana, la cual adoptará por hija. ¡Buenas noches! ¡Juanita, tú te quedarás bien fresca, pobre!"; Oh, la vibora! la hubiera mordido si hubiera podido... Estaba loca de cólera... le hubiera pegado con mis zuecos en la cabeza. Pero, pobre de mi, a qué hubiera adelantado? (Se detiene un momento para respirar). Ved ahi todos mis sueños de dicha deshechos, todos los castillos formados en mi imaginación caídos por tierra! ¡Ah, cuánto me pesa el haber sido tan ambiciosa! Al fin de todo, es una buena lección y Dios sabe muy bien lo que hace. Si vo hubiera sido baronesa, lo hubiera desconocido v quizá olvidado; quedándome la hija de un humilde jardinero, seré sencilla, modesta y cuidaré afectuosamente a mi anciano padre, sin pensar jamás en abandonarle.





LAS DOS GEMELAS

Personajes:

Leontina hermanas gemelas (14 años). Eufrasia hermanas gemelas (14 años). Lorenza, condiscípula de ambas (15 años). La Sra. Matilde, ayudante del colegio. La Sra. Gervasia, mercera.

ESCENA PRIMERA

Una sala de estudio.

Lorenza.—He aquí a Eufrasia, una de las dos gemelas. Ya no estaré sola hasta la hora de empezar la clase.

Buen día, querida amiga. Yo no sé qué tenéis de particular, tanto tú como tu hermana, que todo el mundo os desea y quiere; parece que trajerais con vosotras la alegria.

Eufrasia.—Puede ser que yo la traiga, porque cada día tengo alguna cosa divertida que contar, a propósito de Leontina, que es la distracción en persona.



EL CASTIGO DE UNA FALTA

COMEDIA SERIA INFANTIL PARA NIÑAS Y NIÑOS DE 11 A 13 AÑO

Personajes:

Nélida (ama del jardín). Ramona (jardinera). Hilda y Raúl (condiscipulos y alumnos de una escuela primaria).

ESCENA ÚNICA

Un jardin con plantas y flores en profusión. En el centro de él, aparece Ramona sumamente enojada. En un extremo del jardin y oculto por algunas plantas, Raúl recoge flores, con las que forma un ramo.

RAMONA (caminando e inspeccionando el jardin. Hablando sola y con enfado). —Yo no sé quién es el atrevido y mano larga que hace desaparecer las flores del jardín. (Con ironia). ¡Ah! ¡Esos diablitos disfrazados de niños que brincan y pasan la gran vida en la escuela! ¡Ah mis tiempos!... (Amenazando). ¡Si yo juera la maistra... caras les costarían sus monadas. (Más enojada). Pero a fe de que me llamo Ramona, aunque me dicen "la vieja rezongona", no se burlarán de mí esos piluelos con caras de angelitos, ¡no y no! (Enseñando)

un bastón). Cada flor que mi han robau me la ha de encontrar este güen amigo. (Dándose cuenta de que Raúl se halla en el jardín). Pero... ¿ que veo?... Allá cayó uno de los clientes de... (Hacc el ademán correspondiente a la que dice. En voz baja). No te escaparás, no! (Corre y se cae: se levanta con mucha dificultad y quejándose, mientras que Raúl, con gran rapidez, esconde el ramo y se coloca detrás de ella).

Raúl (dirigiéndose a Ramona).—; Qué le pasa, señora?

RAMONA.—; Que los demoños lleven tu curiosidad! (Sigue caminando con dificultad y quejándose).

RAÚL (dirigiéndose al público y afectando una gran seriedad y descontento). ¡Vean, por preguntarle eso, casi me come. En cambio (en voz muy alta) un muchacho acaba de cortar flores ajenas y va...; como el hombre más feliz del mundo!

RAMONA (dándose vuelta y sorprendida). ¿ Por ande va? ¡ Yo quisiera comprárselas.

Raúl.—Vea; dobló por la calle de la Salvación y siguió por la del Laberinto. (Ramona, apurándose, se aleja diciendo para si): "Ya se me hace de que lo tengo en mis manos". (Raúl, con aire de burla y haciéndole unam orisqueta). ¡Ah! si supieras que has tenido tan cerca el ratón, no hubieras caído tan pronto en la trampa. (Se aleja)

RAMONA (aparece por otro extremo del jardin, sumamente desanimada y cansada; se apoya en un bastón y dice):—; Estoy rendida! (Friccionando una pierna). ¡Ay! (Quejidos lastimeros). ¡Ay! No crean ustedes. ¡Ay! que si no... lo... ¡Ay! tomé, fué... ¡Ay! porque no vi por qué calle tomó. Es... ¡Ay! que tengo una yeta... Figúrense ustedes que esta pierna, ¡ay! cuando más la necesito, se me tuerce y allá va ¡ay! mi cuerpo al suelo. (Casi se vuelve a caer; pero se lo impide el apoyo casual que le presta la pared).

(Mientras Ramona cuenta todo eso en medio de sus quejidos, deberá penetrar Hilda y detenerse ante un cantero, para juntar con ingenuidad y con delica-

deza un ramo de flores).

(Ramona, con desesperación).—; Ah! Pero... mi vida es un tromento o una tromenta. (Señalando a Hilda). Miren allá, a aquella mariposa blanca haciendo de las suyas. (Hablando consigo misma y amenazando a Hilda con el palo, mientras ésta, que terminó de recoger las flores, contempla con embeleso las demás, mientras canta lo siguiente:

¡Oh, hermosas flores blancas, de delicadas hojas, de pétalos suaves, de místico candor! Sois flores celestiales, porque sois tan hermosas, sencillas y tiernas como la flor del Jericó.

(Ramona sale de su escondite, y contenta, dice: "; Y canta lindo!; Eh?" (Se esconde nuevamente).

Es vuestro sacro emblema la más gentil pureza, tenéis la poesía del puro y santo amor. Por eso de los niños sois bellas compañeras, cual de la primavera la flor del Jericó.

(Ramona amenaza en silencio, valiéndose de las manos y del bastón, a Hilda. Cuando ésta está por terminar el canto, Ramona camina con sumo cuidado, hasta que, dando un salto, la toma, diciendole: No te escaparás; no y no. Seré firme y sin piedad. ¡Me las pagarás! ¡Me las pagarás!

HILDA (asustada, con asombro y suplicante).—; Qué!; Qué os hice!; Soltadme! (Llorando).; Perdonadme!...; Perdonadme!... ; Perdonadme!... Yo... yo... no sabía.; Mamá!; Mamita!

NÉLIDA (aparece en el jardin en el momento que Hilda llora y que Ra-

mona jura vengarse). (Con suavidad y asombro a la vez).—¿ Qué es lo que pasa? ¿ Qué es eso Ramona? ¿ Por qué aprisionas de ese modo a esa pobre niña?

RAMONA (enojada).-; A ese pobre diablo, señora!

Nélida. -; Calma, calma, Ramona!

RAMONA (enojada y tratando de convencer a la señora).—No se deje engañar, señora. (Sacudiendo a Hilda). Esta es una clienta del (fuerte) do-re-mi-fa. (Acompaña estas palabras con el ademán correspondiente).

HILDA (Ilorando).—No, señora; no, no es así. (Ramona

gritando). Sí, señora; es así!

Nélida.—Bueno. No llores. Cuenta como fué la cuestión.

HILDA (Horando).—Deseando... con... seguir flo... flores... para ornar nuestro sa... lón de clase en... homenaje al ilustre... patriota don José (Ramona amenaza en silencio a Hilda, haciendo uso de sus puños y acompaña esto con el gesto irónico de su cara) Mármol, a quien pocos conocen y a quien hemos elegido nuestro modelo intelectual, pregunté a Raúl. dónde podría conseguirlas; él me indicó que por una orden especial de usted podía penetrar en este jardín.

RAMONA (grita). - ¡ No es cierto, señora!

HILDA (tomando alguna confianza).—Y tomar las flores que necesitaba.

RAMONA (se acerca, y tocando a la señora, dice):—"Allá cayó otro". (Echa a correr, diciendo): "Tu tampoco te escaparás". (Desaparece).

HILDA (continua).—Confiésole, señora, que no fué

mi intención hacer enojar a doña Ramona.

RAÚL (aparece agitado y dice):—Buenos días, señora. NÉLIDA (contestando al saludo).—; Qué deseas? Raúl.—Que no castigue usted a Hilda. ¡Castigueme usted a mí, yo soy el culpable!

Nélida.—Explicate.

Raúl—Cierto día compré una flor como esa e iba muy tranquilo a la escuela; cuando... una lluvia de piedras cayó sobre mí. Luego supe que se me acusaba de haber robado una flor del jardín de esa vieja rezongona. (Ramona, que regresa, desde lejos grita: "No es cierto, señora"). Entonces quise vengarme; y como creí que no hacía un gran mal, cada vez que debía dar una lección de botánica, le tomaba algunas de su jardín. Hoy se precisan flores en la escuela y engañé a Hilda, creyendo que el daño que cometía quedaba disculpado, puesto que dichas flores honrarían en nuestro salón, a muchos grandes hombres como son: Mariano Moreno, José Mármol, Sarmiento y otros. (En la última parte de lo dicho por Raúl, la vieja Ramona parece convencerse y va dejando su aire amenazador y vengativo).

HILDA (suplicando).—Créame, señora, que cometi la falta sin saberlo.

NÉLIDA.—Si, querida, sí; mucho admiro vuestro patriotismo y por ello perdono la falta de Raúl. Que la paz y la unión reinen en vuestra Patria, que es la mía, y que vosotros, niños, que sois el porvenir de ella, imitéis los grandes hombres que la hicieron gloriosa, es la ofrendá que de mi parte llevaréis hoy, al rendir homenaje a los insignes argentinos que deseáis honrar.

Raúl.—Y yo, en honor a esos patriotas, juro no cometer otra falta como ésta y no querer mal a doña Ramona ni a nadie.

Ramona (admirada y risueña).—Y yo, que también me creío güena argentina quiero regalarles a estos niños, estas florecitas para que se las pongan a esos bravos soldados y para que veían que la vieja Ramona (abrazando a Hilda y a Raúl) desde aura lo quiere mucho.

Cae el telón.

MARÍA CECILIA ROCA.





ENTRE INGLESES Y PORTEÑAS

COMEDIA INFANTIL EN DOS ACTOS

Personajes:

Doña Bernardina (hermana de)
Don Pedro.

María Eugenia (sobrinas de don Pedro y de doña
Margarita....) Bernardina).
Leonor (ahijada de doña Bernardina).
Ramona (criada de la casa).
Gregorio (joven campesino al servicio de don Pedro).
Eduardo Murray (oficial inglés).
Doña Domitila (intima amiga de doña Bernardina).
Palmira (Hijas de doña Domitila).
Angélica (amiguita de Mercedes y María Eugenia).
Gabriel (oficial de las fuerzas patriolas).
Dos soldados ingleses.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón Ramona está dando de comer y mudando el agua a un canario. Mientras hace esta operación mirará al frente y a la izquierda. Canta. A poco de empezar a cantar aparece Gregorio por la derecha, que se detiene a escucharla complacido. Cuando Ramona cesa de cantar, dice:

GREGORIO.—Bien haya la mañanita que trái la luz y el canto de las alondras!

RAMONA.—Pero, que no cumple del todo bien.

Gregorio.—; Caramba!; Sabe que es curioso esto? Y, diga (si no es secreto). ¿ Por qué le cuelga usted este milagrito a la mañana, que es tan hermosa y risueña?

Ramona.—Pues... (con zumba) porque trái el canto de las alondras; pero no cierra el pico a los chimanguitos.

Gregorio.—; Oiga! Por supuesto que esos decires

no serán indirectas, ¿no? (Bromeando).

RAMONA (siguiendo la broma).—; Que habían de ser! ¡Si son piropos!

GREGORIO (con retintin).—¡Bien se ve! Y dulces como miel de camuati.

Ramona.—Eso de la dulzura es cosa de mis pagos. Gregorio.—Usted será...

RAMONA (con mucha gracia).—; Tucumana! ¡Puro almibar y alfajor!

GREGORIO (ponderativo). ¡Jesús, mi vida! ¡Mi madre, quien fuera mosca!

RAMONA.—¡Vaya con el deseo del hombre! ¿Y qué ganaría con el cambio, santo cristiano?

GREGORIO — ¿Y de verdad, mocita, que no lo alcanza?

RAMONA (ingenua).—; Ni pizca! ¡ No caigo en cuenta! GREGORIO.—; Pues, está bien claro! (Con picardia). ¡ Hacerle la rueda al alfajor!

RAMONA (remilgosa).—; Vaya con el gracioso!

GREGORIO (satisfecho de su broma). -; Y con ojo pa elegir!
RAMONA (entre seria).—; Bueno, bueno! ¡Qué lástima de abuelita, porque, usted, bien se ve que no la tiene!...

GREGORIO (haciendose el infeliz).—La pobre se murió de fatiga!...; de tanto alabarme!

RAMONA (con retintin),—Se conoce... pero cambiemos de tonada ¿ quiere?

GREGORIO (obsequioso).—Si usted lo manda.

RAMONA (idem).—Y si a usted no le incomoda. Pues al caso, y sáqueme de una curiosidad. ¿ Qué vientos lo han tráido a usted por acá. (Echándolo a broma). Porque, mire que hace rato que se perdió usted de vista!...; Cosa rara! ¿ no? ¡Olvidársele a usted el camino! (Muy zumbona y con picardia). ¡ Vamos, que me voy creyendo que no le tiran a usted tanto eso del almibar y del alfajor!

GREGORIO (siguiendo la broma).—; No diga usted esto, que soy capaz de morir de pena!

RAMONA (10 mismo).—Pues no vendrá mal; porque a mí más que los estilos me gustan los tristes.

GREGORIO (un poco picado).—¡Lindo, no más!¡Es usted lista, pero muy lista!¡No la alcanza ni la luz! (Queriendo convencerla). Es que uno, cuando anda metido en ciertos trotes, hace, no lo que se quiere, sino lo que puede.

RAMONA. — (Hace una mueca expresiva para indicar que no le cree).

Gregorio (para convencerla).—Por estas cruces. Ganas de respirar estos aires, en vez de faltar, sobraban; pero, cuanto más desea uno una cosa más sel'enrieda la madeja; qu'esto no se arremató; que aquello no está a punto; que falta lo de más allá... En fin, que es un nunca acabar. Y no crea qu'además del amor a la querencia, está uno urgido para perder de vista a aquellos inglesotes que

andan por todas partes tan jactanciosos y llenos de aire, que parece que fueran los amos de la calle o que todos son autoridad.

RAMONA (para pincharle).—; Puede que lo sean!
GREGORIO (protestando).—; Qué han de ser!

RAMONA (con desdén).—; Pues, hombre! Si no tienen nada de particular, ¿cómo les dejaron que entraran, siendo ustedes ; tantos! y ellos tan pocos? (Agresiva). ¡Entraron, porque valían más!

GREGORIO (airado).—Eso no, que hombre a hombre no hay quien nos pueda ni quien les pise el poncho a los hijos de la tierra. ¡Lo que hay es que nos vendieron; esta es la cosa!

RAMONA (con mucho desden). —; Historias y fantasias! Lo que hay, es que debieron ustedes haber sido más francos. Porque si nos hubieran advertido que por sorpresa, o por falta de coraje (Gregorio protesta con un gesto), sí, amigo, sí, las cosas claras—repito, pues, que o por falta de coraje, iban ustedes a entregar al extranjero nuestro querido Buenos Aires, nosotras, las mujeres, lo hubiéramos evitado; porque nos bastábamos y sobrábamos las porteñas para echarlos, a ustedes y a ellos, sin fusiles ni cañones: a empujones y a escobajos.

ESCENA II

DICHOS - DON PEDRO (viene por la derecha)

Don Pedro.—; Qué gritos son estos?

Gregorio.—Nada, patrón; era en chanza...

Don Pedro.—; Para chanzas está el tiempo! (A Ra-

mona). Tú, adentro. (Cuando se ha ido se acerca a Gregorio y le dice con precaución: Y ahora tú. ¿Cómo están en Buenos Aires?

Gregorio.—Irritados, patrón; todos sentimos la afrenta y la vergüenza y estamos deseando que llegue la hora de acabar con los herejes...

Don Pedro.—; Ya llegará! Y...; ellos?

Gregorio (sonriendo).—Ellos... recelan de las piedras ; Abren cada ojo!

Don Pedro.—; Y los amigos ?...

Gregorio.—Muy vigilados. A don Felipe Sentenach lo acechan continuamente; al señor Esquiaga no le pierden pisada, y don Martín Álzaga, no sale de casa sino con grandes precauciones. Pero, es de balde, de noche las tinieblas les amparan, y, a pesar de las patrullas, salen y se reunen; y de día, sirvientes, paisanos, niños y viejos, frailes y devotas, todos, hasta las piedras, somos pies, manos, brazos, ojos, oídos y lengua de los que preparan el fandango...

Don Pedro.—; Chitt! (Mira receloso a todos lados y dice con mucha intención). Para triunfar, lo que más importa es la calma y el secreto. ¿Traes cartas?

Gregorio.—Muchas. Para usted. Para doña Bernardina.

Don Pedro.-Dame.

GREGORIO (dándoselas).—Aquí están.

Don Pedro.—; Bien! Anda, descansa tú y dale un respiro a tu caballo, que bien lo necesita el pobre.

GREGORIO.—Con su permiso, pues. (Se va fondo derecha, Don Pedro queda un instante solo leyendo las cartas).

ESCENA III

Don Pedro - Doña Bernardina (sale de la casa).

Doña Bernardina.—Muy buenos días, mi señor hermano.

Don Pedro.—Buenos los tengas, mi amada Bernardina.

Doña Bernardina.—Te vi conversando con Gregorio y vine volando ¿ Qué sabes de la ciudad? ¿ Qué es de nuestros buenos amigos?

Don Pedro.—De nuestros amigos sé que no les ocurre novedad, aunque estén en continuo peligro; pues parece que Beresford está presintiendo algo, y que extrema su vigilancia. Me escribe Severiano que teme, de un momento a otro, que les sea imposible continuar las reuniones en la trastienda del librero Valencia. Y, toma; se me olvidaba; hoy, también hay cartas para ti. (Se las da).

Doña Bernardina.—¿Ah, si? Dame, dame pronto. (Las abre y repasa y dice a don Pedro): ¡Es de Domitila!

Don Pedro.—; Y qué cuenta nuestra buena comadre? (Suspende un momento la lectura para contestar).

Doña Bernardina.—Pues, que vive en Buenos Aires, como todas, llena de zozobras y de incertidumbres; que está intranquila, sin noticias de Gabriel y que se viene. (Continúa leyendo). ¡Pero! ¡Que contrariedad!

, Don Pedro.—; Qué sucede?

Doña Bernardina.—Que Estanislada se enfermó, y que María Dolores ha empeorado. ¡Pobres! ¡Y

ausente Agustinita!; qué harán, solas, y yo, atada aquí, sin poder moverme... Sí pudiera irme.

Don Pedro.—Es preciso, Bernardina. En Buenos Aires, mi carácter militar, que aquí oculto, me hubiera privado ya, seguramente, de la libertad. Piensa que aquí, a cubierto de miradas indiscretas, puedo ser el intermediario entre los que en Buenos Aires preparan el levantamiento y los que de Montevideo han de venir en nuestra ayuda.

Doña Bernardina.—Tienes razón; bien lo veo, Pedro.

Don Pedro.—Si quieres contestar a Domitila, hazlo pronto; porque Gregorio partirá hoy mismo.

Doña Bernardina.—; Vas a escribir, tú?

Don Pedro.—Si.

Doña Bernardina.—Voy contigo, pues.

ESCENA IV

María Eugenia—Mercedes—Palmira (vienen, tomadas de la cintura, por el fondo izquierdo).

Mercedes.—Es tal como te digo.

María Eugenia.—Tú, exageras.

Palmira.—Eso no; hay que convenir; eres altamente simpática.

MERCEDES (bromeando).—; Simpática? Más que simpática, compradora: mira si lo es, que hasta se compra a los ingleses.

PALMIRA.—; Oh! ; Qué me dices? (Con sorpresa jovial).

María Eugenia.—Tengamos la fiesta en paz. (Con cómica seriedad).

Mercedes.—Lo que oyes.

Palmira.—Pero, si no os explicáis mejor.. no acertaré a comprender de qué se trata.

María Eugenia.—Que te lo cuente ella.

Mercedes.—No, yo no; tú que lo cuentas con tanta gracia.

María Eugenia.—Bueno, pues, allá va. Figurate que hace unos días, digo, unos, bastantes, porque el caso sucedió antes de retirarnos a esta quinta; como decía, salíamos de Santo Domingo, misia Encarnación, la señora de Caviedes, Mercedes, Rudecinda, la de Aréstizabal y yo.

Nosotras, ibamos unos pasos adelante; y, las dos señoras, atrás, muy entretenidas, recordando cosas de sus tiempos, cuando por la calle de Villa Nueva, por la misma acera que seguíamos nosotras, pero en dirección opuesta, vemos venir un oficial inglés, grueso y sonrosado, que caminaba muy erguido y estirado, y que, al enfrentarnos, me miró a mí, con aire de pájaro bobo y con una sonrisa que parecía una mueca, y que, sin decir ¡agua va! me mira extático, y dice: ¡oh, oh! ¡qué linde pogtenite!

Mercedes.—Si que estaría gracioso. Y tú, ¿qué hiciste?

María Eugenia.—; Yo? Nada. Al primer momento me quedé sorprendida; pero luego solté la risa.

Mercedes.—Lo que te valió un sermoncillo...

María Eugenia.—¿ Sermoncillo, dices? Sermón y medio; ¡ya sabes que tía Bernardina, cuando empieza!...

ESCENA V

Dichas-Gregorio y Doña Bernardina

Gregorio (agitado). —; Niña María Eugenia! ; Niña Mercedes!

Mercedes.—¡Vaya, hombre! Bien hubieras podido entrar con menos estrépito. ¡Ni que fueras ventarrón! Y al último ¿ qué es lo que sucede?

Gregorio.-; Que están llegando ya!

María Eugenia.—Pero, ¿ quién ? acaba de una vez. Gregorio.—Los ingleses. No, el niño Gabriel que viene herido...

Palmira.—Gabriel; ; nuestro amigo?

Mercedes - Qué desgracia!

Gregorio.—No se asuste, niña.

MARÍA EUGENIA. -; Tía, tía! (Corriendo hacia la casa).

Doña Bernardina — ¿ Qué hay? ¿ Qué es eso? (Saliendo, seguida de don Pedro).

Don Pedro.—; A qué viene este alboroto?
PALMIRA.—; Que lo traen! (Asustada). (Casi a

MERCEDES.—; Qué viene herido! (Idem). (Idem).

Doña Bernardina.—Pero, ¿quién? (Sin saber de lo que le hablan).

MARÍA EUGENIA.—; Gabriel! (Como explicando).

Doña Bernardina (asustada).—; Virgen Santísima!

Gregorio.—Pero, señora, si no es para tanto; si viene por su pie... (Queriendo tranquilizarla).

ESCENA VI

DICHOS-GABRIEL (con un brazo vendado)

Doña Bernardina, Don Pedro.—; Gabriel! Gabriel.—Don Pedro, Mercedes.

Doña Bernardina.—; Donde, como te hirieron? (Con cariñoso interes).

PALMIRA.—Siéntate, Gabriel. (Acercándole una silla).

Gabriel.—Gracias, Palmira, pues (triste)... me hirieron en Perdriel.

Don Pedro. -; Combatisteis ?... (Ansioso).

GABRIEL.—Si... y fúimos vencidos. (Pesaroso por la derrota).

Don Pedro.-; Desdichada suerte!

Gabriel.—Esperando noticias de Liniers y de su expedición, supimos que una fuerte columna de infantes escogidos, protegidos por alguna artillería, venía sobre nosotros: don Antonio de Olavarría se negó a pelear, alegando que su deber era salvar su fuerza en espera de los montevideanos...

Don Pedro.—Hizo bien. Ése era el deber de todos. ¿Con qué, salvó, el buen Olavarría, sus Blandengues?

Gabriel.—Todos, sin perder un hombre. Yo también di la razón a Olavarria; pero, Pueyrredón declaró que él no volvía la espalda, y permanecí a su lado.

Quedamos, uno contra cinco. La lucha empezó, dábanos ánimo el vibrante son de la corneta de Miguel Skennón, un soldado irlandés, que se unió a nuestras filas, para pelear al lado de hombres de su fe católica.

Fuimos vencidos y algunos hechos prisioneros. Doña Bernardina.—Y el enemigo, ¿ os respetó? Gabriel.—Sí, sólo el pobre Skennón fué fusilado; yo escapé.

Mercedes.-; Pobre soldado!

Doña Bernardina.—Si, pobre soldado: pero, aun más debe compadecerse a otro ser más infeliz! Quizá en algún apacible rincón de Inglaterra, una mujer, quizá sola, y quizá anciana, espera entristecida, al hijo que no ha de volver; quizá ruega por él a todas horas, y quizá vivirá sufriendo y anhelando, hasta que un día, sepa que ha muerto el que tanto esperó! Si, justo es compadecer al hijo sin ventura; pero más, mucho más digna de piedad es la pobre madre desdichada.

Roguemos, roguemos a Dios que ya habrá dado eterna paz al muerto, que tenga piedad y derrame sus consuelos sobre el alma de la pobre abandonada.

Don Pedro.-Yo, parto.

Doña Bernardina.—; Te vas?

Don Pedro.—Si, es necesario que no llegue a Montevideo la noticia de este contraste.

PALMIRA. -; Te sientes mejor, Gabriel?

Gabriel.—Sí, si no es de mayor cuidado: quizá, lo que más me atormenta, es el cansancio y el escozor de la derrota.

Maria Eugenia.—Oh, esto es pasajero: vais a triunfar.

Mercedes.—Dios ha de protegeros y estar con vosotros...

Maria Eugenia. -; Se lo rogamos tanto!

Gabriel.—Pues entonces, somos invencibles; porque ¿cómo podríamos ser derrotados teniendo por aliados a Dios en el cielo y a los ángeles en la tierra?

ESCENA VII

DICHOS - RAMONA (que llega corriendo).

Ramona.—; Escóndase, escóndase pronto, niño ¡Grabiel!

GABRIEL.—; Por qué?

Doña Bernardina.—¿ Qué pasa, Ramona?

Ramona.—Pues, que se dirigen a esta casa unos soldados ingleses...

María Eugenia.—; Virgen del Carmen!

Mercedes.-Lo van a prender.

Gregorio.—; Prender! ¡Ca! Hay que entretener un momento a esos herejes. Venga, niño: lo escondo aquí, juntito a la casa, entre el patio, y dentro unos minutos arrimo caballos aquí... y escapamos.

Palmira.—; Dios te oiga, Gregorio!

Doña Bernardina.—Andá, pues, no te detengas. María Eugenia.—Cuida que no te vean a ti y no te atrapen, que entonces se pierde todo.

Gregorio.—¿ Atraparme a mí? ¡cuándo! Entreténganles un rato, el tiempo de rezar un bendito.

Doña Bernardina.—Si, andá, no temas. Los entretendremos. (Se van por el fondo, Gregorio y Gabriel). Y ahora, hijas mias, nada de demostraciones que puedan descubrir nuestro estado de ánimo. Calma, serenidad y que Dios nos ayude.

ESCENA VIII

DICHAS-OFICIAL MURRAY Y VARIOS SOLDADOS INGLESES

Oficial.—; Quién de ostedes ser la doeña de esta casa?

Doña Bernardina.—Soy yo, señor oficial.

Oficial.—Señora, yo *vengue* persiguiendo a un insurrecto que, segon parece, estar *refuguiado* y vengo a llevármelo, de grado o por fuerza.

Doña Bernardina.—Si hubiera en esta casa un defensor de mi Patria que hubiera buscado asilo en ella, por deber y por compasión lo ocultaría y lo defendería de usted; suponerme capaz de otra cosa, sería una injuria que no merezco y que nunca un bien nacido infiere a una dama. (Esto se dirá con calma y mucha dignidad). Afortunadamente sólo tiene usted por contrarios a una señora y a unas niñas; entre usted, registre, busque: yo guiaré a usted. (El oficial pone centinelas frente a las puertas y entra en la casa con doña Bernardina).

Palmira.—; Ay Dios, van a encontrarle.
Mercedes.—; Y ese oficial, que antipático!

María Eugenia.—Tiene cara de malo. No podrá escapar.

RAMONA.—No tema, niña. ¡Vaya si escapa! La señora entretendrá al oficial. Yo, ya me entenderé con estos dos. (Se arrima a los dos centinelas y les dice con agrado). Que tal, míster. Buen tiempo, ¿eh?

Los dos centinelas.—Yes!, yes!

RAMONA. - ¿ Están cansados?

Los dos centinelas.—Yes!, yes!

RAMONA.—Hombre; si no saben más que esto, poco tiempo habrá perdido la familia para enseñarles a hablar. (Para si).

A los ingleses). ; Y tener sed? (Hace ademán de beber).

Inglés 1.º-; Oooh! muche.

RAMONA.—; Por qué no lo decían, hombres!

Los DOS INGLESES. -; Oooh! (complacidos).

Mercedes.—Que irá a hacer este diablo.

María Eugenia.—Si la dejan los pone alegres.

Palmira.—Capaz es de hacerlo.

(Vuelve Ramona y trae en una bandeja copas, que les sirve).

RAMONA. - Tomen, refresquen.

INGLÉS 1.º (paladeando). — ¡ Estar, moche rico!

Ramona.—¡Ya lo creo! ¡aguardiente de uva, y de Mendoza, pa mejor!

Inglés 1.º(con beatitud).—; Oooh! yes. Oste estar muche care bognite. ¡Oooh! muche, muche!

RAMONA.—; Sí? Vaya hombre, se agradece. (Pavote, para ti estaba). (Al inglés, con mucha sorna). Conque, no te parezco mal ¿eh?

Inglés 1.º-; Oooh! Muche.

(Entra a escondidas Gregorio, hace una seña a las niñas y va a buscar a Gabriel).

RAMONA.—Pero, mira, inglesito, que aquí, las muchachas no son zonzas ¿eh? y cuando se les dice esto y ellas, lo escuchan, es... (Hace ademán de casarse).

(El inglés, después de un rato de pensar, entiende, y dice con hipócrita entonación):

Inglés 1.º—; Oooh! mi no poder. Estar protestante.

Ramona.—; Si? pues, mirá: andáte a protestar a Inglaterra; que aquí, nadies te va a llevar el apunte.

(Salen, rápidamente, a espaldas de los ingleses, Gregorio y Gabriel; éste hace un movimiento de despedida a las niñas, que le ven partir anhelante y que, al verle pasar la puerta muestran su satisfacción. Sale el oficial con doña Bernardina).

Oficial.—¡Señora, yo estar convencido. Aquí no asconder nadie.—Disculpe usted la molestia. Era mi deber.

Doña Bernardina (atenta). —Por disculpado.

ESCENA IX

DICHOS (menos los ingleses).

Ramona.—¡Ándensen con todos los diablos!¡Babosos!¡Tagarotes!...; Casacones!

Doña Bernardina (temerosa).—Silencio, Ramona, pueden volver.

Ramona.—; Ca! si van que los lleva Mandinga.
Doña Bernardina.—Y ; Gabriel? y ; Gregorio?
María Eugenia.—Van por camino opuesto a los soldados.

Ramona.—; Y con Gregorio! ; Ya será hombre quien les eche el guante!

ESCENA ÚLTIMA

DICHAS - DON PEDRO

Don Pedro.—; Albricias! Doña Bernardina.—; Qué hay, qué sucede? Don Pedro.—; Que ya van a terminar nuestras penas! Liniers, está ya en tierra argentina. Nuestra escuadrilla, hábilmente mandada por Gutiérrez de la Concha y favorecida por la niebla, pudo burlar la vigilancia de las poderosas naves inglesas... y poner en la costa nuestra expedición.

Palmira.—; Qué suerte!

Doña Bernardina.—; Dios nos ayuda!

Don Pedro.—Sí, resueltos y entusiastas se vienen sobre Buenos Aires, y, a su paso, se les une el paisanaje en masa. Pronto vengaremos la gran vergüenza del 27 de Junio ¡Pronto no habrá un invasor en nuestra Patria!

ACTO II

El teatro representa un salón de la casa de doña Bernardina, Puertas al fondo, derecha e izquierda. Al levantarse el telón, doña Bernardina y Domitila están sentadas en un sofá, a la izquierda. Más a la derecha, sentadas, formando grupo, Leonor, Clotilde, Sofia y Angelita.

Domitila.—Si, yo me encontré en la Casa de Comedias cuando se produjo el hecho.

Estaban en su palco, el virrey y la virreina, su hija y su prometido esposo, el ayudante don Juan Manuel Marín, cuyo santo se festejaba, cuando entregaron al marqués un parte cerrado.

Abrir el sobre, mostrarse preocupado, y retirarse del teatro, fué cosa de un instante.

Doña Bernardina.—Ponte en su lugar, haber pasado el día en el contento, rodeado de amigos y de familiares, y tener, para fin de fiesta, una impresión de tal naturaleza...

Domitila.-No, no creas que le pilló tan de sor-

presa: mucha gente notó que al poco rato de regresar Sobremonte a la Fortaleza, apareció en el astabandera una luz roja, y es voz corriente, entre los nuestros, que esta señal fué contestada por los buques ingleses con fuegos artificiales.

Doña Bernardina.—No, no lo creas. Mi hermano, que está bien enterado, y cuyas noticias proceden de personas poco afectas al virrey, me tiene contado el suceso. No hay traición en Sobremonte; lo que hubo fué miedo; lo que significaba la señal, no era otra cosa que el pedido urgente de un bote.

Domitila.—Puede que sea así, pero mira... (Siguen la conversación en voz baja).

Doña Bernardina.—No, son exageraciones de la gente...

CLOTILDE.—Yo he oido decir que es muy seria y entonada.

Sofia.—Claro, cosas de la categoría, ya ves, una virreina...

Leonor.—Pues no es así. Hay que tratarla...

CLOTILDE.—Y tú lo has hecho?

Soría.—La has visto de cerca?

Leonor.—Vaya (dándose tono). No sé quién le hablaría de mí; pero es el caso que hará unos dos meses que hablando con papá, le dijo: Señor de la Iglesia, me han dicho que tiene usted una hija muy agraciada. — Eso dicen, favoreciéndola, los que la conocen,—contestó papá.—Bueno, tráigamela usted.

CLOTILDE.—; Caramba! Ya veo que te vas haciendo, célebre. ¡Bien es verdad que lo mereces!...

Sofia.-; Ya lo creo!

LEONOR. -; Burlate! (a Sofia).

CLOTILDE.—Que he de burlarme. Yo te quiero mucho (a Sofia) y a los que queremos ¿podríamos hacerles una mala acción?

Leonor.—Bueno, pues, a los pocos días, papá me llevó a la Fortaleza. Fuimos introducidos en seguida. La señora virreina nos recibió muy atenta, yo, que estaba bien enseñada, aunque con mucho miedo, hice mi reverencia saludando de este modo.

La señora virreina me atrajo a sí, me tomó las manos, me miró sonriente, me besó y le dijo a papá:—¡Es un amorcillo!—Papá agradeció el concepto; yo me volví a inclinar, y desde entonces, cada semana e ido a saludarla.

CLOTILDE.—¿Ves cómo yo tenía razon? (Cariñosa y con buen humor). ¡Cómo no ha de ser influyente una personita que semanalmente ve a la virreina y que ha conquistado el privilegio, nada más que con su carita agraciada y su modito coquetón!

Angelita.—Eso salta a la vista.

Sofia.—Si, es claro como la luz del sol.

Leonor.—Pues, lo debo a la casualidad (a Clotilde, carinosa), porque si la virreina te ve a ti, pierdo el prestigio.

CLOTILDE (con buen humor).—; Ah, de seguro!; Te destrono! (Siguen conversando en voz baja).

Domitila.—No puedes figurarte nuestros sufrimientos. No teníamos un momento de reposo. Los ingleses, que ven en cada vecino un enemigo, no pierden ocasión de molestar Siempre desconfiados, seguian y espiaban, a todo el mundo. Cada dia se

hacian registros y prisiones, y a cada minuto se sentía un sobresalto...

Doña Bernardina.—¡Oh! no creas que aquí hemos estado muy tranquilas. Si es verdad que nos sentíamos substraídas a la mirada investigadora del extranjero, en cambio, la imaginación hacía de las suyas. Cuando tardaban las noticias de la ciudad temblabamos por vosotros, por nuestros amigos; y, si por casualidad se nos hacía saber que alguna partida de ingleses salía de Buenos Aires, se apoderaba la alarma de nosotros. Yo, en particular, creía descubierto a mi hermano, quizá encarcelados a los que con él conspiran, y, créelo; entonces mis días eran de miedo, dolor y zozobra.

N.—Señora, ya está todo dispuesto. Doña Bernardina.—Ven, querida.

ESCENA II

Clotilde — Sofía — Angelita — María Eugenia — Palmira y Mercedes

María Eugenia (a Mercedes y Palmira).—; Aqui están, las simpaticonas! (A Clotilde). Tú estás un poco delgaducha. ¿ Qué es esto?

CLOTILDE.—¡No, si estoy bien! ¿Verdad? (A Palmira).
PALMIRA.—Yo la encuentro igual. Y a mí, ¿cómo me encuentras?

María Eugenia.—Hecha una monada, como siempre. Realmente; ¡es una personita lo más interesante! Pero... la que se está poniendo hecha una granadera eres tú, Sofía. Sofia.—; Yo! Te equivocas.

Palmira. -; No, no me parece!

María Eugenia.—Tú, que has de decir. Si es de tu regimiento. *Delgaducha*. (Haciendo ademán para indicar que es gruesa).

Angelita.—Pero, ¡qué bien se está aquí! ¡Esto es muy hermoso!

Mercedes.—En días de sol, y a pesar de la estación, el campo está muy hermoso; el verde aterciopelado de la hierba, la luz tranquila y serena, los árboles que se esfuman en la lejanía, todo cautiva y encanta.

CLOTILDE.—; Oh, qué bien describes y qué bien dices las cosas! ¡Qué te figuras tú! Mi buena Merceditas hace un considerable gasto de emoción poética. ¡Si la vierais como nosotras!... ¡Se pone el sol: ya la tienes así, contemplativa! ¡Sale la luna: está en éxtasis! ¡Nace una flor...

Palmira.—; Una flor? ¡Buenas flores te dé Dios! Si no hay más que alguna que otra, pobre y sencilla... Es verdad: hay que confesarlo, ahora no hay flores con gran pesar tuyo, Palmira.

CLOTILDE.—; Y para qué querrás tú las flores, aquí en la soledad?

Sofia.—; Qué pregunta la tuya, para ofrecerlas a la Virgen!

Angelita.—; Claro que si!

CLOTILDE.—; Oh, quién sabe! Yo, qué queréis que os diga, creo que a quien se las ofrece (con malicia) es a San Antonio.

Mercedes.—; Qué loquilla ésta! (Sonriendo). ¡ Es particular; no puede tomar nada en serio!

María Eugenia.—¿ Y qué queréis que yo le haga? Eso va en genios; unos nacen para estar tristes y melancólicos; yo vine al mundo para estar siempre de broma y de jarana. Pero, no creáis que a veces no tenga deseos de estar seria. (Voluble). ¡Pero, no puedo! Siento aquí un cosquilleo que ¡sube! ¡sube y sube como si fuera un montón de cascabeles que al llegar aquí (garganta) ¡zas!

Palmira.—Revientan y salta la cascabelada fuera. (Risas).

MARÍA EUGENIA.—; Eso es! (Rien todas).

ESCENA III

DICHAS y luego el OFICIAL INGLÉS y DOÑA BERNARDINA

OFICIAL (de dentro).—; Ya estoy diche que querer ver a la señora!

MERCEDES.—; Quién será este gritón? (Palmira hace que se asoma).

Palmira.—¡ Quién había de ser, el oficial inglés! María Eugenia.—¿ Cuál? ¿El de las pogteñites? Palmira.—No, mujer. El que vino a registrar la casa.

Mercedes.-; Ay, pobres de nosotras!

María Eugenia.—¡ Qué tanta lamentación! ¡ No hay que perder la cabeza!

Doña Bernardina (saliendo). —; Qué os pasa, niñas? Mercedes.—; Ay, tía!

CLOTILDE.—; Qué desgracia!

Palmira.—; De esa no salimos!

Mercedes.—; Se nos llevan!

Sofía.—; Ay, señora, qué miedo!

Angelita.—No llores, Sofía.

(Con precipitación y queriendo hablar todas a la vez. Doña Bernardina quiere atender a todas y no puede).

Doña Bernardina.—Pero, me diréis ¿ qué ocurre ? María Eugenia.—Ocurre que está el oficial inglés del registro, empeñado en que ha de entrar.

Doña Bernardina.—¡Jesús! ¿Nos habrán delatado? Tratad de entretenerlo, mientras yo aviso a Pedro. (Se va ligero).

(Entra el oficial inglés, saludando muy cortés y obsequioso).

OFICIAL.—Muy buenas tardes, señoritas. (Se queda embobado mirando a las niñas, y dice):

¡ My God!—Oh, Lord—¡ How many pretty girls! MARÍA EUGENIA.—¡ Muy buenas, señor inglés! (Haciéndole una cortesia).

PALMIRA (obsequiosa, ofreciéndole una silla, que el oficial no acepta)

—;, Quiere sentarse, señor oficial ?

Mercedes.—Usted vendrá cansado ¿ Se serviría un refresco?

PALMIRA.—; Usted está bien de salud? (Con zalameria). OFICIAL (con cómica exageración).—; Oooh! Muche.

Mercedes.—¡ Cuánto placer tenemos en verle de nuevo! (Amable).

María Eugenia.—Sí, nosotras siempre decíamos: ¡qué habrá sido del señor oficial! ¡si se lo habrá llevado el diablo, ¡ay!

PALMIRA.—; Qué dices! (Asustada).

María Eugenia.—¡Quiero decir... si se habrá ido a Inglaterra.

OFICIAL (sin advertir lo dicho por Eugenia).—; Oh, no! Mi no tener prisa de ir a Inglaterra.; Yo estar muche bien aqui, muche! ¡muche! (Cómica obsequiosidad).

CLOTILDE.—; Si? ¡Parece imposible! (Haciendo señas con los ojos a las demás, como diciendo, atended al mister).

Oficial. - ¿Imposible? je porqué? (Sorprendido).

PALMIRA.—Usted tendrá allí familia, amigos. (Haciéndose la ingenua).

Mercedes (con retintin).—Y amigas...

MARÍA EUGENIA.—; Ya lo creo! (Siguiendo la broma. Todas rien, disimuladas, sin que lo note el oficial.

PALMIRA. -; Es natural! (Con picardia).

OFICIAL.—Nada de este. Además, mí en Inglaterra estar siempre triste, llene de spleen... e aquí pasar toda le contraria (dice esto como para hacer un cumplido a las niñas).

Soria.—; Y cómo es eso? (Haciendo que no comprende. Siguen las señas y las risas comprimidas).

Mercedes (con interés).—Sí, explíquese usted, es muy curioso.

Oficial. — Yo explicar. En cuante sentir venir l'spleen, salir a la calle, e empezar a mirar madamas e madamitas jooh, my God! todas estar lindes, e ponerme alegre, e la curazón parecer la campana de Santo Domingue cuando tocar el sacristán a misa; jtam, tam, tam, tam! (Carcajada general, incluso el inglés).

PALMIRA.—Miralo al mister. (Como diciendo, llámale tonto).

MARÍA EUGENIA (como diciendo, ya te entiendo). — ¡Llamále zonzo!

MERCEDES.—¡Cómo se explica el inglesito! (Con pilleria).

SOFÍA (como si dijera: ; Quién lo habia de decir!)—; Y con ese aire de santito!

Palmira.—Ya sabes lo del agua mansa...

Mercedes.—Y cómo se explica usted que siéndole tan simpáticas nosotras nos haga usted la guerra ?(Сов malicia).

MARÍA EUGENIA (como si dijera: haber que dices ahora).—; Eso, eso!

Oficial.—Oh, yo hacer la guerre a los hombres, porque lo mandar el honor militar. Pero si ustedes venir a pelearme, yo, rendir la espada e mi entregar prisionero per siempre, per toda la vida.

María Eugenia.—¿Sí? Ya lo tendremos en cuenta. (Pifiona, viendo salir a doña Bernardina y a Domitila). ¿Y, tía?...

Doña Bernardina.—Ya todo está en salvo. (Con disimulo). Muy buenas tardes, señor oficial. Me siento complacida viéndole a usted en esta casa (amable), porque supongo que esta vez, el motivo será más agradable!

Oficial. (con mucha galanteria).—Y usted pensar bien, madama. Mi salir hoy a recorrer la campaña y una vez cerca de esta casa, que conoci en seguida, no quise pasar sin ofrecer a usted y a estas señoritas, el respetuoso homenaje de un caballero inglés. He cumplido mi deseo y me retiro contento. Si alguna vez Eduardo Murray, oficial del 71 regimiento, puede ser a usted útil, yo seré dichoso de servirle. Adiós, madama; a sus órdenes, señoritas. (Saluda muy atento y se va).

ESCENA IV

Doña Bernardina.—¡Qué susto me ha dado este buen hombre!

Mercedes.-; Y a mí! Yo temblaba.

María Eugenia.—; Y yo, señora, tenía un miedo! Angelita.—; Y yo, tenía unas ganas de escapar!

ESCENA ÚLTIMA

Topos

Gregorio.—; Victoria! Ya se fastidiaron los casacones.

Doña Bernardina.—Pero, muchacho, ¿qué te pasa?

Gregorio.—; Qué me pasa? Que aquí está el niño Gabriel y dice que ya llegaron los de Montevideo.

Doña Bernardina.—¿ Que llegó Gabriel? Y ¿ dónde está?

Gabriel.—Aquí, lleno de entusiasmo y alegría.

Mercedes.—Conque, ¿llegó Liniers?

Gabriel.—Por fin. Ayer, a las dos de la mañana, los que estábamos en acecho percibimos un ruido de remos en el río; creímos engañarnos, pero no fué así.

Una barca avanzaba con precaución, y al llegar a la playa bajó de ella un oficial y nos dió la buena nueva.

Allí, a un paso, estaba la expedición.

Avanzó el día y se inició el desembarco. ¡Ya están todos en tierra, llenos de entusiasmo y ardimiento.

Palmira.—¡Oh, sublime espectáculo!¡Quien hubiera podido contemplarlo!

María Eugenia.—Venid todos. ¡Mirad!

Mercedes.—; Son soldados!

Gabriel.—Si, son los nuestros que marchan sobre Buenos Aires.

Palmira.—; Dios les haga vencedores!

Doña Bernardina.—Ved, se distinguen casi sus rostros. Enviad a los que van a libertar la Patria un saludo de simpatía. (Saludan con las manos).

Y ahora, Tú, Señor, Tú que das el triunfo a la Justicia, corona de laurel a los que salven la vida; y, a los que mueran...; a esos!...; ábreles las puertas de la gloria y de la eternidad!!

CANTO

Para libertar la Patria Nuestros bravos marchan ya, El valor y la esperanza Resplandecen en su faz. Servidumbres y cadenas A su paso romperán, Para dar a Buenos Aires La perdida libertad. Rataplán! Rataplán!

(Cae el telón).

José M.ª Aubin.





INÉS Y MARTA

COMEDIA

Personajes:

Inés (sobrina y heredera de) Doña Berta. Marta (prima de Inés). Teresa (criada).

Gabinete ricamente amueblado. Por la puerta del foro se verá la que se supone que da a la calle. A la izquierda del espectador otra puerta.

ESCENA PRIMERA

Inés y Teresa

Inės, elegantemente vestida con traje de luto.

Inés (a Teresa y mirándose a un espejo). ¿Estoy bien? Teresa.—Divinamente.

Inés—¡Oh! ¡Jesús! ¡Qué gana tengo de quitarme el luto, pues me apesta todo lo negro!

Teresa.—No sé por qué, señorita. Le está a usted tan bien, que temo que cuando llegue a quitárselo habrá de echarlo de menos. Está usted interesante.

Inés.—; Bah! Déjate de requiebros. Parezco una cucaracha con estos trapos.

Teresa.—Veremos. Cuando tenga que escoger otros trajes y sombreros, en que estén en armonía porque hagan bien, mil diversos colores, si no compara un tiempo con otro tiempo, y no se acuerda de cuando iba de luto. El severo traje de las enlutadas aumenta sus gracias. Luego, no hay que andar con tanto cambio de trajes.

Inés.—¡Eso está bueno! Ahora vas a convencerme de que cuando muere un deudo, sólo por ponerse luto debe una darse al contento.

Teresa.—Eso no, que son distintos, señorita, los extremos. (Aparte). Aunque con luto, en modista no gasta poco dinero.

Inés.—En fin, no me aturdas más, ya te he dicho y lo sostengo que me aburre estar de luto. (Volviedo a mirarse al espejo). ¡Si estoy hecha un esperpento! Parezco delgada.

TERESA (aparte). -Y lo eres con luto y sin él.

(En todo lo que va de esta escena, Teresa no habrá cesado unas veces de arreglar detalles del traje de Inés y otras de poner en orden diversos objetos que se supone habrán servido a Inés para ayudarla a componerse: cajas de polvos, horquillas, pomadas, guantes, etc., etc).

Inés (con sentimiento).—; Y aun tengo que ir así más de seis meses!

Teresa (aparte).—Lo que tú sientes es eso. No la muerte de la tía. ¡Es nada millón y medio de herencia!

Inés.—¿ Estás murmurando? ¿ Por qué hablas bajo? Habla recio.

Teresa.—Pues bien, señorita, digo que el luto se lleva dentro, en el corazón.

Inés.—Bien dices.

TERESA.—Y que, por tanto, no veo la necesidad de que guarde usted con tanto celo y rigor sus lutos.

Inés.—Ya ves que no hay otro remedio.

TERESA (con ingenuidad).—La herencia...

Inés.—; Que herencia! Tonta, no me vuelvas a hablar de ello; ¿ que tiene que ver la herencia con el luto?

Teresa.—Un heredero siempre debe dar las gracias y demostrar el respeto que guarda a su bienhechor, pues de otro modo es muy cierto que si no se pone lutos, dirán las gentes al verlo: "Mira el desagradecido, pues bien le dejó para ellos el difunto".

Inés.—Bien, bien; calla no es eso por lo que debo llevar con este rigor el luto por tanto tiempo. Lo que me obliga es el modo como nuestra tía ha muerto. Las circunstancias extrañas de su fin trágico, han hecho que alcance en el país todo, gran resonancia el suceso y que se fijen en mí más de lo que yo apetezco las gentes. La pobre tía...

Teresa.—Ya lo sé, tuvo el empeño de hacer un largo viaje por mar.

Inés.-Eso mismo.

Teresa.—Un vuelco dió el navío en que embarcó, y ahí va, ¡cataplúm! se hundieron en el mar en un instante los desgraciados viajeros.

Inés.—Algunos quedaron.

Teresa.—Dos, que se salvaron y fueron los que dieron la noticia de los muertos.

Inés.—Tan tremendo cataclismo, como es lógico, dió mucho qué hablar.

TERESA.-Lo creo.

Inés. -Y vinieron los diarios, durante meses enteros relatando peripecias y contando mil siniestros detalles de la catástrofe.

Teresa.—Y contaron entre ellos el de una joven muy pobre...

Inés (interrumpiendo con disgusto).—; Quieres callar? ¡ Qué tormento! No era yo pobre, que estaba regular...

TERESA (aparte).—; Cómo los necios olvidan pronto el ayer!... Tenía bastante; pero... (aparte). ; A mí, me lo cuentas!

Inés.—Claro, no tanto como el inmenso caudal que dejó la tía. (Más sosegada). La fortuna es pregonero que no se calla jamás, y así, desde aquel momento, en que fui rica, las gentes toda la atención pusieron en mi persona: hasta el punto de que hoy me conozca el pueblo, no por mi nombre, sino por el de mi tía. ¿Puedo dejar el luto?

Teresa.—Es verdad. Tiene usted razón en eso, y lo mismo ha de pasarle a su prima.

Inés.—El parentesco es muy distinto, pues ella es, si yo mal no recuerdo, hija sólo de una prima carnal de mi tía,

Teresa.—Extremo era el amor, sin embargo, que ésta le tenía.

Inés.—Es cierto.

Teresa.—Como que siempre con ella vivió en

esta casa, y luego, vea usted, no la dejó un cuarto.

Inés.—¡Si no tenía derecho! Murió mi tia intestada, es decir, sin testamento, y yo la parienta más próxima soy.

Teresa.—Si hubiera hecho testamento no la deja así.

Inés.—Vaya, no empecemos con bachillerías. Teresa.—Yo...

Inés (interrumpiendo).—Las leyes y sus preceptos deben siempre obedecerse. ¿Acaso, dime, yo tengo la culpa de que ellas manden lo que mandan?

Teresa.—Mas, remedio...

Inés (interrumpiendo).—; Qué vas a decir? ¿ No hago por mi prima lo que debo? En esta casa la hallé; sigue aquí como en su centro, porque no hay más diferencias entre las dos, que el respeto (con soberbia) que ella debe a mi distinta condición; pues, qué, ¿ seremos nunca iguales, yo hacendada y ella pobre?

TERESA (aparte).—; Oh! Si los muertos resucitaran, verías qué castigo tan tremendo. (Alto). Bien humilde es.

Inés.—Porque debe. Mas, ve al balcón que ahora advierto que ha parado un coche.

TERESA.—Voy.

Inés.—Estoy impaciente. Espero que venga la marquesita a buscarme, que hoy tenemos junta de la sociedad de socorros.

TERESA (saliendo, aparte).—Cuántos gestos para darse a conocer y lucirse con lo ajeno. (Vase).

ESCENA II

Inés y Marta

(Marta, vestida con sencillez y modestia)

MARTA.—; Vas a salir?
INÉS (con malos modos).—; No lo ves?
MARTA.—No te enfades, ya lo veo.

Inés.-; Y tú, saldrás?

Marta.—También creo que saldré un rato después. He de comprar unas cosas. ¿Dónde vas, si la pregunta no es indiscreta?

Inés.—A la junta de señoritas virtuosas. Hoy tenemos un gran día.

Marta.—Pues ¿qué es ello?

Inés.—¡Ahí es nada! Tenemos organizada una grande lotería.

Marta.—; Os costará un capital?

Inés.—; A mí? Ni siquiera un duro. Y a las demás, de seguro que a todas les pasa igual. Damos lo que recogemos.

Marta.—Caridad barata es esa.

Inés.—Caridad que no nos pesa, pero que al fin ejercemos. La lotería acabada, se recoge lo que sobra, y luego de cada pobre, la que está de ello encargada, examina el expediente y resuelve en su virtud. Lo forman: solicitud en papel correspondiente al timbre anual; fe de vida; cédula de vecindad; comprobantes de la edad y el oficio; la partida paterna de matrimonio; la suya, si está

casado el pobre; certificado del médico; un testimonio de su conducta; si tiene hijos, su fe de bautismo; el contrato último de inquilinato, y si sobre eso conviene, para más satisfacción, algo más que conocer, se procede al punto a hacer una breve información.

Marta.—Y después de esas recetas, ¿les dais limosna que basta?

Inés.—Sí, suele dárseles hasta de tres a cinco pesetas.

Marta.—Muchos requisitos son para tan poco dinero.

INÉS (con rabia). -; La envidia que tienes!

Marta.—Pero, ¡siempre la misma canción!

lnés.—Tienes envidia, sí, sí. No te quieres conformar con no lucir y brillar como yo.

Marta.—; Pobre de mí!

Inés.—No hagas gestos estrambóticos de mística hipocresía, que a ti bien te gustaría que, como a mí, los periódicos te elogiasen por lo buena.

Marta.—Prima, no te esfuerces más. Yo no he aspirado jamás a esa ventura terrena, que ¡vaya! no me merece juicio de cosa mayor, pues no siempre la mejor es la que más lo parece; y así, el simple galanteo que encierra una gacetilla, no llena en mi alma sencilla la medida del deseo. Basta, en cambio, a mi experiencia, un aplauso más discreto, y es el aplauso secreto que me otorgue la conciencia. Antes de morir la tía, y perdona que esto arguya, la fortuna que hoy es tuya puedo decir que era mía. En esta casa viví; reina fui en

ella y señora y siempre hice lo que ahora, que bien pude desde aquí ejercer mis caridades sin emplear los papeles a modo de cascabeles que anunciasen mis bondades; y no es, no, que las ajenas obras mire con desdén, que para ejercer el bien todas las formas son buenas; sino que se me hace dura la costumbre establecida por la que, virtud fingida cubre vanidad segura.

Hacer lujo del deber, aunque salga tan barato, es costumbre que no acato por buena que llegue a ser. Pues, ¿y fomentar el vicio, en bien de la caridad, no es destruir con la maldad la virtud del beneficio? Incitar al hombre al juego y justificar así ese vicio, ¿ será, di, de buen resultado luego? No alabo tu sociedad, aunque otras mil hay que valen, porque de su esfuerzo salen remedios a la orfandad otorgados sin gran ruido, pero eficaces, completos. Dar para los indiscretos es siempre oficio sabido, más no para el que es virtuoso porque también tiene el dar muchas cosas que estudiar. No basta ser dadivoso, que dar con ostentación no es tal dar, si aquel que ha dado, cobró por anticipado en la ajena humillación.

Inés.—; Bah! ¡ Cesa! Cansada ya estoy de tal perorata (Indignada). Marta, tú eres una ingrata. Con quién como yo te está socorriendo, no debías tomarte esas libertades.

Marta (con humildad). — Corresponder tus bondades procuro, Inés, con las mías. Darte un consejo...

Inés (interrumpiendo furiosa).—No quiero recibir consejos, ¡vaya; Y desde hoy te pondré a raya para que aprendas, primero que me hables, que soy tu dueña. (Como si hablara consigo mismo y sin mirar a Marta). ¡De caridad en mi casa la tengo y aún se propasa de este modo!

Marta.—; Quien desdeña consejos!...

Inés.-; Aun me replicas?

MARTA.—Pero...

Inés.—¿ Qué vas a decir? (Con resolución). Busca casa en qué servir. Veremos si así te aplicas.

MARTA (asustada).—Prima, ¿ me echas? ; oh, que ho-

rror! ¿ Te amarga el pan que me das?

Inés (furiosa). —Sí, me amarga. Ya verás dónde te traten mejor.

Marta.—¡Qué poco hubieras hablado en tal tono en otros días! No era yo así.

Inés.—No podías como yo. Asunto acabado. (Vuelve la espalda a Marta). (Aparte). Así como así, me tiene con sus virtudes, cansada. Siempre he de estar vigilada por ella y no me conviene. Separarla me interesa. (A Marta). Vete ya, no te tolero.

MARTA.—¡Cómo transforma el dinero!(Vase llorando)

ESCENA III

Inés y Teresa

Teresa (anunciando).—Señorita, la marquesa.

Inés.—Bajo en seguida. Me he puesto (mirándose al espejo), con el disgusto, ¡de un modo!... Pues, vaya, en medio de todo me vino bien el pretexto para echármela de encima. Siempre me está predicando. (A Teresa, que habrá permanecido en la puerta, como esperando ór-

denes). Teresa, ve tú bajando ese abrigo. (Vase Teresa con el abrigo). Sin la prima estaré bien por quien soy. (Volviendo a mirarse al espejo). ¿Iré bien? Son inclementes con el traje aquellas gentes tan aristócratas. Voy. (Vase).

ESCENA IV

Teresa.—No hay cosa que más me apeste que esta clase de señoras de poco a acá. Si la sirvo bien, sabe Dios que es por la otra señorita, que es más buena que el pan, y a más porque es cosa dura dejar una casa donde he pasado las horas de seis años y ya estoy hecha a las labores todas principales. Cual los gatos soy yo, que si se acomodan en una casa una vez, tanta querencia la toman, que aunque los harten de palos no la dejan.

ESCENA V

TERESA Y MARTA

Marta (que entra sin reparar en Teresa).—; Qué horrorosa es mi situación. ; Adiós, Teresa, me voy ahora.

TERESA.—¿ Va usted a salir?

Marta.—Para siempre. Me ha echado Inés, pues la estorban mis consejos.

Terresa (con asombro).—¡Irse usted de esta casa!¡No, señora; eso no es posible; vaya!... ¿Qué, no hay más que echar?¡Está loca su prima! Si es esta casa mejor que de otra persona, ninguna de usted.

MARTA.—Ya ves.

Teresa.—¡Bien la heredera se porta! Y ¿adónde quería usted ir? Usted no se irá sola, que aquí está quien la acompañe. ¡Qué acciones! ¡Virgen de Atocha! En vida de doña Berta, que tenga Dios en su gloria, serví a ustedes cinco años y medio. ¿Quién abandona, a la que siempre conmigo, amable fué y cariñosa? (Con ironia). Y ¿adónde pretende que vaya usted su bienhechora?

MARTA.—A servir.

Teresa.—Que sirva ella, como antes sirvió en Pamplona hasta que llegó la herencia inesperada. ¡Qué broma! No haga caso, señorita; aquí, firmes.

Marta.—No, perdona; ya estoy resuelta, pues esto no puede seguir. Se enconan cada vez más nuestros tratos, y estar aquí me incomoda. Por otra parte, no quiero parecer encubridora de las locuras de Inés. Ella, y bien claro se nota, quiere alejarme, y si en esta ocasión no lo logra, buscará pronto pretextos nuevos.

Teresa.—Pero, ¡qué! ¿Nosotras no podremos defendernos?

Marta.—¿Para qué una guerra sorda que haga la vida de todos un martirio?

Teresa.—Pues, señorita, si está usted tan decidida, vámonos; pero no corra prisa el asunto. Yo fui en mis tiempos bordadora y algo podré hacer aun por ayudarla. Usted borda también, y usted, además, sabe hacer otras mil cosas; que su tía la educó como se educa a muy pocas. ¿Por qué no busca un colegio donde entrar de profesora? Así, entre las dos podríamos juntar recursos de sobra

para vivir. Entretanto, hágase usted a todo sorda. Procedamos con cautela. A aguantar y punto en boca y así que hayamos hallado lo que conviene, ¡hasta otra! Entonces podremos irnos sin cuidado; pero, ¡ahora!

Marta.—Es prudente tu consejo. (Con recelo). Mas si pretende, orgullosa, que me vaya...

Teresa.—¡Bueno fuera! Se encierra usted en su alcoba y mientras ella esté en casa no sale. Tan rencorosa no ha de ser que, no estorbándola, vaya a buscarle camorra.

Marta.—Bien; mas, ¿ puedo consentir que pierdas tú, generosa, lo que ganas, por seguirme.

Teresa.—Eso es de mi cuenta.

Marta (con cariño).—; Boba! ¿ Qué he de poder ganar yo? (Señalando las joyas que lleva).—Por todo bien, estas pocas alhajas sólo me quedan.

Teresa.—Poco mi afán ambiciona. Con servirla, estoy pagada.

Marta.—Gracias, Teresa. Te abonan tus actos. Seguiré el plan, y puesto que te conformas con mi suerte, viviremos juntas. Vamos a otra cosa: ¿La enferma de la guardilla está mejor?

Teresa.—Sí, mejora por días.

MARTA.—Pues voy a verla. (Vase).

Teresa.—Vaya con Dios.

ESCENA VI

Teresa.—Bondadosa es por demás. No seguirla fuera un crimen. No blasona como su prima de

buena, pero lo es. Más que la otra da a los pobres, pues da todo cuanto tiene y no perdona recurso alguno jamás de consolar al que llora. ¡Ay, Jesús, y si viviera su tía! Volvía a su fosa para no ver lo que sucede. ¡La quería con tan honda pasión! En cambio, la prima, hoy la heredera famosa, la tenía disgustada y en grande; pero, ¡qué cosas pasan en el mundo! ¡Si hoy la viera tan poderosa y viera a la pobre Marta convertida en servidora como yo!... La fortuna es mudable y veleidosa. (Queda pensativa). Adiós, pacífica casa; al fin dejaré tu sombra para correr con mi suerte horas mil más azarosas, lo quiere así mi destino. Pero, ¿llaman? Sí, voy pronta. (Va a abrir).

ESCENA VII

Doña Berta y Teresa

Abre Teresa y entra doña Berta muy tapada. Doña Berta, después de haber entrado, cierra la puerta de la calle y se descubre a Teresa.

Teresa (asustada).—; Jesús! ; La muerta! ; Es verdad lo que estoy mirando?

Doña Berta.—Calla, y no te asustes. Soy yo. He visto salir de casa a mis dos sobrinas y entro aquí segura.

Teresa (asustada).—Mi ama, si viene del otro mundo por misas que le hagan falta, dígalo pronto ; por Dios! que su aparición me espanta.

Doña Berta.—Tonta, ¿ no ves que soy yo, yo misma que, aunque más pálida por lo mucho que he sufrido, estoy viva, y no fantasma soy que desde

el otro mundo viene a formular demandas? Reponte, pobre Teresa, y te contaré las causas que han detenido mi vuelta al hogar.

TERESA.—Me vuelve el alma al cuerpo su voz tan dulce como siempre. Al verla, helada quedé y sin gota de sangre. ¡Ay, Dios mío! ¿ Será tanta dicha verdad? ¿ No es que sueño? ¿ No es que estoy loca?

Doña Berta.—No, basta de aspavientos. Doña Berta soy que torna a su morada después de pasar mil sustos y ver su muerte cercana más de una vez.

Teresa.—Bueno, cuénteme como es esto, que aun curada no estoy de mi asombro.

Doña Berta.—Escucha. El barco en que navegaba naufragó, según ya sabes.

Teresa.—Si, lo sé.

Doña Berta.—Caí desmayada del alborotado mar entre las revueltas aguas, pero con tanta fortuna, que sobre débiles tablas, del navío desprendidas, quedé como en una balsa y lleváronme las olas en embarcación tan rara, y sin que de ella cayera por milagro, y por ser anchas y haber quedado sujeta en unos clavos mi falda y mi cabello enredado en otros, frente a una playa, del teatro del naufragio muy distante. La misma agua en un golpe de mar fuerte me despertó. Angustia tanta, ni despertar más terrible tuve jamás; pero el ansia de vivir, en tal instante dióme alientos, y agarrada desde entonces al madero salvador con apretadas manos y dando mil gritos porque en la costa cercana me escuchasen, pude allí esperar a que una barca de

pescadores viniese a recogerme. Salvada, pudo la alegría más que antes el terror.

Teresa (admirada).—Extraña es la aventura.

Doña Berta.—Cai como muerta. Por mis ropas sin duda y por mis alhajas comprendieron que yo era alguna principal dama, y aunque nada averiguar lograron por mis palabras, pues quedé más de dos meses completamente sin habla, del caso de que era víctima ni de otras circunstancias, me dieron las pobres gentes con tal cuidado y tal maña mil remedios, que alcanzaron al cabo verme curada. Primero que me repuse pasaron muchas semanas. Ni vo misma darme cuenta pude, al saber la distancia que del sitio del naufragio entonces me separaba, del modo cómo fué esto. Ya la aventura pasada fué poco a poco poniendo todas mis notas más claras y, queriendo del fracaso aprovechar la enseñanza: «Bonita ocasión, me dije, para saber lo que pasa con las gentes si uno muere". A mis salvadores nada conté de mi historia. Nota tomé de nombres y casas y salí del pueblo aquel sin avisar mi llegada aquí a nadie. Entré en mi tierra sin que apenas reparara la gente en mí. Fuime a ver al que me representaba antes por procurador encargando que callara mi aparición. Me entero (con intención) de algunas cosas.

TERESA.—Bien malas, por cierto.

Doña Berta.—Si, que lo son. Le dí en seguida mil amplias potestades porque ponga las cosas donde se estaban... (Interrumpiéndose). ¿ Parece que ha habido quien mi muerte certificada dió?

Teresa.—Uno de los salvados y hasta sé cómo se llama.

Doña Berta.—Sin duda le tuvo cuenta sostener así tan falsa noticia. Se sabrá todo.

Teresa.—Eso es, y caiga el que caiga.

Doña Berta.—Supondría el que tal hizo que era cierta mi desgracia, más aun así tuvo prisa; o puede que, equivocada de buena fe su opinión, me confundiese.

Teresa.—Pues tanta es nuestra dicha, y ya estoy convencida que fantasma no es usted, deme permiso para que pueda abrazarla.

Doña Berta.—Abrázame.

Teresa (abrazando a doña Berta).—¡Oh, mil plácemes tenga usted, y Dios mil gracias, pues llega usted tan a tiempo que no puede ser más!

Doña Berta.—Vaya, pues, cuéntame que sucede, que aunque algo estoy enterada por mi procurador, tú puedes dar más detalladas noticias de lo que ocurre desde que salí de casa, que si es cierto cuánto dicen, ya me traigo preparada la lección y habré de dar más de un disgusto.

TERESA.—Hace falta que obre usted con energia. (Llaman a la puerta). Pero ahora otra vez llaman.

Doña Berta.—Escóndeme.

Teresa.—Sí, en mi cuarto.

Doña Berta.-Voy, mientras abres. (Vase).

ESCENA VIII

TERESA-INÉS

(Abre Teresa y entra Inés muy sofocada)

Inés.—; No tardas poco en abrir!... Me parece que no harás muchas semanas a mi servicio.

Teresa (aparte).—Ni tú vas a gastar lo que gastas. Inés.—¿Murmuras? ¿Qué respondona te vas volviendo y qué maula! Vengo furiosa.

TERESA.—Lo veo.

Inés.—Estoy toda despeinada. ¡Esa peinadora! Teresa.—Pues no habrá sido porque largas no se haya estado dos horas peinándola esta mañana.

Inés.—En medio de la reunión se deshizo la lazada del pelo y quedé bonita; luego, por si poca falta era ésa, al levantar el brazo se abrió esta manga. (Enseñando una manga descosida).

Teresa.—No será porque no cobre la modista la obra cara.

Inés.—Pues desde ahora te aseguro, que segunda vez no pasa lo de hoy. Vete.

TERESA.—Me voy. (Vase).

ESCENA IX

Inés.—Estoy ya de todos harta. Gástese usted un dineral en estar bien arreglada para que después se burlen de usted en su propia cara. Modista, ni peinadora, ni zapatero, ni criada quiero de los conocidos. Escribiré a doña Paula, la de Paris, que me mande todo el servicio de Francia. Encargaré allí mis trajes, que allí hay gusto y aquí nada. Los caudales de mi tía dan para eso y más. A raya pondré yo a la marquesita, y ¡que se ría en mis barbas en adelante! Verá quien puede más. Humillarla he de conseguir. Pues ¡soy bonita para burlada! ¡Maldito luto! Él me ha hecho por buscar formas extrañas, caer hoy en el ridículo. Todas van tan ataviadas con sus trajes de color, que con la cosa más vana pueden arreglarse. Mas ¿quién con lutos tendrá tanta habilidad que combine modas que choquen? (Mirando hacia la puerta, en que aparecerá doña Berta, con la cara completamente tapada por tupido velo negro). ¿Quién pasa?

ESCENA ÚLTIMA

INÉS-DOÑA BERTA-Luego MARTA-Después TERESA

Doña Berta (entrando).—Yo fuí de su tía gran amiga y a suplicarla vengo hoy algún auxilio, pues por diversas desgracias, breves por su duración, por sus consecuencias largas, carezco de todo.

INÉS (contrariada).—; Y hora es esta de venir? Criadas más torpes que las que tengo no las habrá ni buscándolas.

Doña Berta.—Perdón si así la molesto...

INÉS.—; Y para qué tan tapada viene? (Va a entrar Marta como si ignorase que hubiera venido Inés. Luego hace que se va y queda en la puerta escuchando).

Doña Berta.—Porque estoy enferma y no quie-

ro, con mi cara llagada, mortificar a las personas que me hablan.

Inés (asustada).—Pues váyase usted en seguida, que esa razón le bastaba para no venir; no hay cosa que más me asuste.

Doña Berta (sentenciosamente).—Las llagas del corazón son peores que las del rostro.

Inés (con ironia). ¡Y me habla en son sentencioso! ¿Y quién le dió derecho?...

Doña Berta.-Mis canas.

Inés.—Bueno, bueno, vaya, déjeme. Tengo mis pobres.

MARTA (aparte).—No tengo nada que darle; ¡qué lástima! (Se quita un brazalete de oro que llevará puesto).

Inés.—Si quiere que la socorra vaya pasado mañana a la calle de las Huertas, y en el 7, allá, a la entrada, le dirán los requisitos que al expediente hacen falta; los llena, y se proveerá según proceda.

Doña Berta.—La dama no mira en mis desdichas; satisfacción inmediata piden. Carezco de todo, y más que mi mal, me acaba el hambre.

Inés.—Los hospitales son bien grandes.

Doña Berta.—Más mirada era su tía.

Inés.—Murió mi tía y así acabadas sus amistades están.

Doña Berta (hace que llora).—Me voy. Al salir la detiene Marta, y al decir las primeras frases la da la mano, poniendo con disimulo en la de doña Berta el brazalete que antes se quitó).

MARTA.—Deme, no caiga, la mano. (Al oido de doña Berta). Tomad, no tengo ninguna otra cosa.

Doña Berta (mirando la alhaja).—; Marta! Tú eres mi sobrina, tú. (Se descubre. Entra Teresa).

Marta (asustada).—; Cómo! (Cuadro. Marta desde cerca de la puerta de salida mira con asombro a doña Berta. Doña Berta en medio de la habitación se deja contemplar, con arrogancia. Inés, llena de espanto y a medio levantarse de la butaca en que estaba sentada, como si el terror hubiera detenido sus movimientos, fija los ojos muy abiertos en doña Berta. Teresa, en la puerta de la izquierda, rie puesta en jarras).

Inés.—; Qué miro!

Doña Berta (a Ines). -; Ah, ingrata!

Teresa (riendo sin poder contenerse). —; Válgame Dios!; La señora!

Doña Berta.—Yo, yo misma soy, que vengo para amparar a mi ahijada. (Abraza a Marta).

Inés (como queriendo disipar los recuerdos de un mal sueño). — ¡ No puede ser!

MARTA (abrazando a su tia). -; Tía!

Doña Berta (a Inés).—Sí; puede, y tú lo verás.

INÉS (rendida a la realidad).—; Dios mio!

Doña Berta.—Castigo es este a tus faltas, pues desde hoy ¿serás señora? ¿Teme quien no peca? ¿Marta va a servir?

Inés.-¿Y cómo sabe?...

Doña Berta.—De todo estoy enterada (con ironia). Que el suponérseme muerta me inició en artes de magia.

Inés.—; Perdón!... Yo lo reconozco. Orgullosa y casquivana he sido.

Marta (a doña Berta, por Inès).—Tía, perdónela, que está arrepentida.

Doña Berta (a Marta).—Calla. (Por Inés). Pruebe primero con actos su enmienda, y a perdonarla me obligo.

Inés.—Lo probaré (a Marta, avergonzada). ¡Prima!

Marta.—Prima, no, hermana; te ayudaré a convencer a mí tía y la batalla ganaremos.

Doña Berta.—; Te conjuras contra mi?

Marta.—Sí, hasta echarla en vuestros brazos.

Doña Berta (abrazando sin gran entusiasmo a Inés). — Acepto sin condiciones.

Inés.—Humillada por esta lección, sabré aprovechar su enseñanza. Seré en adelante buena.

Doña Berta.—Eso quiero.

Teresa.—No fué mala la leccioncita, aunque dura. ¡Valgan los cielos y cuántas se darían como ésta si muchos resucitaran!

MARTA.—; A corregirse!

Doña Berta.—El orgullo y la bondad no se hermanan, que son fieros enemigos (a Inés). Imita a tu prima Marta, que, al que es virtuoso, el aplauso de su conciencia le basta.

Teresa (al público).—Y aquí acaba la comedia, perdonad sus muchas faltas.

TELÓN

FRANCISCO PÍ Y ARZUAGA.





LA GRATITUD

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ACTO ÚNICO

ESCENA PRIMERA

LA SEÑORA MARÍA—NICANORA, luego Toñica

(La señora María y Nicanora ponen en orden varias sillas de paja y otros enseres propios de una casa de labranza. Luego entra Toñica, cantando, con un ramo de flores silvestres en la mano. Habrá otros ramos de flores de jardin sobre una mesa).

NICANORA.—No se quejará usted, señora María, de los vecinos del cortijo. No queda uno, en todos estos contornos, desde el Cerro hasta Caspe, que no haya venido a felicitar a usted en sus días.

La señora María.—Esas atenciones son de agradecer, Nicanora. La gratitud florece tan dificilmente en el corazón, que hay motivo para estar satisfecha, cuando una ve pagadas con manifestaciones de simpatía las buenas obras que ha podido hacer.

NICANORA.—Sin embargo, la veo a usted menos alegre que de costumbre.

La señora María.—Es que en tales dias noto más que nunca el vacío que dejó en mi hogar la muerte de mi marido.

NICANORA.—Hemos de respetar los designios de Dios y conformarnos con nuestra suerte. ¿Qué gana una con afligirse? ¿No estamos aquí, Toñica y yo, para alejar la tristeza del hogar?

La señora María.—Tienes razón. Ambas habéis sido la alegría de esta casa, desde que amparé vuestra orfandad.

NICANORA.—Diga usted, más bien, que ha sido para nosotras la mejor de las madres. (Se oye por el foro la voz de Toñica, que viene cantando alegremente). Ahí viene Toñica.

La señora María.—Esparciendo, como siempre, alegría por donde pasa.

Toñica.—¡Ay, señora María! que no se encuentra por estos campos de Dios, una flor para un remedio. He tenido que espigar dos horas para reunir este ramo con que quise obsequiar a usted en sus días. Tome usted... (dándole el ramo) y que Dios le conceda a usted más felicidades que flores hay aquí. (La señora María besa a Toñica y coloca el ramo junto a los otros sobre la mesa).

La señora María.—¡Gracias, Toñica! Estimo en mucho tu obsequio. Este ramo, con los demás que hoy he recibido, lo llevaremos al altar de la Virgen de la Ermita, en acción de gracias por la protección que nos presta.

Tonica.—¡Huy!¡cuánta flor!... pero esas no son del campo...¡vaya una gracia!... Si yo tuviera jar-

dines, menos trabajo me costara hacer un ramo, La señora María.—Por eso el tuyo tiene más mérito que estos otros, y lo agradezco doblemente.

Toñica.—¿Está usted contenta?

La señora María.—¡Mucho! hijas mías...; mucho!... Gracias a ti, Nicanora, que tanto me has ayudado con tu inteligencia (se sienta; las dos niñas permanecen de pie, una a cada lado de ella), he llegado a cumplir mis compromisos... Hoy, al mediodía, me será renovado por seis años más el arrendamiento de este cortijo, pues don Tomás, el banquero de Caspe, pagará esta mañana por mi cuenta al apoderado del marqués los seis mil reales que hacían falta... Son el fruto de nuestro trabajo común, de mis economías... y de las tuyas, Nicanora...

Toñica.—¡Ay, qué alegría! (Cantando y bailando). ¡A la jota, jota!... (Hablado). ¿Verdad que da ganas de cantar y de bailar?

NICANORA.—En lo sucesivo, podrá usted vivir tranquila, sin las inquietudes de estos últimos años.

La señora María.—Si viviese mi marido...; tan bueno!...; tan laborioso!... él, que descansaba de las fatigas de la guerra cultivando la finca...; Ay! no hay dicha completa.

Toñica.—Señora María, hoy es día de fiesta y no es cuestión de entristecerse.

La señora María.—Tienes razón, Toñica. (Se levanta).

Toñica.—Estas flores se van a marchitar aqui,

La señora María.—Anda; ve a meterlas en un lebrillo con agua y estarán frescas esta tarde para llevarlas a la Ermita.

Toñica.—Voy volando... (recoge los ramos de flores en el delantal) y en seguida a la vaca, que extrañará no haberme visto en tanto tiempo. (Se va por el foro tarareando un cantar).

ESCENA II

La SEÑORA MARÍA — NICANORA

NICANORA.—Por lo que a mí toca, nunca pagaré a usted como se merecen los beneficios que le debo.

La señora María.—No he hecho más que cumplir con mi deber, Nicanora. Tu padre fué el compañero de armas, el mejor amigo de mi esposo. Quedaste huérfana... Te recogi bajo mi techo... Desde la edad de doce años, empezaste a pagarme tu deuda, ayudándome con tu inteligencia y con tu trabajo a explotar esta finca...; Pero, calla! (Mirando por el foro). ¿No es doña Filomena aquella señora?

NICANORA (mirando).—Ella es. Vendrá a darle a usted los días.

La señora María.—No acostumbra. Algo de particular la traerá por aquí.

(La señora María y Nicañora se adelantan; la primera acaba de poner en orden los muebles y enseres de labranza que hay en la sala; la segunda pasa un paño por la mesa donde estuvieron las flores.

Aparece Toñica en el foro, donde permanece un instante, esperando a doña Filomena, a la cual mira con impertinencia y con mal ceño mientras entra en la casa; luego desaparece.

ESCENA III

DICHAS - DOÑA FILOMENA

Doñá FILOMENA (entrando por el foro. Aparte).—Esa descarada de Toñica ha de pagarme sus miradas insolentes. (Alto). Buenos días, señora María...

La señora María.—Dios la guarde, doña Filomena. Doña Filomena.—La extrañará a usted mi visita... La señora María.—; Extrañarme!... ¿ Por qué?...

No, señora.

NICANORA.—Doña Filomena vendrá a felicitarla en sus días...

Doña FILOMENA. -; Ah!... Son sus dias hoy!...

La señora María.—Día de gozo para todo el mundo en el cortijo... Siéntese usted. (Nicanora le acerca una silla).

Doña Filomena (rehusando la silla) — Gracias... estoy bien... El caso es que llego de Caspe... y... siento mucho... pero muchisimo, tener que dar a usted una mala noticia.

La señora María.—¡Una mala noticia!... ¿Qué ocurre?

Doña Filomena.—El valor me falta para decirle... La señora María.—; Cielos! ; Hable usted! ; Qué pasa?

Doña Filomena.—Don Tomás... el banquero...

LA SEÑORA MARÍA. -; Qué ?...

Doña Filomena.—Ha desaparecido, arruinando con su quiebra a una porción de familias.

La señora María (desplomándose en una silla). — ¡ Que oigo!... ¡ Estoy perdida!

NICANORA (acudiendo a su ama).—; Señora María!...; Tenga usted ánimo! Tal vez no sea cierto...

Doña Filomena.—Con él han desaparecido todos los depósitos que le habían confiado. En Caspe no se habla de otra cosa.

La señora María.—De modo que cuando creía yo llegar al término de mis luchas...; Dios mío!; Pero eso no es posible!...(A Nicanora). Si hoy, a las doce, mis seis mil reales no están en manos del apoderado del Marqués, seré desposeída del cortijo...; Oh!...; es preciso aclarar todo eso!

Doña Filomena.—Señora María...; mucho siento el percance!...

NICANORA (aparte, designando a su ama). —No le será posible reparar semejante pérdida... ¿ Qué va a ser de mi pobre ama?

La señora María (levantándose).—Dispense usted, señora... Pero muero de impaciencia... En cinco minutos voy a Caspe... (Se va precipitadamente por el foro).

ESCENA IV

Doña Filomena -- Nicanoba

NICANORA.—Nuestros esfuerzos, nuestros trabajos... nuestras penalidades...; todo inútil!... Porque dicen que el Marqués es un hombre sin piedad...

Doña Filomena.—Si, mi querida Nicanora. Es un despilfarrador y siempre se halla necesitado de dinero.

NICANORA.—Tendremos que abandonar esta finca, donde esperábamos ser tan felices!

Doña Filomena.—Seguramente, porque, a estas horas, son ya varias las personas que se disponen a entregar la cantidad que la señora Maria no podrá encontrar... Así va el mundo... Ayer le tocó a tu ama explotar el cortijo, hoy tal vez me toque a mi.

NICANORA. -; Cómo!

Doña Filomena.—Esta finca me encanta... y me han asegurado que está en disposición de dar muy buenos rendimientos.

NICANORA (aparte). —; Oh! Ahora comprendo sus intenciones.

Doña Filomena (aparte).—Lo mejor es decirselo claro de una vez. (Alto). Nicanora, si quieres, no solamente te quedarás en el cortijo, sino que, además, gobernarás en él.

NICANORA.—No acabo de entender a usted, doña

Filomena.

Doña Filomena.—La cosa es muy sencilla... Escucha. (Mira si alguien las oye). Tengo el propósito de tomar esta finca en arriendo... para continuar la explotación tan bien encarrilada por la señora Maria .. Llevo en el bolsillo la cantidad necesaria para ultimar este asunto...

NICANORA.—Yo creía que era usted amiga de mi ama.

Doña Filomena.—¡Y lo soy!Pero, muchacha, una cosa es la amistad, y el negocio es otra cosa. La ocasión la pintan calva, y yo sería muy tonta si la dejase escapar. ¿Va a encontrarse la señora María

con el dinero necesario para renovar el arriendo? No ¿verdad? Pues le quitarán la finca para cederla al primero que constituya la fianza. Y antes que la obtenga otro, prefiero tenerla yo. Ni más ni menos.

NICANORA.—Pero ¿usted entiende de cultivos?

Doña Filomena.—Ni pizca... Pero principio quieren las cosas... Además, la señora Maria ha sido muy poco generosa contigo. Si ha salido adelante con la explotación de la finca, te lo debe a ti, y no te ha retribuído como merecías.

NICANORA.—Ha hecho lo que ha podido... No me quejo.

Doña Filomena.—Ya sé que tienes tus ahorrillos...

NICANORA.—Los tenía.

Doña Filomena.—¡Cómo!...; Acaso se los habías confiado?...

NICANORA.—Para que los constituyera en depósito juntamente con los suyos.

Doña Filomena.—¿ Qué imprudencia!... ¡ Todo ha desaparecido!... Has sido engañada...

NICANORA. -; Señora!...

Doña Filomena.—La intención no habra sido mala, pero el resultado es que te quedas sin recursos... y obligada a salir de esta casa.

NICANORA.—; Ay! Esto es lo que más siento.

Doña Filomena.—Pero repito que de ti depende el quedarte aquí, no ya como criada, sino como gerente, interesada en el negocio. Percibirás, por tu trabajo, la mitad de los beneficios.

NICANORA. -; Oh, ¡nunca!... ¡Nunca!

Doña Filomena.—; No seas tonta!... ¿ Qué vas a hacer!... La señora María está arruinada...

NICANORA.—Trabajaré con ella.

Doña Filomena.—¿En qué? Y ¿cómo podrá ella devolverte lo que te debe? Mientras que conmigo, no tardarás en ser rica.

NICANORA.—Yo no sé... pero me parece que lo que usted me propone no está bien.

Doña Filomena (aparte).—Cederá. (Alto). Reflexiona; piensa en el porvenir... Repito que aquí traigo el dinero y que conmigo serás el ama de la finca.

NICANORA. —; Oh, jamás! (Se oye la voz de Toñica, que llama fuera).

ESCENA V

DICHAS-TOÑICA (por el foro)

Tonica (dentro). -; Nicanora!

NICANORA. - Dispense usted ... (Se dirige hacia el foro).

Tonica (entrando). -; Nicanora!

NICANORA. - ¿ Qué hay?

Toñica.—El mandadero quiere entregarte una carta.

NICANORA. -- Voy. (Se va por el foro).

Toñica.—Una carta de Zaragoza... Allí quisiera yo ir un día. Dicen que es tan hermosa ciudad... Pero eso es lo de menos; lo que tengo ganas de ver, sobre todo, es la Pilarica. (Tararea). ¡A la jota, jota, qué hermosa es mi tierra!... (Párase de pronto, viendo a doña Filomena que se ha sentado a un lado de la sala). ¡Ah! (Con reverencia burlona). Usted dispense, señora... (Aparte). ¡Ay, qué antipática me cae esa lechuza!

Doña FILOMENA (aparte).—Esta pastorcilla es un diablo con faldas. Pero cuando tan alegre está, es que ignora lo que ocurre. (Alto). Muchas ganas tienes de cantar.

Toñica. —; Toma!... Y cantaré mientras tenga aliento.

Así va el mundo... unas cantan y otras rumian malos pensamientos. (Aparte). Chúpate esa. (Alto). Es preciso que haya de todo... Si todas fuésemos solapadas y socarronas ¿ a dónde iríamos a parar? (Se va por el foro tarareando una canción).

ESCENA VI

Dona Filomena (se levanta).—Diriase que se han puesto de acuerdo para oponerse a mi plan... Sin embargo, sin ellas, sobre todo sin Nicanora, yo no podría llevar la finca...; Ah! Aquí vuelve...

(Entra Nicanora por el foro, acabando de leer una carta, que se mete en la faltriquera).

ESCENA VII

Doña Filomena — Nicanora

NICANORA (aparte).—No sé qué hacer.

Doña FILOMENA.—; Qué me contestas, Nicanora?...; No te decides?...; Pues adiós! (Hace ademán de irse).

NICANORA (aparte).—Sí.. esto es... (Alto). Doña Filomena, acepto su proposición.

Doña Filomena.—; Gracias a Dios! Mi prima, tu madrina, va a estar contenta...

NICANORA (con intención).—Queda, pues, convenido que si la señora María no ha entregado, hoy, a las doce, los seis mil reales al apoderado del Marqués, quedamos, usted y yo, constituídas en sociedad.

Doña Filomena.—Perfectamente. Hazme un recibo de seis mil reales.

NICANORA.—; Especificando bien lo convenido?

Doña Filomena.—Si quieres...; Tienes pluma y
papel? (Nicanora coge de un armario u otro mueble cualquiera, un tintero, una pluma y papel que coloca sobre la mesa).

NICANORA.—Aquí tengo de todo. (Se sienta a la mesa).

Doña Filomena.—Pues adelante.

NICANORA (aparte).—; Qué importa? Nada se pierde escribiendo. (Alto, escribiendo). «Recibí de doña Filomena Hermosilla, con la cual quedaré asociada desde el momento que le será concedido en arriendo el cortijo denominado La Solana...» (Sigue escribiendo. Terminado el recibo, doña Filomena lo coge).

Doña Filomena (cogiendo el recibo). — Perfectamente. (Dándole tres billetes de Banco). Toma, prefiero que lleves tú misma la cantidad al apoderado del marqués... Tres billetes de a quinientas pesetas.

NICANORA.-Luego irė.

Doña Filomena.—Pues hasta después. (Aparte, marchándose por el foro). Ya sabía yo que esta muchacha acabaría por aceptar mis brillantes ofrecimientos... Poco carácter... Haré de ella lo que me dé la gana. (Desaparece por el foro).

ESCENA VIII

NICANORA.—Tengo mi plan. Perdóneme el cielo la supercheria, pero yo no hallé otro medio de salvación. Esta carta de mi madrina no podía llegar con mayor oportunidad... Estoy segura de lograr mi objeto. Pero es preciso que nadie sospeche mi propósito. Tendré que soportar, seguramente, más de un severo reproche. No importa. No hay gloria sin martirio... (Mirando por la puerta del foro).; Ah! La señora María...; Sabré aguantarme firme en su presencia? (La señora María entra por el foro muy abatida; pasa al lado de Nicanora sin saludarla y va a sentarse en un rincón).

ESCENA IX

LA SEÑORA MARÍA - NICANORA

La señora María (después de una pausa).—Lo sé todo, Nicanora. Acabo de encontrar a doña Filomena, que me ha puesto al corriente... Todo el mundo me abandona... Para mi ya no hay esperanza.

NICANORA. - Señora María...

La señora María.—La codicia de doña Filomena me ha indignado sin sorprenderme. Tu conducta, por el contrario, me parece inexplicable, inaudita. Nunca hubiera esperado de ti semejante proceder.

NICANORA (violentándose).—Deje usted que le explique... ; Si yo hubiese tenido en mi poder la cantidad que le falta, y se la hubiese ofrecido ?...

LA SEÑORA MARÍA (vivamente). -; La hubiera rehu-

sado!...; Oh! no por orgullo, sino por no arrastrarte aún más al abismo de mi ruina... Demasiado te debo ya...

NICANORA (aparte).—Es imposible decirle nada.(Alto). Sus reproches me lastiman mucho, señora María... Pero crea usted que... Al fin me hará usted justicia...

La señora María (severamente).—; Basta!...; Que la fortuna te sonría más que a mí!... Antes de una hora, habré salido de esta finca.

NICANORA.—; Antes de una hora! ¡Ah! El tiempo vuela... y el deber me llama! (Aparte marchándose por el foro). ¡Pobre señora María!... ¡Me da una pena!... Pero fuera flaquezas!... ¡a terminar mi obra!

ESCENA X

La señora María, luego Toñica

La señora María.—¡Se fué!...; No tiene corazón!...; Quién lo hubiera dicho!...; Y yo que la quería tanto!...

Toñica (entra por el foro tarareando).—Ya se acabó la tarea de la mañana...; Ay!; Qué tristona está usted, señora María!...

La señora María.—; Toñica!... ¿ No sabes mi desgracia?...

Toñica (con sorpresa).—; Yo qué he de saber!
La señora María.—; Estoy arruinada!
Toñica.—; Cielos!...; Usted! mi pobre ama!

La señora María.—Doña Filomena v Nicanora me substituyen en el cortijo...

Tonica (indignada).—; Es posible!

La señora María.—Las dos se aprovechan de mi desgracia para emprender el negocio.

Toñica.—¿ Y usted se va a marchar?... ¿ Y yo voy a tener otra ama?... ¡ Oh, no! Si Nicanora la abandona a usted, yo no la dejo. Iré donde usted vaya, aunque sea al fin del mundo... Y le cantaré todas las coplas de Aragón para alegrarla y hacer que olvide la picardía de esa ingratona... ¡ Oh! Ya me dió a mi mala espina el ver por acá a esa mala pécora de doña Filomena!... ¡ Y Nicanora ha podido juntarse con ella para hacerla a usted traición!... Pero aquí estoy yo, señora María... Yo le aseguro que no soy ninguna ingrata...

La señora María.—Lo creo, Toñica... Pero calla, que oigo pasos... No quiero ver a nadie... Si alguien pregunta por mí, di que estoy indispuesta. (Se va por la derecha. Casi al mismo tiempo, entra doña Filomena por el foro.

ESCENA XI

Doña Filomena — Toñica

Toñica (aparte). —Es doña Filomena...; La hipocritona!...

Doña Filomena.—; Hola, Toñica!...

Tonica (saludándola con desden).—; Muy señora mía!...

Doña Filomena. —Parece que estás de mal talante.

Toñica.—Cada uno gasta el humor que tiene.

Doña Filomena.—Pues si quisieras, yo haria desaparecer tu mal humor,

Toñica.—Bueno o malo, mi humor no se vende, como el de otras.

Doña Filomena.—Veo que estás al corriente de lo que pasa... Por lo mismo, debieras quedarte en el cortijo con tu amiga Nicanora.

Toñica.—Nicanora no es ya mi amiga, desde el momento que abandona a nuestra bienhechora.

Doña Filomena.—Pero si la señora María ya no os necesita para nada; no puede proporcionarte colocación... y lo que más conviene para todas es que ganes dinero.

Toñica.—Dinero ganado a costa de traiciones, no puede ser de provecho. Mire usted, doña Filomena... si yo tuviese dinero, como usted, a manos llenas ¿sabe usted lo que haría?...

Doña Filomena. -; Qué harías?

Toñica.—Ayudar a la pobre señora María, en vez de suplantarla.

Doña FILOMENA.—; Tonta!

Toñica.—; Tonta, sí, pero con un corazón aquí dentro, y una conciencia que me avisa cuando algún mal pensamiento se me quiere meter en la cabeza! Yo soy una pobre ignorante, pero sé que Dios manda a las criaturas que se amen unas a otras, y que a la que se cae, la ayudemos a levantarse, en vez de empujarla para que se hunda. Lo que usted ha hecho con la señora Maria, es una mala acción; y si tiene usted conciencia, le remorderá toda la vida... Dicho está que no seguiré tan mal ejemplo...; Y si usted se queda con el cortijo, bus-

que otra zagala, porque, lo que es conmigo, no cuente.

Doña Filomena (aparte).—; Demontre de chiquilla!... Tales cosas me dice...; Será verdad que he cometido una mala acción? Pero ya no tiene remedio. (Alto). Aumentaré tu paga.

Toñica.—No aumente usted la ofensa. Toñica se morirá de hambre, antes que comer el pan de la

ingratitud.

ESCENA XII

DICHAS - LA SEÑORA MARÍA (por la derecha).

La señora María.—Sin ánimo de escuehar, todo acabo de oirlo, Toñica... (abraza a la zagala). ¡Qué buena eres!

Toñica.—No hago más que cumplir con mi deber. La señora María.—¿ Te parece poco, cuando aun las personas más queridas nos engañan con frecuencia?

Tonica.—¡Oh! esa Nicanora!... Si la tuviese delante, le sacaria los ojos.

La señora María.—Modérate, Toñica... Déjame sola un momento con doña Filomena...

(Toñica echa una mirada furiosa a doña Filomena, y se va por el foro).

ESCENA XIII

La señora María — Doña Filomena

Doña Filomena.—Veo que aqui todo el mundo la quiere a usted mucho, señora María... Voy a serle

franca... Esa Toñica me ha hecho concebir escrúpulos, haciéndome ver las cosas a través del prisma de la razón... No quiero prolongar su angustia... Me remordería la conciencia, si le robase para siempre la tranquilidad de esta vida de labor honrosa.

La señora María (con sorpresa).—Señora... la verdad... no se qué pensar de todo eso...

Doña Filomena.—La voz del deber se ha dejado oir en los labios de esa inocente criatura... Además, no se me ocultan las dificultades con que tropezaría para explotar esta finca... Usted se quedará en ella...

La SEÑORA MARÍA (tendiéndole la mano).—Señora...

Doña Filomena (estrechándole la mano). — Para ello le presto a usted la cantidad que Nicanora ha ido a llevar a casa del apoderado del Marqués.

La señora María.—Gracias, señora, pero no puedo aceptar su ofrecimiento... Después de lo que ha hecho conmigo Nicanora, no puedo quedarme aquí con ella.

Doña Filomena.—Más que su ambición, han tenido la culpa mis esfuerzos... sin contar una carta que recibió y cuyo contenido ignoro, pero que me pareció ser la principal causa de su decisión, después de haber rechazado indignada mis proposiciones... Perdónela usted...

La señora María.—No puedo. (Se oyen las doce). Las doce... Para usted es la finca. (Aparece por el foro Nicanora muy animada).

Doña Filomena.—Aquí está,

La señora María.—; Qué contenta viene!...; No tiene corazón!

ESCENA XIV

DICHAS - NICANORA (corriendo).

NICANORA (a la señora Maria).—Vengo sin aliento... para dar a usted una buena noticia... Tome usted... (Presenta un papel a la señora Maria, que desde luego le vuelve la espalda). Tome usted... que le interesa...

La SEÑORA María (toma el papel, lo lee).—; Qué veo! El recibo del Marqués!... ; a mi nombre!...

Doña FILOMENA (en el colmo de la sorpresa).—; A su nombre!... ¿ Qué significa?...

NICANORA (dando su carta a doña Filomena).—Esta carta se lo explicará todo... Es la que recibí hace media hora, estando aquí con usted. (Toñica escucha desde el foro).

Doña Filomena (leyendo).—"Mi querida Nicanora; me he vuelto muy vieja y distribuyo mis bienes entre mis hijos. Para ti hay ocho mil reales que mi prima, doña Filomena, te entregará a la presentación de esta carta... tu madrina..."

NICANORA (a doña Filomena).—Acepté sus ofrecimientos, tomando a cuenta la cantidad que llevaba usted encima... El tiempo apremiaba... y obré con presteza... No lo tome a mal...

Doña Filomena (aparte).—Se ha burlado de mí. (Alto, a la señora María). ¿Vé usted como aquí la quiere todo el mundo, sin excepción alguna?

Nicanora.—¿Podía yo vacilar un momento en hacer a mi bienhechora un favor que su delicadeza

le hubiera impedido aceptar?... Apelé a la astucia, porque había que salvar a la señora María a pesar suyo.

La señora María.—; Y yo que la acusaba!... Ven a mis brazos...

ESCENA XV

DICHAS - TOÑICA (por el foro).

Toñica.—Desde el momento que se abrazan, yo no puedo aguantar más. (Abraza a su ama).

La señora María. -; Estabas ahi?

Toñica.—Si la curiosidad es un pecado...; mea culpa! (Abraza a Nicanora).; Todo lo oí! Perdóname, Nicanora, los juicios temerarios que formé sobre tu conducta.

NICANORA.—Las apariencias no eran para menos. Toñica.—; Y doña Filomena?

Doña Filomena.—¡Convertida por ti, chiquilla! La señora María.—Doña Filomena había renunciado a sus proyectos en mi favor, llevando su generosidad al punto de ofrecerme dinero prestado para pagar el arriendo del cortijo.

Doña Filomena.—; Cómo se me ha ensanchado el corazón!

La señora María.—Prueba que únicamente estaba dormido. Cuente usted, en adelante, con mi amistad. Y vosotras... (coge una mano a cada niña, colocándose en medio de las dos), hijas mías, contad con mi eterna gratitud.

JUAN B. ENSEÑAT.



GANARSE LA VIDA

ACTO ÚNICO

Un desván lleno de trastos viejos.-Un catre.

ESCENA PRIMERA

DOROTEA-SEBASTIÁN Y ESTEBAN

Dorotea.—Pasad por aquí... Aquí dormiréis... Si queréis dormir los dos en el catre, allá vosotros... Pero como sois tan grandullones, estará mejor uno solo... el otro puede dormir aquí tan ricamente. Más adelante, si os portáis bien y vuestro tío puede hacer carrera de vosotros y servis para algo en la tienda, compraremos otra cama... Aquí tenéis para lavaros... Hay que ser muy limpios... no como en el pueblo, que da asco veros a todos... Aquí tenéis vuestro pedazo de jabón, vuestra toalla... Tened cuidado de no sacudiros el agua como los perros... En el pueblo como os laváis en el pilón, cuando os laváis... Yo apagaré la luz cuando me parezca que estáis acostados... ¿ Sois muy dormilo-

nes? Sí, seréis, sí, como unos ceporros. Ya costará espabilaros, ya... Vuestra madre os tenía criados para duques... y mi hermano, vuestro padre, no se diga... Con aquella cabeza desbaratada... Así se vió, así se ve vuestra madre ahora... Por supuesto, ella se tiene la culpa... Si en vez de haberle reido las gracias a vuestro padre, que fué un gandul toda la vida, le hubiera sujetado, como toda mujer de bien debe sujetar a su marido... Pero en aquella casa, con tocar la guitarra y estar siempre de broma y desbaratar la hacienda... Para que ahora paguemos todos las consecuencias... A ver qué seria ahora de vosotros sin vuestros tíos... Hubierais ido a parar a un hospicio... De esto es de lo que debéis de haceros cargo. ¡A un hospicio! ¿ Vosotros sabéis lo que es un hospicio? Ya podéis estarnos agradecidos... En vuestra casa ya no quedaba nada, ¿no es eso?

Sebastián.—No, señora; se lo llevó todo la justicia

Dorotea.—Natural. Lo que me choca es que hayan tardado tanto en llevárselo...; Ah! Una hacienda tan bonita como la que nos dejó mi padre en el pueblo. Pero aquella cabeza destornillada de vuestro padre dió fin con todo. Ya podéis estarle agradecido. Ahora, vuestra madre viéndose precisada a servir... a ser una triste criada... Ella que podía haber vivido como una reina... Y vosotros, gracias a nosotros... Aquí al lado de vuestro tío, podéis haceros hombres de provecho... Pero hay que espabilarse. Hoy es el primer día y no es cosa

de reprenderos... pero no déis lugar a que vuestro tío se incomode, porque el día que os ponga la mano encima os balda. Es con su hijo y cuando se ciega no repara... Mucho cuidado... Vuestro tío es muy bueno, pero es muy recto. Con él todo el mundo ha de andar muy derecho. Bueno... a dormir... Vuestro tío está escribiendo a vuestra madre que habéis llegado bien, que habéis comido bien, que estáis muy bien y ya se verá de hacer algo por vosotros: todo lo que se pueda siempre que os portéis bien y seáis agradecidos... Vosotros veréis. No os digo más... Aquí viene también vuestro tío...

ESCENA II

DICHOS-PAQUITO y SERAPIO

Serapio.—; Qué hacen estas buenas piezas? ¿Están todavía como dos palomitas atontadas?... Os ha leído vuestra tía la cartilla? Yo no os digo nada. A mi lado no quiero holgazanes... Vosotros habéis encontrado una ganga... Yo vine a Madrid el 82. No conocía a nadie... Entré en una tienda como ésta, de comestibles finos, para barrer y hacer recados... Aprendí a bofetadas, pero a los dos años tenía mi buen sueldecito... y a los diez años me establecia por mi cuenta... Todo esto a fuerza de trabajo y de honradez... Vosotros empezáis de otro modo. Con el mismo de la familia. Esto puede ser un perjuicio...

ESTEBAN. -; Ay, ay!...

Serapio. - ¿ Qué te pasa?

Dorotea. -- ¿ Qué tienes ?

ESTEBAN. -; Paquito!

Dorotea.—; Qué has hecho a tu primo?

ESTEBAN.—Que me ha echado polvos de pica, pica...

Paquito.—; Embustero! Ha sido él a mí.

Dorotea.—; Paquito, que te voy a matar!

ESTEBAN.-; Ay, ay!...

DOROTEA.—Y tú, calla, que no será para tanto...; Ay!; La guerra que me váis a dar!... Paquito, que ya te tengo dicho que dejes en paz a tus primos.

Paquito.—Si son ellos... Sebastián me ha pegao esta tarde y yo no he dicho nada.

Sebastián.—No es verdad. Yo no le he pegao.

Paquito.—Me has pegao, me has pegao...

DOROTEA.—¡Ay! ¡Ay! Paquito, está hablando tu padre...

Serapio.—A ver si callamos. Está hablando vuestro tio...; Qué va a ser esto? Pues hombre, el primer día... Cuando Paquito os haga algo, venís a decirmelo a mí... Yo soy inflexible...; Quién ha traído los polvos de pica, pica?... En casa no hay polvos de pica, pica... Paquito no puede haberlos comprado...

Esteban.—Sí, señor, que me pidió a mi los cuartos...

Serapio.—¿ Y de qué tienes tú esos cuartos? A ver si el primer día me habéis metido mano en el cajón. Hasta ahí podríamos llegar...

Sebastián.—No, señor. Eran nuestras las perras. Serapio.—; Las perras! ; Que lenguaje! ;, Y de dónde tenéis vosotros esos perros?

Se dice perros... ¿ Grandes o chicos.

SEBASTIÁN.—Gordos.

Serapio.—Se dice grandes.

Sebastián.—Nos los dió madre al despedirnos.
Dorotea.—Siempre lo mismo... Malcriando... No tiene para ella y os da a vosotros para vicios...

Esteban.—Mire usted. Ahora está echando en el

catre...

Paquito.—No es verdad. Yo no he echado nada...

Dorotea.—; Paquito! Que me vas á quitar la vida...

Paquito.—¡Que no es verdad! Acusón, embustero, animal.

Esteran.—Yo te daré mañana...

Paquito.—; Ay, madre!

DOROTEA. -; Qué tienes ?

Paquito.—Qué está diciendo que me va a pegar mañana. Yo no quiero que estén aquí; que se vayan a su pueblo, que son muy brutos...

DOROTEA. —Ya estoy viendo que tendrán que irse, o nos quitarán la vida entre todos... No se puede

favorecer a nadie.

Serapio.—Aquí es preciso mucha formalidad... Ya no tenéis tres años...

Yo a vuestra edad ya me ganaba la vida y no era gravoso a nadie...

Todo me lo debo a mí mismo... Vosotros me tenéis a mí, que no es poco; por eso estáis más obligados que nadie a mirar por mi casa... Pero por lo mismo yo estoy obligado a tener más rigor con vosotros que con la demás dependencia, y vosotros estáis obligados a dar el ejemplo... por lo mismo que sois de la familia...

Esteban.-Me está dando de tizne...

Paquito.—No es verdad... Es él que tiene las manos sucias...

DOROTEA.—; Ay que castigo! Ven acá, Paquito; no te muevas de mi lado o te mato.

Serapio.—Llévale a acostar, que ya es hora.

Paquito.—Yo no quiero acostarme.

DOROTEA.—Paquito, que no empieces como todas las noches.

Paquito.—Pues no me acuestes tú, que me acueste la Micaela.

DOROTEA.—La Micaela está fregando.

PAQUITO.—Pues yo quiero que me acueste la Micaela...

Serapio.—Paquito, si no callas te doy unos azotes...

DOROTEA.—Ya oyes a tu padre... Pero, ¿ qué haces tu condenado? ¿ Te estás limpiando en la blusa nueva? ¿ Tú crees que aquí no tenemos qué hacer más que limpiar, que lavar las blusas todos los dias? Todo el mes os tiene que durar limpias. ¿ Habéis oído?... Todo el mes.

En mi casa no se consiente a la gente que sea sucia... Y cuando salgáis para algo a la calle, ya podéis limpiaros bien en el ruedo de la puerta, que hoy habéis puesto la tienda perdida...

Serapio.—No les hagas más advertencias por hoy...

Ya irán entrando poco a poco... Aquí tienen su porvenir si saben portarse... Si no se portan, ellos verán... Vaya... A acostarse... A dormir... y que no tenga yo que despertaros... Aqui no queremos dormilones... A mí me despertaron dos veces con un jarro de agua fría por la cabeza... A la tercera vez no hubo que despertarme... He escrito a vuestra madre... En la primera carta no he querido decirle nada de vuestro comportamiento.... Yo sé estar a la expectativa... Pero no déis lugar a que en otra carta tenga que manifestarle algo que pueda afligirla... Vosotros veréis... En vuestra situación no puede tirarse un porvenir por la ventana. Dentro de cuatro o cinco años, podéis tener vuestros seis duros al mes, que es una cosa muy decente para dos muchachos y para que vayáis haciendo un capitalito... Con menos empecé yo y con más trabajos... Vaya... que se gasta luz... Buenas noches.

Sebastián.—Muy buenas noches señor tio...

Dorotea.—Buenas noches... Desnudarse pronto que yo no tardo en dejaros sin luz.

Sebastián.—Muy buenas noches, señora tia...

DOROTEA.—Da buenas noches a tus primos.

Paquito.—¡Ah!... Ahora os comerán los ratones... Este cuarto está lleno... Veréis como suenan en las cajas de lata...

DOROTEA.—No hagáis caso. Paquito, que te voy a sacar la lengua.

Serapio.—Anda, anda. ¿Para qué queremos más contigo, que tener aquí a tus primos?

DOROTEA.—; Ea! Buenas noches. (Salen Serapio, Dorotea y Paquito).

ESCENA III

SEBASTIÁN Y ESTEBAN

Esteban.—Tengo mucha hambre...

Sebastián.—Yo también. ¡Miá que lo que nos han dao en tóo el día!...

Esteban.—; Pa eso decían que cuándo habríamos comido así!...; Pa que madre nos hubiera dejao sin comer, annque tuviera que pedirlo!...

Sebastián.—; Anda!...; Nos han dejao a oscuras!... Esteban.—; Qué miedo! ¿Oyes los ratones?

Sebastián.—Yo no. Será el primo, por asustarnos, que armará ruido...

ESTEBAN.—No; son ratones...; Sebastián!...

Sebastián.—¿ Qué quieres?

Esteban.—Yo me acuesto contigo. Yo no me tiro ahí en el suelo y me da mucho miedo de estar solo.

Sebastián.—Te acuestas ahí conmigo.

Esteban.—Sebastián... Mal vamos a pasarlo.

Sebastián.—; Qué remedio tiene! Nos quedamos sin nada. ¿ Qué iba a hacer madre con nosotros? Tenemos que valernos.

Esteban.—En el pueblo hubiéramos podido valernos algo mejor. Siquiera teníamos a madre. Yo

quiero ir con madre.

Sebastián.—No puede ser. ¿ Qué dirán los tíos? Que han consentido tenernos en su casa y enseñarnos al comercio... Vamos a dormir... Anda.

Esteban.—Me da miedo de dormirme. ¿ No oyes los ratones?

Sebastián.—Sí, que suenan.

Esteban.—Yo quisiera que escribieras a madre... Sebastián.—Yo también quisiera escribirla... Se quedó tan desconsolada... y nos dijo que la pusiéramos algo en llegando... Pero ya has oído al tío

que él escribiría. ¿ Y cómo vamos a escribir? Esteban.—Por eso no. Yo me he apañao pa tener de tóo. Tinta... una pluma... papel... Miá...

Sebastián.—¿Y luz?... ¿Cómo vamos a escribir a oscuras?

Esteban.—También me he apañao con un cacho vela... Tienta... Y con mistos... Mira.

Sebastián.—No vayan a sentir que encendemos... Escucha si andan por ahí...

Esteban.—No se siente a denguno. Anda, escribe, tú que sabes más de letra.

Sebastián.—¿Y qué vamos a ponerla?

Esteban.—Lo que nos pasa.

Sebastián.—Eso es pa desconsolarla más. No pué ser eso. Si le ponemos que tenemos hambre y que nos regañan por tóo... y que dormimos tiraos por el suelo, viene a llevarnos otra vez... ¿ Y cómo se vale con nosotros? Tan apurá como anda... No pué ser...

Esteban.—Pues pon lo que quieras.

Sebastián.—Tú verás... pá darle ánimo... "Querida madre:

Me alegraré que al recibo de ésta esté usted con la cabal salud que nosotros. Esta es para que sepa usted de cómo llegamos a Madrid y cómo nos tienen los tíos... que no puede ser mejor hasta la presente." Esteban.—; Miá que poner eso!

Sebastián.—Hay que ponerlo. "La tía Dorotea nos cuida mucho, y el tío Serapio lo mismo, y el primo Paco igualmente..."

Esteban.—¡ Miá que poner eso!

Sebastián.—¿ Qué voy a poner? "Estamos buenos y contentos y viendo de cómo nos aplicamos a lo que nos mandan. Yo creo que sí, y que usted no tendrá que pasar fatigas por nosotros, que, como, digo, estamos buenos y contentos..."

Esteban.—Se acaba la vela...

Sebastián.—Sopla no se queme la tabla...

Esteban.—; No has podío poner más?

Sebastián.—Si no veo.

Esteban.-Echaré un misto.

Sebastián.—No puede ser, me cuesta mucho... Mañana, si podemos apañarnos con otro cacho de vela...

Esteban. - Guárdala bien.

Sebastián.—Vamos a dormir...

DOROTEA (dentro). -; Sebastián! ; Chicos!

Esteban.—¡La tia!

Sebastián.—Calla.

DOROTEA.—; Qué andáis tramando? Que os oigo, habla que te habla desde abajo. No son horas de conversación... A dormir o llamo a vuestro tío, que está en el escritorio y él os hará estar callados...; Pues hombre!; Qué costumbre! ; Os hacéis los dormidos?... A ver si subo y os despierto yo a cachetes...

Serapio.—Lo estoy oyendo todo... A ver si subo y les digo yo cuántas son cinco a esos señoritos... Sebastián.—Si es que estábamos rezando, señora

tia...

DOROTEA.—Para rezar no hay que dar voces. El Señor no es sordo... A ver si no tengo que subir otra vez.

Sebastián.—No, señora, no. A dormir... ¿ Qué tiés, Esteban, que tiés? Estás llorando...

Esteban. - Yo quiero irme a casa. Yo quiero volver con madre.

Sebastián.—Vamos, calla... Hay que ganarse la vida. Si no pué ser por mucho que te pongas... Ya somos mozos. A lo primero hay que ganársela así, con trabajos... Cuando seamos hombres será otra cosa. ¿Oyes? Anda, con tanto llorar, se ha quedao dormido... ¡Ay, madre! Ahora que él no me ve lloraría yo de buena gana; pero pué despertarse y si me ve a mí acobardao... Soy el más hombre y con llorar nada se saca... ¡Ay, madre!... Niños felices que halláis en vuestra casa, no sólo el pan, sino las golosinas de cada día entre caricias y besos... acordaos alguna vez y compadeceos de estos niños sin niñez... que han de ganarse la vida como los hombres.

JACINTO BENAVENTE.





¡ VIVA LA PATRIA!

BOCETO DRAMÁTICO PATRIÓTICO, ESCRITO SOBRE LA TRADICIÓN «LA CIFRA DE HIERRO»

Personajes:

Doña Jerónima San Martín.

Doña Coleta, su tía.

MARTINA

ISABEL

AMALIA

MARGARITA amigas de Jerónima.

FILOMENA

FLORA

CASILDA

Rufina, criada de confianza de los señores de la Quintana. Tomasa, id., id., id., de doña Jerónima.

Doña Mercedes, madre de Antoñita.

ANTOÑITA.

Don Juan Martín de Pueyrredón.

Don Julián.

Don José Pedro.

Don Manuel, mayor de Granaderos.

Casiano, maestro tapicero.

Dos ayudantes, señoras y caballeros, que no hablan.

El teatro representa la sala de la casa de doña Jerónima San Martin; puertas a derecha e izquierda, en el fondo una gran ventana cubierta con una cortina carmesí, que al descorrerse se dejan ver la reja con la inscripción que se dirá más adelante.

ESCENA PRIMERA

Tomasa y Casiano

Al levantarse el telón Casiano está arrodillado frente a la cortina que cubre la reja, acomodando varias herramientas en un saco de lienzo. Al rato sale Tomasa y dice:

Томаsa. — ¿Terminará pronto, maestro?

Casiano.—Ya está lista, señora Tomasa.

Tomasa.—Vamos, se ve que es hombre de palabra..

Casiano.—¡Eso si! Prenda es ésa que tardo mucho antes de darla; pero ya comprometida, cumplo, y fijo como un reloj.

Y hoy el trabajo fué rudo (se levanta).

Tomasa.—Sobre recompensarlo, bien lo sabrá agradecer doña Jeromita.

Casiano.—Es que a no ser por ella, no era Casiano Laguna quien movía serrucho o martillo en día de la Patria.

Pero, yo no sé qué tiene su amita que conquista y atrae: a mí, cuando la veo cruzar la calle, paréceme que pasa la misma Libertad.

¡Vaya, ya todo queda bien seguro y firme!

Tomasa.—; Y la cortina se correrá sin tropiezo?

Casiano. — Ya lo creo. Basta tirar suavemente estos cordones y todo irá como una seda. Todo está corriente.

Tomasa.—Pues, aquí está lo convenido (hace que le da dinero) ¿Esta justo?

Casiano.—Está conforme, gracias. Vaya, señora Tomasa, quedar con Dios y hasta la vista.

Tomasa.—Espere, maestro: antes pase por la cocina; la parda Petrona le tiene prevenido un agasajo.

Casiano.—; Y qué bien viene! Se agradece y aprecia... y que Dios se lo pague en salud.

Se va Casiano por la derecha y Tomasa examina los cordones de la cortina. Al rato se oye la voz de Rufina.

ESCENA II

RUFINA - TOMASA (por la derecha).

Rufina.—¿ Hay permiso?

Tomasa.—¡Ah, eres tú!. Entra, entra Rufina. Cómo me contenta verte.

Rufina.—Y a mi lo mismo, Tomasa.

Di, está en casa mi señora doña Coleta?

Tomasa.—Sí está, pero algo ocupada.

Espera un momentito que ya va a venir. ¡Pero cómo ha sido eso, tan perdida! ¿Hubo alguna novedad en lo de tus señores?

Rufina.—Novedad, no, gracias a Dios. Todos gozan de buena salud, que es lo principal.

Tomasa.—; Ya se ve que si! Y quiera el Señor conservársela tanto como tus amos lo merecen.

Rufina.—Tienes mucha razón, porque más buenos que ellos...

Tomasa.—El pan, hija; solamente el pan. Pues ya me tenías intrigada, hija; porque yo me decía: tantos días y Rufina sin venir, por fuerza les pasa algo a los señores de la Quintana.

Rufina.—No, por fortuna; lo que sucede es que estuvimos muy ocupadas. No sé si saben que tenemos huéspedes.

Tomasa.—¡No! ¿ Y quiénes son ? ¡ Cuenta, cuenta! Rufina.—Unos señorones de Córdoba, muy linajudos y algo parientes de la familia, que vinieron a presenciar la última toma de hábitos celebrada en las Catalinas.

Tomasa.—Ah, si, esa que ha hecho tanto ruido. ¿Estuviste, tú?

Rufina.—; Ya lo creo!

Tomasa.—Dicen que estuvo aquello muy lindo; ; no?

Rufina.—¡Ah, sí! Una gran función, pero que no llegó a igualar ¡qué esperanza! a la que celebró la Hermandad del Alumbrado, cuando se recibió de hermano mayor, nada menos que el Supremo Director del Estado, don Juan Martín Pueyrredón.

Tomasa.—Bien la recuerdo. ¡Brillaba la Catedral como un sol, de luces!

Rufina. -; Y qué sonatas de órgano!

Tomasa.-; Y el sermón de fray Francisco?

Rufina.—¡Oh, insuperable! Aun me parece estarle oyendo exhortar a gobernantes y a gobernados, a la práctica de las virtudes civicas y religiosas.

Tomasa.—; Predicador como aquél!

Rufina.—¡Ni pensarlo! No faltan los piquitos de oro; pero, como el Padre Castañeda ¡cuando!...

Tomasa.—Ni como a predicador ni como a resuelto y patriota.

Rufina.—Poco que lo demostró hace dos años.

Por aquel entonces, ni buscado con caudil se encontró un reverendo que quisiera hacer el sermón patriótico del 25 de Mayo.

Tomasa.—Parece mentira ; no?

Rufina. — Calláte; parecía que hubieran vuelto a

mandar los pelucones.

Entonces hubo que ver al buen fraile. A la invitación del Cabildo, contestó: Haré el sermón y haré profesión de mi fe política en medio de la plaza pública, y aunque no tuviese más púlpito que la punta de una lanza.

Y mira, sólo un hombre así podía edificar a

Puevrredón.

Tomasa.—; Qué dices? Todos aseguran que don Juan Martín es, además de firme patriota, un ciudadano probo, recto y abnegado.

Rufina.—Y claro que lo es; pero con todo, yo

no le tengo confianza.

Tomasa.—¿Y por qué?

Rufina.—¿Tú, no sabes?

Tomasa.-No.

RUFINA.—Porque es logista. (Con misterio).

Tomasa.—; Y eso, es malo? (Sorprendida).

Rufina.—¡Qué si es malo, mujer! ¡Es cosa de Mandinga!

Tomasa (persignándose).--; Ave Maria Purisima!

Rufina.—; De veras no lo sabias!

Tomasa.-; Yo, no! No soy politica.

Rufina.—Yo mucho; y además, resuelta y patriota vieja del barrio de San Telmo. Donde me ves, el año 7, fui de las que echaron agua hirviente a

los ingleses; conocí a Manuela la Tucumana, y traté a doña Martina Céspedes, la Mayora; aquella que, con ayuda de sus tres hijas desarmó y aprisionó a doce herejotes, altos como campanarios y colorados como pimientos.

Tomasa.—Vaya, que me resultas mujer de historia.

Rufina.—; Y el año 10? Yo, junto con el pardo Toribio, acompañé al cuartel de *Patricios* a madama Peña, a Casilda Igarzábal y a las de Lasala y Riglos cuando, envueltas en rebozos celestes con ribetes blancos, fueron a decirle cuatro frescas al marmolillo de don Cornelio que, si le dejan, aún estaría pensando si nos convenía ser libres o esclavos.

Tomasa.—¡Qué atrevimiento de mujeres! ¡Cantarle las del barquero a tan gran persona! ¿Y quién fué la valiente que tal hizo?

Rufina.—Pues, madama Peña; plantóse frente al coronel, y le dijo: No hay que vacilar, la Patria lo necesita a usted para que la salve. Ya usted sabe lo que el pueblo quiere, y no puede volvernos la espalda ni dejar comprometidos a nuestros esposos, a nuestros hermanos y a nuestros amigos.

Y viendo que Saavedra vacilaba, le tomó del brazo y lo llevó a su casa, donde, entre Paso, Darregueira, Vieytes y Castelli le convencieron de que debía ayudar al pueblo.

Recordando estas cosas, he pensado muchas veces que somos nosotras, las mujeres, las que hicimos la Revolución.

Tomasa.—¡Jesús, qué ponderativa! Si te escuchaban los hombres...

Rufina.—¡Los hombres!¡Valientes mamarrachos están algunos de ellos. Mucho pico y cotorreo, y la Patria...¡así está ella!

Tomasa.-; Cosas de la vida!

Rufina.—Trapisondas de embrollones, querrás de cir. ¡Ah, si mandáramos nosotras!...

Tomasa.—¡Chit! Aquí viene misia Coleta.

ESCENA III

DICHAS V MISIA COLETA (por la izquierda).

COLETA. - Muy buenas tarde, Rufina.

Re INA.—Muy buenas las tenga usted, señora. Manda decir mi ama que besa las manos a su merced y a su sobrina doña Jerónima, y que cómo están sus mercedes; que ha sabido la indisposición de doña Jeromita y que se pone a disposición de usted por si es cosa de cuidado.

COLETA.—Dile a tu señora que agradezco mucho su fina atención; que lo de Jerónima ha sido cosa pasajera, un leve desmayo y nada más. Y tus señores ¿cómo están?

Rufina.—Muy buenos, señora.

COLETA. - ¿Y las niñas?

RUFINA.—Igualmente: todos apreciarán la atención de la señora. También dice mi ama que esta noche se honrará, visitando a ustedes, acompañada de las niñas.

COLETA. - Pues dile a tu ama que le beso las ma-

nos, y que Jerónima y yo seremos las honradas con la visita de su merced.

Rufina.—Se lo diré así, señora; muchas gracias y quede su merced con Dios.

COLETA.—Y que Él te tenga en su santa gracia.

ESCENA IV

COLETA y TOMASA; luego FILOMENA, y MARTINA y poco después ISABEL y FLORA (por la derecha).

Coleta.—; Está dispuesto todo. Tomasa?

Tomasa.—Todo a punto, mi señora.

COLETA. -; Y la reja?

Tomasa.—Un instante hace que la terminó el maestro.

COLETA. - ¿Y el comedor?

Tomasa.—Puesto de mantel largo, y en sazón la leche crema y las compotas, y tiernas y calentitas las rosquillas de maíz y las tortitas de Morón.

Coleta.—Bueno, pues; estáte atenta, porque obscurece, y ¡mira!... ya llegan las visitas.

MARTINA y FILOMENA.—Muy buenas tardes.

COLETA.—Muy buenas, amiguitas.

MARTINA. - ¿Y Jerónima?

COLETA.—Bien, felizmente; ya está del todo tranquila.

FILOMENA.—; Yo me llevé un susto!

Martina.—¡Y yo! No sabía que me pasaba. ¡Fué tan rápida la congoja y se puso tan pálida!

Coleta.—Ya sabéis vosotras que Jerónima se impresiona fácilmente; es toda corazón y éste per-

tenece por entero a la Patria. Así, no es de extrañar su emoción.

Martina.—Pues fué una verdadera lástima que se accidentara; ¡estaba tan linda con su manto y su gorro de la Libertad!

COLETA.—Gracias por la lisonja; aunque, voy sospechando, que por bonita que estuviera Jerónima, no había de estarlo tanto como tú, con tu carita de primavera, tus pícaros ojos y tu espléndido cabello peinado a lo patriota.

Martina.—; Qué doña Coleta; amable y bondadosa siempre!

Coleta.—Y tú, siempre salerosa.

Isabel.—Aquí estamos nosotras. ¡Somos puntuales! (entran por la derccha)

Coleta.—Y oportunas y bien esperadas como siempre.

FLORA.—Y usted, como de costumbre, amable, galante y bondadosa.

Coleta.—Justa, querrás decir. Pero tú ¡ qué bien estás! A ver, date vuelta. Nada, estás hecha un pimpollito.

FLORA.—; Qué misia Coleta!

COLETA.—A ti, Isabel, es a la que no te encuentro bien; estás tristona, paliducha.

Isabel.—¡Serán las emociones de esta mañana! Martina.—¡Jeem! ¡Jeem!

COLETA.—¿ Qué te pasa a ti?

MARTINA.—Nada; es que tengo la garganta estrecha y ciertas cosas no me pasan. (Mira con picardia a Isabel, que se desazona). COLETA. -; Si no hablas más claro!...

Martina.—Quiero decir que no son las emociones de esta mañana las que tienen preocupada a Isabel, ¡ca! es otra cosa.

COLETA.—Ya picas nuestra curiosidad. Explicate.

Martina.—; Oh, quién sabe si puedo o debo!

Isabel.—; Porque empezabas, pues! (Un poco picada).

FLORA Y FILOMENA.—¡ Que lo diga! ¡ Que lo diga! MARTINA.—Pues allá va. Hace días que ha resuelto alistarse...

COLETA.--; Alistarse! ¡En dónde!

Martina.—En un regimiento de caballería. (Burlona).

Isabel.—Esto lo pensarás tú, que vas a ser artillera. (Con malicia).

MARTINA. — Te han engañado, ché! ¡Yo, si alguna vez me enrolo ha de ser en granaderos. (Más burlona aun).

COLETA.—Hola! Hola! ¡Esas tenemos!

Isabel.—No la crea, señora; son bromas de Martina. ¡Ella es la que!...

Coleta.—¡Qué entusiasmo! Ya veo que no es sólo en la guerra dónde nuestra milicia vence y causa estragos.

(Las niñas forman grupo, sentadas a la derecha) cuando se indique.

ESCENA V

Dichos — Don Julián — Don José Pedro y Don Manuel: un poco después Doña Mercedes — Amalia — Antonieta y Casilda.

Entran los caballeros por la derecha: Doña Coleta se adelanta a saludarlos,

Don Julián.—¡Señora doña Coleta!

Coleta.—¡Oh, mi señor don Julián; amigo don Manuel y señor don José Pedro!; sean ustedes los bienvenidos a esta casa que honran y enaltecen con su presencia.

Don Julián.—Si una constante amistad no nos llevase a ella, sería suficiente motivo a concurrirla el elevado patriotismo de sus atrayentes moradoras.

Don José Pedro.—Hago mios los conceptos de mi excelente amigo.

Don Manuel.—; Y quién podría no hacer otro tanto? ; Y nuestra interesante amiga? supongo que ya estará repuesta del todo.

COLETA.—Afortunadamente, si.

Don Julián.—; Es admirable la intensidad de su ardiente patriotismo!

COLETA.—Jerónima es de tan delicada sensibilidad que, para ella, amar, es dar la vida. (Entran por la derecha Mercedes, Amalia, Antonita y Casilda). Antonita, Mercedes y ¿tú también Amalita? (A Julián). Mis buenos amigos, un momento.

Don José Pedro.—Es usted muy dueña.

Don Julián.—Es usted muy dueña.

COLETA.—¿Y tú mamá (a Amalia), mi buena Juanasa no viene?

AMALI.A—Si viene, misia Coleta; quedó en casa para venir con las de Griera y con misia Estanislada Laurel, y yo, con permiso de ella, me vine con misia Mercedes y con Antoñita. (Isabel le sale al encuentro y secretea con ella antes de reunirse con las demás).

Coleta.—¡Ah! Ya me extrañaba a mi que mi buena Juanasa fuera a faltarme esta noche.

Mercedes.—A mi también me sorprendería no verla.

COLETA.—Y cómo no, si tú y ella sois para mí más que amigas; sois de casa.

Isabel (a Amalia).—; Ya te estaba echando de menos!

Amalia. -; A mi! ; Y porqué!...

Isabel.—¡Toma! Porqué habiendo baile no era posible que faltases tú, la más airosa y eutusiasta danzarina.

Amalia.—Bueno, bueno; échame pullitas cubiertas de flores; pero ten presente que de rechazo vuelven a ti.

Isabel (sorprendida).—Que vuelven a mí, dices, ¿y por qué?

Amalia.—Porque, yo podré ser danzarina; pero

tú, si no me igualas, me pasas.

Isabel.—; Pobre de mí! No, no puedo disputarte ese mérito. (Zumbona).

Amalia.—Vamos, vamos, doblemos la hoja, ¿ no te parece?

Isabel.—¿Lo tomas a mal acaso? (Cariñosa).

Amalia.—¡Qué esperanza! Te sé un poquito burlona; pero te sé también buena y cariñosa, ¿ y siendo así podría enfadarme contigo?

Martina (a Isabel y Amalia).—A ver si se acaban los secreteos y se vienen acá sus señorías.

Isabel.—Aquí estamos. (Se juntan con las demás).

Amalia.—Pero, decidme; ¿es cierto que viene al baile el Director Pueyrredón?

MARTINA. -; No lo sabias?

Amalia.—No, sabéis bien que esta mañana, con harta pena mía, no pude acompañaros.

Martina.—Es cierto. Pues escucha, voy a contarte lo que pasó. Hoy, de noche todavía, estábamos todas en la plaza vestidas de blanco, banda azul terciada sobre el pecho, el pelo suelto a la espalda y en la cabeza, un gorrito muy bonito.

FILOMENA.—Que a todas nos quedaba muy bien y, sobre todo, a Jerónima, que sacó la moda.

Martina.—Jeromita estaba deliciosa. Calzaba zapato de raso celeste sobre blanca media de seda, y lucia vestido corto de sarga azul con blanco manto de fina espumilla. Cubría el negro cabello, partido a lo patriota, el rojo gorro de la Libertad, y su mano nerviosa oprimía el asta de una bandera, cuya lanza, de bruñida plata, reflejaba las pálidas luces de la aurora.

Fijos los ojos en el horizonte, nadie se movía; de repente, el cielo se encendió con fulgores de fragua; asomó el sol; sonó la música del Fuerte; tronaron los cañones, y la Cancion Nacional, alada y tierna como una plegaria, se elevó a los cielos, arriba, muy arriba como buscando el trono de Dios.

FILOMENA.—; Estaba realmente bella!

Isabel.—; Oh, sí! Parece que aun la estoy viendo.

Martina.—A cada estrofa del sublime canto, el inmenso pueblo que colmaba la plaza, cubría nuestras voces con estruendosos vivas y delirantes aplausos. ¡Qué entusiasmo!

A los jóvenes les brillaba ardiente la mirada;

a los viejos...; los buenos y amables viejos derramaban dulces y consoladoras lágrimas impregnadas de ternura.

Jerónima, cuya emoción, creciente siempre, convirtióse en honda agitación, no pudo resistir más; intentó dar un viva a la Patria y fué en vano. Un ronco sonido salió de su garganta; abrió los brazos y se desplomó accidentada, pálida como una muerta.

Como el suceso fué tan público, el Director Pueyrredón tuvo noticia de él; y en el acto visitó a Jerónima, acompañado de Terrada.

Amalia.—No exageran, pues, los que se hacen lenguas de la galantería del ministro y de la exquisita cortesanía del Supremo Director.

FLORA.—Ciertamente.

Martina.—El Director encontró a Jerónima ya repuesta; activando los preparativos para el baile de esta noche y ordenando el cambio de aquella reja que ahora está tapada. (La señala).

FLORA.—¿Y qué han puesto alli?

Isabel.—Nadie lo sabe. Jerónima lo dirá esta noche.

Amalia.—Continúa, Martina.

Martina.—Señorita — dijo Pueyrredón — ¿ piensa usted dar un baile esta noche, y hace quitar la reja?

—Sí, señor, — contestó nuestra amiga, — pero sólo por breves horas; a la noche estará de nuevo re-

puesta.

—Si ha de reponerla tan pronto, confieso que no alcanzo el motivo de su retiro.

—Si V. E. se digna honrar esta noche mi casa,

estonces lo sabrá.

 Pues, a las diez estaré aqui, contestó intrigado el Director.

A las diez le recibirán aquí las cantoras de esta mañana. (Se sientan todas formando grupos).

Don José Pedro.—¿Cómo no sentirse orgulloso, don Julián amigo, de ser ciudadano de semejante pueblo?

Don Julián.—Realmente. Es imposible desesperar del porvenir de un pueblo que así siente y

quiere.

Don Manuel (a Martina).—Ya he sabido que tuvo usted un éxito inmenso en lo de Peña, y siento mucho no haberme encontrado allí.

MARTINA.—No debe usted lamentarlo.

Don Manuel.—Pues lo lamento, y muy de veras.

Isabel.—¿ De qué se trata? (Volviéndose a ellos).

Don Manuel.—Decía a nuestra amiguita Martina que había sentido no oirla cantar anoche en casa de los señores de Peña.

FILOMENA.—¿Ah, sí. ¿Y qué cantaste?

Don Manuel.—Una canción muy lánguida y sentimental: Las Diamelas.

Amalia.—Más que aquella que dice: Soldadito que vas a la guerra?

Don Manuel.-; Qué tiene que ver!

FLORA.—Cántala, pues...

MARTINA. - Oh, esto si que es imposible! estoy

muy ronca: y además, hoy no es día de canciones lánguidas, sino de aires guerreros, de himnos marciales.

La que debe cantar es Casilda, que sabe una canción de circunstancias.

FILOMENA. -; Cuál?

Martina.—Pues, nada menos, que las boleras patrióficas del Padre fray Cayetano Rodríguez.

Casilda.—Si las canto muy mal.

Martina.—Mal o bien, las cantas. ¿Verdad, don Manuel?

Don Manuel.—Fuera un desaire para la Patria y una crueldad para nosotros la negativa.

Isabel.—Cantas ¿ verdad?

Casilda.—Y qué he de hacer si os empeñáis vosotras.

Don Manuel.—Casildita: aquí tiene usted la guitarra. (Toma la guitarra con gracia y después de rasguearla, canta).

BOLERAS

El amor de la Patria resuena hermoso y canta las victorias del Sur glorioso, y que esta gloria se grabe en los anales de nuestra historia.

DON MANUEL.—; Bravo!; Muy bien! (Entran doña Juanasa y doña Mercedes. Coleta las recibe con cariño y se sienta con ellas a la derecha hacia el fondo).

Ya parece que escucho al Ser Supremo que nos dice: Sed libres siglos eternos. Y así digamos Viva la Independencia eternos años.

Isabel.—; Muy bien! FLORA.—; Brayo!

MARTINA.—Toma por premio. (Le da un beso).

FILOMENA (rodeándola). — Te has lucido, ¡chė!

MARTINA.—; Mire la hipocritona! Canto tan lindo y se lo tenía guardado.

Don Manuel.—Sería para darnos una sorpresa.

MARTINA.—; Que se calle el abogado!

Don Manuel.—Abogado no, justiciero amigo.

MARTINA.—Abogado. Y de yapa, de causas perdidas. (Las niñas forman un grupo. Martina y don Manuel cambian algunas palabras.

Don Julián.-No, don Pedro amigo; sobre este

punto no vamos a entendernos.

Don José Pedro. — Y por qué? Son exageradas o improcedentes nuestras pretensiones? Que pedimos al fin: moderación al gobierno y castigo inexorable para los traidores.

Don Julián. -; Y a quién dar este nombre?

Don José Pedro. — ¿ A quién ? ¡ A los monarquistas; a los que traicionan a la Patria!

Don Julián.—; Delirios, mi caro amigo! (Saca la caja de rape, ofrece a sus compañeros, toma él y se sacude la chorrera con gracía).

La Revolución argentina está enferma; ve com-

plots en los actos más inocentes y moteja de traidores a sus más fieles amigos.

Don José Pedro.—; Delirios! ; Actos inocentes! ; Lo es, acaso, el destierro de Dorrego?

Don Manuel.—; Pero, mi amigo! Considere los desbordes inauditos de La Crónica.

Don José Pedro.—Eso son travesuras de un espíritu juguetón y jocoso.

Don Julián.—¡ Caramba, vaya con las travesuras! Don Manuel.—¡, Y, cómo califica usted la irreverencia de acudir a una cita del Supremo Jefe del Estado de bicornio, espadín y camisón de dormir?

Don José Pedro.—Pero eso se explica. ¿ Cómo guardar moderación, cuando este Jefe del Estado a quien usted tanto considera, trabaja en Europa, solicitando, de Corte en Corte, que nos hagan la gracia de enviarnos un mandón, un nuevo amo?

Don Manuel.—Eso es más que una injusta imputación, una calumnia.

Don Julián.—Calma, calma, mis jóvenes amigos: es necesario mucho pulso para juzgar con acierto. Todos, los de un partido u otro, somos hombres sujetos al error; pero todos somos argentinos y amantes de la Patria hasta el sacrificio.

Don Manuel.—Y el porvenir a todos hará justicia. Don José Pedro.—Sí, la historia dirá de nosotros que fuimos los representantes del alma popular; dirá que en tal día como hoy barrimos el poder colonial y fundamos un nuevo derecho.

Don Manuel.—Y ella también dirá de nosotros que armamos a Brown para que nos hiciera se-

ñores de nuestros mares y rios; que dimos un ejército a San Martín para libertar a América y que supimos infundir vida y pensamiento a la inmortal Asamblea Constituyente del año 13.

Don Julián.—Y de todos, que separados por mil circunstancias estuvimos siempre unidos en un ideal y un sentimiento: en el amor a la Independencia y a la Patria.

Martina.—¡Ja, ja, ja! Tal como te digo.

FILOMENA.—¡Cómo estaría de gracioso!

MARTINA. -; Puedes figurarte!

Antonieta.—Hay que reconocer que el tal señor es ocurrente.

Amalia.—Os digo, que es una maravilla.

Antonieta.—¿Qué cosa?

Amalia.—La preciosidad que ha recibido últimamente de París madama Mariquita Thompson.

Isabel.—Figuraos un reloj que parece estar sumergido en una cascada de agua permanente, y digo que parece, porque, en realidad, debería decir que está.

Martina.—Pero esto no puede ser. ¿Cómo puede

estar un reloj metido dentro del agua?

Isabel.—Aquí está la gracia; que no hay tal agua. La finge una curiosa combinación de cristales; pero, tan bien, que tú, que sabes que es artificio, no puedes convencerte de ello.

Martina.—Esa doña Mariquita se me hace a mí muy simpática por su espíritu elegante y exquisito

buen gusto.

Amalia.—Y por su atrayente amabilidad y gracia.

Isabel.—; Esto es lo que más me encanta!

Martina.—Y esa hermosa manera de comprender la vida, de gozar de ella, sin someterse a la voluntad de los otros...

Isabel.—Está una tan cansada de tiesuras y acartonamientos...

Amalia.—Y de estar todo el día entre rosarios y rezando novenas...

Martina.—Esto es lo que digo yo; éstas son cosas de otros tiempos. Muy a propósito para viejas.

FILOMENA.—Cuidado, ché, si te oyen...

ISABEL.—Bonito sermón te llevas. (Martina mira el grupo que forman Juanasa, Mercedes y Coleta).

Martina.—No hay cuidado. Están muy entretenidas. Esto es lo mejor que tienen las ancianas; cuando empiezan a recordar historias de sus tiempos, ni ven, ni oyen, ni las distrae el estrépito que arma (mirando a Isabel) un regimiento de caballería.

Isabel.—Aunque sea de granaderos, ¿eh? Toma y vuelve por otra. (Riendo).

Amalia.—No le hagas caso, ya sabes cómo es de embromona. (Aparecen Jerónima y Margarita enlazadas por la cintura).

Martina.—; Ah! ¡Al fin se te ve la cara!

Y tú Margarita, así me gusta verte animada. (Se besan y luego dice Jerónima dirigiéndose a los caballeros.

Jerónima.—Cuánto celebro ver a ustedes, mis excelentes amigos, y cuánto les quedo obligada por su gentileza aceptando mi invitación.

Aunque, no es por mí, por quien van ustedes a molestarse, sino por la Patria, porque esta sencilla reunión, celébrase, en realidad, en desagravió suyo. Don Julián.—No hable usted así, admirable Jerónima.

JERÓNIMA.—; Y si es así! (Con sencillez).

Don Julián.—No, no lo es. Es para nosotros, esta amable reunión, un ejemplo poderoso y confortante.

Don José Pedro.—Y tiene razón que le sobra, don Julián.

Don Manuel.—Y cierto que la tiene; nada afirma tanto en el corazón del hombre la entereza cívica, como contemplar a la mujer practicando la sagrada virtud del patriotismo.

Don Julián.—Muy bien dicho, y mejor sentido; amigo don Manuel.

Yo, por mi parte, he sentido a mi corazón temblar de entusiasmo al contemplar a las hijas de mi adorada Buenos Aires, dando ejemplo de cívica resolución.

JERÓNIMA.—¡Oh, no hay mérito en ello; amar a la Patria, es amar a la más noble de las madres; y, quién, en la tierra, sería lo bastante desgraciado para considerar deber, lo que es el más puro, intenso y celestial placer!

COLETA.—Jerónima, hija, el Supremo Director.

(Entra Pueyrredón, de gran uniforme, seguido de dos ayudantes; todos le abren calle, le saludan respetuosos y él dévuelve muy afable los saludos. Al llegar frente a Jerónima le hace una gran reverencía.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS - PUEYRREDÓN - DOS AYUDANTES

JERÓNIMA.—Bienvenido sea el ilustre patricio que rige los destinos de mi pueblo: me sentiré feliz mientras viva, recordando la atención que le debo.

Pueyrredón.—Y yo, señorita, que me siento grato al cumplir una promesa que es un justo homenaje, no olvidaré jamás el espectáculo que presencié esta mañana.

Juro a usted, que en aquel instante me sentí enajenado por la emoción.

En aquellos momentos, se me presentó Roma; la Roma republicana, la de las excelsas virtudes, con sus Cornelias, sus Volumnias y Camilas, y mis ojos se llenaron de lágrimas.

Aquello fué hermoso, pero muy hermoso; y usted, el alma ardiente que lo organizó.

Deber mío es, como a ciudadano y como a Jefe del Estado, proclamarla a usted el más alto y cumplido ejemplo de inquebrantable y austero civismo...

Jerónima.—Ruego a V. E. que no continúe. Señor Director; si hay alguien que por la sublimidad de su patriotismo pueda ser presentado como a ejemplo de civismo... esa persona no soy yo..., pero existe: y contando con su venia voy a tener el gusto de presentarla a V. E. (Atrayendo a Margarita, que está retirada). Margarita, amiga mía. (Haciendo las presentaciones). El Supremo Director de las Provincias Unidas, general don Juan Martín de Pueyrredón.

La señorita Margarita Centeno, única y querida hija de un mártir de la Patria.

Ahora, cuéntale tu vida y tus penas (a Margarita), des-

puės, tu rasgo sublime.

Margarita. — Sin madre en mis tiernos años, viví confortada por el cariño de un padre amante y cariñoso. Un día, el deber llamó a todos los patriotas: mi padre no vaciló; besóme llorando y partió...

Con San Martín cruzó los Andes; ciñó laureles de vencedor en Guardia Vieja y en la cuesta inmortal de Chacabuco, tras rudo batallar, rindió la

vida. (Se enjuga los ojos).

Pueyrredón.—¡Oh!¡Quién me diera a mí muerte tan gloriosa!¡Quién pudiera, después de dar el pensamiento, el corazón y el alma a la Patria, darle, como última y sagrada ofrenda, la existencia.

Jerónima.—Ahora, conozca el noble y bello rasgo de mi pobre amiga. Reciente su luto, sangrando aún las heridas de su alma, se acordó de que hoy, su noble padre, hubiera acudido al pie de la pirámide; y ejemplo de fortaleza y patriotismo, fué a cumplir por su querido muerto la patriótica peregrinación. Fuerte y animosa, vino con nosotras.

Pueyrredón.—¡Oh, alma hermosa de elevado tem-

ple!

Margarita.—Sí, llegaban a mí los ecos del entusiasmo popular, y entre ellos, una voz dulce y amada que venía de allí (del cielo) y que me decía: "¡Margarita, hija mía! Desecha tus penas y enjuga

tus lágrimas. Yo no he muerto; vivo en la altura la vida eterna de las almas. Vé al pie del monumento de la Patria y ensálzala y adórala por mi, ella te devolverá la calma y la esperanza."

Fui, lloré y me senti confortada; al confundir mi alma con la de la Patria, parecióme volver a encontrar todo lo perdido: valor, alegría, madre!

Pueyrredón.—Y no la engañó a usted el corazón. Todo es inseguro en el mundo menos ella; cuando ideales, ilusiones y esperanzas faltan, ella sólo permanece; no falta nunca.

Y puesto que estamos reunidos para conmemorarla en son de fiesta, permitame usted invitarla a acompañarnos en la primera danza. (Bailan el minué. Al terminarlo y ya todos en sus asientos—cuadro—dice Jerónima):

Jerónima.—Y ahora Excelentísimo señor y buenos amigos míos, ahora ha llegado el momento de explicar el motivo de esta pequeña fiesta: la causa que me ha impulsado a reunirles.

Ya es notorio que no hay para mí sentimiento más poderoso que el patriotismo: me arroba, me arrastra y me domina.

¡Patria! Centro y numen de mi existir, siento, al nombrarte, la más pura de las emociones; porque tu nombre lo encierra todo: virtud, sacrificios, dolores y esperanzas; el alma de los que han de ser y el espíritu de los que fueron.

Amando así, adorándote de este modo, no poder vivarte es tan triste como no poder rogar sobre la tumba de los muertos amados; y esto, esto tan horrible, me sucedió a mi. Hoy...

MÚSICA

Llenóse mi pecho de férvida unción, un místico anhelo mi alma inundó. Se abrieron los cielos tembló el corazón v un vívido ravo de luz me envolvió. Cercada de nubes ceñida de sol la Patria querida su faz me mostró. Ansioso, aclamarla, mi labio intentó: Tremante y cobarde, la voz, me saltó! Borrar mi flaqueza a Dios prometi, v lågrima ardiente y amarga verti. Si la voz ingrata faltôme ; av de mi! un ; viva! de hierro clavado está alli. Dichosa se siente mi alma feliz cumplido mi anhelo ; ya puedo morir! Pues cuando no exista han de hablar por mi los férreos acentos que mande esculpir.

(Todos se levantan y la rodean)

Todos. — Cuando ella no exista su voz se ha de oir su alma vibrante ¡ clavada está allí!

(Descorre la cortina y se ven en el centro de la reja en letras de hierro grandes las palabras:

¡ VIVA LA PATRIA!

Telón lento.

José María Aubín.





SOLITA ... | SIEMPRE SOLITA!

(PARA LA SEÑORITA MATILDE AYERBE).

ACTO ÚNICO

La escena representa la habitación de Margarita. — Pobre y sencilla, pero muy arreglada y limpia.

ESCENA ÚNICA

MARGARITA, sentada en la máquina, cose y habla con el público.

Todos los días, un rayo de sol, amigo mio, desciende lentamente por la pared; llega a mi ventana; atraviesa los vidrios; me besa en la frente, y entre serio y festivo, me dice: ¡arriba, Margarita! ¡ya es hora!

Y yo, abro los ojos; me desperezo y me levanto: hay que trabajar; hay que trabajar mucho y con tesón!

¡Se paga tan poco la labor y el pan cuesta tan caro!

Y mientras muevo pie y manos, arrullada por

el monótono ¡tic, tac! de la máquina, mi pensamiento, siempre grave y triste, se sumerge en la región del ensueño, como si quisiera buscar consuelo a mi amargura; a mi espantoso desamparo; a mi aislamiento horrible; porque yo... ¡pobrecita de mí, no tengo a nadie... ¡soy sola, solita!

Y cuando viene la tarde, cuando agobiada por la fatiga doy por terminada mi tarea, entonces, converso con mis muebles; con los pobres y humildes muebles de mi escondido hogar.

(Deja de trabajar, descansa la cabeza en el codo, y dice con melancolia y luego con ternura),

¡Ah! Nadie sabe cómo los quiero. ¡Conocieron a mis padres!

¡Yo!... Yo no tuve esta dicha Mi madre perdió la vida al dármela; mi padre, no pudiendo vivir sin ella fué a buscarla al cielo... ¡Misterios del querer!

(Se levanta). Yo quedé con mi abuelita, santa anciana, cuyas pupilas jamás contemplé secas de lágrimas!... También me dejó pobre, abandonada, sin amparo ni amigos! Desde entonces vivo rodeada de luto y lágrimas, ¡sola, solita!

¡Por eso quiero a mis muebles! Por eso, cuando sentada en esta mesa, más que humilde, insignificante y mezquina, ingiero el pobre alimento que debo al amargo sudor de mi frente, pienso:

¿Dónde se sentaría mi padre? ¿Cuál sería el lugar de mi buena y santa madre? Y me los figuro a los dos juntos, muy juntos, mirándose siempre con cariño: él, grave, varonil, fuerte, bon-

dadoso; ella, suave, complaciente y amorosa; y a uno y otro, abnegados, nobles y dignos.

Y puesta a imaginar, y guiada como por misterioso impulso, reconstruyo las ternuras, las puras y santas escenas que habrán presenciado estos muebles.

(Se sienta de nuevo y trabaja como al principio).

Y, cuando esto imagino, siento que me ahoga el llanto, y que mi orfandad y abandono son más grandes; más amargos y más frios; y huyendo de ellos, me abrazo a mis flores, a mis tiernas y únicas amigas, que me confortan con su aroma, y que parecen decirme:

—Espera, Margarita, espera; ¡la vida! ¡la dolorosa y desolante vida es, afortunadamente, breve,

muy breve.

Y me consuelo, y las beso y las mimo, y no las arranco nunca; ¡oh, no! Si las arrancara me parecería matarme a mí misma.

Y cuando el dolor se calma, clavo los ojos en el cielo y escucho el murmullo de las estrellas y percibo los rumores de lo infinito y los arrullos y coloquios de las almas... y me duermo. Y entonces soy feliz, porque siento frescura en mis mejillas, y un algo como un sello celeste en mi frente. ¡Las lágrimas y los besos de los mios que me hablan, que me consuelan, y que me dicen: Se buena, siempre buena, ¡pobre hija mía!

Y así vivo, y así espero, y así me conforto y encuentro valor para vegetar, rodeada de vivos

que, ni me comprenden, ni me compadecen, ni me aman, ni me miran; para vivir, olvidada de todos, como los muertos de los cementerios abandonados...; Solita... siempre solita! (Se enjuga las lágrimas),

José María Aubín.





LOS ÁRBOLES SIMBÓLICOS

EL LAUREL, EL CIPRÉS. EL OLIVO Y EL MIRTO O ARRAYÁN

Personajes:

Carlos, de doce años. Oscar, de diez años. Bernardo, de nueve años. José, de ocho años.

Entra Carlos muy contento y enseñando las plantas a sus compañeros, dice:

CARLOS.—Por fin conseguí las plantas que tanto me empeñé en buscar!... Miren, aquí están cuatro de las más lindas. (Oscar, Bernardo y José se aproximan con curiosidad). A ver!

José.—¿Qué plantas son esas?

Carlos (enseñando una por una las plantas). — Esta, se llama mirto o arrayán; esta, ciprés; esta es el laurel y esta otra el olivo. Y como nosotros somos cuatro, va a venir bien una para cada uno; pero ante todo les voy a advertir que le daré planta al que

me prometa cuidarla. ¡Cuanto sufriria yo, al ver seca alguna de ellas!

Oscar.—; Oh, yo te prometo cuidarla toda la vida! Bernardo y José (juntos).—; Y yo también!

Carlos.—Si es así, siento verdadero placer al tener compañeros de tan buen corazón, porque yo no concibo como hay niños que se diviertan en destrozar las plantas cuando son tan bonitas!... Mirad éstas... si cada hojita temblorosa parece que con timidez nos dijera... no me destruyas, yo soy inofensiva!...

Bernardo (con inquietud).—Bueno... déjate de explicaciones y dame a elegir una planta que, con ansias, la deseo.

Carlos.—¿A elegir? ¡ Qué esperanza! Yo soy el dueño y debo repartirlas como yo quiera.

Oscar.—Yo eligiria el laurel para que cuando sea hombre grande y un gran militar, me canten en coro...; Coronada su sien de laureles!

Carlos (burlándose, enojado).—; Oscar, estás soñando!...; Tú crees que a cualquier militar le cantan eso?... no, Oscarcito, está usted muy atrasado, porque ese hermoso canto, lo entonan solamente a los padres de la Patria, como son: San Martín, Belgrano y otros mil.

OSCAR (interrumpiendo).—; Y por qué no me lo pueden cantar a mí?

Carlos (muy acalorado).—Fíjate, Oscar, que recién eres un nene y ya pretendes laureles, mira que para conseguirlos hay que trabajar y luchar mucho, ¡mucho! por la Patria, ¡y tú eres tan flojo! pero déjate de discusiones, yo soy el que mando por que soy el más grande y las plantas son mías. Espera callado que yo te daré alguna. (Tranquilizándose). Bernardo; como tú eres tan bueno has olvidado ya la ofensa que sin querer recibiste de mí, ; verdad?

Bernardo (con tranquilidad).—Ya... ni me acuerdo de eso, porque mamá me ha enseñado que jamás riña

con mis compañeros.

Carlos.—Te confieso, mi querido amigo, que estoy completamente arrepentido de la injusta acción que cometí contigo, y si algún odio me has tenido, toma esta planta de *olivo* en señal de paz entre los dos. Cuídala con el mismo cariño que te manifiesto al entregártela.

Bernardo.—Siempre te he querido muchísimo y por eso te he buscado aquí y en todas partes para jugar contigo, cuidaré el *olivo*, tanto por tu cariño como por el que les tengo a las plantas.

Carlos.—Oscar, tú, que tanto deliras por las glorias militares, sólo por ganar laureles, recibe la planta que elegiste (previniendole); pero no te vayas a poner tú la corona. Te lo advierto porque eres muy capaz de hacer esto, así como te atreviste el día de tu santo en enviarte tú mismo una tarjeta de felicitación, fingiendo que te la remitía el Director.

Oscar.—¡ Que quieres, mi Carlos! yo soy asi, y si yo no me doy bombo... nadie va a ir a tocar el tambor por mi, porque ya sabes el egoismo que reina en la actualidad, pues lo que quieren es aplastar a uno. De manera que, dame no más el laurel (con gracia), lo plantaré y cuidaré mucho para

cuando sea grande, si nadie alaba ni publica mis proezas, yo mismo me he de ceñir la frente con estas ramas... y ¿ porqué no, si las merezco?... ¡es que no saben hacer justicia!(Todos se rien).

Carlos.—Que risa nos haces dar, Oscar, con tus valentías de niño; pero espera, voy a dar esto a José. (Dirigiéndose a José). José, tú, tan calladito que estás, me has hecho recordar a esta plantita que ni la brisa al acariciarla puede mover sus hojas... por eso te la dedico.

José (con prevención).—Bueno... pero como soy el más chico, la recibo de tus manos, asegurándote que la cuidaré mucho, para que cuando ustedes mueran colocarles sobre sus tumbas ramas de este ciprés, manifestándoles así cuán triste quedo yo.

CARLOS.-¿Y por qué dices eso?

José.—Porque en los cementerios he visto muchas plantas de éstas, destinadas a los seres queridos y como yo quedaré sin ustedes, quiero decir que quedaré triste como el ciprés.

Oscar (temeroso y enojado).—Tú no debes decir eso...; mira que yo tengo un miedo de morirme!...; que

todo quisiera menos la muerte!

José (burlándose).—; Y no quieres ser militar? pues un hombre valiente como tú no teme la muerte... Ahora quieres decir que eres una gallina con mucho cacareo y nada más.

Oscar.--; Cacareo... envidioso! porque tú no tie-

nes laurel.

José (con voz picaresca).—Pero tengo el ciprés para colocarte cuando te mueras.

OSCAR (creido y temeroso).—¿Y yo me voy a morir primero que tú?

José (con una seriedad fingida).—Claro, para eso yo tengo el ciprés!

OSCAR (suplicante).—Carlos, ¿ quieres que cambie el laurel por el ciprés ?..,

Carlos.—Cuidado Oscar. ¿No te avergüenza discutir con el más pequeño? ¡Tú, que quieres ser un gran militar? Déjate de cuestiones, porque si no, te quito la planta que te di.

Oscar (con satisfacción).—Entonces me quedo con el laurel.

Carlos.—Todos tienen ya su planta y ésta la dejo para mí ¿sabcn por qué? Porque yo sé que el arrayán significa amor y por eso dispuse repartir las demás, quedándome con aquella, para que signifique mejor, mi cariño hacia ustedes.

Bernardo.—Ahora que ya tenemos las plantas, ¿ quieren que cantemos ?

Topos.—; Bueno, bueno!

José.-El coro del "Himno al Árbol"

Oscar (con desprecio y altivez).—; Y sin música?...; yo no puedo!

Bernardo.—No importa, estamos solitos y nadie se reirá.

José.—Es claro, porque cada uno hace lo que puede.

Carlos.—Empecemos... a la una... a las dos... y a las tres.

Topos (cantan):

Plantemos un árbol, Plantemos cien más, Y no destruyamos Un árbol jamás.

(Aplaudiéndose ellos mismos y golpeando las manos con entusiasmo exclaman):

¡Muy bien!...; muy bien!
Oscar.—¡Viva la victoria!
Bernardo.—¡Viva la paz!
José.—¡Viva el ciprés!
Carlos.—¡Viva el amor! (Se retiran).

(De la Revista de Instrucción Primaria, de La Plata.)





LOS TRES DONES DE LA BUENA HADA

COMEDIA FANTÁSTICA PARA NIÑOS

(PARA LA SEÑORA ROSALÍA A, DE LAMADRID Y LA SEÑORITA LOLA CLAVELES MONTERO)

Personajes:

Alán Ivona La Buena Hada del bosque

ACTO ÚNICO

La escena representa el interior de una cabaña bretona; ventana al fondo iz quierdo y puerta a la derecha. — Al levantarse el telón la escena está en la obscuridad.

CORO (al interior)

En noche serena De paz y de amor, Bajó de los cielos El Hijo de Dios. Tralaralí, lalirurí Tralararanlante.

ESCENA PRIMERA

IVONA y ALÁN (que traen un farol encendido).

ALÁN (sacudiendo la nieve que salpiça su traje).—¡Bruún! Sabes, mujercita, que la noche está fría y helada en extremo.

Ivona.—Si que lo está. Pero serena y bella más que nunca.

ALAN.—Si que lo está; verdadera noche de Navidad. ¿ Reparaste cómo brillan las estrellas?

Ivona.—¡Ya lo creo! Si parece que cantan y rien. ALÁN.—Pero ya estamos en nuestra casita, linda

y tibia como un nido.

¿No es cierto, Ivona, que en ninguna parte está uno tan cómodo ni se siente uno tan feliz como en su hogar: sentado al amor de la lumbre, conversando con su mujercita?

Ivona (sonriendo). —! Haciendo proyectos para el por-

venir!

Alán.—Y que nunca se realizan...

Ivona.—Es cierto: pero que sirven para pasar y entretener las veladas.

ALÁN.—Es una diversión tan entretenida como barata.

Ivona.—Los pobres estamos tan escasos de dinero como ricos de imaginación. ¡Es una compensación que debemos al Señor!

ALÁN.—En fin (variando de tono). Ya hemos cumplido como buenos cristianos oyendo devotamente la alegre misa del gallo.

Ivona (ponderativa) — ¡Y cómo estaba de resplandecien-

te este año nuestra vieja iglesia! Parecía un ascua de oro. El señor abad se ha lucido. ¡Cuántas luces, Dios mío!

ALÁN.—Considera también, las circunstancias. Sabia el Padre Constantino que el señor senescal, que por rara casualidad se halla en nuestra aldea, asistiria al templo y...

Ivona. — Tienes razón que te sobra; era necesario honrar a tan gran personaje.

Alán.—¿ Y qué me dices de la carroza del noble señor?

Ivona.—Que me dejó asombrada. ¡Si parece una Catedral! ¡Y los lacayos!...

Alán.—Cuán solemnes embutidos en sus doradas libreas, gordos y sonrosados como canónigos...

Ivona.—Se conoce que pasan buena vida.

ALÁN.—; Ya, ya! Tuvieran ellos que estar todo el santo día en el bosque... ; Veríamos entonces!

¿ Y del señor senescal, qué me dices?

Ivona.—Muy lleno de majestad, pero... le encuentro un poco desmedrado, aunque muy elegante y distinguido.

ALÁN.—; Oh, en cuanto a eso! Pero no creas, si con mi buen talle me vieras a mí tan ricamente ataviado, con tanto terciopelo, tanta seda, oro y plumas, también yo sabría hacer mi papel de senescal. (Se pavonea imitando con exageración, aunque sin ridiculez, los ademanes propios de un caballero de alta alcurnia).

Y tú, con tu aire delicado y gracioso vestida con el selecto traje de senescala ¿crees que no competirías con tan gran señora?

Ivona (haciendose la dengosa, pero halagada por las palabras de Alán).—; Oh, Alán, no exageres! Las rústicas, ¿ qué sabemos de eso? Imitar a una gran dama, hacer sus reverencias, caminar con majestad y gracia, mover gallardamente la cabeza y mirar y sonreir coquetamente...

(Ivona, a medida que habla, va haciendo e imitando los gestos a que se refiere, con mayor gracia y delicadeza que las empleadas por Alán al remedar al senescal).

En una de sus vueltas su mirada se cruza con la de Alán, que la contempla embobado y ambos, estallan en risas.

Ivona y Alán.—¡Je, je, je, je!

ALÁN (apretandose el estómago con ambas manos y haciendo una mueca para indicár que tiene hambre).—No te parece, Ivona, que podríamos dejar a los senescales y... (ademán de comer).

Ivona.—Si, si ya es hora...; Y hoy que tenemos una cena...

ALÁN (restregándose la manos).—¿Sí? ¿Y qué tenemos? Ivona.—; Adivinalo!

Alán.—Primero. Sopa de almendras.

Ivona.—Eso es de cajón... ¿ Y después?

ALÁN (se encoge cómicamente de hombros).

Ivona.—Una cosa riquísima... que hace mucho tiempo que no la comes... y que te pondrás loco de contento cuando la tengas en el plato.

ALÁN.-Me muero de curiosidad, dímelo.

Ivona.-No...

ALÁN.—; Anda! ¡ No seas mala!

Ivona.—He dicho que no: coma usted su sabrosa sopita de almendras.

ALÁN.—Y luego el cañonazo grande. ¡Pom! (Llaman). Ivona (asustada).—; Ay!

ALÁN.—; Tonta!; Te asustaste! ¿ No ves que llaman? (Abre la puerta).

ESCENA II

Dichos y la Buena Hada

(La Buena Hada se presenta bajo la forma de una anciana. Su vestido, un ropón obscuro, y una cofia del pais, deben estar dispuestos de modo que permitan operar rápidamente la transformación, que se indicará más adelante).

EL HADA.—Por el amor de Dios, dejadme que descanse. Me ha sorprendido un torbellino de nieve; soy vieja y mi aldea está lejana.

(Ivona y Alán la sostienen delicadamente y la colocan en una silla junto a la chimenea).

Ivona.—Descansad, buena abuela; ¿, no sois, pues, de la aldea?

El Hada.—No, linda joven; soy de Ploemsebec. Alán.—; Caramba! Pues no es poco el camino que os queda por recorrer, y con la nevada que cae. (Miran por la ventana). Mirad... buena viejecita, no hay que pensar en marcharos: cenaréis con nosotros, dormiréis tranquila, y mañana, si Dios quiere, seguiréis vuestro camino.

Ivona.—; Eso es! No hablemos más de ello. ¿Os place así? (a la hada).

EL HADA.—Ya lo creo. Dios premiará vuestra piedad. Propicias me han sido las buenas hadas guiándome a vuestra puerta. Al oir vuestras risas, dije: los buenos genios del bosque me conducen a un hogar feliz.

ALÁN (incredulo).—¡Los buenos genios! ¡Las buenas hadas!

El Hada.—¿Cómo, no crees en su bondad? A pesar de tu traje, estoy por creer que tú no eres bretón.

ALÁN.—No digáis eso, buena anciana, soy más bretón que *la costumbre* ¹.

El Hada.—Pues oyéndote, nadie lo diría.

Ivona.—Escuchad, buena madre, Alán es buen hijo de la tierra; un bravo leñador y cree a pies juntillos las tradiciones del país. Pero, sucede que las hadas que tanto admiráis, jamás se han acordado de nosotros.

ALÁN.—Eso mismo.

El Hada.—¡Cómo! ¿No sois acaso felices? No estáis contentos uno y otro.

ALÁN e IVONA (a la vez y con apresuramiento).

ALÁN.—; Cómo no pudiera ser yo feliz al lado de mi Ivona!

Ivona.—¡Y sería posible, que yo no estuviera orgullosa de mi Alán, tan trabajador, tan alegre y bondadoso.

EL HADA.—Entonces...

Alán.—Es que somos muy pobres: trabajamos de sol a sol, y Dios sabe con cuánta pena cubrimos nuestras humildes necesidades.

Ivona.—Qué les hubiera costado a estas buenas hadas hacernos una visita...

El Hada.—¿Y a vosotros, que os hubiera costado llamarlas en vuestro socorro?

(Ivona y Alán sorprendidos se miran con cómica sorpresa).

¹ La costumbre era un antiquisimo código bretón.

Ivona.—¿ Sabes, Alán, que le sobra razón a la ancianita?

ALÁN.—¿Qué si la tiene? Francamente: ¡hemos sido unos borricos!

Ivona.—¿Y si probáramos?... (a la hada) te parece que será aun tiempo?

EL HADA. - ¿ Y por que no?

ALÁN (con resolución).—Allá va, pues, Hada protectora del bosque, tú, que sabes que soy trabajador y limpio de corazón, tú que sabes cual es mi pobreza, socórreme; dame una muestra de tu bondad. ¿Te dignarás oirme, buena hada!

EL HADA (se despoja de su ropón y de la cofia y queda con la apariencia de una bella joven, vestida con amplia túnica de tono verde nilo muy claro, festoneada de oro. Lleva el cabello suelto echado a la espalda, sujeto sobre la frente por un arco de oro).

Aquí me tienes. Dispuesta a remediar tu pena. Piensa bien lo que te falta en la tierra para completar tu felicidad; desead tres cosas, pero, nada más que tres, la deidad protectora del bosque os las concede (desaparece).

ESCENA III

IYONA y ALÁN (durante un breve rato permanecen aturdidos y como viendo visiones).

ALÁN.—Ivona, Ivonita. Ven, pellízcame.

Ivona.—; Que te pellizque!

ALÁN.—Sí, mujercita, sí, pellízcame, te lo suplico.

Ivona.—Si tú lo quieres... (le pellizca suavemente).

ALÁN.—; Más fuerte, mujer! (Ivona le pellizca con mayor fuerza). ; Ay!

Ivona (sonriendo).—; Quieres que repita?

Alán.—No, no hay necesidad, ya estoy convencido de que estoy despierto.

Ivona.—Creias estar soñando, ¿ no?

ALÁN.—; Cabalito!

Ivona.—¡También yo creí lo mismo! Pero ya que estamos despiertos y sólo nos resta desear, lo importante será elegir... Yo podría pedir vestidos y carroza como los de la senescala...

Alán.—Y yo lo mismo y muchos criados que me llamasen Excelencia y me llenasen de reverencias.

Ivona.—Y que te parece si pidiéramos un gran castillo con un espléndido parque...

ALÁN.—Y un magnifico bosque lleno de ciervos y jabalies que fuese tan famoso, que hasta el rey vendría a cazar en él.

Ivona.—¡Hasta el rey! ¡Qué honor! Pero el rey no va a la casa de los pobres o de la gente obscura que se llaman como tú Alán, o bien Ivona Kernan, como yo.

ALÁN.—; Y quién te ha dicho que entonces nos llamaremos así? Pediremos títulos de nobleza y seremos duques de Bonsac o marquesesde la Turgue. Ya verás, tendremos un escudo de armas con osos, águilas y...

Ivona.—; Flores de oro!

Alán.—Finalmente: flores de oro y poseeremos granjas y muchos vasallos y una abadía de los tiempos viejos.

IVONA.—Y... (Prorrumpiendo en una enérgica y sonora carcajada). ¡Je, je, je, je!

ALÁN.—; Qué te pasa?

Ivona.—Olvidas, mi buen Alán, que sólo podemos desear tres cosas y que estamos pensando en pedir cincuenta?

ALÁN.—; Caramba! Tienes muchísima razón. ; Vamos! Que la buena hada andará muy parca en conceder, hubiera podido mostrarse más generosa...

Ivona.—No seas descontento. ¡Bastante nos dió! ALÁN.—Hablas como un libro. Nada. Lo que importa es pensar muy bien cuáles han de ser nuestras peticiones, ¿ te parece?

Ivona.—Sí, es lo más acertado.

ALÁN.—Vamos a cenar, que ya es hora. Pero, ¿ no me dirás que es lo que vamos a comer?

Ivona.—¡Noooo! Ya lo verás. Para ser una cena perfecta sólo le falta un trozo de la rica morcilla de San Ives.

ALÁN.—¡Tan sabrosa y tan rica!

Ivona.—; Cuánto daría por tenerla! (Cae del techo, sobre la chimenea, la morcilla pedida). ; Ah!; Qué ventura! Lo que tanto deseaba. ¡Qué olor! Mira como cumple la buena hada sus promesas.

ALÁN (turioso).—Ya lo veo, ya. Pero, dime, grandísima aturdida ¿ has tenido valor para elegir una cosa tan baladí?

Ivona.—¡Una cosa baladí! El bocado más exquisito que puede comerse en Bretaña...

ALÁN.—No lo niego, golosota, pero piensa que ya no podemos desear más que dos cosas... Y hace

un momento nos doliamos de que el hada del bosque hubiese limitado tanto sus dones.

Ivona (un poco cortada).—; Es cierto! Pero... aun nos quedan dos deseos, que bien aprovechados...

ALÁN.—¡ Miren quien habla de aprovechar bien las cosas!... (Exasperado) Sal. Quitate de delante o hago una barbaridad.

Ivona.—; Vamos! No hay para tanto. Ya verás cuando la comas...

Alán.—¡Yo, yo! ¿Yooo? Se me convertiría dentro del estómago en veneno.

Ivona (perdiendo la paciencia) — Bueno! ¡ Qué tanta historia! ¡ Estás desconocido, Alán, pareces un basilisco!

ALÁN.—Y tú una bruja. (Ivona, al oir que la llaman arpia hace un gesto desdeñoso y se retira ofendida. Alán, al verla desaparecer, sigue increpándola). Sí, sí, vete con viento fresco y oféndete cuanto quieras. Pensar que con ese don tan miserablemente gastado yo hubiera podido ser gran almirante de los navios del rey de Francia... y considerar que en vez de una cosa así, se le ocurre a mi mujer pedir un trozo de morcilla.

Vamos: hay para perder el juicio; bien dice el viejo Holmalo, el de la cornamusa, que a la mujer más perfecta le falta un sentido.

Ivona (desde adentro). —; Pero, qué rico perfume! ; Qué encanto!

ALÁN (dando una patada en el suelo).—; Y todavía sigue esa loca, rompiéndome los oídos con el olor del abominable embutido.

Permita Dios, tragona insaciable, incorregible

glotona, que te salga una enorme morcilla en la punta de la nariz.

Ivona (desde adentro). -; Ay, ay !; mal hombre!; Misera,

desgraciada de mi!

ALÁN (asustado).—; Eh?; Qué tienes?; Qué te pasa? IVONA.—Tu deseo se ha cumplido, ; mal corazón! ; mira tu obra!

(El deseo de Alán se ha cumplido: de la nariz de Ivona pende un trozo de morcilla que le da un aspecto grotesco).

ALÁN (asustado).—; Maria Santísima! ; Qué es lo que hice yo!

Ivona.—Por tu culpa he perdido la mayor de mis perfecciones: ¡ya no me llamarán más Ivona, la de la bella nariz! ¡Mal marido, perverso, judío, Iscariote!...

Alán.—Sí, realmente tu naricilla era graciosa, pero...

Ivona (indignada).—¿Ahora se te ocurre ponerle peros a mi nariz? ¿Di, descastado, es acaso un cuento que el hijo del señor Morven, el guardabosque mayor, quería casarse a todo trance conmigo, y sólo por mi nariz?

Y tú, tú mismo, ¿ no te ponías hinchado de vanidad cuando oías decir: es justo confesarlo; en toda la comarca no hay nariz tan perfecta como la de Ivona, la mujer de Alán?

ALÁN.—Pero, si yo no digo lo contrario: oye, escúchame y tranquilizate.

Ivona.—Que me tranquilice ¿ eh? A ver qué cara pondrías si mi desgracia te hubiera tocado a ti...

ALÁN,—Pero oye,...

Ivona.—No oigo nada. ¡Dios mio, Dios mio! ¿Ha-

brá mujer más infeliz que yo?

ALÁN.—Mira, Ivona; con el don que nos queda, pediré riquezas sin fin y piedras preciosas a montones.

Ivona.—Y a mi, de qué me servirán tus riquezas

y tus piedras preciosas.

ALÁN.—Ahora verás. Cuando yo sea poderoso mandaré que los mejores joyeros de Francia hagan, para ocultar tu deformidad un estuche de oro cuajado de pedrería; tan rico y maravilloso que las gentes se agolparán en la calle para admirar el estuche de tu nariz, como se agolpan para ver la reliquia de San Eloy.

Ivona (sentada).—Muy bien; añade al mal que has hecho tu despiadada burla. Nada quiero de ti; ni verte, ni oirte. (Se arrodilla y enclavija sus manos). ¡Señor, que me diste la vida; yo que siempre fuí piadosa y creyente, te pido la última gracia: ¡ay!, Señor, que

yo mue...

ALÁN (tapa rápidamente la boca a Ivona para que no pueda terminar la frase.) ¡Ivona, Ivona! ¿Qué ibas a pedir? ¿Crees que yo podría vivir sin ti? (Entra el hada, que se coloca a espaldas de ambos, sin ser vista.

¡Dios mío! ¡He sido un loco!

(Ivona se arroja llorando sobre una silla, en una actitud que le permita desprenderse del aparato que tendrá en la nariz).

Yo vivía feliz y contento, cuando se me ocurrió ambicionar, soñar en delirios y grandezas sin conseguir otra cosa que alterar la paz de mi casa y hacer llorar a mi buena esposa.

¡Ay, Señor, que lo pasado sea un sueño; que el rostro de mi consorte vuelva a su primitivo estado, y que yo pueda continuar llamándome el marido dichoso de la riente Ivona, la de la hermosa nariz.

ESCENA ÚLTIMA

Ivona - Alán y El Hada

IVONA (con el rostro en su primitivo estado, y teniendo en la mano la morcilla ya desprendida de su nariz). Mira, Alán, mira, ¡qué suerte!

ALÁN.—; Gracias a Dios! Se me ha quitado un peso de aquí... (Del pecho).

El Hada.—¿No habéis, pues, mejorado de suerte con mis tres dones?

ALÁN.—¡Ca! No, señora. Hemos regañado, mi mujercita ha llorado por primera vez, y yo, que soy el hombre más pacífico del mundo pateé, grité y me salí de quicio: hemos pasado un momento horrible. Y todo para nada.

El Hada.—Para nada, no, buen Alán. Para recibir una gran lección; para aprender la difícil ciencia de saber contentarte con tu suerte.

Decidme: ¿No tenéis salud y alegria?

Ivona y Alán.—¡Oh, señora, cuánto se puede desear!

El Hada.—¿No os amáis con ternura? ¿No sois dichosos?

Ivona y Alán.—Cuánto un mortal puede serlo.

El Hada.—¿Os faltó alguna vez el sustento?

Ivona y Alán.—Nunca, jamás. Somos buenos trabajadores, señora.

El Hada.—Pues entonces, ¿a qué ambicionar? Puesto que Dios os ha bendecido, aceptad agradecidos sus mercedes; reid, cantad, vivid felices en el seno de la dicha... y no os preocupéis del porvenir.

El buen Dios que cuida de la débil mata de hierba y que sostiene y defiende al ave en el aire y a la flor en los campos, no ha de abandonaros nunca: y si alguna vez la ambición volviera a inquietaros, no le déis oído. (Desaparece).

(Ivona y Alán quedan un momento enfrente uno del otro, con los brazos cruzados, mirándose estupefactos).

Ivona.—Alán, Alancito: ¡Hemos sido unos bobos! Alán.—Ivona, Ivoncita: más que bobos, unos insignes borricos. (Se dan ambas manos). Aprovechemos la lección que ha venido de lo alto y... vamos de una vez a cenar, a probar los apetitosos manjares que tú has preparado.

Ivona.—Y la sabrosa morcilla.

ALÁN.—Que tanto deseó la señora senescala. (Saludando cómicamente).

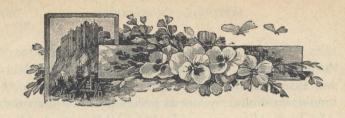
Ivona.—Y que tanto sacó de quicio al señor almirante de los navios del rey. (En el mismo tono).

ALÁN. -; Almirante yo! ¡Je, je, je!

Ivona.—; Gran dama yo!; Je, je, je! Ya, gracias a Dios, pasó la nube negra. (Ambos se dan las manos y bailan mientras cantan):

En noche serena, De paz y de amor, Bajó de los cielos El hijo de Dios. Tranlaralá, lalarún, Tranlaralincalá.

José María Aubin.



LAS HORAS QUE SE ESCAPAN DEL RELOJ

FANTASÍA DRAMÁTICA

(DESARROLLO DE UN PENSAMIENTO INGLÉS)

Personajes:

Tres Horas del estudio. Seis Horas del juego. Tres Horas de la comida. Tres Horas del trabajo. Ocho Horas del reposo. Una Hora de la aurora.

Horas del estudio: Traen instrumentos de música, esculturas, pinturas. libros, y una caja cerrada.

Horas del Juego: No traen más que gasas, para acompañar a sus ágiles movimientos.

Horas de la comida: Traen frutas, dulces, un Cuerno de la Abundancia.

Horas del trabajo: (Podrán reproducirse en Horas del estudio y del trabajo).

Horas del reposo: Tules negros; una con media luna en la cabeza y estrellas de oro.

HORA DE LA AURORA: Con una estrella de brillantes en la cabeza.

Trajes.

HORAS DEL ESTUDIO Y DEL TRABAJO: Todas de blanco.

Horas del Juego: Colores variados; una amarillo, otra rosado, otra celeste, otra verde-nilo, lila (o todas iguales).

Horas de la comida: Blanco, con grupos de guindas y hojas artificiales prendidas en todo el traje.

Horas del reposo : Negro, salpicado de estrellas.

HORA DE LA AURORA: Gasas rosas y celestes, mezcladas.

El niño que hace de Perezoso, debe ser chico y aparecerá acostado en su lecho (una camita improvisada y mejor si es real; porque toda la escena se desarrolla en el dormitorio del niño; se hará el arreglo, imitando dicho dormitorio) el niño estará metido bajo sus frazadas, con pantaloncitos, sin saco, cubierto por una camisa de dormir, descalzo; sus medias y sus zapatos, en una silla al lado de la cama, pues debe vestirse al ser convencido por La Aurora que debe levantarse temprano).

El escenario estará cuanto obscuro sea posible: empieza a desarrollarse el cuadro a las doce de la noche y se irá aclarando poco a poco hasta que con la aparición de La Aurora quede pleno de luz.

Modo de empezar.

Delante de un telon que deberá levantarse después y que oculta el dormitorio del niño perezoso, aparece una niñita, a medio vestir, como escapada de su lecho, descalza, corriendo en puntas de pie, un dedo sobre la boca imponiendo silencio y dice:

Ssss... no os extrañe verme levantada a las once y media de la noche, porque va a pasar algo muy curioso en casa dentro de pocos minutos más; queriendo aprovecharlos para poneros al corriente y podáis sorprender una buena lección que va a recibir un niño perezoso.

Alli (señalando el telón que ocupa el dormitorio), está el dormitorio de un niño muy mal educado que no puede conciliar su sueño porque durmió esta mañana hasta muy tarde; cuando sus hermanitos se levantan él tiene sueño y continúa durmiendo; atrasa su reloj para que no ande con los demás. En la mesa no prueba bocado, y a deshoras entra en la despensa y mete los dedos en el dulce. Come la fruta sólo cuando está verde. Es un verdadero espíritu de contradicción.

Basta que viera a sus compañeros aplicados en

el estudio, para que sintiera deseos de reir y de jugar.

Si alguna vez estudia, lo hace durante el recreo.

Así es que sucede con él lo que con el perro del hortelano, que no come ni deja al amo; pues él interrumpe el estudio de los demás con sus gritos y bullas; pretende, en cambio, que sus hermanitos guarden silencio en las horas de recreo para que lo dejen estudiar o dormir. ¡Inútiles son las reconvenciones! A todo contesta: "Ahora no: más tarde"; a lo cual debe su apodo Ahoranó. Hoy recibirá una lección de mis buenas amigas "Las Horas...; os asombráis?... Sí, de las veinticuatro horas del reloj, que son mis buenas amigas porque cumplo con los deberes que corresponden a cada una de ellas.

Empiezan a sonar lentas las doce campanadas del reloj.

¡¡Las doce!! (Se escapa por un lado mientras se levanta el telón, que deja ver el dormitorio y el niño incorporándose perezosamente en la cama y junto con lo que terminan las doce campañadas del reloj aparecen todas las horas con movimientos suaves y cadenciosos; hacen cvoluciones alrededor del muchacho, que las mira con ojos asombrados).

El Niño. — ¿ Quiénes sois?

Las Horas. — ¿No nos conoces? Somos Las Horas. Todos los días damos vueltas alrededor de ti. Esta vez nos hemos escapado del reloj del comedor...

El Niño. - No os he visto nunca.

Se retiran todas las horas y aparecen las Horas del Estudio y del Trabajo, cargadas de toda clase de instrumentos de música, preciosas esculturas, pin turas, mundos, soles, flores... y unas cajas cerradas que con sólo mirarlas se sentirà una curiosidad vivisima de saber lo qué contienen...

Parecen reinas sabias y poderosas, prontas a repartir riquezas...

Ahoranó las mira deslumbrado,

El Niño. — ¿Para quién traéis todo eso?

Las Horas — Todos los días te ofrecemos nuestros tesoros y tú los desprecias.

Somos Las Horas del Estudio y del Trabajo.

El Niño. — Sin embargo, mis horas de estudio son fastidiosas y aburridas.

Las Horas.—; Por qué cuando nosotras nos inclinamos sobre las cabezas de los niños aplicados, tú quieres jugar?... y nosotras no somos compañeras de juego.

El Niño — Yo trabajo y nunca vinisteis en mi ayuda.

Las Horas.—Porque trabajas en las horas del reposo, cuando nosotras ya nos hemos retirado.

Aparecen radiantes de alegría, agitadas como si hubieran corrido. Son ágiles y traen los ojos brillantes y vivos colores en sus mejillas; parecen las más jóvenes de todas.

El Niño.—¡Oh! Aquí vienen las compañeras de juego. (Reconociéndolas en seguida).

Las Horas.— Dices bien; somos las horas del juego. (Sin poder contener la risa).

El Niño.—Pero nunca os vi yo tan alegres.

¿Por qué no queréis jugar conmigo? En mis juegos hay siempre descontentos...

Las Horas.—Es que mientras nosotras estamos entre los niños, en los recreos, sugeriéndoles ideas divertidas, tú, que no has estudiado cuando debías, abres los libros... Y nosotras no sabemos estudiar.

Se acercan las Horas de las Comidas brindando salud, con sus Cuernos de la Abundancia.

El Niño.—; Ay! Qué cosas buenas traéis, sólo de veros me da apetito.

Las Horas.—Si no comieras a deshoras, nos apreciarías todos los días en tu mesa...

Te parecerían más sabrosas las comidas hechas con la conciencia tranquila...

Otras hadas envueltas en tules negros adornadas de estrellas y con rostros tranquilos, se acercan.

Las Hadas.—Somos las hadas del reposo.

EL Niño.—Yo duermo y descanso; pero no os conozco.

En la cama tengo miedo y las figuras que veo en mis sueños no se parecen a vosotras.

Las Hadas.—Porque dejas pasar las promesas de nosotras, que son las mejores. Y porque tú las desprecias, nosotras no nos ocupamos ya de tí.

Se adelanta sola la más hermosa de las hadas. Su cabeza brilla como un sol. Está toda envuelta en gasas de colores rosa y celeste, y al hablar su yoz es armoniosa como una música.

Pone sobre la frente del niño su mano blanquisima.

La Aurora.—Mírame bien; ; no me conoces? El Niño.—No. ; Quién eres?

La Aurora.—Soy la Aurora... Tengo pajaritos que cantan especialmente para ti, invitándote a levantarte y a admirar la Naturaleza.

Para ti traigo salud y alegría; pero cuando te llamo te pones a dormir de nuevo.

EL NIÑO.—; Es que llegas demasiado temprano: (Con desesperación).

La Aurora.—Para un niño que no sabe ser puntual, todas las horas llegan demasiado temprano. Y si yo te encuentro todos los días tan perezoso, la hora de la juventud te sorprenderá sumido en el sueño de la ignorancia.

Serás, entonces, un inútil y nadie te apreciará.

Cada grupo de hadas debe entrar haciendo pasos distintos acompañados de música suave.

El Niño.—Ven, llámame todos los días y me levantaré a saludarte.

El hada sonríe y lo acaricia de nuevo: entretanto pausa... El niño mira a La Aurora, pasea la vista por las demás hadas.

El Niño.—Buenas hadas. Yo os admiro por vuestra belleza y vuestra bondad y os prometo que desde hoy siempre estaré con vosotras. Aurora hermosa: siempre me encontrarás en pie al desplegar tu manto de luz; a tiempo tomaré mis libros y cumpliré mis deberes para teneros conforme, sabias horas del trabajo y del estudio; a vosotras unido, podré alegre saltar, graciosas horas del juego; y; qué apetito tendré! cuando lleguéis, horas de la comida, trayéndome vuestros ricos manjares; y así, con la conciencia tranquila por haberme portado como un niño aplicado y contento por sentirme libre de la odiosa pereza, podré, tranquilo, entregarme al dulce arrullo de vosotras, majestuosas horas del reposo.

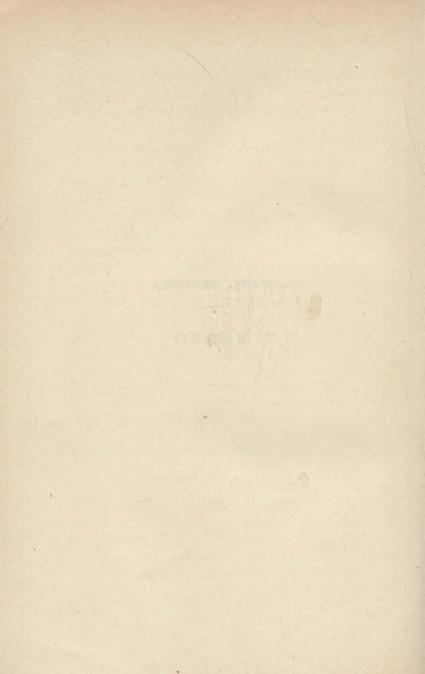
Suena el vals de las Horas y las Hadas, haciendo una evolución van desapareciendo, mientras La Aurora, con el niño, retroceden lentamente para desaparecer junto con las demás.

NOTA. — Puede hacerse este final. A medida que van entrando las hadas se deben colocar en grupos artísticos para que al finalizar la representación quede un cuadro formado por todas las horas, que harán movimientos rítmicos al compás del vals, quedando todas en diversas posturas y en el centro el niño y La Aurora.

ROSALÍA A. DE LAMADRID Y DOLORES CLAVELES MONTERO.

PARTE SEGUNDA

VERSO





EL EGOÍSMO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

Personajes:

Institutriz, de treinta a cuarenta años. Amelia, trece años. Rosa, doce años. Aurora, trece años. Pepita, doce años. Matilde, diez años.

ACTO ÚNICO

Sala con puertas laterales y rejas en el fondo, que se supone dan a una galería. Un costurero.

ESCENA PRIMERA

Rosa y Amelia

Rosa. ¿Has sabido la desgracia?

Amelia. ¿ Qué desgracia?

Rosa. La de Juan,

ese joven carpintero tan querido de papá.

Amelia. ¿Qué le ha sucedido?

dió una caída mortal

Rosa.

El pobre

desde un andamio a la calle. ¡Figurate si se habrá hecho daño! ¡Pobrecillo! Ya no podrá trabajar en mucho tiempo, y no tiene más que un estrecho desván. ni más amparo que aquello que le dé la caridad. : Cuánto siento no tener en la hucha un solo real! Tú, tampoco, pero en cambio le haremos hilas, ¿verdad? ¿ Nosotras? Yo, por mi parte, no me quiero molestar; como tú, siento el porrazo que se ha dado el pobre Juan; pero me hace falta el tiempo para coser v bordar. Además me cansa mucho hacer hilas.

Rosa.

A mí, más; pero el herido no tiene familia ni amigos.

AMELIA.

¡Bah! No faltará quien se tome ese cuidado; verás. Si como tú, se hacen todos

Rosa.

esa cuenta...; Oué tenaz!

AMELIA.

AMELIA.

D

¿Tengo yo la culpa acaso de su desgracia?

Rosa.

AMELIA.

pero tampoco la tengo yo, y sin embargo me da más compasión por lo mismo que gime en la soledad. Ya te he dicho que no quiero y no he de volverme atrás. ¿A mí qué me importa nada? Pues es una necedad que yo me tome molestia si yo no me siento mal. ¿ Qué hay un herido y es pobre? Es una calamidad: pero si está mal en casa, que se yaya al hospital.

No tal:

Rosa.

AMELIA.

Vaya, vaya, dejemos a cada cual que goce o sufra lo suyo, y no discutamos más.

(Entra la Institutriz).

ESCENA II

y cada uno se arregle a su manera, y en paz.

¡No hables asi!

DICHAS y la INSTITUTRIZ

Institutriz. Rosa. ¿Señoritas?...

Llega usted con mucha oportunidad.

AMELIA.

INSTITUTRIZ. ¿ Qué es ello?

BOSA.

Nada.

No. mucho

v si no, usted lo dirá. Amelia, que es egoista como pocas, y quizás como nadie, da la excusa de que tiene que bordar para negarse a hacer hilas con destino a un menestral. que implora, solo y herido, este favor.

INSTITUTRIZ.

Singular manera de conducirse una niña angelical! Pero si él es un extraño. ¡Es un prójimo!

AMELIA. INSTITUTRIZ.

Oué afán!

Institutriz. Nada, señorita, nada; no intente usted disculpar una conducta contraria. a la santa caridad Por si el ejemplo hace mella en usted, que sí la hará. escuchen, que es una historia lo que les voy a contar. "En un valle encantador se alzaba humilde la villa que fué mi cuna, a la orilla de un río murmurador. Sencillos sus moradores,

AMELIA.

y antes que nada cristianos. tratábanse como hermanos. sin envidias ni rencores. Cuando alguno padecía, hallaba siempre en su duelo junto al dolor el consuelo, y el pesar disminuía. Sólo cual negro borrón vivía allí maldecido. un avaro empedernido de insensible corazón; avaro de tal manera. que en la villa se afirmaba que jamás a nadie daba los buenos días siguiera. Era el tal un usurero con la conciencia dormida. que allí pasaba la vida soñando con el dinero Quiso Dios que un día aciago invadiera aquel edén una epidemia, y el bien se trocara alli en estrago. Horrorosa mortandad el valle todo asoló, y en mi villa se cebó con fiera tenacidad. Fué tan inmenso el pavor y el estrago tan inmenso, que a quedar llegó en suspenso el trabajo redentor.

Con esto, creciendo el mal. el hambre se unió a la peste. diezmándose el pueblo en este horrible trance tatal. Acudióse al usurero, que a ambos males escapó, e inhumano se negó a tocar a su dinero: v cerrando su morada. dijo sordo a todo grito: "Pues de nadie necesito, que nadie me pida nada." Se apiadó el Omnipotente. la doble plaga cesó, v la villa recobró su bienestar lentamente. Pasó tiempo, y un estío, en una noche medrosa, una tormenta furiosa hizo rebosar el río. Sus ondas se desbordaron por el valle encantador, v a su impulso destructor los árboles se troncharon. Cuanto abarcaba la vista la inundación alcanzaba. y en medio se destacaba la casa del egoista; quien sólo por evitar todo roce, - tal nació, su guarida edificó

apartada del lugar. Aunados los habitantes entre si se socorrieron: pasó el turbión v se vieron de aquel peligro triunfantes: no asi el avaro cruel. a quien las aguas cercaron en su morada, y formaron como un lago en torno de él. Gritó ; socorro! Dió voces con terror, con agonia, v a los del pueblo pedía le socorrieran veloces. Pudieron hacerlo así, mas, recordando sus obras, "Tú te bastas y te sobras, le dijeron, -; muere ahi!" Desplomándose su hogar. las ondas se lo tragaron, y en su furia le arrastraron con sus tesoros al mar." Amelia, aprende la historia, y que en ninguna ocasión la olvide tu corazón. ni la borre tu memoria. Del usurero inhumano no sigas la huella impía: socorre a Juan, hija mía, que es tu prójimo, tu hermano. (Vase).

ESCENA III

AMELIA y Rosa

Rosa. ¿Te has convencido? ¿A que ya

no te opones a mi ruego?

Amelia. Pues te equivocas; me niego

ahora más que nunca.

Rosa. ¡Ca!

AMELIA. No te creo aunque lo digas.

Pues aprende como soy;
en este instante me voy

a jugar con las amigas.

ESCENA IV

DICHAS Y AURORA, PEPITA Y MATILDE, que detienen al salir a Amelia

Aurora. ¡Aquí estamos!

PEPITA. Rosa! ¡Amelia!

(Se abrazan y se besan unas a otras; Amelia casi con aspereza y como con disgusto).

Amelia. Wenis a jugar?

Aurora. Hoy no;

pues venimos cada una a pediros un favor.

Rosa. ¿Qué queréis?

Pepita. Verás, Rosita.

El domingo hay reunión en casa de las de López; Margarita y Leonor, Aurora.

ya las conoces, y quieren que haya representación; pues tienen un teatrito, hija, que ni el Español. Y nos han comprometido. Como dicen que las dos formamos un par de actrices consumidas, digo, no, consumadas, han hablado a mamá.

PEPITA. Rosa. Aurora. Ya ves qué honor. ¿Y que haréis?

Tres comeditas del Teatro de Salón, que son obras muy morales, según dice el confesor.

Contra soberbia, humildad,

La comedia de Alarcón
y El arte de ser feliz.
¡Quién os viera!

Rosa.
Pepita.

¿Por qué no?

(Hablan en voz baja; Amelia, que habrá estado retirada a un lado con sus muñecas, dice a Matilde que quiere jugar con ellas).

AMELIA.

MATILDE.

AMELIA.

Estate quieta, Matilde. Hija, tienes un humor... El que quiero; mis juguetes

son mios, y se acabó.

MATILDE.

Pues estás para favores,

vaya, que nunca peor...

Aurora. Yo no tengo velo blanco,

y me ha dicho don Ramón, el señor de López...

Rosa. Aurora. Rosa. Pepita. Aurora.

Que el velito es de rigor. ¿Dirige el señor de López? Vaya, y muy bien.

Gordinflón

Ya.

y todo como le ves, se mueve que es un primor. Pues como no tengo velo, casi tuve la intención de renunciar al papel; pero éste me recordó que los teníais vosotras, y a cualquiera de las dos, con permiso de mamá, vengo a pedir el favor... No digas más; en seguida volveré con él, pues no...

Rosa.

AURORA.

Rosa.

PEPITA.

Rosa.

PEPITA.

Амена. Реріта, No tenemos prisa.
Bueno,

me alegro mucho, mejor. Ahora entro yo, que también traigo aquí mi comisión;

pero es con Amelia.

¿ Qué quieres ?...

Hija, por Dios, hablas de un modo tan frio...

No me gusta a mi el calor. Ya habrás oído; tú tienes un muñeco muy grandón, ; verdad?

Rosa.
Aurora.

Sí, se llama Carlos.

¿ Quién le ha bautizado?

Rosa.

Yo.

Como haré de ama de cria en el sainete...

AMELIA.
PEDITA

¡Qué honor!

Pues soy la graciosa; tengo que sacar un niño atroz, y mis muñecos son chicos. Que te le compren mayor.

AMELIA.
PEPITA.

Te niegas?

AURORA.
AMELIA.

¡Ingrata amiga!
¿Tengo yo la obligación
de prestaros mis juguetes?
Mi papá me los compró,
y son para mí, y yo sola
juego con ellos. Adiós.
(Sale por la lateral derecha).

ESCENA V

DICHAS, menos AMELIA

Rosa.

No la hagáis caso; ahora mismo mi papá lo ha de saber y os llevaréis el muñeco y todo cuanto queréis. ¡ Qué egoista!

PEPITA.
Rosa.

Me ha dejado

avergonzada; no, pues

cuando mi papá lo sepa, contento se va a poner. Pues digo, la Institutriz... ¡Buena la espera! Veréis como se arrepiente luego. Vamos allá.

PEPITA.

Rosa.

Sí, y después jugaremos un ratito. No hará lo mismo otra vez. (Salen por la lateral izquierda.

ESCENA VI

Amelia entra otra vez a escena).

AMELIA, sola

AMELIA.

¡Cuidado que es mucho cuento! ¿Yo, por qué razón, por qué, debo prestar mis juguetes si son para mí? ¡ También es bueno lo de las hilas! No he visto igual pesadez. ¿ Creerá la Institutriz que su historia me tragué v que por miedo a un castigo en seguida voy a ser como Rosa, que es criada de todo el mundo? Al revés; cuanto más se me predique, menos caso les haré, pues todos esos son cuentos que vo no puedo creer.

¿Me meto con nadie yo? ¿Hago mal por no hacer bien? Malo, es aquel que hace daño v vo a ninguno falté. Bah! Que digan lo que quieran, que como he sido he de ser. Lo principal es cuidarme de mí sola; yo, y después yo, y siempre yo, y yo ante todo: esta lev será mi lev. Si por nadie me intereso. que hagan lo mismo también conmigo: tranquila estoy de que nunca acudiré a nadie, pues vo, a mí misma me basto y me sobro. ¡Amén! (Se oyen dentro voces de ¡fuego! y ruido de carreras, con voces y gritos descompasados), ¡Qué ruido! ¡Qué gritería!

¡Qué ruido! ¡Qué gritería! Pues, señor, ¿qué podrá ser? ¡Cielos, fuego! ¡Y yo aquí sola! Por esta puerta saldré.

(Por la lateral del fondo).

¡Cerrada! ¡Y no hay más salida! ¡Socorro!... ¡Rosa!... ¡Gabriel!... ¡Papá!... ¡No me oyen!¡Dios mío! ¡Pero aquí vienen! ¡Corred!...

ESCENA VII

DICHAS y Rosa — Aurora — Pepita e Institutriz desde las rejas del fondo.

Amelia. Abre, Rosa, que me muero.

Rosa. No puedo, hermana.

AMELIA. Por Dios!

Rosa. Peligraremos las dos

si por salvarte me espero. Cada cual espere aquí el premio según sus obras;

tú te bastas y te sobras, no necesitas de mí. (Desaparece).

Amelia. ¡Aurora, por compasión!

Aurora. ¡A otra puerta! (idem).

AMELIA. ; Ven, Pepita!

PEPITA. No quiero. (fdem).

AMELIA. ¡Matilde!

MATILDE. ¡Quita!(ídem).

AMELIA. ¡ Nadie tiene corazón!

Institutriz. ¡Sí! Pero no te sorprenda que nadie en tu auxilio acuda.

¿ A quién has pedido ayuda, para que ahora te defienda? Hiciste lo que el avaro,

y hoy el fruto has recogido.

¡Por caridad!

AMELIA. ¡Por caridad!
INSTITUTRIZ. ¿La has tenido

del que imploraba tu amparo?

Vuelve los ojos a Dios

en este trance cruel; Amelia, pues sólo de Él puedes esperar. Adiós. (Desaparece).

ESCENA VIII

AMELIA

AMELIA.

(Arrodillándose en medio de la escena).
¡Perdón, Dios mío, perdón!
¡Os ofendí inadvertida,
pero estoy arrepentida
con todo mi corazón!
¡Tened de mí compasión
y salvadme del abismo:
desde hoy amaré lo mismo
que a mí propia, a todos, sí,
y jamás veréis en mí
ni una sombra de egoísmo!

ESCENA IX

DICHAS y los demás personajes.

(Al verlos entrar Amelia, se lanza a la Institutriz, que la recibe en sus brazos).

AMELIA.

¡Perdon!

Institutriz.

Sí, perdón mereces, pues la enseñanza fué dura.

AMELIA.

¡Todo es vuestro! (A las amigas).

AURORA.

¡Qué locura!

Rosa.

¡Nos la has pagado con creces!

Amelia. ¿Y el fuego?

INSTITUTRIZ.

Ya se apagó.

Rosa.

Fué un ardid.

INSTITUTRIZ.

Ardid ha sido; pero piensa que ha podido ser verdad cuanto pasó. No lo olvides, ni la historia con que te advertí, hija mía. Que no se borre algún día fácilmente en tu memoria. Practica del Catecismo el precepto bienhechor: "Ámale como a ti mismo al prójimo".

AMELIA.

¡Sí! Ese amor reemplazará a mi egoísmo. (Se abrazan).

ENRIQUE SEGOVIA ROCABERTI.





JUZGAR POR LAS APARIENCIAS

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

Personajes:

Lorenzo, joven de 16 a 18 años. Manilargo. Inspector. Caballero. Un guardia.

La acción en Madrid. - Época actual.

ACTO ÚNICO

Salón del Prado.— En segundo término, derecha, un banco de piedra.— Árboles al fondo y a uno y otro lado.— Es de noche.

Al alzarse el telón Lorenzo duerme echado en el banco; el traje de aquél, muy deteriorado, revelará ser el de una persona bien educada.

ESCENA PRIMERA

LORENZO y el CABALLERO (desde dentro).

CABALLERO. (Dentro).

¡Favor... socorro... ladrones...! ¡A ese... a ese... que se escapa!

LORENZO. (Despertando e incorporándose).

Voces se overon allí

como de auxilio o de alarma... Tal vez un robo.

CABALLERO.

(Dentro).

LORENZO.

(Poniéndose de pie).

CABALLERO.

O quizás un crimen.

LOBENZO.

¡ Guardias!

La voz se aleja; yo iria a proteger al que llama, pero pudiera costarme mi oficiosidad bien cara. Si es robo, nadie creeria que el que carece de cama le pueda prestar auxilio al que le roban la capa; quizás llegara a ocurrir que como autor me tomara la policia... Me quedo asi, tumbado a la larga. Ya nada oigo; confieso que mi conciencia se alarma, y me arguye... Yo debia... pero tal vez no sea nada. ¡Aaah! ya mis ojos se cierran... Pues señor, hasta mañana. (Vuelve a echarse en el banco). Nada se siente... silencio en todo el Prado...; Caramba! hace fresco... buen servicio me prestaria... una... manta.

(Estos últimos versos los irá diciendo con voz soñolienta, y al pronunciar la última palabra fingirá que se queda dormido).

ESCENA II

DICHO-MANILARGO, voces de los guardias y del Caballero

MANILARGO.

(Sale por el lado derecho de puntillas y mirando a todas partes con recelo. En la mano derecha lleva una larga navaja abierta, y en la otra un reloj, cuya cadena deba verse colgando).

¿ Que no soy yo listo? ¡ Bueno! ¡Y que vo no me doy maña para apañar a un señor y burlarme de los guardias! Lo que me sobran son manos, y lo que a mi me hace falta son relojes que tomar, alfileres de corbata y pañuelos de batista, portamonedas con plata; v donde esté Manilargo que se quiten tóos los ratas, que el más valiente soy yo, y el más listo menda. ¡Vaya! Oue se lean los papeles que venden por ahi los granas a perro chico, y pregunten en el juzgado de guardia y a toda la policía de la capital de España: si vo sov más conocio que el Bismal de la Alemania. Y esta noche he dado un golpe... ¡buen reloj, hermosa máquina! tapas de oro... ¡chipén! y la cadena no es falsa; además quinientos riales en monedas de oro y plata.

CABALLERO.

(Dentro).

Debió marchar por allí.

MANILARGO.

¡Caracolitos! que aun anda buscándome. Escaparemos.

(Va a marcharse por la izquierda, y se vuelve al oir por este lado la voz de un guardia, que dice): (Dentro).

GUARDIA.

Te digo que no se escapa.

MANILARGO.

A que me cogen... prudencia; esconderé la navaja...

(Se dirige al banco donde duerme Lorenzo, y reparando en èl exclama):

Aquí...; y cómo duerme el banquero!

(Se baja, y al hacerlo se le cae el dinero que llevará en el bolsillo de la chaqueta).

¡Por vida mi suerte aciaga! Se me ha caído el dinero que en la chaqueta llevaba.

GUARDIA.

(Dentro).

Registra bien!

MANILARGO.

Soy perdido si me detengo. Ea, en marcha.

(Márchase corriendo por el foro, derecha).

CABALLERO.

¡A ése, a ése! ¡Guardias, guardias! (Suena un tiro).

ESCENA III

LORENZO (despertando al ruido del tiro).

Pues señor, sigue el jaleo; tendré que mudar de casa e irme a la plaza de Oriente o plaza de las Descalzas. que la vecindad de aquí está siempre alborotada. Pero, ¿estaria soñando? porque no se siente nada y me ha despertado un tiro y voces de ¡ guardias, guardias! Pues no lo sé; ya amanece; el día su luz derrama v con ella alegres vuelven a nacer mis esperanzas. Ya se distinguen los árboles; ya los colores de grana que anuncian al sol naciente el azul del cielo manchan ¡Cuándo, aunque me cause pena no ver al sol cuando salga. podré tener, como otros, familia, hogar y una cama!

(Se incorpora sobre el banco y al poner los pies en el suelo tropieza con el dinero, al que hace sonar).

- ¿Qué es esto? ¿Dinero aquí?
- ¿Duermo aún? La cosa es rara.
- ¿Será ilusión de mi vista?

(Mirando al suelo y cogiendo las monedas, que examina con visible inquietud).

No, que mis manos lo palpan, mis oídos lo perciben (sonándolo) v mis ojos no se engañan. : Cuánto! : Casi una fortuna, en la que vo no soñaba! (Reparando en la navaja, que recoge y deja sobre el banco) Y junto a ella señales, de un crimen; una navaja, arma homicida que busca en la muerte la venganza. Necio escrúpulo! ¿ Quién piensa en semejantes bobadas cuando es feliz? Contaré. ¿Serán las monedas falsas? No lo creo; en estos duros puede uno verse la cara, v estas dos monedas de oro nuevas son. Lorenzo, calma, (pausa) que parece que el dinero en ti la fiebre desata. (Contando con marcada ansiedad). Cinco... diez... doce... catorce...

Cinco... diez... doce... catorce...
quince... veinte... basta, basta.
Siento en mi cabeza algo
que a la locura me arrastra.
Soy dichoso; la miseria,
de mi alegría se espanta,
y ya el mendrugo de pan,
que ayer yo pordioseaba,
negro y duro me parece
y me causa repugnancia...

Soy feliz; ya no hay tristezas en el fondo de mi alma, ni va me preocupa el cómo hallar de comer mañana. Pero vengamos a cuentas, que vo no las veo claras. Este dinero no es mío: ¿ por qué junto a mi se halla? Alguien lo perdió, podría sin que nadie reclamara quedarme con él, ¿ No es esto? ¡Claro está! ¡Lucha insensata! Si lo hallé, el dinero es mío, de la pobreza me saca: y la pobreza es horrible... y el hambre, ; oh, el hambre espanta!.. (Luchando consigo mismo).

Pero nada de esto es tuyo
Lorenzo, nada; repara
que ha podido ser robado,
o perdido...; Virtud, calla!...
Si soy honrado no como,
y comer no es una falta...
Pero... no hay que vacilar...
mi conciencia lo rechaza;
no me pertenece; iba
a cometer una infamia.
Si hoy no como, ayunaré. (Con resolución).
Un día pronto se pasa;
paciencia, Lorenzo, y busca
dónde trabajar mañana,

que si tu pobreza es grande a tu honradez no aventaja. El ser ladrón es un crimen, el ser pobre una desgracia; que el mundo no me rechace aunque tenga de mi lástima. Recogeré este dinero y en la Inspección inmediata lo entregaré, y allí harán que vuelva a su dueño... y basta. (Recoge el dinero y la navaja, y al ir a marcharse es detenido por el Inspector, que sale).

ESCENA IV

DICHO-INSPECTOR

INSPECTOR. (Deteniendo por un brazo a Lorenzo).

Eh! ¿Dónde vas granujilla?

LORENZO. Ese nombre no merezco.

INSPECTOR. Responde a lo que pregunto.

Lorenzo. A devolver un dinero.

INSPECTOR. ¿De quién es?

LORENZO. Si lo supiera, ya lo tendría su dueño. Sobre ese banco de piedra estaba, señor, durmiendo, cuando desperté a las voces

de ¡favor! ¡guardias!

Inspector. Veremos.

¿Y esa navaja?

Lorenzo. Soy honrado.

INSPECTOR. (Con tono áspero).

Es lo que te falta, serlo.

Tú eres el ladrón que ha poco

ha robado a un caballero.

Lorenzo. ¡Yo ladrón!

INSPECTOR. Y voy a atarte.

(Sacando una cuerda).

Lorenzo. Robar yo... Vamos, yo creo

o que le he entendido mal o que no ha dicho usted eso.

INSPECTOR. , Y estas pruebas, di?

Lorenzo. Señor,

no conoce usted a Lorenzo. No tengo a nadie en el mundo,

nada soy, nada poseo; pero me sobra honradez y le digo que no miento.

Inspector. Lo que te sobra es descaro y cinismo, ladronzuelo.

¡ Menos palique! (Empieza a atarle).

Lorenzo. Es injusto

lo que conmigo está haciendo.

Inspector. A la prevención, granuja; luego a la cárcel modelo.

ruego a la carcer l

LORENZO. (Protestando).

Nunca he robado.

INSPECTOR. (Empujandole). ; Adelante!

Lorenzo. Yo no soy capaz.

Inspector. ; Silencio!

ESCENA V

DICHOS-CABALLERO

CABALLERO. (Sale en el instante que el Inspector intenta llevarse a

Señor inspector, mil gracias.

Inspector. Es mi deber, caballero.

CABALLERO. Le estoy muy agradecido.

INSPECTOR. ¿Conocería al sujeto

que le ha robado esta noche?

CABALLERO. Aun parece que le veo:

Alto, pantalón muy claro, chaqueta de paño negro, la voz muy bronca, bigote,

gorrilla de terciopelo...

INSPECTOR. ¿Conoce usted a este chico?

CABALLERO. Que nunca le vi confieso. LORENZO. ¿Se convence usted ahora?

Inspector. Yo de nada me convenzo.

CABALLERO. Pero este chico, ¿ qué hizo? (Al Inspector)
INSPECTOR. Hallé en su poder dinero

v una navaja...

Lorenzo. Que iba

a entregárselo a su dueño. Junto a este banco hallé todo...

¡Créame usted, caballero!

CABALLERO. (Al Inspector).

No sé por qué me parece que este joven no es ratero.

ESCENA VI

Dichos y un Guardia

GUARDIA. INSPECTOR. GHARDIA.

Ya está presu el delincuente. ¡Hombre! me parece extraño. Mi compañeru en servicio es el que al mozu ha trincado; por ciertu que resistióse.

INSPECTOR.

Y ¿ quién es?

GHARDIA.

El Manilargu.

¿Y él ha sido?

INSPECTOR. GUARDIA.

Ya lo creu, no hay duda, cantó de plano. Dijo que hace unas dos horas que al señor seguía los pasos; v al entrar aquí, le diju: -Venga el dinero o lo raju. Añadió que las monedas v la navaja, tamañu...

(Señalando con el sable).

tirólo al verse perdidu así, debajo de un banco.

(Haciendo como que arroja algo debajo del que se ve en escena).

LOBENZO.

Gracias, Dios mío!

INSPECTOR.

Ahora todo está justificado (Desata a Lorenzo).

CABALLEBO.

Pero pensó usted que era el ladrón...; pobre muchacho!

¿Qué eres tú?

LORENZO.

Casi un mendigo

CABALLERO.

que busco un empleo en vano. ¿Y qué hacías a estas horas en sitio tan solitario?

LOBENZO.

Huérfano soy; y de Burgos tres meses ha que he llegado con la esperanza, señor, de hallar en Madrid trabajo. Desde que estoy en la Corte no conozco otro palacio que éste, donde paso el día y hallo en la noche descanso. Sobre ese poyo dormía hace una hora; un disparo me despertó, luego el día fué poco a poco aclarando, v con su luz vi el dinero por el suelo esparramado. Y como mío no era, ni conocia a su amo, del suelo lo recogi con la intención de entregarlo. Noble proceder!

CABALLERO.

Inspector. ¡Muy noble! Lorenzo. Señor, es que soy honrado,

Lorenzo. Señor, es que soy honrac y quien de veras lo es no gasta dinero extraño.

Inspector. Perdóname; mi deber...

LORENZO. Lo comprendo.

Oye, muchacho,

¿ qué sabes hacer?

LORENZO.

Bien poco,

escribir, de francés algo,

cuentas...

CABALLERO.

Bueno; si tú quieres

trabajar en mi despacho,

vente conmigo.

LORENZO.

Mil gracias;

acepto con entusiasmo,

que es Dios quien a usted envia

para alivio de mis daños.

INSPECTOR.
GUARDIA.

Para premiar tu virtud. Este señor es muy guapo.

INSPECTOR. (A Lorenzo).

No hay mal que por bien no venga.

LORENTO.

No hay mal que dure cien años.

CABALLERO.

No; que la bondad divina si bien alcanza a los malos

limitada, es infinita

para el hombre que es honrado.

SANTIAGO OLMEDO Y ESTRADA.





FL ARTE DE SER FELIZ

FANTASÍA DRAMÁTICA

Personajes:

Cechia, Diez y ocho años. Eduardo, Diez y seis años. Pedro, Sesenta años. El Marqués, Cincuenta años. Pascual, Cuarenta años.

Una quinta en las cercanias de Madrid. - Año de 187...

ACTO ÚNICO

Sala elegantemente amueblada: puerta en el fondo y otras dos a la izquierda A la derecha un balcon. Entre las dos puertas de la izquierda una chimenea francesa.

ESCENA PRIMERA

PEDRO y PASCUAL. (El primero aparece junto a la puerta del foro. El segundo, en primer término, cómodamente reclinado en una butaca y leyendo un periódico.

PASCUAL. Cierto es. (Leyendo). "La Hacienda española está de peligro enferma."
¡Oh!¡Si viniera a mis manos!...

Pedro. (Tarde y mal saldria de ellas).

Pascual. La nación es una casa, y yo en gobernar la ajena

soy maestro.

Pedro. (Haces la tuya

con lo que quitas en ésta). (Tose).

PASCUAL (volviéndose). ¿ Quién tose?

PEDRO. Yo, don Pascual.

Pascual. ¿ Qué haces aqui? Salte fuera, que estás el papel manchando y el baldosin estropeas.

Pedro. Hablar con usted queria.

Pascual. Cuando los señores vuelvan te iré a buscar.

Pedro. Hace poco

que se fueron...

Pascual. Eres pelma si los hay. Di lo que quieres y acaba pronto.

Pedro. En mi tierra tengo una pobre casita...

para mi un palacio. En ella dos seres hay que me aguardan con cariñosa impaciencia. Yo estoy enfermo, soy pobre; mi muerte tal vez se acerca,

y ya en bendecirlos tardo. Pascual. Pero, ¿a que viene toda esa

música?

Pedro.

Usted es el todo
en casa, y con su influencia
podría conseguir...

PASCUAL.

PASCUAL.

Nada.

PEDRO.

¡Oh! La limosna postrera; que el señor me costease...

¿Has perdido la cabeza?

¿ Has perdido la cabeza?
¡Lo menos pides cien duros!

Y en las circunstancias estas...

¡Bah, bah! A dormir. No estás bueno.

(Empieza a tronar).

Calle... No me engaño... Truena.

Vete, vete pronto.

Pedro. (Este hombre

tiene el corazón de piedra).

ESCENA II

DICHOS - CECILIA y EL MARQUÉS

Marqués. ¿Qué es eso? ¿Estáis disputando?

Pascual. Pedro, señor, que chochea.

(Se oye otro traeno).

CECILIA. ¡Jesús! ¡Qué tarde se ha puesto!

Se pecesita paciencia para vivir en el campo.

Maroués (con ironia). Tal vez en Biarritz no llueva

como aquí. (Se oye llover con fuerza).

CECILIA. Si me descuido

un poco, me pongo buena. ¡Mire usted qué chaparrón!

PASCUAL. Es verdad. ¡Y cómo aprieta!

CECILIA (a Pascual). Por lo demás, en Biarritz,

haga el temporal que quiera,

hay soirées, amigos, bailes, una vida, en fin, risueña; mientras que aquí, de fastidio me estoy muriendo de pena.

Marqués. Porque no luces tus trajes y los pollos no te cercan, ni hablan de ti los periódicos. A mí esta vida me sienta en cambio muy bien.

CECILIA. Me marcho, porque la humedad no es buena, y estoy chorreando.

Marqués. ¡Una gota! Cecilia. ¡Hum!¡Qué casucha tan fea! (se va).

ESCENA III

Dichos, menos Cecilia

Pascual (a Pedro). ¡Aun estás aquí! ¡Qué hombre!
Marqués. ¿Ya volvéis a la pendencia?
Los dos estáis muy pesados.
Pedro. Perdone usted, mas quisiera decirle cuatro palabras.

Marqués. Ya te escucho.

Pascual (a parte). Es mucha tema.

Pedro. Señor, estoy muy enfermo,
y me acaba la tristeza
de pensar en que la muerte
mis tristes días sorprenda

lejos de mi casa.

Marqués. Pedro,

¿quién tales bobadas piensa?

Pedro. Cuando el corazón lo siente

y lo afirma la cabeza...

Pascual. Como la tuvieras sana v ocupada en tus tareas,

durmiendo tres horas menos,

no soñaras tal quimera.

Pedro. Dios le perdone. Yo abrigo

de mi muerte la evidencia; señor, quiero ir a mi casa; quiero abrazar a mi buena

mujer, al hijo querido que mi bendición espera,

y que al lado de mis padres

guarde mis huesos la tierra.

Marqués. Después que te pongas bueno, cuando recobres las fuerzas, se tratará de ese asunto.

Mientras tanto, ten paciencia, y haz por curarte, cumpliendo

con lo que el médico ordena.

Pedro. Luego ; no tengo esperanza ?... (¡Oh! Iré como las culebras, arrastrando; iré pidiendo

arrastrando; ire pidiendo limosna de puerta en puerta).

ESCENA IV

EL Marqués—Pascual y Cecilia

CECILIA.

¡Papá!

Marqués. Cecilia

¿ Qué quieres?

He visto

THE RESERVE OF THE PARTY OF THE

un pobre chico aqui cerca...

(Asomándose al balcón).

También se le ve desde este balcón. Parece de piedra.

Marqués

(mirando también). Bajo un árbol se cobija.

CECILIA.

Pero el aguacero arrecia; se está poniendo perdido.

MARQUÉS.

Es cierto.

CECILIA.

Y no pestañea. Vuelve la vista hacia casa, mirando con insistencia...

PASCUAL.
MARQUÉS.

¡Si querrá el necio acercarse! Ya lo creo. ¡Cuánto diera

por estar bajo techado y tener la ropa seca! Con eso feliz sería.

CECILIA.

Pues, papá, manda que venga; la curiosidad de oirle

confieso que me impacienta.

Marqués.

Ve tú, Pascual, a buscarle.

PASCUAL.

Yo, señor... Piense vuecencia que será un granuja, un tuno que andará de ceca en meca

merodeando...

CECILIA.

Obedece

v calla.

MARQUÉS.

Dice bien.

PASCHAL.

Sea (Vase).

ESCENA V

CECILIA V EL MARQUÉS

Mientras tanto, iré a vestirme. CECILIA.

Ya verás, seré ligera.

Pues antes ¿ no fuiste a eso? MARQUÉS.

Cierto; pero con la escena CECILIA. del muchacho, distraída,

no lo hice, y ahora es fuerza presentarme...

: Vanidosa! MARQUÉS.

No es vanidad, es decencia. (Sale). CECILIA.

ESCENA VI

MARQUÉS - PASCUAL y EDUARDO. Este viste de camino, con cierta gra cia, pero sin lujo, y en sus modales revela educación y desenvoltura. Este papel deberá desempeñarlo una señorita.

PASCHAL. Por aqui. (Guiando a Eduardo).

Muy buenas tardes. EDUARDO.

Bien venido a casa sea. MARQUÉS. (Guapo muchacho). Pascual, déjanos solos, y ordena, para que el señor se seque, que enciendan la chimenea.

> (Pascual se retira y en seguida viene Pedro y enciende la chi menea durante la escena VII).

ESCENA VII

EL MARQUÉS V EDUARDO

Siéntese usted. MARQUÉS.

Mal hiciera. EDUARDO.

> que estoy en verdad calado; digno de estar colocado tan sólo en una sopera. No sé cómo agradecer

su bondad.

Tomando asiento MARQUÉS.

v descansando un momento.

Gracias: mas no puede ser. EDHARDO.

Pronto me iré.

No hará tal MARQUÉS.

> o quedaré autorizado a creer que se ha encontrado

en esta su casa, mal.

Tan discreta cortesia EDUARDO.

MARQUÉS.

evidencia mi ignorancia.

Yo me encuentro en esta estancia mucho mejor que en la mía.

Galante es usted.

EDUARDO. Soy franco;

> nadie negarme podrá la diferencia que va de una quinta a un sotabanco.

MARQUÉS. De discreción es modelo

quien niño habla de ese modo...

Obra es de mis padres todo. EDUARDO.

Marqués. ¿ Los tiene usted?

EDUARDO. En el cielo.

Marqués. ¡Huérfano!

Eduardo. Y pobre.

Marqués. Familia

tendrá usted.

Eduardo. En cada hombre

a quien de hermano doy nombre.

Marqués. (Así sólo se concilia

con su libertad su genio). Su situación me demuestra que la desgracia es maestra en avivar el ingenio,

y porvenir de gran brillo tendrá estudiando.

EDUARDO. No obstante,

sólo tengo de estudiante el corazón y el bolsillo.

Maroués. Será usted...

Eduardo. Soy aprendiz de un arte el más escabro

de un arte el más escabroso; el más difícil y hermoso: el arte de ser feliz. Poseo una renta escasa que me da todos los años unos cuantos desengaños, poco pan, penas sin tasa, y he dicho: no te contentes llorando en los patrios lares: cruza los inmensos mares, visita los continentes,

y no detengas tu vuelo mientras con bríos de mozo puedas correr tras el gozo, si existe gozo en el suelo.

Marqués. Extraño empeño en verdad. Buscar la dicha... ¿ y en dónde?

Eduardo. Sabré si de mí se esconde, hallarla es mi voluntad.

Marqués. Permita usted que me asombre tan pueril deseo, pues con poco dichoso es el niño, con nada el hombre.

Eduardo. En averiguarlo fundo grata ilusión, y por esto a correr estoy dispuesto las cinco partes del mundo

MARQUÉS. (Con arrogancia desdeñosa).

Sin que se aparte

Sin que se aparte de aquí su dicha puedo hacer yo.

Eduardo. (Picado). Mucho me temo que no. Marqués. Mucho confio en que sí, y pues no se pierde nada aclarando esta porfia, dejemos, por vida mía, alguna cosa apostada.

Eduardo. No puedo entrar en el trato, pues soy pobre y...

Marqués. Convenido quede, que guarde el vencido del vencedor el mandato.

Eduardo. No aceptar fuera indiscreto;

pero ¿ cómo se evidencia lo que sólo mi conciencia puede decirme en secreto?

Marqués. Me basta la confesión de usted, que entre hombres honrados más que papeles firmados las propias palabras son.

Eduardo. La doy, pues en ella fía quien obligado me tiene a mostrar como conviene lo que es la palabra mía.

Marqués. Corriente. Desde este instante su porvenir está fijo, porque le adopta por hijo el marqués de Bustamante.

EDUARDO. (confundido). ¡Ah! Señor, tan generosa distinción pagar quisiera con mi sangre si pudiera.

MAROUÉS. (con burla). De que la vierta no es cosa

(con burla). De que la vierta no es cosa, y antes que la ahorre, pues la tengo aprecio tal, que la estimo por igual a la que en mis venas corre. Desde hoy viva sin cuidados, que su fortuna endereza, regalándole nobleza, blasones, oro y criados,

ESCENA VIII

DICHOS Y PASCUAL

Eduardo. (¿Es esto burla o mudanza

de la suerte? ¿Es vida o sueño?)

Marqués. Pascual.

MARQUÉS.

MARQUÉS.

Pascual.. Señor.

A este joven, que se considere quiero como a mí mismo; ¿lo entiendes? Que a obedecerle dispuestos estén todos los criados, y sea de todos dueño.

PASCUAL. Muy bien.

¡Ay del que le falte!
¡Ay del que le ofenda necio!
(A Eduardo). Y tú, que ya entre nosotros no cabe otro tratamiento,
pide, ordena, manda y toma lo que cuadre a tus deseos.
(Aparte). Voy a decir a Cecilia lo que pasa, y que su ingenio me ayude a alcanzar victoria de este gentil rapazuelo.

ESCENA IX

EDUARDO Y PASCUAL

Pascual. (El señor se ha vuelto loco). Eduardo. (Parece de hadas un cuento). Pascual. Señorito... Eduardo. (Irse despacio

conviene, que caso nuevo es este y hallar pudiera para mi dicha tropiezo).

PASCUAL. Señorito...

EDUARDO. ¡Ah!¡Qué! ¿Quién eres?

Pascual. El mayordomo, el más viejo de los criados, el jefe

natural de todos ellos, que viene a ver lo que manda, siempre a servirle dispuesto.

EDUARDO. Muchas gracias.

Pascual. (Es preciso

adular a este muñeco); Gracias, porque un deber cumplo,

y deber grato en extremo!

Eduardo. ¿Sí? Pues la razón no alcanzo... Pascual. Cuando el que nos manda es bueno

y a su lado se disfruta
tranquilidad y sosiego.
y en sus modales se aprende,
y se goza con su ingenio...

Eduardo. Al señor marqués sin duda se refiere todo eso.

PASCUAL. Y a usted.

Eduardo. ¡A mi! ¿ Desde cuándo

me conoces?

Yo me atengo a que los ojos el alma se asoma como a un espejo, y la de usted es hermosa, 'angelical. EDUARDO. ; Eh! silencio:

que adulaciones sin causa son como excusa sin tiempo.

Pascual. (Mal carácter tiene el mozo). Servirle sólo es mi intento.

Eduardo. Pues tráigame un vaso de agua. Pascual. Perdone usted, voy corriendo a llamar a Antonio, para

a Hamar a Antonio, para que mande subir a Diego...

Eduardo. ¿Y a qué fin?

Pascual. ¿Pues no me ha dicho

que le trajera agua?

Eduardo. Cierto:

pero a usted se la he pedido, a usted, y no a Juan ni a Pedro.

Pascual. La costumbre de la casa... la dignidad de mi empleo...

Eduardo. Está bien. Usted perdone.

No tengo sed. Un tintero
quisiera, si es que no tiene
que cansar a un regimiento.

Pascual. Iré a buscarle en persona, aunque mi decoro ofendo.

EDUARDO. Pues suprima usted la ofensa,
me basta mi lapicero. (Escribe en su cartera).
Necesito que al instante
vaya a Madrid, y este pliego
entregue a quien dice el sobre
con el posible secreto.

Pascual. ¡A Madrid!¡Pues ahí es nada!

Dispense usted: del cochero es este cargo y no mío.

Eduardo. Mayordomo del infierno, ¿ para qué sirves entonces?

Pascual. Pesa sobre mi el manejo de la casa.

Eduardo. ¿Y qué manejas?

En qué consiste ese peso?

PASCUAL. Tomo las cuentas... Dispongo...

EDUARDO. ¡Cuentas das! bien. Yo me precio de entender alguna cosa.

Tráelas.

Pascual. No viene ahora a cuento.

El señor marqués ha visto
la última muy satisfecho.

Eduardo. No importa. Quiero yo verla. Pascual. ¡Válgame Dios y qué empeño!

(Le da un papel).

Tenga usted, pues casualmente en el bolsillo la llevo.

EDUARDO. Hombre, hombre, ¡siete levitas! ¿Es contrata del gobierno? ¡Pues no es nada lo que sube la cuenta de los plateros!

Pascual. Las alhajas valen mucho.
Eduardo. ¿No han de valer? Ya lo creo.
(¡Hum! Ya estás tú buena alhaja según todo lo que observo).

(Vuelve a leer). Modistas... cuatro talleres sostiene el marqués lo menos, y albañiles todo el año,

y artistas, y... con un sueldo como ministros. Si es este tu decantado gobierno, pedirá el marqués limosna a tus ricos herederos.

Pascual. ¡Oh! Mire usted que me ultraja. Eduardo. Este sí que es manifiesto

ultraje y probada ofensa.

(Señalando las cuentas).

Pascual. El mandar no da derecho...

Eduardo. De hurto las cuentas te acusan.

Pascual. No apure mi sufrimiento...

que soy capaz...

Eduardo. ; Me amenazas!

Cuenta con hacer un gesto, y por el balcón te arrojo

si pestañeas.

Pascual. No. (Tiemblo

no lo haga como lo dice; lo mejor es huir el cuerpo). (Se retira).

EDUARDO. Sólo en mi vida a este hombre mandé, y me causó despecho.

Tener criados es dicha más corta que el no tenerlos.

ESCENA X

Eduardo y El Marqués

Marqués. Heme de vuelta. Aburrido estarías con Pascual, mi mayordomo.

EDUARDO.

No tal.

MARQUÉS.

¿Te ha dejado complacido?

¡Es mucho hombre!

EDUARDO.

¡Vaya! Mucho;

pero mientras viva aquí, los criados para mí están de sobra.

Marqués.

¡Qué escucho!

EDUARDO. Ya hablaremos otro rato.

Marqués. Co

Corriente... (¡Cosa más rara!)

Vamos, alegra esa cara, que de regalarte trato.
Como cumple a un caballero debes dar honra a la casa gastando el oro sin tasa.
Ten por ahora. (Le da un portamonedas).

Еднавро

(con disgusto). ¡Dinero!

Marqués.

¿Te suspende y maravilla? Las cosas están de modo, hijo, que lo dobla todo en el mundo una doblilla.

Eduardo.

Que me he turbado confieso, robándome mucha calma. Parece que esto da al alma poca dicha y mucho peso.

Marqués.

Fuente de eterna delicia el oro al hombre procura.

Eduardo.

Manantial es de amargura, la espuela de la avaricia.

Marqués.

Quien va con el rey da ley que obedece el mundo entero, y quien va con su dinero lleva en el bolsillo al rey. Hábil comerciante el oro, sabe sacar al mercado el corazón más guardado, el más severo decoro.

Eduardo. Mercader es cuya cuenta causa al comprador disgusto, sin con rubor paga el gusto y con lágrimas la afrenta.

Marqués. Sed de oro a los hombres guía y no apagarla es locura.

Eduardo. Sed que jamás tiene hartura y acaba en hidropesía.

Marqués. Tras él van con afición el sabio, el hombre de ciencia... su bondad esto evidencia.

Eduardo. También tras él va el ladrón.

Marqués. De rudo servicio exime al mozo, y su madre es tal, que reverencia el metal con que su sangre redime.

EDUARDO. Pero en empresas más rudas hace siglos que con gusto venden la sangre del Justo los descendientes de Judas.

Marqués. Saca el oro de un empeño difícil.

EDUARDO. Cosa es muy vista que dé fin el prestamista con el oro y con el dueño.

Marqués. Causa gozo.

EDUARDO. Y sacrificio.

Marqués. Da holgura.

EDUARDO. Y necesidades.

Marqués. Y respeto.

EDUARDO. Y vanidades.

Marqués. Sirve a la virtud.

EDUARDO. Y al vicio.

(Devolviéndole el dinero).

Y en fin, que vuelva a guardarlo es razón, pues sólo espero tener con este dinero peligro de malgastarlo.

Marqués. Voy, pues lo quieres así. (Tomándolo). (Ya sólo mi ingenio alcanza en Cecilia su esperanza. Voy a encaminarla aquí). (Se retira).

ESCENA XI

EDUARDO, solo.

EDUARDO. ¿Del marqués la dicha es esta?
¿De ser feliz no hay más medio?
¡Pobre señor! Sin remedio
le voy a ganar la apuesta.

ESCENA XII

EDUARDO y CECILIA

Eduardo. (Imagen tan hermosa no vi ni en sueños.)

CECILIA. (Es tan gentil el mozo como travieso.)

Eduardo. Causa mi dicha

ver la más bella joya que hay en la quinta.

Cecilia. De la lisonja frases finge ya el joven.

EDUARDO. ¡Fingir! Ninguna hermosa me dió lecciones.

No sabe de eso quien no cursa en las aulas del fingimiento.

No sé qué oculto fuego brotó al mirarla, que el corazón me quema, que agita mi alma; que a usted me impulsa, y que me rinde esclavo de su hermosura.

CECILIA. Amor que tan de prisa se manifiesta, es agua en canastillo.

es débil niebla.

EDUARDO. ¡Ah!¡No prosiga...
que fuego no se enciende
con una chispa!
No sé qué luz inunda
desde hoy mi vida;
qué encanto la adormece;
que hechicería
a usted la une;

por qué me desespera
dolor tan dulce.
Dolor es, bien he dicho,
que me encadena,
daño el que sufro viendo
tanta belleza.
Dolor y daño
que por más que me duelen
no los rechazo.

CECILIA.

no los rechazo.
Si se queja de hechizos, agua bendita
es remedio seguro de hechicerías; y si en mí hay culpa, vaya el dolor en gracia de su dulzura.
Si mi vista le agrava, mire a otra parte, o pruebe si mejora mudando de aires; que yo no quiero, en conciencia, ser causa de que esté enfermo.

EDHARDO.

Bien merecidas burlas me desengañan.

CECILIA.

¿Son sus amores ciertos? ¿son frases vanas? ¡Hable mi pecho!...

EDUARDO.

Amor es más voluble cuanto es más nuevo... ¿ Qué pruebas le fiaran? Eduardo. Mi propia sangre

si usted me la exigiera...

CECILIA. Yo tengo padre. Eduardo. Si con él cuento,

si a sus plantas me postro, a podré?...

CECILIA. Veremos.

Eduardo. Espero para hablarle

me dé licencia.

Cecilia. Tendré al fin que otorgarla

si usted se empeña.

Eduardo. ¡Mi bien, mi encanto!

(Corazón, no te agites)...

CECILIA (aparte). ¡Pobre muchacho!

Eduardo. Del marqués voy en busca. (Se retira).

CECILIA. Al fin va loco; amores y mujeres lo pueden todo.

¡Ay, pobrecillo!
Da lástima engañarle
siendo tan niño.

ESCENA XIII

CECILIA y EL MARQUÉS

Marqués. ¿ Qué tal marcha nuestro asunto? ¿ Vencerás?

CECILIA. Victoria canto.

Marqués. Tan pronto no lo esperaba;

las mujeres sois el diablo.

CECILIA.

CECILIA. De aquí se marchó ahora mismo

buscando a usted, y es extraño...

Marqués. ¡Si no conoce la casa!

Me estará en balde buscando.

CECILIA. Es verdad, he sido torpe, pero si llevaba un paso

y una prisa...

Marqués. Es una alhaja, un portento ese muchacho.

Quiso mi vana experiencia luchar con sus pocos años, más, a la luz de su ingenio, se halló del triunfo cercano.

se halló del triunfo cercano. Conmigo ha sido más débil.

Por mi vencido, humillado, no disimula su dicha,

causa de amante entusiasmo.

Marqués. Confieso que las mujeres, maestras en artes de encanto, lográis cosas que parecen

irrecusables milagros.

CECILIA. ¡Bah! No merece la pena triunfo de valor escaso, que ni divierte mis ocios; que es el objeto tan bajo,

que más que gusto en decirlo

tendré rubor y reparo.

Marqués. Cecilia, Cecilia, temo que de tu orgullo insensato has de recoger el fruto,

y serte pudiera amargo.

CECILIA. MARQUÉS. Crei Ilenar sus deseos.
Tal vez no quise yo tanto,
que me pesaria mucho
verle por ti desgraciado.

ESCENA XIV

DICHOS y EDUARDO

Eduardo (sombrio). ¡Cuán presto a las ilusiones

suceden los desengaños!

Marqués. Me han dicho que me buscabas.

EDUARDO. Es cierto. Hace poco rato salí de aquí, con el alma llena de dulce entusiasmo.

Marqués. El tono con que lo dices... más que de gozo es de llanto.

EDUARDO. Es verdad; fingir no puedo, que el corazón en pedazos dentro de mi pecho estalla de dolor.

Marqués. ¿ Qué nuevo caso lo motiva? (A Cecilia). ¿ Tú le entiendes?

CECILIA. No, señor; antes lo extraño.
EDUARDO. Pues bien; impaciente y loco
llegar quise a su despacho.

La casa no conocía, perderme era necesario; y ¡Dios sabe hasta qué punto me perdí!

Cecilia. (¿Qué será?)

Eduardo. Al cabo

llegué a una estancia adornada con exquisito cuidado.
De flores mil el aroma perfumaba aquel espacio.
Vi un tocador y un espejo entre encajes y bordados, y envidia tuve a la luna que refleja hechizos tantos.
(Tiemblo a mi pesar).

CECILIA.

MARQUÉS.

EDUARDO.

Y luego...

Hallé una carta, un retrato, y en amorosos detalles un mundo de desengaños. Vacilé al verlos un punto... sentía mis ojos faltos de luz, y de aire mi pecho; cogí la carta temblando, que abierta me convidaba a prescindir de reparos; pero al gustar su ponzoña quemó mi mejilla el llanto.

(al Marques). No le crea usted... le engaña...

CECILIA

EDUARDO.

Yo diré a usted más despacio...
¡Oh! Deme usted su licencia,
que lejos de aquí me marcho.
Alegre entré, me voy triste;
bueno vine, enfermo salgo
de peligro, porque llevo
en el corazón el daño.
Entré con grata sonrisa,
voy... con señales de llanto.

Yo se lo perdono todo... hasta la apuesta que gano.

MARQUÉS.

Espera, que aun no has vencido, y aunque llevaras el lauro. no has de salir de mi casa con quejoso desagrado. Joven eres, tienes genio, y yo poder soberano para llevarte a la cumbre de la gloria... Si entusiasmo tienes por las armas, dilo, y en breve saldrás al campo, que yo he de ser quien te premie y el premio no será escaso.

CECILIA.

A quien la gloria no admira de los Cides y Gonzalos!

EDUARDO.

El Gran Capitán...; No es ese el de las cuentas!

MARQUÉS.

Si.

EDHARDO

En pago de que ganó más batallas que el rey tuviera ducados, de que aumentó su corona con dominios y vasallos, con un vulgar despensero se le confundió en ruin trato. Perdonad; glorias no ansio sujetas a los palacios, que allí se siembran lisonjas y suelen nacer ingratos.

Entonces, sigue la senda MARQUÉS.

que conduce hasta el Parnaso.

En la patria de Cervantes CECILIA.

es ese camino llano.

Pan que en el rincón se come EDUARDO.

de un obscuro sotabanco, agua que mezclada llega con lágrimas a los labios, hechizos son que convierten todo lo dulce en amargo, fuego que seca y consume del corazón los pedazos. Gloria v dicha en este mundo son decididos contrarios.

ESCENA XV

DICHOS Y PEDRO

(Aquí está: Resolución). PEDRO.

¿ Qué quieres ? MARQUÉS.

Sernos molesto, CECILIA.

como siempre.

Por supuesto, PEDRO ¡El que implora compasión!...

¡Pobre anciano! ¿Qué te pasa? EDUARDO.

PEDRO. Señor, con razón me aflijo, que tengo en mi casa un hijo

y no puedo ir a mi casa.

¿Pues quien te lo impide? Ve. EDUARDO.

Permiso a nadie pidiera PEDRO.

si viejo y todo pudiera seguir el camino a pie. Pedro sueña.

CECILIA.

MARQUÉS.

Sí. Hace un año que con delirio creciente indicios da de demente No está en la cabeza el daño. Sí tal

Pedro. Cecilia. Maroués.

Merece respeto quien de la ciencia habla en nombre; y el médico...

PEDRO.

EDUARDO.

Al fin es hombre y vive al error sujeto.
Habla, que aunque pobre y niño dar puedo a tu corazón la miel de la compasión y el bálsamo del cariño.

PEDRO.

Señor, en mi pobre aldea tengo una choza escondida donde pasé dulce vida en inocente tarea.

Un huerto tiene cercano, herencia de mis mayores, que da entre pintadas flores fruto en sazón temprano; y era mi único desvelo su cultivo, sin que viera otros horizontes fuera de aquel pedazo de suelo. De santa esposa al cariño debí un hijo, he dicho mal,

que fué un ángel celestial con la apariencia de un niño. Alli los tres santa calma tuvimos, v años risueños gozando en tranquilos sueños la paz bendita del alma, hasta que nació en la mía inquietud vaga y punzante, que iba creciende constante conforme el niño crecia. Al corazón lacerado una voz secreta dijo: - Pedro, tú tienes un hijo: darás al rey un soldado, y aquella voz inhumana hizo con soplo candente nacer un surco en mi frente y en mi cabeza una cana. Ceja va en esa porfía. Si así relatas la historia... Perdone usted, su memoria me enloquece y me extravía. Al fin me dije: - Haragán, ¿ puedes tener buen pretexto para ocupar aqui un puesto y holgando comer el pan? Mira que tú no eres rico v harás aunque mal te cuadre que muera esa pobre madre si se la llevan al chico. Tú eres zafio, pero fuerte,

Marqués. Cecilia. Pedro. resistirás mucho peso y alguno en Madrid con eso labrar consiguió su suerte.— Una noche... me escapé. Un beso por despedida en la tierra humedecida con mis lágrimas dejé, v pensando en mi hijo mozo segui a Madrid caminando, sonriendo al par que llorando de sentimiento y de gozo. i Pedro! (Conmovido).

MARQUÉS. CECILIA

(con impaciencia). Si afligirnos quieres, sigue.

PEDRO. EDUARDO.

PEDRO.

Vencí mi desidia Me estoy muriendo de envidia por no ser yo quien tú eres. Trabajé mucho, sudé, me quité el pan de la boca soñando con ansia loca en el dinero que ahorré: mas cuando hube reunido la suma tan codiciada, cuando a mi pobre morada volvía de gozo henchido. no sé qué funesto mal. triunfando de mi despecho, me arrojó insensible al lecho piadoso de un hospital. La muerte acabar no pudo mis días, que lo sentí,

porque en la calle me vi enfermo, loco y desnudo. Compasivo y generoso me acogió el marqués.

MARQUÉS. PEDRO.

¡Eh! Al hecho.

Pero hoy batalla mi pecho con dolor más angustioso.

(Con angustia creciente).

Está la quinta cercana, y mi hijo, sin redimirle, sin poder ni aun bendecirle, irá a la guerra mañana. Piedad para el pobre padre, que no sin razón me aflijo! Me va a despreciar mi hijo! ii Me va a maldecir su madre!!

¡No llore usted, voto a san! (Con entusiasmo). EDHARDO.

Iremos los dos volando.

¿Cómo has de ir ?... MARQUÉS.

¿ Que cómo? Andando, EDHARDO.

que así muchos pobres van.

¡Si yo... no puedo! PEDBO.

Eso atrasa EDHARDO.

la llegada, lo convengo; mas joven soy, hombros tengo

para llevarle a su casa.

Adiós mi esperanza incierta. PEDRO. ¿Y por qué tan rudo afán? EDUARDO.

¿Qué ha de faltarnos? ¿El pan?

Se pide de puerta en puerta.

Pero mi hijo... PEDRO.

Eduardo. Ya en esto

he pensado y di en la maña: ¿a qué voy yo a la montaña si no es a ocupar su puesto?

Pedro. Oh! Es un angel!

Eduardo. ¡Qué injusticia!

Si lo hago por egoismo... Diciendo estaba ahora mismo que es mi encanto la milicia.

MARQUÉS (a Cecilia). Me llena de admiración

CECILIA. Poco a mi me satisfacen sus fuerzas.

Eduardo. Las fuerzas nacen,

señora, del corazón. Vamos, pues

Marqués. Justo es que esperes,

que ayudar tu empresa quiero. Aunque es tan malo el dinero,

tuyo es esto si lo quieres. (Le ofrece un bolsillo).

EDUARDO. ¡Ah! sí. Toma, feliz padre.

(Toma el dinero y lo da a Pedro con gozo extraordinario).

Pedro. ¡Cómo pagar!...

Eduardo. Nada exijo:

ve a compartir con tu hijo los abrazos de su madre.

PEDRO. Gracias! (Con efusión).

Eduardo. Cuán poco me cuesta

su dicha!

Marqués. ¿Y qué? ¿Será sola?

Eduardo. No, soy feliz.

MARQUÉS (conmovido). ¡Hola, hola!

Eduardo. Marqués. Es verdad. Perdí la apuesta. Pues bien, arrogante niño, te impongo por condición...

Eduardo. Marqués. ¿Cuál? Que en ese corazón

me guardes filial cariño.

Eduardo.

Tu padre seré.

Marqués. Eduardo. Marqués.

¡Señor!

Calla, si ahora mismo lo has dicho; por egoísmo tu porvenir fijaré, que adormecida al arrullo de tu amor el alma mía, por ti sentirá algún día

santo y legitimo orgullo.

EDUARDO

(al público).

Es breve y sencillo el arte que os enseño; en conclusión, teniendo buen corazón se aprende en cualquiera parte.

José Hernández y González.





LA HERENCIA DEL EMIGRADO

COMEDIA EN UN ACTO

(PARA LA SEÑOBITA MARÍA CECILIA ROCA)

Personajes:

La Srta. Leontina, Maestra de Escuela. Elisa Bullanga.
Luisita.
Pepita, hermana de Elisa.
Elena, hermana de Luisita.
Rosalía, hija del alcalde del pueblo.
Anita, pupila de la Srta. Leontina.
María.
Teresa.

ACTO ÚNICO

El teatro representa una vista de campo, a la derecha la puerta de la Escuela y a la izquierda un banco, si es posible al pié de un árbol.

ESCENA PRIMERA

Las niñas juegan cantando en coro y saltando — Elisa, Anita y Teresa

Elisa. Basta ya, no juego más.

Anita. Siempre tú enredas el juego.

Teresa. ¡Juega un poco más, Elisa!

ELISA. Te he dicho ya, que no quiero.

TERESA. Si.

ELISA. ¡Digo, que no!

Anita. ¡Déjala sola!...

Elisa. ¡La gansa!

ANITA. ¡Don Monumento! (Se van las niñas).

Elisa Con tu facha de navio.

Si vieras qué miedo tengo.

Anita. Vas a ver si no te largas

y si la paciencia pierdo, ¡te acomodo un escobazo

hecho de encargo!...

ELISA. ¡Echeem!! qué miedo.

Anita. Conque te burlas, aguarda.

Elisa. Sal pronto, que aqui te espero.

Anita. Ya vas a ver, majadera.

ELISA. Corre Anita, que te espero.

ESCENA II

LEONTINA, por la izquierda, vestida de calle, como viniendo de misa.

LEONTINA. ¿ Qué es esto ? ¿ A qué estos gritos ?

¿ Eres tú, Elisa?

ELISA. Yo! Ella... me dijo tonta.

Anita. Me dijo pava y navio.

ELISA. Y majadera...

LEONTINA. Callen las dos; que ya he dicho que las niñas educadas ni gritan, ni se pelean

por una simple palabra.

Que no suceda otra vez. Tú, adentro, y usted a su casa pues si no anda muy lista la puerta hallará cerrada. (Entra en la Escuela).

ELISA. ¡ Mire usted que mala nueva!!!
ANITA. Me pagarás la pasada.

¡Si te alcanzo!

ELISA. | Si te alcanzo! (Se va riendo).

LEONTINA. Adentro, Anita.

ANITA. ¡Pavana!

ESCENA III

Luisita, por la izquierda. Con libros para ir a la escuela, leyendo.

Luisita. Sumar, es reunir en una, dos, tres o más cantidades llamadas sumandos. Debe al resultado llamarse suma. Por signo una cruz, que para no equivocarla con la de multiplicar debe ser recta. No en balde me costó. Mas la sé bien, y no he de equivocarme. Es temprano, me siento un ratito y le doy otro repaso. Más vale estar segura... Sumar es reunir las cantidades...

ESCENA IV

LUISITA y ELISA

ELISA. ¡Hola, madama Luisita! ; estamos ya murmurando?

Luisita. No, que aprendo la lección y tengo un trozo muy largo.

¿La sabes, tú?

ELISA. ¿Yo?; ni jota! Ni siquiera la he mirado.

Luisira. Así no vas a salir

de la cartilla...

ELISA. ¡Qué daño!

Mira, que voy a la Escuela
hace cerca de dos años
y ya casi me la sé.

Luisita. Qué talento!

Y dime: ¿ no te has cansado?
En tres años, mira tú
todo lo que yo he pasado.
La Guía de la mujer,
hago cuentas de quebrados,
y sé hacer en el pizarrón
triángulos y cuadrados,
y sé coser, y escribir
con perfección al dictado.
Hago análisis. Compongo
sobre un asunto fijado.
Sé la historia nacional,

y esta semana he pasado al mapa de...

ELISA. ¡Calla! ¡calla!

¡Que ni un loro paraguayo charla tanto! Tengo llena la cabeza de cuadrados, de historia, de pizarrones, de libros y de quebrados...

Luisita. ¡Búrlate! mas tú...; qué sabes? ¡Yo! Jugar a las escondidas, al gallo ciego y al marro; al trompo y al gran bonete,

al barrilete y al aro... Y nada más... ¿No es bastante?

Luisita. Sí, sí, no es mal adelanto, y di ¿no te da vergüenza estar perdiendo los años

sin aprender?

ELISA. ; Eh! No tal.

La vergüenza la he dejado encerrada en un cajón.

Luisita. Si, que no se te pierda. Elisa. ¡Claro!

ESCENA V

DICHAS y ROSALÍA

Rosalía. ¡Oh! ¿ Qué es esto, señoritas,

estamos ya peleando?

Elisa. Esta zonsa de Luisita,

que me estaba predicando porque no aprendo.

Rosalía. Qué hemos de hacer.

No todos nacemos sabios.

Elia que lo es, estudia.

Luisita. ¡Vamos, empieza! Burlaos.

Rosalía. ¡Burlarme yo! ¡Dios me libre

de cometer tal pecado!
¡Burlarme yo de una niña,
que con los ojos pegados
todo el día sobre el libro
es un portento; es un pasmo

de saber!

Elisa. ; Ja, ja, ja!!

Luisita. ¿Queréis callar? siempre estáis juganporque no me queréis: [do así

> ¡Sabriais lo que yo sé si quisierais estudiarlo!

Rosalía. ¡Ah, no, hijita! eso no,

porque el Señor no me ha dado el talento que te dió, además, pronto me canso. Tengo la cabeza débil, y tantos asuntos...; Vamos!! que no puedo estudiar!

Mira tú, esta tarde salgo. Sí, estás hecha un figurín.

ELISA. Sí, estás hecha un figura Bosalía. ¡ Ave Maria, no tanto!

Pero está bien, ¿no es verdad?

ELISA. Si, te cae, que ni pintado.

ROSALÍA.

Me queda muy elegante ¡Sobre todo, caminando!!

ELISA. BOSALÍA.

Y di, a qué santo es la fiesta. Ya verás, vino temprano el hermano de mamita junto con mi primo Carlos. ¡Ah! si vieras cuán elegante: usa ya pantalón largo, el cuello a lo militar, y el jaquet muy extremado. Y, para que no se crea, que en las aldeas estamos respecto a modas, sumidas en el más terrible atraso, me he vestido a la higf-life. Pues a fe, que lo has logrado.

ELISA ROSALÍA. ELISA.

¡Jesús, es tarde! ¿Te quedas? Si, voy a correr un rato, y después me voy a casa. Adiós, pues, y divertirse. Ah, si, no pierdas cuidado!

ROSALÍA.

Luisita, estudia muy bien tus verbos y tus cuadrados. (Se va).

LIUSITA

¡Ah! ya me voy a la Escuela, ya todo lo he preparado.

ELISA.

A que no vas al Colegio sin mi permiso.

LUISITA. ELISA

¡Ay, el amo! A qué apuestas que no vas.

¡A que si!

Que no!

LUISITA.

ELISA.

Luisita. ¡A qué paso!

Elisa. ¡Prueba, si puedes!

Luisita. ¡Allá, voy!

ELISA. ; Pues, toma! (Arrebatándole los libros).

Luisita. ¡Ay! ¡dame los libros!

ELISA. Si quiero.

¡Ahora te has embromado!

Luisita. ¡Dame los libros, Elisa! Elisa. ¡Luisita, ven a buscarlos!

Luisita. ¡El otro día por ti

toda la tarde he llorado!

ELISA. Se te llagarán los ojos si vuelves a llorar tanto.

Luisita. ¡Dame los libros, Elisa!

ELISA. ¡Luisita, ven a buscarlos! (Se van las dos corriendo por el fondo).

ESCENA VI

ANITA y TERESA — ANITA sale tocando la campana

Anita. ¡Hola, todas a la Escuela!

Se han ido todas, ¿no ves?

¡Voy a cerrar!

Teresa. Aguarda un poco,

y no te exaltes, mujer.

¡Quizá se habrán retardado! que bien puede suceder...

ANITA. Si tuvieran más cabeza!...

Teresa. ¡Qué intolerante has de ser!

¿Nunca a ti te ha sucedido

entretenerte?...

ANITA. TERESA. Nunca; ni una sola vez. Así será, ¡eres perfecta! Todos no lo pueden ser. ¿Me queréis armar camorra? ¡Libreme Dios!

ANITA.
TERESA.
ANITA.

Pues, deja hacer. Todas saben que es la hora de cerrar; dieron las diez, las que venir no han querido muy bien sabrán el porqué, yo cierro; y si alguna viene que se vuelva y a más ver.

ESCENA VII

PEPITA y ELENA

PEPITA.

Digo a usted que estoy ansiosa, y no sé lo que me pasa; hace cerca de dos horas que Elisa salió de casa, y no ha vuelto.

ELENA.

¡Quién sabe

está en la Escuela!

PEPITA.

No espero nada

de bueno. Digo a usted, que criatura más mala no se ve en el universo. ¡Si me revuelve la casa, si todo me lo hace trizas! Es traviesa, cosa clara;

ELENA.

todos los niños lo son poco más o menos!

PEPITA.

Ya pasa

Elisa de la medida. En fin, veamos si acaso ha tenido la humorada de ir a la Escuela.

ANITA

(dentro). ¿ Quién llama?

PEPITA. La niña Elisa Bullanga ?
ANITA. No ha venido esta mañana.

PEPITA.

¿Que no está?

ANITA.

No, señorita, se ha ido a la barranca

con Luisita.

ELENA.

¡ Ay Dios mío! ¡ Yo no sé lo que me pasa! ¡ Yo estoy muerta!

PEPITA. ELENA.

Yo lo mismo.

¡Qué disgusto, Virgen Santa! Luisita irse a jugar. Eso no me lo esperaba. Vamos a buscarlas.

PEPITA.

Vamos. No suceda una desgracia.

ESCENA VIII

ANITA, sola.

ANITA.

¡Mire usted la señorita! La que siempre estudiaba. Tamhién sabe la santita disparar por la barranca. ¡No le darán mal paseo lo que se acerque a su casa! (Entra).

ESCENA IX

ELISA y LUISITA

Luisita. Elisa.

Luisita.

Luisita. Elisa.

Dame los libros, Elisa! Luisita, ven a buscarlos. Corre un poco, mosca muerta. ¿ Que no ves que no te alcanzo? Vamos, tómalos, ya veo, que no puedes recobrarlos. Todos los has descompuesto. Componlos y asunto pago. así podré convencerme de que eres hábil. Vamos, ¿ qué será esto? Un papel. Miren si sería pavo, el tío que lo enterró. ¿ Quién será el que habrá inventado sólidos, mapas y letras? De cierto, algún pajarraco que no sabría qué hacer para echárselas de sabio. Esto será algún problema o análisis, asuntos muy embromados y a fe que en mi cabezuela no entran los muy taimados. (Tira el papel) ¡Eh, a volar!

Luisita. Ya

Ya está, vamos a la Escuela.

ELISA. ¿A la Escuela, dices? ¡Cuándo!

Lo menos hace dos siglos que ya la puerta cerraron.

Luisita. Ves, por ti, ya ves, Elisa,

todo lo que está pasando.

ELISA. 6 Sermoneas otra vez?

Pues aguárdame otro rato.

ESCENA X

Luisita — María — Anita

Luisita. Déjame entrar.

Anita. No quiero.

María. ¡Déjala entrar, pobrecita!
Anita. He dicho que no, y no abro.
Luisita. !Ay; qué dirá mi mamita.

Maria. No llores, tonta

Luisita. Lo malo

es que yo no tengo la culpa, si tú quisieras dejarme...

María. Mira, Luisita, no puedo,

y por eso no te abro. Pero no creas por esto que mi corazón es malo. Si vieras, tengo un pesar

viendo que lloras...

Luisita. Ya callo

si esto te aflige.

MARÍA.

Pero, verás,

Luisita. María. todo tiene arreglo.

Calla, mujer, que también tú te ahogas en un charco. Veré a la Señorita, ya sabes cuánto te quiere. Le cuento el lance que te ha pasado, te perdona, y fin del cuento; queda el asunto zanjado. ¡Ay, María, si pudieras!

Luisita. María.

Aguarda un roto.

ESCENA XI

Luisita y María

Luisita.

¡Ah, si me llega a perdonar la Señorita Leontina, juro que no me detengo jamás en toda mi vida! ¿Será mío este papel? Qué leo yo, ¡madre mía!, "Por liberal, perseguido, "y no teniendo família, "he de abandonar mi patria "si quiero salvar la vida. "Dejo un millón enterrado "junto a la cruz de la ermita. "Si pasados cincuenta años

"después de ser ésta escrita
"alguien encuentra el tesoro,
"de testamento le sirve
"esta carta. A él heredero
"le dejo, pues ya mi vida
"se habrá extinguido. — Firmado
"por Diego Castro y Garcia."
No ves, tonta, ya se viene.
Maria, mi buena amiga,

María. Luisita. No ves, tonta, ya se viene Maria, mi buena amiga, lee este papel y entérate de mi suerte.

MARÍA.

¡Ay cuánta dicha! ¡Si vieras cómo me alegro, tú también, vas a ser rica!

LUISITA.

¡Ay, Dios, y siendo tan pobres... Cómo estará de contenta

mi mamita...

MARÍA.

¿Ves? Dios a nadie abandona, cuando en su bondad se fía.

ESCENA FINAL

TODOS

ELISA.
ANITA.
ELISA.

¿Todavia estás llorando? Ya viene este marimacho. Mire usted, doña Flacucha, es más escueta que un gato.

LEONTINA.

¿Otra vez oigo alegatos? ¿Qué es lo que sucede, niñas?

ELISA.

Ella...

(Yo ...

LEONTINA. Basta. Lo de siempre.

¿ No he de lograr en la vida

que átomo de juicio tengan las dos?

Elisa. ¡Qué paliza!

Luisita. Acércate tú, Luisita. Luisita. Si usted supiera

mi aventura, Señorita...

No tengo culpa.

LEONTINA. ¡Pues cómo!

Según dice su hermanita salió de casa temprano...

Luisita. Es cierto, pero...

Pepita. Aquí está Luisita!

ELENA. Al fin, qué rato he tenido de malestar. Dime, niña, ¿dónde te habías metido? Dispense usted, Señorita,

venia tan afectada...

LEONTINA. Eso se comprende, hija. Pepita. Y tú en llegando a casa...

Elisa. Me arriman una paliza

de primera calidad.

Leontina. Le preguntaba a Luisita

ELENA.

el por qué de su retraso. Por qué. ¡Vamos, dilo, niña!

Se está poniendo más mala...

Elisa. No, señor. La culpa es mía.

Ella venía a la Escuela y yo le agarré los libros

y la entretuve.

LEONTINA.

Elisa,

asi me gusta que seas.

Bueno es que sepan las niñas que borra casi la falta

la verdad.

Luísita. ¡No te decia!

LEONTINA. Bueno: ahora a la Escuela todos.

María. ¿No sabe usted, Señorita,

lo que se encontró Luisita?

LEONTINA. No.

Maria. ¡Un tesoro!

PEP. y ELENA. Un tesoro!

Maria. Lea usted.

LEONTINA. Cierto es, querida.

Fué escrita en el año diez, según esta fecha indica, estamos en el setenta,

el plazo pasó ya.

Luisita. ¡Que dicha!!

Elisa. ¿Y cómo te lo encontraste? Luisita. Lo lei en este papel

que aquí encontré.

ELISITA. ; Suerte mia!

El papel lo arrojé yo porque leer no sabía.

LEONTINA. ¡Hola! esto que te pasa

es que el cielo te castiga. ¡Si tú hubieras estudiado!...

ELISA. Si no puedo, Señorita;

si mi cabeza es más dura que la pared de la ermita! LEONTINA.

No, hijita, y aunque así fuera, ove una historia sencilla, y sabrás tú cuánto alcanza la voluntud decidida. Allá en los antiguos tiempos vivió en la noble Sevilla un anciano de alto nombre y de raza esclarecida. El tal tenía dos hijos en quienes cifró sus dichas y era su afán, hacer de ambos dos glorias de su familia. El menor (según la historia relata), cual tú, decía: Yo no puedo estudiar, la contracción me aniquila. pues por más que vo me esfuerzo no aprendo. El buen padre, bondadoso, con mucha calma le oia y a sus quejas y razones de este modo respondía: Logra el hombre lo que quiere. El que sigue con constancia el camino de la ciencia. el premio hallará!, decía. No conformándose el niño, huir lejos determina, pone por obra su idea al ver que la aurora brilla. Anduvo solo y errante, y al venir la noche fria,

desalentado y lloroso a una fuente se avecina. Alli se sienta, y contrito sobre su suerte medita. Un pastor que le observaba averigua su desdicha, y dice: Con constancia y entereza no hay nada que no consiga el hombre: mire esta piedra. En el albor de la vida era lisa cual mi mano. mas esa gota perdida, que va cayendo sobre ella, esa gota tan mezquina vea usted que inmensa cava labró en ella. El niño, fija la vista sobre la piedra, y al ver que el pastor decia lo que su padre, resuelto exclama: Volvámonos a Sevilla y pues taladra una roca una gota cristalina, también a fuerza de estudio el lauro ganaré un día. Y ese niño que lloraba porque aprender no podía llegó a ser ¡San Isidoro! Arzobispo de Sevilla. Mire usted, si vo fuera santa, todo también lo sabría. Estudia: que sin ser santa tu ambición verás cumplida.

ELISA.

LEONTINA.

Luisita. Puesto que el papel hallaste las dos, cual buenas amigas, nos repartimos los bienes

que próvido Dios me envía.

LEONTINA. Así os quiero ver.

Es grande, tu alma, Luisita. (La besa).

Y tú, págale estudiando tan noble acción.

Elisa. En seguida.

¡Voyme corriendo a la Escuela

y no falto un solo día!

LEONTINA. Y si hubiera alguna niña que al estudiar se fastidie, tome ejemplo de esta historia

y a solas después medite.

FIN

José María Aubín.





ESPERAR HACIENDO BIEN

ACTO ÚNICO

ESCENA PRIMERA

MARÍA Y ELENA (las dos cosiendo muy atareadas).

María (dejando la labor). No acabamos la labor; ¿Por qué cansarnos, Elena?
Mañana será otro día,
Por hoy resignarse es fuerza;
Son las cinco, la luz falta,
Y lo peor que aun quedan
Muchas puntadas que dar,
Pues no es floja la tarea.
Además, ¿por qué esforzarnos?
Van a cerrarse las tiendas,
Y dentro de un par de horas
Será imposible la entrega.

Mejor es cenar temprano, Dormir hasta que amanezca Y proseguir descansadas Mañana con nuestra empresa. Saldrá mejor el bordado Y nosotras, satisfechas, Podremos ir por la tarde A cobrar. ¿No me contestas?

ELENA (dejando la labor). Sí, madre, dejo el trabajo; Tiene usted razón, mas veo, Que ni mañana concluímos; Además, mañana es fiesta.

María. Es verdad.

ELENA. No; no me apura
Trabajar aunque lo sea;
Pero lo digo, porque,
No estará la tienda abierta,
Y no podremos llevar
Nuestra labor.

María.

¡ Qué cabeza
La mia! No me acordaba.
Sé bien que hoy es Nochebuena,
Pero como hoy los comercios
Sólo a la noche se cierran,
No he caído en que mañana,
Que es Navidad, hacen fiesta
Todo el día. Resignémonos
Con que a la dicha de todos
No se una a la dicha nuestra.
¡ Bah! Otros aun menos felices,
Lo pasarán. Nuestra cena

Es bien pobre, como siempre. Cuántos, ay, la quisieran! (Queda pensativa). ELENA. ¡Ya lo creo! Hay tantos pobres,

Que, aun dentro de su pobreza, En clases y en jerarquías Dividírselos pudiera; Yo me acuerdo en estas noches, En que azota las vidrieras El viento, y viste la nieve De blanco la callejuela, De los miseros soldados Que se acuestan, si se acuestan, Sobre esa manta de hielo Oue por blanca les recuerda El lecho que allá su madre En la descuidada aldea Les tendría preparado Si a su regazo volvieran; Yo me acuerdo, madre mía, En las noches como ésta, Del marino, que en silencio Contra los vientos navega, Y ve, triste, dibujarse Sobre la extensión inmensa V medrosa de unas aguas, A que el cielo la luz niega, Lleno de espantables nubes Oue obscurecen las estrellas, Un hogar donde le lloran Los que quizá no le esperan; Yo me acuerdo hasta del pájaro, Oue busca en las ramas secas

El frágil nido que el viento Arrojó sobre la tierra, Y que, sepulto en la nieve, Guarda alli, avecillas tiernas Oue no alegrarán los campos Con sus sonoras endechas Ah, madre! somos felices, Yo lo soy, con que me quiera. Ouererte! ¿Tengo otra hija? MARÍA ¿Tengo otro afecto? (Transición). De hablar de cosas que al cabo Dan alimento a las penas. Mira, Elenita, me ocurre En este instante, una idea. Cuando se acabe el trabajo Pendiente, nada nos queda Por hacer. Voy a acercarme Al "Bazar de Ropas Hechas", Oue hay en la calle inmediata, Por si encargarme pudieran Alguna labor. Trae, pues, Mi mantilla. Estov de vuelta Pronto

ELENA.

Voy (Vase).

ESCENA II

María, después Elena

Maria. ¡Ay, pobre Elena! ¡Pobre niña! Me preocupa

Esa constante tristeza En que vive. No me agrada Verla preocupada y seria. ¿Dónde están las alegrías De tu edad? ¡Ay, pobre! Piensas, Niña, aun, como si el tiempo Te hubiera dado experiencia. Tus pensamientos son graves, Son juiciosas tus ideas, No ries como las niñas, Como las niñas, no juegas, Y las arrugas que faltan Al rostro viven cubiertas En un corazón sensible Que han agotado las penas. A los once años, yo, aun Jugaba con mis muñecas. No, no, no te quiero así, Te quiero niña. ¡Oh, miseria! Ensáñate con los grandes Y sus pecados condena: Pero los niños, ¿ qué han hecho Para que el rigor merezcan Y no alegren auras dulces Las horas de su inocencia? ¿ Qué crimen purgan los pobres? ¿Por qué, desigual, alientas Sus condiciones distintas Y, suerte triste, con fiera Impiedad sus corazones Con tu rigor envenenas?

Nubes cubren, hija mia, El cielo de tu existencia: Quiero que el sol de la dicha Te alumbre una vez siguiera, Y quiero que acariciándote Te alegre v rejuvenezca; Ouiero que broten las flores Que ha de dar la primavera; Ouiero despertar los sueños Dormidos en tu alma tierna. Animate, flor marchita, Corre, grita, ríe, loquea, Da a la edad lo que ella pide Y los que injustos le niegan Rigores de humanas leves · Aprobarán con torpeza Y que el Dios de las justicias Desde los cielos execra (pausa). Verá al dueño del comercio Y es posible que no quiera Desairarme y me anticipe Algunos duros a cuenta Del trabajo. (Nueva pausa).

Tendrás, hija,

Lo aseguro, Nochebuena, Tendrás, dulces, Nacimiento, Tendrás, como todos, fiesta, Y cuando esta noche escuches El sonar de panderetas Y el bullicio de las calles, Podrás tú también, risueña, Recordar que aun eres niña Y abrir a esperanzas muertas tu corazón.

ELENA (entrando y dando a su madre la mantilla).

He aqui el manto.

MARÍA (tomándolo). Dame. (Aparte).

Vaya una sorpresa

Que la voy a dar. ¡Pobre hija!

ELENA (besándola). Adiós, madre.

María (saliendo). Hasta la vuelta.

ESCENA III

ELENA

ELENA. ¡Qué vida más aburrida! ¡Qué haré? ¡Bah! Pondré la mesa.

(Va sacando y colocando en la mesa, según indica, el verso, mantel, platos, vasos, cubiertos, etc.

Ya está el mantel. Vengan los platos.

Falta agua. (Saca del armario una botella de agua). Aquí la botella.

(Asomándose a la ventana). Respiremos aire libre. (Pausa). (Como fijándose en algo que ocurre cerca).

Mas, ¡qué ha visto la portera En su cuarto inmediato Que, haciendo cruces e inquieta No se atreve a entrar en él. ¿No se aparta de su puerta?

(Como si hablase con la portera y sostuviese con ella un diálogo, de que no se oye más que lo que Elena dice).

¿ Qué pasa? ¿ qué es eso, diga?

¿Cómo ?... ¿ la vecina ?... ¡ Muerta !...
Avise usted a sus parientes...
¿ Qué no habrá nadie que atienda
La desgracia ?... ¿ No ?... ¡ Qué horror !...
¡ Sola en el mundo !... Y aquella
Niña que en su compañía
Vivía... ¿ Su hija ?... ¡ Qué pena !...
¿ Dónde está ?... ¿ Ahí ?... ¿ Dormida ?...
¡ Oh! que no despierte y vea
¡ Tal cuadro! Por Dios, aguarde. (Dirigiéndose a
la puerta).

Desde hoy, yo me encargo de ella. (Pausa; sale). (Vuelve con Esperanza, dormida en los brazos; besándola).

¡Duerme, si, pobre angelito!

(Levanta las cortinas de la puerta de la alcoba, y echa a la niña en su cama).

A mi cama. ¡ Qué tristeza! ¿ Merecerá que la apruebe la mía? Sí, que es muy buena. (Andando). Pero es tan pobre, que acaso Se disguste al ver la nueva Carga que la proporciono. (Pausa). (Con decisión). Todo será que me riña Un poco cuando lo sepa. Yo doblaré mi trabajo Sólo por satisfacerla Y porque así menos dura La obligación le parezca. (Tomando su labor) Desde ahora mismo es Preciso que hoy termine, aunque me duerma

(Se pone a bordar o a coser)

¡Que hasta las buenas acciones Deban los pobres temerlas!

ESCENA IV

ELENA y MARÍA, ésta entrando y sentándose desfallecida. Esperanza, dentro.

ELENA (se levanta y va acariciar a su madre). ¿ Qué te pasa, madre mía?

Maria. No te acuestes... la escalera...

ELENA. Otras veces la has subido...

María. Pues bien, sí, niña; me afecta Desgracia que nos alcanza, Aunque es la desgracia ajena.

Elena (aparte). Habrá sabido. (Alto) Ya sé Lo que así la desconsuela; La muerte de la vecina.

María. ¿ De qué vecina?

ELENA. De aquella
Joven rubia que habitaba
En ese cuarto de ahí cerca.

Maria. ¿Se ha muerto?

Elena. Sí, de repente. Y yo lo supe y...

(Maria, interrumpiéndola).

No es esa la desdicha que me abruma, Aunque la siento de veras. Es otra, aun mayor, es otra La que ahora me desespera. Con el ánimo, hija mia, De mirarte al fin contenta, Salí, engañándote, a ver · Si el principal de la tienda En que las dos trabajamos, De nuestra labor a cuenta Me quería adelantar Algo con que unas frioleras Comprase por regalarte En esta noche con ellas.

ELENA. ¡Pobre madre! ¿Y le han negado?...
MARÍA. No, el negárselo no fuera
Una desgracia. La peor es que hace
Una semana y media
Que el comercio se ha cerrado.
(Elena, con espanto) ¿Sí?

Si. (Pausa). Como en la quincena MARÍA. Anterior no hubo hasta el fin Para nosotras tarea, Y aun esa nos la enviaron. No hemos sabido las nuevas Que han ocurrido. Don Juan, El amo, que había ido a Viena A comprar no sé qué cosas, Murió allí. Su parentela, rica, con Este motivo, no quiere seguir la venta Y así, temiendo que en manos El comercio, de albaceas, en vez de Darles buenas ganancias, Pueda ocasionarles pérdidas, Sin cuidar, como es costumbre, De traspasarle siquiera, Cumpliendo con lo preciso Para liquidar sus cuentas,

Lo han cerrado. Darán luego En total las existencias A algún otro comerciante Que, buen precio, les ofrezca Y así la liquidación No habra de darles molestias. Esto me ha dicho un sobrino De don Juan. De la otra tienda Que hay al lado salía yo De enterarme de lo que era Causa principal del cierre, Cuando entraba por la puerta De su casa ese sobrino. (Como dando las señas del sobrino) Un joven algo veleta, siempre Alegre y muy bromista...

ELENA. Uno, muy joven, que era Elegantón y estudiaba Para... no sé... (Como queriendo recordar).

María. Sí, sus señas
Son las mismas. Bien, pues, ese
Me ha dado estas referencias.
Pagarán, es claro, a todos.
No iba solo, y por vergüenza
No me he atrevido a pedirle
El adelanto.

ELENA. ¡Paciencia!

MARÍA. La ocasión no era oportuna;

Además, la triste nueva

Me ha quitado hasta el aliento,

Pues ya ves, en esa tienda

Trabajaba hace seis años.
¿Dónde iremos que nos quieran,
Que nos conozcan y guarden,
Porque quiénes somos sepan,
Como aquí, todo el respeto
Y todas las preferencias
Con que al cabo nos trataban?
¡Tal golpe me desconsuela!

ELENA. ¡ Qué ocasión! ¿ Cómo le digo?... ¿ Quién vence sino se arriesga? (Alto). ¿ Pero no te acuerdas, madre, De la vecina? ¡ Qué buena parecía!

María. Sí, y era joven.

ELENA. Sí, joven y sola. Hoy muerta
La halló hace poco al entrar
En su cuarto la portera.
Junto a su cama, en la cuna,
Sin presumir que tan cerca
Estaba de ella la muerta,
Dormía un ángel.

María. ¡Qué escena!

ELENA. La niña aquella tan mona

Que sabes.

María. ¡Ay sí! ¿y qué es de ella?
Si no fuéramos tan pobres
Con gusto la recogiera, pero...

Elena. Yo creyendo que así lo harías...

María. ¿ Qué, Elena! (Esperanza, dentro llamando). ; Mamá, mamá!

ELENA. Ella por mi te responde.

María. Bien, pues sea.

Goza de tu obra bendita La satisfacción completa. (Esperanza, como antes). ¡ Mamá!... (Elena sacando a escena a Esperanza y mostrándola a Maria)

Ya tienes otra hija.

María. ¡Tú contenta!, hija, me alegro.

ELENA. La suerte cuide de todos.

María. En hora bendita venga.

ESCENA ÚLTIMA

DICHAS, y ESPERANZA

ESPER. ¿ Y mi mamá dónde está? ¿ Y por qué me han traido aquí?

ELENA. Tu mamá ha salido.

ESPER. ¿Si?¿Y vendrá pronto?

ELENA. Vendrá

María. Pero, aunque tarde, hija Mía. No llores, si se retrasa. Porque esta casa es tu casa.

Esper. ¿Mi casa? Si yo vivia En otra.

María. Sí, pero ahora vivirás, Como te digo, a todas horas Conmigo. ¿Serás buena?

ESPER. Si, señora. (Se oye la campanilla de la puerta).

(Maria a Elena). ¿Quién será? Vé, que han llamado.

(Elena dentro). ¿Para mí? ¡Madre! ¡Oh, portento!

(Entrando con un Nacimiento y una carta).

(Da la carta a su madre). ¡Un Nacimiento!

(Da la carta a su madre). ¡Un Nacimiento!
(Lo coloca sobre la mesa).
(Esperanza, por el Nacimiento). ¡Qué bien! (Con alegria).

María. Vendrá equivocado

(Examinando la carta y leyendo el sobre).

Doña María Sangrice.

El sobre viene bien puesto.

(Rompe el sobre, y caen de él billetes de Banco. Sorprendida)

¡Dinero! Pero, ¿qué es esto?

Vamos a ver lo que dice.

(Lee primero para si; luego en alta voz. Mientras Maria lee, Elena juega con el Nacimiento y enciende las lucecillas que tiene. Esperanza mira encantada. María, leyendo).

"Como iba acompañado, cuando he tenido el gusto de verla, no he podido entrar en explicaciones". (Como si saltara algunas lineas).

"En el testamento de don Juan, mi tío, se establecen entre otros muchos, seis legados de cinco mil duros cada uno, para las seis obreras que trabajaban para la casa desde hace más de tres años.

"Usted es una de ellas. Me complazco en participárselo para que se presente, en la Notaria que indico aparte y con el certificado que la acompaño, a cobrar lo que le corresponde.

"Cuando me ha dejado usted esta tarde, he comprendido que había usted querido ver a mi tío, para que la sacase de algún apuro del momento, y como luego la he vísto pararse frente al escaparate de la jugueteria más próxima, he recordado en que estamos en Navidad y seguramente su deseo.

"Ahí van algunos billetes en calidad de anticipo. Usted me los devolverá cuando cobre. El Nacimiento, es regalo que le hago a usted para su Elenita". (Dejando de leer. A Elena.)

Premio es a tu buena acción, Tan feliz casualidad.

Elena. ¡Ah! Del tuyo su bondad Heredó mi corazón. Aún cumplida de este modo No queda tu virtud tan cierta.

Maria. ¿Falta?

Elena. Enterrar a la muerta.

María. Pues yo me encargo de todo.

(Esperanza, señalando el Nacimiento). ¿Juego?

ELENA. Si, y con alegría, pues nuestra dicha te alcanza.

María. ¿Cómo te llamas?

Esper. Esperanza.

María. Bonito nombre, hija
Mia. No lo mires con desdén,
Que nadie habrá que se alabe
De dichoso si no sabe
Esperar, haciendo bien.

F. P. Y ARZUAGA.





UNA LECCIÓN SIN MAESTRO

CUADRITO DRAMÁTICO

Actores:

JULIO VARIOS NIÑOS) que no hablan UN CRIADO

Gabinete de estudio en un colegio. En el centro, una mesa, y encima papeles y una esfera armilar. En la pared, pizarras y mapas geográficos. Puertas al fondo y a la derecha.

ESCENA ÚNICA

JULIO (acostado en un sofá).

¡ Que vida tan descansada! Estoy sufriendo un castigo por holgazán, y yo digo: lo mejor, es no hacer nada. ¡ Estudiar! ¡ Qué tonteria! ¿ Para qué sirve el saber? El descanso es un placer: no hay vida como la mía. (Se sienta). El empeño no me explico de hacerme sabio y doctor. Pues qué, ¿ignora el profesor que tengo un padre muy rico? Es claro. Estudiar no quiero? me han dicho que siempre abiertas encuentra el hombre las puertas si tiene mucho dinero.

(Se levanta y examina los mapas).

Vamos a ver. Aquí está
Europa; ¡plano enredado!
África se halla a su lado,
y América más allá.
¿Estudiar? ¡Qué desatino!
No tuve el mapa en la mana
y fuí a Biarritz en verano,
sin conocer el camino.
La verdad salta a la vista.
Voy en coche a la estación
y me meto en un vagón...
Yo no he de ser maquinista.
(Se acerca a la mesa y, riendose, da vuelta a la esfera).

El Sol da luz al planeta...

Dicen que la Tierra gira...

Eso debe ser mentira,
pues siempre la he visto quieta.

Las matemáticas son
un embrollo. Es muy sencillo:
¿ hallo un duro en el bolsillo
si resuelvo una ecuación?
¡ Pues el latín!...; Virgen Santa,
en mi socorro acudid!

Ouis vel qui, quæ, quod, vel quid ... ¡Esto araña la garganta! Oué capricho estrafalario! Leer, contar, escribir... ¿Para qué me ha de servir en teniendo un secretario? Por no guerer estudiar me encuentro agui castigado: el profesor me ha encerrado... Mi padre se va a enojar. No importa. En ese salón (señala a la derecha), según me dijo don Juan, ahora repartiendo están premios a la aplicación. ¡Qué tontos! Van a lucir con orgullo su medalla... (Riendo). ¡Han ganado una batalla! ¡Cómo me voy a reir!

(Se recuesta en el sofá. Se oye algazara a la derecha; ábrese la puerta y salen muy contentos varios niños, enseñándose sus libros de premio y luciendo medallas en el pecho. Al ver a Julio, le señalan con el dedo, haciendole burla, y se van por el fondo. Julio se levanta incomodado).

Cómo es eso! ¡Qué insolentes! ¡Se están burlando de mí! ¡Vamos, a que voy allí y rompo a alguno los dientes!... Ahi va Cosme. ¡Qué altanero! Me miró con un desdén... Tiene orgullo... Y hace bien (con sarcasmo); ¡es el número primero! Estudia, y se le respeta

cual si fuera un potentado; v es hijo de un empleado que no tiene una peseta. Le tratan bien, y a mi mal; le recomendó el alcalde, y aquí le enseñan de balde; v vo pago un dineral. (Se queda pensativo). Al disipar el fruto de sus afanes, papá con razón me llamará torpe y holgazán y bruto. Bruto! La palabra es fuerte... Y me tengo que callar... ¿ Quién me manda no estudiar? Oh! ¡Reniego de mi suerte! (Agitado, se pasea por la sala). Con sus medallas, ; qué ufanos van todos mis compañeros!

van todos mis compañeros!
¡Con qué ademanes más fieros
me hicieron burla!; Villanos!
(Moviendo la cabeza con rabia).

Como ellos no han sido malos, en sus casas entrarán, y sus padres les darán muchos besos y regalos. Al saber que estuve preso, que voy sin premio, mi padre fruncirá el ceño, y mi madre no me querrá dar un beso. (Conmovido). ¡ No, no! Esto no puede ser, Sin premio a casa no voy;

a todo dispuesto estoy...
papá no lo ha de saber.

(Abre el cajón de la mesa y saca una medalla).
En este cajón están
las medallas; me apodero
de una, pues lucirla quiero...

(Se la coloca en el oial).

¡Si lo supiera don Juan!

(Se pasea contoneándose).

¡ Qué ufano estoy!... Con razón de mí se pueden burlar... ¡ Qué orgullo debe inspirar el premio a la aplicación!

(Se asoma un criado, hace una seña y se retira; Julio esconde la medalla con las manos).

Viene a buscarme el criado... ¿Habrá visto?... No: se fué... La medalla no gané y dirán que la he robado.

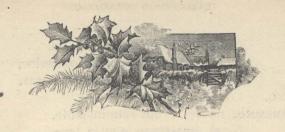
(Asustado, se quita la medalla y la echa en el cajón).

¡Jesús! ¡Qué horror!... Tengo miedo;
No sé lo que el alma siente!
¡Me parece que la gente
me señala con el dedo!
Me esperan... el tiempo pasa...
No hay remedio... Castigado,
sin un premio y humillado,
¡, cómo he de volver a casa ? (Llora).
¡Oh, qué terrible lección
la burla de Cosme encierra!... (Se arrodilla).

Con las rodillas en tierra papá me dará el perdón. (Se levanta decidido). ¡Yo quiero estudiar, si, si!
Con el rubor nacer siento el noble arrepentimiento;
No se burlarán de mí.
Mi propósito es sincero; el hombre a todo se aviene...
¡ Vamos! ¡El año que viene seré el número primero! (Al público).
Aprended esta lección que tan cara me ha costado.
¡ Feliz aquel que ha ganado el premio a la aplicación!

TEODORO GUERRERO.





PENSAMIENTOS NOCTURNOS

EL SERENO EN LA CALLE Y EL ANCIANO EN SU ALCOBA

SERENO. EL ANCIANO.

¡Las diez en punto y sereno! ¡Las diez! De veras es ya hora de ir al lecho. Que duerman felizmente los que gozan una conciencia tranquila. ¡Las once!

SERENO.
EL ANCIANO.

Los que prolongan su velada en el taller o del libro ante las hojas, entréguense ya al descanso y en el sueño se renongan

entréguense ya al descanso y en el sueño se repongan de su fatiga. ¡Que Dios el sueño os dé en paz dichosa! ¡Las doce han dado!

SERENO. EL ANCIANO.

A vosotros

los que en estas nocturnas sombras despertáis la amarga pena teniendo en el alma toda, que Dios os dé los consuelos, que Dios os dé buenas horas. ¡La una!

SERENO. EL ANCIANO.

En este instante, si arrastrado por la tentación del mal espíritu, algún malhechor se engolfa en los senderos del crimen (plegue a Dios que sea sola sospecha mía), desista del mal, y en su hogar se esconda ¡Desgraciado! ¡El Juez Supremo te ha visto, y tiembla a su cólera. ¡Las dos!

SERENO. EL ANCIANO.

Y tú que advertiste que el sueño ya te abandona, y así te levantas, presa de la inquietud fatigosa el alma, ¿ por qué alarmarte de ese modo a tu congoja? ¿ Por ti no vela el Eterno con mirada cariñosa? ¡ Las tres!

SERENO. EL ANCIANO.

A las puertas llama del cielo la dulce aurora. ¡Vosotros, pues, los que en breve la nueva jornada hermosa veréis esplender, a Dios suba al punto el suave aroma de vuestra santa plegaria, y buen ánimo! Ya es hora de que emprendáis el trabajo. Volved a él, porque os honra.

HEBEL.





LAS TRES PALABRAS DE FE

Apenas en el mundo penetramos Tres palabras nos dicta el corazón; Tres palabras de fe, que murmuramos Sin conocer acaso su intención; Cualquiera de las tres que el hombre olvida, Amarga los instantes de su vida.

Dios creó libre el alma, y serlo debe, Aunque en la esclavitud fuera engendrada; No os dejéis engañar por esa plebe Que afirma o niega, loca o degradada. Temblad ante el esclavo cuando vibre La ira en él; pero no ante el hombre libre.

No es nombre vano la virtud: el hombre Debe rendirla culto en su camino, Aunque haya riesgo en confesar su nombre, Pues ella le conduce a lo divino. La infantil sencillez hace evidente, A veces, lo que el sabio no presiente. Hay un Dios, voluntad inquebrantable, Más que la voluntad que al hombre ha dado; Su espíritu se mece en lo insondable Y crea y purifica lo creado. Cuando el mundo perezca, inerte y frío, Dios con su nombre llenará el vacío.

Propagad estas tres palabras bellas, Puesto que conocéis ya su sentido; Para eso el corazón os habla de ellas Apenas a la luz habéis nacido. Quien crea que del hombre el sino rigen, No degenerará de su alto origen.

SCHILLER.





LOS DESENGAÑOS DEL MUNDO

La Madre. ¡Hijo querido del alma!

EL HIJO. ¡Madre del alma querida!

La Madre. ¡Vuelves al pecho la calma!

El Hijo. ¡Tú al corazón das la vida! La Madre. ¡Vienes triste, acongojado!

EL HIJO. Triste, acongojado vengo.

La Madre. ¿ Qué tienes, hijo adorado?

El Hijo. No sé, madre, lo que tengo!

Cuando el hogar dejé ansioso

El bien juzgaba fecundo; Y el corazón, candoroso,

Soñó la dicha en el mundo.

Hoy, dolorido, suspira; Lo ahogan los desengaños.

Mis cabellos, madre, mira!

¡No es la nieve de los años!

La Madre. Blancos están tus cabellos,

De un rubio ayer tan brillante!

EL HIJO. Nevó el dolor sobre ellos!

Blanquearon en un instante!

El pensamiento, golpeando Sin cesar aqui en la frente, Sus raices fué secando Y encaneci de repente.

LA MADRE. EL HUO.

Tus ojos eran risueños... Las lágrimas los nublaron; Oue en pos de dorados sueños Sólo decepción hallaron. Vieron dondequiera el vicio, De su poder orgulloso, Ofrecer en sacrificio El débil al poderoso. La virtud, hija del cielo Olvidada en su retiro. Sin atreverse en su duelo Av! ni a exhalar un suspiro. La Madre. Encanto del alma mia!

Ven y llora entre mis brazos: Mitigarán tu agonía Mis maternales abrazos. Para aliviar tus pesares Diré, con tierno cariño, Aquellos dulces cantares Oue oias cuando eras niño; Y si esto a borrar no alcanza Tu inquietud y tu desvelo, Cifra, hijo, tu esperanza En la eterna paz del cielo! Si, con tu amor, madre mia, Volverá al pecho la calma, Ya que perdió su alegría

EL HIJO.

Entre martirios el álma; Y del hogar al abrigo. Con este pesar profundo, Madre, lloraré contigo Los desengaños del mundo.

Diego Yugo Ramírez.



Por mandates dipinopal at loss and



LA CARIDAD Y LA POESÍA

La Poesía. ¿Quién al alcázar de mis sueños llama Y así interrumpe mi celeste canto?

La Caridad. Te suplico, perdóname; reclama La humanidad me escuches; ¡sufro tanto!

La Poesía. Tu voz tiene eco angelical: te he visto Alguna vez, recuerdo, arrodillada, Ante el ara sagrada, Contemplando con lágrimas el Cristo.

La Caridad. ¿ No me conoces?

La Poesía.

En tu frente el sello
Llevas de un alto origen. Di, ¿quién eres?
Si callarlo prefieres,
¡ Oh dulce peregrina!, no por ello
Dejaré de acogerte hospitalaria,
Atendiendo a tu afán y a tu plegaria.

La Caridad. Yo soy la caridad; es mi destino,
Por mandato divino,
Amar, piadosa amar, consuelo al mundo,
Madre al dolor, amparo a la desgracia.
En el suelo fecundo,

Dictamo y panacea
A mi paso germinan, y la acacia
Florece, y el quemado incienso humea.
De la vida en el golfo soy remanso;
Me esperan el doliente, el moribundo;
¡A ellos voy sin descanso,
Ni puedo abandonar los pobres niños,
Que en su orfandad reclaman mis cari¡¿Qué, pues, quieres de mí? [ños!

La Poesía. La Caridad.

Limosna imploro Del genio que lo grande en si resume Y de virtud en su esplendor blasona.

La Poesía.

Toma mi lira de oro, Y elige a tu albedrío en mi corona, Que de fresca presume, La flor más pura de inmortal perfume.

CARLOS GUIDO Y SPANO.





LA PATRIA DEL ALMA

Peregrino. ¿Adónde estás escondida, Patria que en un sueño hallé ¡Cuándo tocará mi pie En tu arena bendecida! Veinte años de marchar Desterrado y vagabundo!... Te busco por todo el mundo Y no te puedo encontrar! Este suelo es suelo extraño: Acaso perdi mi huella: Voy a preguntar por ella Al monte del ermitaño. -¡En el nombre del Señor! ¡Él te guarde, peregrino! ¿Dónde lleva este camino? Al torrente bramador. ¿Y sabe donde hallaré El rumbo que voy buscando?...

ERMITAÑO. PEREGRINO. ERMITAÑO. PEREGRINO.

¿ A qué tierra va viajando, EBMITAÑO. Para reposar, tu pie?

PEREGRINO.

Busco la patria del alma, Del mundo grato solaz, Adonde se vive en paz, Adonde se muere en calma! Donde no habita traición Y el hombre es del hombre hermano: Donde no se alza la mano. Para herir el corazón! Alli donde el alma ardiente, Por los afanes postrada, Halle la dulce mirada De una mujer inocente! Donde logre reposar El hombre sobre su seno, Sin que un trago de veneno Le alcance ella al despertar! Donde se pueda verter Este raudal de cariño Que desde la edad de niño Luchando está por romper! Alli donde la esperanza No es un sueño de mentira; Donde a los cielos se mira Y una promesa se alcanza! Alli, en fin, donde al morir Este misero gusano, Tocando una amiga mano, Pueda al menos sonreir! Desdichado peregrino! ¿Y dices que vagabundo Has cruzado todo el mundo Buscándole en tu camino?

ERMITAÑO.

Peregrino. Era niño, en la mañana
Cuando de mi hogar salí;
Y hoy, ¡miserable de mí!...
! Traígo la cabeza cana!
¡ Únicamente encontré
Perfidia, traición y guerra
En cada palmo de tierra
Donde ha tocado mi pie!...

ERMITAÑO. ¡ Tienes la pupila abierta
Y aun el cielo se te esconde!
Mira, insensato, y responde:
¿ Has llamado a aquella puerta?

Peregrino. Y esa puerta, ¿ dónde guía?

Ermitaño. ¡Bajo tu paterno hogar!...

¡Ay!¡ayúdame a llamar!...
¡Madre mía, madre mía!...
¡Esa es la patria del alma,

Ermitaño. ¡Esa es la patria del alma, Único y grato solaz! ¡Sólo allí se vive en paz! ¡Sólo allí se muere en calma!

G. C.



De granden de l'appropriet de



EL CUENTO DE MARGOT

Vamos, Margot, repiteme esa historia
Que estabas refiriéndole a María;
Ya vi que te la sabes de memoria
Y debes de enseñármela, hija mía.

La sé porque yo mismo la compuse.
¿Y así, no me la dices? Anda, ingrata.
¡Tengo compuestas diez!—¡Cómo!, repuse
¿Te has vuelto a los seis años literata?

-; No, literata no! Pero hago cuentos...

- No temas que tal gusto te reproche.

Al ver a mis hermanos tan contentos,
 Yo les compongo un cuento en cada noche.

- Y cómo dice el que contando estabas?

- Es muy triste, papá, ¿ qué no lo oíste?

-Sólo oi que lloraban y llorabas.

- ¡Ah! si, todos lloramos; ¡es muy triste!

Imaginate un niño abandonado, De grandes ojos de viveza llenos, Rubio, risueño, gordo y colorado; Como mi hermano Juan, ni más ni menos

Figurate una noche larga y fria, De muda soledad, sin luz alguna, Y ese niño, muriendo, en agonia, Encima de la acera, no en la cuna.

-; En las heladas losas?

-Si, en la acera,

Es decir, en la calle...

—¡Qué amargura! —¡Hubo alguien que pasando lo creyera Un olvidado cesto de basura.

Yo pasaba, lo vi, bajé mis brazos Queriendo darle maternal abrigo, Y envuelto en un pañal hecho pedazos, Lo alcé a mi pecho y le llevé conmigo.

Lloraba tanto y tanto el angelito, Que ya estaban sus párpados muy rojos... Y a cada nueva queja, a cada grito, El alma me sacaba por los ojos.

Me lo llevé a mi cama: entre plumones Lo hice dormir caliente y sosegado... ¡Cómo hubo en este mundo corazones Capaces de dejarlo abandonado!

¡Ay! yo sé, por mi libro de lectura, Que estudio en mis mayores regocijos, Que ni los tigres en la selva obscura Dejan abandonados a sus hijos. ¡Pobrecito! yo sé su mal profundo, Le curo como madre toda pena: Parece que este niño, en este mundo, No es hijo de mujer, sino de hiena.

De mi colchón en el caliente hueco Duerme para que en lágrimas no estalle. Y llorando, Margot mostró el muñeco Que en cierta noche se encontró en la calle.

Juan de Dios Peza.





LA DICHA ES LA MUERTE

—¡ Niño a quien guarda el mater nal cuidado! Pues que mi pecho tras la dicha va, Tal vez la dicha encontraré a tu lado.

LA MADRE

Llorando el niño entre mi seno está:
¡ Id más allá!

II

—¡Hermosas! Solo, en extranjera tierra, Prestadle dicha a quien tras ella va, Pues tantas dichas vuestro amor encierra.

Las Hermosas

Triste del ser que idolatrando está: ¡Id más allá!

III

¡Magnates! Hoy vuestra piedad imploro Loco mi pecho tras la dicha va; Si el oro es la dicha, prestadme oro

Los Magnates

Ved que amagándoos el puñal está: ¡Id más allá!

IV

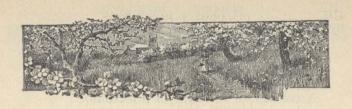
-¡Ancianos! Presa de infernal batalla,
Mi pecho en pos de la ventura va;
¡Ni al borde mismo de la tumba se halla?

Los Ancianos

Ni al borde mismo de la tumba está: ¡ Id más allá!

RAMÓN DE CAMPOAMOR.





ALEGORÍA

PARA UNA FIESTA DE GERVASIO MÉNDEZ

PRIMER NIÑO

La poesía es la luz del infinito, Que baja, como el cielo en el crepúsculo, A acariciar las almas donde tiene La sombra del dolor eterno culto

SEGUNDO NIÑO

Es verdad: en las almas soñadoras, ¿Qué pensamiento azul no está de luto? El poeta es el mártir de la vida, Que ahoga el ideal en torno suyo.

LA NIÑA

En dónde está el dolor, está el consuelo; Para cada gemido, hay un arrullo; Yo con mi corazón borro las sombras; Yo con besos las lágrimas enjugo. Yo, la mujer, sobre la tierra tengo La celeste misión de ser tu escudo: Yo soy la musa del amor, poeta, Y corono en tu frente el infortunio.

MARTÍN CORONADO.





EL CORAZÓN Y LA CABEZA

LA CABEZA

Inquieto corazón, sueña y olvida
¡Las pavorosas sombras de tristeza!
¿Por qué vana quimera te intimida,
Como si fuera a terminar tu vida
Que hoy la esperanza a iluminar empieza?
¿Por qué vehemente sin cesar palpitas
Y el asilo romper del pecho quieres?
¿Á qué la convulsión en que te agitas?

EL CORAZÓN

¡Tú piensas, y pensando te marchitas!

La Cabeza

¡Y palpitando tú, corazón, mueres! Te arrastran impetuosas las pasiones Como a débil arista arrastra el viento.

EL CORAZÓN

Y tú sueñas sin tregua con visiones, Que serán tu martirio y tu tormento, Sin acallar jamás tus ambiciones.
¿Á qué te inquietas con soñada ciencia,
Á qué te afanas con mentida gloria,
Cuando alcanzar no puedes la conciencia
De tu necio saber? He aquí la historia
¡ De orgullo y vanidad en la existencia!
Yo siento, y al sentir sólo obedezco
La voluntad de Dios, ley soberana.

LA CABEZA

Yo también al pensar, y me estremezco Cuando la duda con tesón me afana, Y entre sombras y luz me desvanezco.

EL CORAZÓN

Tú piensas, y al pensar te enorgulleces,
Juzgándote con vista, pobre ciega;
Entre impalpables sombras te adormeces
Y cuando el fin de la existencia, llega,
Al observar tu engaño, te estremeces;
Tú me impones el odio, cuando amante
Me forjó para el bien la Providencia;
Por vana emulación, la fe inconstante,
Queriendo hacerme esclavo de tu ciencia,
Y tu ciencia es ensueño de un instante.

LA CABEZA

Mas si voy al azar, ¿por qué no evitas Que la senda del mal tome en mi daño?

EL CORAZÓN

Con necia presunción, te precipitas, Y cuando al fin te hiere el desengaño, Á salir y llorar sólo me excitas. Sigue vagando en pos de tus quimeras, Mientras voy tras el bien con santo celo, Que al borrarse sus sombras pasajeras, En la orfandad te brindaré consuelo, ¡Y una eterna esperanza cuando mueras!

LA CABEZA

¿Dolido acaso de mi mal palpitas?

EL CORAZÓN

Con duda impia sin cesar me hieres!

Ley es de Dios: yo pienso, tú te agitas...

EL COBAZÓN

¡Piensa, sí, que pensando te marchitas!

LA CABEZA

¡Y palpitando tu, corazón, mueres!

DIEGO YUGO RAMÍREZ.



DOS HERMANOS

—¿Quién eres tú, que caminas, Triste, inclinada la frente, La vista opaca, velada Por las sombras de la muerte? En tus labios amarillos Glacial sonrisa se advierte, Como el último destello Que el sol lanza en Occidente.

—Soy quien llora desengaños, Quien apuró hasta las heces Hondo cáliz de amargura, Quien dentro del alma siente De la ingratitud horrible Punzante dardo que hiere.

Vine a imperar en el orbe, Dominé pueblos y reyes: Hice mal... sin culpa mía; Hice bien, no pocas veces.

El que de mi está quejoso Me maldice y aborrece, Y el que aportó beneficios Durante mi paso breve, Se olvida de mis favores Mirándome indiferente, Cuando en el eterno abismo Corro a hundirme para siempre.

Mas tú, mancebo que muestras Talle gentil, faz alegre, La esperanza en tu sonrisa. La candidez en la frente Y en tus pupilas brillantes, Cual la luz cuando amanece. Todo un mundo de ilusiones De venturas y deleites; ¿Verdad que tu fantasia Te pinta bajo la nieve Frescas flores perfumadas Oue esmaltan el blando césped? ¿ Que esos árboles desnudos, Que, cuando el viento los mece, Crujen como un esqueleto Que en la huesa se revuelve. Tu imaginación los viste De tiernos pimpollos verdes, De niveas flores galanas, De frutas que airosas penden De sus ramas, y embalsaman Con su fragancia el ambiente? Mil pintados pajarillos Buscan en su seno albergue, Y alli expresan sus amores Con su lenguaje inocente.

Asi el mundo te sonrie,

Tal porvenir te promete;
Que sin dolor en el alma
Ni recuerdos en la mente,
Las poéticas ficciones
El alma virgen conmueven,
Y te acarician despierto,
Y te arrullan cuando duermes.

Que a tu edad siempre se ignora Cuánta hiel que el mundo ofrece, Y la realidad es triste Cuanto es la ilusión alegre.

—Tú, que nublas mi esperanza Con presagios tan crueles, Sabras al punto mi nombre; Mas dime, en cambio: ¿ quién eres?

-Son el año que se va.

-Yo soy el año que viene.

—Pues di al hombre, que te aguarda
Placentero y sonriente,
Que en tu efímero reinado
Constante dicha no espere.
Durables serán sus penas,
Fugaz su ventura breve,
Mientras habite en la tierra;
Tal es su misera suerte.
Que en su patria verdadera
Hallará el bien que apetece;
Jamás en este destierro,
Donde nace, sufre y muere.

PILAR PASCUAL DE SANJUÁN.



EL ATEO Y EL CREYENTE

Isologi sologi aug objecte saroh as l

EL ATEO

El Universo es mío: prepotente, mi brazo se levanta, hiende las nubes mi exaltada frente, huella los mundos mi soberbia planta.

No obedezco otra ley que mi albedrío, ni hay más Dios que mi gusto; libre discurre el pensamiento mío; ignoro el miedo y el cobarde susto.

Ruin y desdichada criatura, que de temor alientas, y que de necias utopías y locura tu corazón abrevas y sustentas:

Tienes sed de gozar, y el placer huyes, y lloras tu quebranto: ¡que necio es ese Dios al que atribuyes que le enoja el placer y agrada el llanto!

Alma, Dios, Providencia, nombres vanos, delirios de la mente:

conciencia, expiación, virtud, tiranos del cerebro raquítico y demente.

Resurrección, juicio, infierno, gloria, moralidad, deberes, consejos que entretienen la memoria a temerosos niños y mujeres.

Me das lástima; ven, sigue mis pasos, sé libre, alienta, goza, rompe tus claros oprobiosos lazos y verás tu existencia cuán hermosa.

Sé libre al fin, sacude la pesada carga que arrastras necio; el fruto de tu loca fe soñada será miserias, llantos y desprecio.

EL CREYENTE

Yo libre y fuerte soy, y la extendida tierra me da homenaje y es mi nobleza tanto esclarecida, que hasta Dios se remonta mi linaje.

Él, que abarca los cielos anchurosos, de mi vida ha cuidado; Él inspira a los ángeles hermosos que dirigen mi paso reposado.

Los vicios y pasiones de la tierra conspiran de consuno en contra mía; dan a mi corazón continua guerra, hiérenme con furor y alevosía.

Mas del cielo repiten los confines un cántico de gloria y publican los altos querubines con sus trompetas de oro mi victoria.

¿Quién es aquí el esclavo, el vil y necio, el miserable y loco?
Di, ¿quién merece lástima y desprecio?
Dí, ¿quién a quién ha de tener en poco?

Tú, del acaso hijo te declaras; de Dios, hijo me llamo; por los brutos te riges y comparas; como el ángel, mi hermano, entiendo y amo.

De nobleza y virtud mi ser blasona, llevo la luz de Dios en la mirada; y tú miras ¡horror! en tu persona una bestia, no más, degenerada.

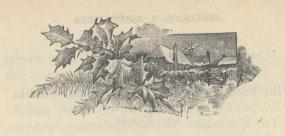
Tu término es el polvo; la conquista de tu vida, una fosa; de Dios mi fin la refulgente vista, y la eternal Sión, mi patria hermosa.

Reconócete al fin; tu jerarquía declare tu derecho, y confiese una vez la lengua impia que hay un soplo de Dios dentro del pecho.

¡Me das lastima! Ven; permite al alma tender el raudo vuelo; ¡verás cuánto placer, que hermosa calma las puras auras le darán del cielo!

Arroja de tu ser la baja escoria, alza del charco inmundo, y tu genio será la eterna gloria, y tus días felices en el mundo.

Aurora Lista de Milbart.



ÚLTIMAS ABJURACIONES

¡Voy a morir! Prenda del alma mía, Éste el centón de mis quimeras es; Leed, leed, y de la gloria impía De tanto error abjuraré después.

EL HIJO (leyendo)

"Cuna de rosas, al nacer, hallamos."

EL PADRE

¡Mentira! Abrojos al nacer nos dan.

EL HIJO

"Rosas, la vida al comenzar, hollamos."

EL PADRE

¡Falso! Los pies por entre abrojos van. ¡Voy a morir! Las bárbaras memorias Que el fin amargan de mis horas ved: ¡Cúmulo abyecto de entrañables glorias! Leed, por Dios, y escarmentad; leed.

EL HIJO

"Su vida el hombre de ilusiones puebla."

EL PADRE

¡ Ay! Necio error a la ilusión llamad!

EL HIJO

"Huye la edad de la razón cual niebla."

EL PADRE

¡Horror! ¡Pasad, horas sin fin, pasad! ¡Voy a morir! De nuestra vida escasa Pasa en engaños la primer mitad; La otra mitad en desengaños pasa; ¡Nunca olvidéis esta cruel verdad!

EL HIJO

"¡Triste es dejar del mundo la presencia!"

EL PADRE

¡Mundo, os doy ledo mi postrer adiós! El Hijo

"Perece el bienestar con la existencia."

EL PADRE

¡Muerte, del hombre el bienestar sois vos!

Ramón de Campoamor.



EL BANQUILLO

El Hombre. Bajo mi pie la tierra es de granito, Los arroyos de sólido cristal, Y la hervorosa sangre se congela A los besos del ábrego glacial. Arbol gigante de cabeza cana, Que en la espesura gimes de dolor, De cuyas hojas caen límpidas gotas, Llanto de tu aterido corazón: Voy a lanzar sobre tu frente el rayo, El rayo de mi cólera mortal. Y a desgajar tus ramas amarillas Para encender la lumbre de mi hogar. Tronco nacido de la tierra fria. EL ÁRBOL. Doy al mundo mi savia y mi calor; Es la hermosa misión que me dió el cielo: Hiere, buen leñador! El Hombre. Arbol de fresca y perfumada sombra,

Confidente del aura matinal. Adonde viene a preludiar sus trovas, Poeta de las selvas, el zorzal: ¿ Ouieres servir en rústicas labores? ¿ Ouieres la esteva de mi arado ser Para abrir ancho surco en la llanura Donde germina la dorada mies? ¡Oh! ¡sí! En la frente de la tierra inculta Mi reja la honda huella grabará, Como del genio en la cerviz altiva Arrugas deja el pensamiento audaz; Y con el riego del sudor del hombre, En vez de sangre de fraterna lid, Suria la dulce paz, de ojos de cielo, La espiga de oro y la robusta vid. Yo sufriré los golpes de tu brazo. Sin exhalar un grito de dolor: Santo heroísmo es el trabajo honrado, Hiere, buen labrador! El Hombre. Árbol frondoso, a cuvo pie desplega El arrovo su alfombra de cristal,

EL ÁBBOL.

¿ Quieres ser el arcón de mi cabaña, La sólida columna de mi hogar? Yo que di asilo al fugitivo ciervo,

EL ARBOL.

Al tigre hambriento, al áspid matador, ¿Por quéno lo hededar al hombre errante Y ser mudo testigo de su amor? Hiere, buen carpintero, el tronco añoso Que no pudo tronchar el huracán; Venga el anciano, la mujer y el niño; Yo sostendré la choza paternal.

El Homrre. Quiero cruzar el piélago profundo, Nuevo horizonte a mis afanes dar, Otra brisa, otro cielo y otro mundo Me esperan en la vasta inmensidad. Te arrastraré hasta la húmeda ribera Que acarician las olas en tropel; Diré adiós al hogar y a la familia, Y el mástil tú serás de mi bajel.

EL ÁRBOL. Un ave que durmió sobre mis ramas, Fatigada de tanto caminar, Me dijo que venía de otros climas, Donde la primavera es inmortal. Y un ave pasajera vino un día En mi más alta rama a descansar; Le hablé con el lenguaje de las hojas. Y me contó su viaje por el mar. De la esposa del Sol, me dijo que era En ondulante ceñidor azul, En que las olas son las blancas perlas, Y las espumas el liviano tul. ¡Cuántas veces miré el águila errante Navegando entre mares de arrebol! ¡Hiere, buen calafate, que ambiciono Otro mundo, otro cielo y otro sol!

El Hombre. Derribaré tu opulento tronco, Y el poste del patibulo será, Donde implacable la justicia humana Se alce sobre sangriento pedestal.

EL ÁRBOL.

¡El poste del patibulo!... ¡Silencio!... ¡Aparta, aparta el hacha, hombre feroz! Se estremecen mis hojas a tu acento.

Por qué queréis colgarfrutos de muerte,
Despojos de la víctima infeliz?

¡Que antes consuma mi ramaje un rayo,
O el huracán me arranque de raíz!
Al árbol misterioso de la selva,
Con quien el viento habla en baja voz,
¿Queréis confiar secretos de venganzas,
Terribles cual la cólera de Dios?

OLEGORIO V. ANDRADE.





LA LIMOSNA

Oye, hija mía: cuando el pobre toca de puerta en puerta mendigando un pan, nos lo pide por Dios, y el Dios que invoca es el mismo que a todos pan nos da.

El Padre universal tiene un consuelo para todo dolor: y cada bien con que socorre al pobre, sube al cielo y en densa nube tórnase al caer.

Por eso es su caudal inagotable, por eso cada bien abate un mal; por eso encuentra pan el miserable, por eso el desvalido encuentra hogar.

También la caridad en su eficacia, da una limosna y la reciben dos: el que la pide, un pan que su hambre sacia; el que la da, la bendición de Dios. Y el aturdido mundo no percibe quién en esa limosna gana más, si el mendigo infeliz que la recibe o la mano piadosa que la da.

Pero en este dilema no hay razones: calcular es lo mismo que sentir: si das pan y recibes bendiciones, ¿ la dádiva mejor no es para ti?

San Juan de Dios, que avaro perseguía, para ofrecerla pan, a la orfandad, al ponerlo en sus manos le decía: ¡gracias, por la limosna que das!

No olvides, hija mía, la enseñanza que encierra el don munífico de Dios: si de fe se alimenta tu esperanza, busca en la caridad tu galardón.

Lázaro María Pérez.





IDEA Y FUERZA

EL MAR. Mortal, que en tu frágil leño Surcas mi abismo profundo.

Surcas in abismo profundo

¿Dónde vas?

EL NAVEGANTE. Buscando un mundo

Que en tus soledades sueño.

EL MAR. & Y no te espanta la inmensa

Extensión del Oceano,

Siendo un mezquino gusano?

El Navegante. Soy un gusano que piensa.

EL MAR. Refrena tu audacia loca

Y tiembla ante mi poder!

EL NAVEGANTE. Frágil poder debe ser

El que contiene una roca; En vano los aires llenas Con tu espantoso rugido,

Que a tu furor comprimido Murallas son las arenas.

El. Mar. Dios su límite trazó

Y de él no puedo pasar.

El Navegante. ¡Pobre esclavo! A mi pensar No encuentro límite vo.

EL Mar.

Breve tu vida será;

Mientras mi abismo profundo,
Nacido al nacer el mundo,
Con el mundo acabará.

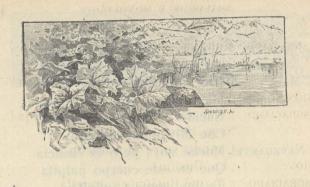
El Navegante. Mortal soy; pero la esencia
Que en este cuerpo palpita
Es una esencia infinita
Que precedió a tu existencia,
Y cuando de tus furores
Borrado el recuerdo esté,
Yo viviendo seguiré
En otros mundos mejores.
El Mar. En breve, de mis enojos,
Tú y el leño a que te fías,
Pues mi poder desafías.

Seréis mezquinos despojos.

El Navegante. No importa tu furia inmensa:
Ante ella soy un gusano;
Mas será tu soberano
Este gusano que piensa.
¡Porque es la divina ley
Que Dios en el mundo graba,
Que sea la fuerza esclava,
Y el pensamiento su rey!

Ahman bosolnagaa ak u

MANUEL DE LA REVILLA.



EL DESGRACIADO Y SU VISIÓN

Siempre abatido,
El desgraciado
Se ve oprimido
Por mil visiones,
Que más le aumentan
Su desconsuelo.
Mas, apiadado
Por fin el Cielo,
Una le ofrece,
Con quien parece
Que él habla así:

Desgraciado. ¿ Me dirás, Visión, quién eres?
¿ Responderás, si pudieres,
A una duda y otra junta?...
Visión. ¡ Sí! Pregunta.

Desgraciado. Cuando sufren los mortales Uno tras de otros los males, ¿Qué remedio al fin se alcanza?

Visión. ¡La esperanza!...

Desgraciado. ¿ Qué es la esperanza ; por vida! Si se tiene por perdida Cuando sufre el corazón?

¡La ilusión!...

DESGRACIADO, ¿ Y qué ilusión es aquella

Que ni le alumbra en su huella

Ni le mitiga el sufrir ?...

Visión. ¡Es vivir!...

VISIÓN

Desgraciado. Pero vivir en delirio,

Sólo esperando, es martirio: Más que remedio, es un mal.

Visión. ¡Celestial!

Desgraciado. ¿Cómo es eso? ¿Quién tan lelo Llamar puede mal del Cielo

Al redoblado sufrir?

Visión. ¡Yo!... Sí!... Sí!...

Desgraciado. Mas ¿quién eres? Dilo pronto, Que al viaje eterno me apronto, Y así libre quedaré.

Visión. ¡Soy la Fe!...

Desgraciado. Y dime ¡oh Fe! ¿ qué me das?

Te he guardado; pero aun más

Se me aumenta mi dolor.

Visión. Doy valor!...

Desgraciado. Pero el valor nunca apaga Los dolores de la llaga: Pide algo más la razón. Visión. Religión!

Desgraciado. ¡Religión! Y ¿cuál?... Hay tantas,

Que con su nombre me espantas.

En donde encuentro esa luz?

Visión. No te olvides:

Fe, religión y esperanza Son el puerto de bonanza Donde el mortal se rehace...

DESGRACIADO. Dices bien, eso me place;

Dame, pues, ¡oh Fe! valor, Que esperanza celestial

Me dará la religión.

Visión. ¡En Jesús!

Mas no es una religión Que inventa vanos ideales; Es la que hace a los mortales

Tener puro el corazón.

Desgraciado. Dices bien; esa pureza

A Dios le pido me dé: Y pues lo puedes ¡oh Fe!

Mitiga algo mi tristeza. Pide con sinceridad,

Visión. Pide con sinceridad, Sólo a Dios omnipotente.

Él dará, si es conveniente;

Y si no, *conformidad*. Disipóse la Visión,

Mas al fin el desgraciado Halló calma en su aflicción.

MIGUEL ESTÉVEZ SAGUÍ.



LA FLOR Y EL ARROYO

EL Arroyo. Flor de corola esplendente, ¡Cuánto envidio tu color!

LA FLOR. Arroyo murmurador,

¡Cuánto envidio tu corriente! El Arroyo. Tú eres del aura mecida.

La Flor. Tú caminas por la tierra. El Arroyo. En ti perfume se encierra.

La Flor. Tus aguas llevan la vida. El Arroyo. Al cielo tu aroma sube.

La Flor. La fecundidad derramas.

El Arroyo. Tú los aires embalsamas. La Flor. Tú vas a formar las nubes.

El Arroyo. La aurora en tu seno deja

Sus lágrimas peregrinas. La Flor. En tus aguas cristalinas

La luz del sol se refleja.

EL Arroyo. Sin gozo sigo mi rumbo. La Flor. Soy pobre flor perfumada. El Arroyo. Yo voy corriendo a la nada.

La Flor. Yo aqui en la nada sucumbo.

EL Arroyo. ¿Por qué envidiar, si a la aurora Terminará nuestra vida? LA FLOR. ¿Por qué ambición desmedida El corazón nos devora?

EL Arroyo. ¡Oh flor!, sigamos los dos,
Sin maldecir el destino,
Felices por el camino
Que nos ha marcado Dios.

RAFAEL BLASCO.





LUCHA DE HERMANOS

LA BAZÓN. Soy la Razón que del cielo,

> Desgarrado el denso velo, Revela de Dios el nombre.

Soy el Corazón, que al hombre EL CORAZÓN.

Presta alegría y consuelo.

Por mi, celestes regiones LA RAZÓN.

LA RAZÓN.

EL COBAZÓN.

El hombre atrevido explora.

EL COBAZÓN. Por mi es capaz de pasiones,

Vive por mí de ilusiones,

Por mí espera, por mí llora.

Por tus pasiones marchito,

Privados sin mí sus ojos

De la luz de lo infinito. Fuera el esclavo maldito

De tus sensuales antojos.

Desnuda estatua sombria.

Cuva superficie fria

Ajena luz reflejara,

El ser humano sería

Si no sintiera y amara.

EL CORAZÓN.

Yo del espiritu humano LA RAZÓN Leo el misterio profundo: Yo robo al cielo su arcano. Y a mi poder soberano Rinde su poder el mundo. Mas no entiendes, razón fria, EL CORAZÓN. La celestial armonia Del canto del ruiseñor, Ni oyes el beso que envía El Sol naciente a la flor. Por mi, al ideal divino LA BAZÓN. Que le traza su destino Sin fin, el hombre se eleva. Tú le enseñas el camino. EL COBAZÓN. Pero yo soy quien le lleva. Del sabio a la inteligencia LA RAZÓN. Yo doy la divina ciencia. Yo doy al héroe arrogancia, EL CORAZÓN. Y doy al mártir paciencia Y dov al santo constancia. Yo soy luz pura y divina. LA RAZÓN. Yo inextinguible calor. EL CORAZÓN. Ese calor no ilumina. LA RAZÓN. Ni esa tu luz mortecina EL CORAZÓN. Infunde en el hombre ardor. Sabe, en fin, Corazón loco, LA RAZÓN. Que he de reinar en la Tierra. Razón, tu furor provoco! EL CORAZÓN. Pues que le tienes en poco, LA RAZÓN. Guerra, Corazón!

Pues ¡guerra!

La Conciencia. ¡Cese va esa lucha impia Entre dos fuerzas humanas! Lev del mundo es la armonía Oue fué proclamada un dia En regiones sobrehumanas. ¡Fuerzas que así peleáis! Vuestra esencia no olvidéis: A un mismo bien aspiráis, Un solo origen tenéis Y a un solo fin caminais. Del hombre preciadas galas Por siempre seréis los dos Si del bien marchais en pos; Que sois entrambos las alas Oue le remontan a Dios.

MANUEL DE LA REVILLA





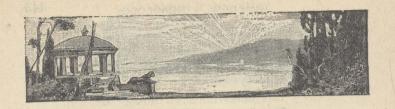
TENTE LA FE

—; De que vives ?
—De esperar.
-Es tu ventura
—Muy corta.
—Te miro pobre
—No importa.
−¿Cuál es tu esencia?
—El amar.
—¿Esperando vives?
−Si.
-¿Y nunca dudaste?
-No.
—¿ Quién te presta fuerzas?
-Yo.
-Luego tu amor
—Vive en mí.
−¿Y tu amante?
—Nunca llega.
—No te amará.
—Si me ama.

-i. Le llama tu amor? -Le llama. -Búscale, entonces. -Soy ciega. —; Y va os conocéis? -Los dos. -; Y eres ciega? -Si en verdad. —; Do vive? -En la inmensidad. -; Y cuál es su nombre? -; Dios! —; Ese es tu amor? -Siempre fué. -; Amor divino! -: Infinito! -Dime tu nombre bendito. —; No me conoces? La Fe.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.





LAS VIOLETAS

La Madre. ¿ Quieres salir, hija mía, Y el campo recorreremos?

La Hija. ¿Para qué, si no hallaremos
En el prado ni una flor?
¿Y no es por cierto bien triste
Ver sin flores la campiña,
Como el alma de una niña
Sin religioso fervor?
Pues no habrá flores, de fijo.

¿Ves la nieve en esa altura, Con deslumbrante blancura, Del sol herida brillar...?

La Madre. Pero en el humilde valle
Yo presiento su existencia,
Que no es siempre en la eminencia
Do suelen flores brotar.
Esta montaña es la imagen
Del pecho duro y helado
De algún mortal encumbrado

En alas de la ambición: Y en estas almas glaciales Muertas están, no lo dudes. Las celestiales virtudes. Las flores del corazón. Esta pendiente tan suave Conduce a un valle pequeño Muy apacible v risueño. Nunca exhausto de verdor. Sus hoy marchitos arbustos En primavera florecen Y entre sus ramas ofrecen Dulce nido al ruiseñor. Ya llegamos: de este arroyo Seguiremos la corriente, Que hoy circula fácilmente Cuando preso estuvo ayer. Rota su cárcel de hielo, Su voz armónica y pura Ouizás un canto murmura De libertad v placer. Qué lugar tan delicioso! Cuánta verde y fresca hierba, Y qué bella se conserva A pesar de la estación! De esta planta tan bajita Suave aroma se desprende: En verdad que me sorprende Y causa grata emoción.

Ha respetado la vida,

LA HIJA.

La Madre. No el invierno, de esta planta

Que ella la estación florida Nos suele siempre anunciar, Ni de sus hojas se exhala El aroma delicioso Que en este valle frondoso Viene el aire a embalsamar. Levántalas con cuidado.

LA HIJA. Oh, qué linda florecilla!

LA MADRE. Es la violeta sencilla,

El emblema del pudor...

Observa bien, hija mia,

Su forma bella, agraciada;

De su corola morada

El delicado color.

La Hija. Pues ¿ por qué se oculta tanto, Siendo tan bella y tan pura, Teniendo gracia, frescura Y perfume sin igual?

La Madre. Porque del mérito, siempre
La modestia es compañera
Y sin ella no pudiera
Ser un mérito real.
Guarda esta flor tan modesta:
Y cual ella te ocultaba
El aroma que exhalaba
Y su precioso matiz,
De las miradas del mundo
Ocúltate ruborosa,
Porque así vive la hermosa
Más tranquila y más feliz.

La Hija. Puesto que son tan fragantes,

Pues hay tantas y tan bellas, ¿Formaré un ramo con ellas Para adorno de mi altar? Si, querida; que esas flores, LA MADRE. Cual sonrisa del Eterno. Hacen en el triste invierno Tiempo más bello esperar. Esa flor de primavera, Ofrenda de una inocente, La Santa Virgen clemente Recibirá con amor; Pidele, pues, que te otorgue, Si recompensas mereces, De las flores que le ofreces La modestia y el pudor.

PILAR PASCUAL DE SAN JUAN.





EL NIÑO CIEGO

El Niño. ¿Por qué estás triste y callada?

Mamá, relátame un cuento;

Porque es tu voz tan hermosa,

Que al escucharla me alegro.

La Madre. Érase un rey poderoso;
Era muy grande su reino.
Tenía aquel rey dos hijos,
Uno malo y otro bueno...
Al uno vistió de blanco
Con un traje limpio y nuevo,
Y vistió de negro al otro
Con un traje sucio y viejo.

EL Niño. Iria el malo de blanco, Iria el bueno de negro; Porque, al fin, bueno soy yo Y todo negro lo veo.

La Madre. ¡Bah! No digas tonterías ; ¿ Qué tiene que ver todo eso? El Niño. Es verdad, mamá querida, De luz y color no entiendo; Mas tú, que me quieres mucho, Me explicarás algo de esto.

La Madre. Calla y duérmete, hijo mío.

EL Niño. ¿Dormir, madre? Si no puedo; Si ya desde que he nacido Estoy en perpetuo sueño. Vámonos, que está lloviendo.

La Madre. No, hijo mío, si no llueve, Si está despejado el cielo.

El Niño. Entonces, estás llorando Y que tú llores, ¡no quiero!

La Madre. Ya cesó mi llanto triste Y me sonrio de nuevo.

El Niño. Pues dime: ¿cómo es el llanto Que yo su color no acierto?

La Madre. Transparente como el agua Y tan blanco como el hielo.

El Niño. Yo, mamá, me lo fingia Muy obscuro, casi negro.

La Madre. Calla, y duérmete, hijo mio; Duérmete en tranquilo sueño, Cual las aves en sus nidos, Cual ángeles en el cielo.

EL Niño. ¡El cielo! ¡El cielo dijiste!

Debe ser hermoso y bello;

Y sobre todo, allá arriba

No debe haber niños ciegos.

¿Estás llorando de nuevo?

La Madre. ¡No, hijo mío, si no lloro; Si son lágrimas del cielo! EL Niño. ¡Av! Por Dios, madre querida, Me engañas porque no veo.

La Madre. ¿ Engañarte? No, hijo mío.

El Niño. Me engañas, si, lo estov viendo: Es decir, lo estoy palpando, Porque vo verlo no puedo.

La Madre. No lloro, si estov alegre.

El Niño. ¡Quiero verlo! ¡Quiero verlo!

La Madre. ¡Luego!... ¡Luego lo verás!

EL NIÑO. ¡Ahora! ¡Ahora mismo quiero! Quitame, Dios de bondad, Estos celajes de hielo! ¡Bésame, madre, en la frente; ¡Bésame, que ya me duermo! Madre! No sé donde estoy. ¡Parece que se abre el cielo! Oué encantadora visión! Angeles que van de negro Y llevan sobre los hombros Eso que tú llamas féretro, Luces, cantos, armonias, Y en su trono el Dios Eterno. Todo, bien claro lo miro: Ya no debo vo ser ciego. Otro beso ... y otro ... y otro ...

Quiero dormir... tengo sueño.

F. L. A.



LA INSTRUCCIÓN

Nieves. ¿Y hablan de niños?

Los libros cuentan historias
en las que hay padres y madres,
y hermanos, y otras cien cosas,
Nieves, que te gustarían
por la gracia que rebosan.
Mi papá todas las noches
nos lee unas cuantas hojas,
y pasamos la velada
entretenidas.

NIEVES.

¡Ay, Lola!
En mi casa no tenemos
ningún libro, pues le enojan
a mi padre, que nos dice
que a él le cargan las historias.

Lola. Pues te aseguro, Nieves, que la lectura no estorba, siendo libros y folletos de enseñanza provechosa. Mira, tú sabes que yo
era mala y respondona,
y que les tenia envidia
a mis hermanos: pues ahora,
después de varios ejemplos
en que a los buenos se elogia,
que mi papá me ha leido,
me he transformado y soy otra,
y mimo a los pequeñuelos
y soy dócil y juiciosa.
¡Si vieras lo que hace poco
Nos leyó de Zaragoza!
¿En un libro. Lola?

NIEVES.

No.

en un papel de dos hojas, en un periódico. ¡Es muy triste! Pero es una acción hermosa.

NIEVES.

¿De veras? Pues nada, nada, cuéntala sin quitar coma.

¿Fué en un incendio? ¿En la guerra?

LOLA.

No, amiguita: cuando el cólera.

Oye. Vivía en un barrio
una familia dichosa,
compuesta de padre y madre
y tres chiquitas muy monas.
Cuando la horrible epidemia
Llenó a España de zozobra,
Viéronse doquier ejemplos
de noble misericordia,
y uno de los más notables
fué, Nieves, del que hablo ahora.

En la citada familia, que era modesta, la odiosa plaga se cebó cruenta, pues con una tregua corta el padre y la madre fueron conducidos a la fosa. ¡Dios mío!

NIEVES.

Sólo diez años contaba la mejor moza de las huerfanitas; y ella, después de asistir piadosa a sus padres hasta el día en que les llegó la hora de la muerte, fué después una madre cariñosa para sus dos hermanitas y las salvó protectora, aunque para alimentarlas tuvo que pedir limosna.

Nieves. ¡Qué buena niña, Dolores!

Lola. Cuando, ya pasado el cólera, se supo en la capital su conducta, Zaragoza en masa acudió en su auxilio y premió su acción hermosa.

Nieves. ¿La premiaron? ¡Muy bien hecho! ¿Y viven?

Lola. Sí, viven todas, Y la heroina se encuentra en un colegio.

Nieves. Bien, Lola.

Ahora siento mucho mas,
que a mi padre las historias
no le gusten, porque encierran
lecciones muy provechosas.

Lola. Es indudable, Nieves.
La instrucción no sólo adorna,
pues con sus ejemplos sanos
y con sus máximas doctas
nos muestra los dos caminos
que hay en la vida espinosa:
uno del mal, que debemos
evitar a toda costa;
y el otro el de la virtud,
que es el que seguir nos toca.

FLORENTINO LLORENTE-





LA MEJOR HERENCIA

¡Cuántos anhelos prolijos, cuánto afán sin tregua alguna por dejar una fortuna material a nuestros hijos!

Padres hay que por tesoro quieren, con querer profundo, para su prole, del mundo toda la plata y el oro.

Pompa, riqueza, poder, influjo que mucho suene; eso en el cerebro tiene; tanto hombre, tanta mujer!

Y eso, con febril locura, a cualquier precio adquirido, para el vástago querido ; tanto padre lo procura! —Si mi hijo tiene dinero, ¿ que importa la educación? Si es buena su posición social, será caballero.

Déjele yo por legado un millón o dos millones; lo demás, son ilusiones que me tienen sin cuidado.

Tal, en concreto, es el lema de la opinión general; mas de la parte moral y estética, de la suprema dirección del sentimiento de la conciencia, ¿ quién cuida? ¡ Para cuántos es la vida sólo el presente momento!

Pero, ¿qué son, sin virtud, riquezas, poder y gloria? ¿Qué huella deja en la historia la postiza excelsitud?

El latido generoso
de un corazón noble y puro,
que oponga al negro conjuro
del mal, el deber hermoso,
es mil veces superior
a esos locos devaneos
de grandeza y falso honor.

¡Buque sin lastre en el mar del mundo, jamás en calma, padres, es la joven alma que dejáis sin educar!

Para impedir las zozobras, el naufragio del decoro, cargad el buque, no de oro, de saber y buenas obras.

El bien es divina esencia, luz, dicha del corazón: una buena educación, esa es la mejor herencia!

Rodolfo Menéndez.





COLÓN

ESCENA DRAMÁTICA EN UN ACTO

Personajes:

Colón.
Rodrigo Sánchez de Segovia.
García.
Pilotos, marineros, mozos, etc.

La escena representa el interior de la carabela Santa Maria. De no poderse ver un trozo de puente, se verá una escalerilla por la que se supone que se sube a él.

Época: Noche del 11 al 12 de Octubre de 1492.

ACTO UNICO ESCENA PRIMERA

GARCÍA V RODRIGO

García. Más de dos meses ha ya
Que de la patria partimos
Y este loco a quien seguimos

Aun convencido no está De que todos sus empeños, A que tan terco se aferra. No harán encontrar la tierra Oue sólo existe en sus sueños.

Rodrigo. Los testimonios que invoca Convencen, cual su teoria. De que ese loco, Garcia, Ni es loco, ni se equivoca. Redondo el planeta, advierto Que no es ningún desatino Por este mar, un camino Hallar a las Indias cierto. No es aun ciega mi confianza En lo que Colón intenta, Mas no sé porque me alienta Una secreta esperanza.

García. A mi no, y lo que es por mi No le hubiera concedido Ese plazo que ha pedido De tres días.

Rodrigo.

Pues yo si. ¿ Qué son al cabo tres días Para quién tantos se vió Como tú y todos y yo, Ahogadas sus alegrías, Sin fuerzas y sin consuelo, Esclavo del navegar, Sobre el abismo del mar Y bajo el fanal del cielo? Además, no es ya ocasión

Para esa discusión terca Pues de que hay ya tierra cerca Ciertos los indicios son. Pasan, como ves, volando Al lado de nuestras naves Mil encantadoras aves Que van asilo anunciando. ¿Y aquel labrado bastón Que hallamos?

García. Si, ¡qué derroche! ¿Y el grito que aquella noche Dió de tierra el buen Pinzón? Aun lo recuerdo, Rodrigo, Como si ahora mismo fuera Y al verme de tal manera Engañado, lo maldigo. Soplaba templado el viento Y la noche con su sombra Cubria la verde alfombra Del mar. En el firmamento Lanzaban miles de estrellas Sus destellos luminosos Cual testigos misteriosos De nuestras justas querellas, Y nuestros barcos en pos De un fantástico ideal Caminaban, siempre igual, Siempre al amparo de Dios Hinchadas de aire sus velas Deslizaban suavemente Por la liquida pendiente

Las tres pobres carabelas: La Niña siempre delante Y la Pinta a nuestro lado. Su rumor acompasado Daba aliento al navegante. Tanta soledad v calma Grato aquel momento hacian Y casi, casi adormian Las tempestades del alma. Que encendían con su afán, Ante tanto desatino, Ya entonces nuestro destino En cada pecho un volcán. De pronto clara v distinta La voz de Alonso Pinzón Dió un grito de salvación Desde el puente de la Pinta ¡Tierra! gritó y ¡tierra! todos Gritamos con alegría. Ya el deseo la veía Y explicaba de mil modos, Ya con sueños infantiles Sonreianle, ligeros, Subidos los marineros En lo alto de los mástiles Cambiando el rumbo, corrimos Hacia la tierra soñada Y a la luz de la alborada Nuestro engaño comprendimos. La tierra que entre la espuma Fantástica, vió el anhelo,

Entre las aguas y el cielo Se disipó con la bruma. Rodrigo. Si, más hoy se ha visto un nido Que arrastraba la corriente Y que es indicio reciente De algún árbol desprendido. Dos juncos frescos a más Hallamos esta mañana Y es sólo de reñir gana Negar lo que viendo estás.

Garcia. Por indicio que eso sea Yo lo dudo v asi digo Que no creo ya, Rodrigo, Sino en la tierra que vea, Que no fué sólo el error De la Pinta, es soportado, La Niña se ha equivocado También y acaso mayor Fué su yerro. Yo sostuve Lo que era de presumir, Que no pude confundir La tierra con una nube. Tú, como todos, erraste. Sea, y hoy soy de opinión

RODRIGO. GARCÍA.

Que sin mayor dilación Lo andado hasta el día baste. Mañana al amanecer Tornar proa es lo derecho Que bastante habremos hecho Si conseguimos volver A España, donde quizá

No nos esperan los puertos,
Pues, teniéndonos por muertos,
Nos han olvidado ya.
Y si por el plan que fragua,
Colón se opone a la vuelta,
Témome que en la revuelta
Será muy pronto hombre al agua.

Rodrigo. Estoy yo para ampararlo.
García. Callar más cuenta te tiene.
Rodrigo. Quizá no. Mas, Colón viene.
García. Me voy, que no quiero hablarle. (Vase).

ESCENA II

Rodrigo y Colón

Colón. Con mil ansiedades lucho,
Pues casi la tierra toco
De la mente con las alas
Y aun temo engañarme.

(A Rodrigo, mirando antes a todos lados).

Solos
Estamos. ¿Viste Rodrigo
Aquella luz que hace poco
Te mostré a lo lejos?

Rodrigo. Colón. ¿No fué sueño?

Rodrigo. No, que otros

La vieran si la mostrarais

Como la vieron mis ojos.

Era una luz vacilante...

El horizonte movible Del mar?

Que brillaba de tal modo
Que unas veces se extinguía
Y otras surgía de pronto
El corazón alegrando
Con sus resplandores rojos.
¿Será la luz de una hoguera
Que oculta a intervalos cortos

Colón.

Rodrigo.

Si no me equivoco,
Más que hoguera me parece
La luz encendida a bordo
De algún bajel, que las ondas
Agitan con su monótono
Movimiento en esta calma
En que está hoy el mar.

COLÓN.

Tampoco
Me parece tu opinión
Descaminada. Nosotros,
Tú y yo, y Gutiérrez los únicos,
Dueños de ese indicio somos.
Guarda el secreto, que aun
Quiero que lo ignoren todos.
Pudimos equivocarnos
Y es bueno que recelosos
Hasta saber la verdad
Guardemos silencio.

RODRIGO.

Votos Haré yo mil esta noche Porque a nuestros gritos, sordo No nos desampare Dios. Colón. A sus bondades me acojo,
Mas vé en seguida, Rodrigo,
Y diles a los pilotos
Que del mar vayan sondeando
Desde las proas el fondo;
Que carguen las velas y
Que, por si hubiera escollos,
Naveguen con lentitud.

Rodrigo. Dignas han de ser de encomio Esas órdenes.

COLÓN. Yo en tanto
A mis sueños me abandono. (Vase Rodrigo).

ESCENA XII

Colón

Ovendo quizá el rumor COLÓN. De este lento navegar, Las plavas deben estar Oue busqué con tanto amor; Ouizá el primer resplandor Brillen del alba vecina Y el afán que me encamina Me abra el libro de la historia, Y vea que en él la gloria Mi nombre al fin ilumina. Un junco, una rama rota, Un tablero desprendido, Un bastón, una hoja, un nido Que sobre las aguas flota, La paciencia que se agota

Renacen con tal pujanza, Que va el corazón alcanza Lo que aun no ha llegado a ver Y de sus dudas, nacer Siente una nueva esperanza. No es ilusión, no es locura, No es ficción de mi deseo: Si, esas tierras en que creo Y que a través de esta anchura busca mi nave insegura, Existen como yo existo, Son, están y no resisto A la fiebre de alcanzarlas, Porque aun antes de buscarlas Las he visto, las he visto. (Con energia y dándose una palmada en la frente) Mas si al ver este afán loco El Dios que todo lo puede, Me las ocultara adrede Y fuera mi anhelo poco Por que su poder, que invoco, Las destruyera iracundo... (Con resolución) Ni así. Dios con su profundo Saber, mi sueño al matar No las podría borrar Sin hacer trizas el mundo. Que si en su vértigo rueda En el espacio infinito Este planeta que habito, ¿ Qué rincón oculto queda, Qué incrédula duda pueda

Llenar con su indecisión? Tengo, sí, tengo razón, Pues creer fuera simpleza Oue no acaba lo que empieza O es de eterna duración. (Dudando) ¿Y si aun no está tan cercana La tierra porque suspiro Y ni la toco ni miro En las horas de mañana? Acaba el plazo y tirana, Ouerrá esa gente virar Y no podré, ;ah! al marchar, Si he de obedecer así, De que he llegado hasta aquí Ninguna prueba dejar. Dame-joh Dios!-para mi mapa Un pico que el mar no alcance, Alguna roca, un avance De la tierra que se escapa, Oue si nunca el mar lo tapa En su horrible convulsión, En esa muda extensión Y como su último amigo Será un eterno testigo De que aquí llegó Colón.

ESCENA IV

Colón — Rodrigo — García, Pilotos, Marineros, etc. (Cuando está aún Colón solo, suenan dentro voces de pendencia).

Voces. No será.

Otras. Pues, si, será.

Colón. ¿ Qué es eso? ¿ Quién así grita?

(Invaden ahora la escena los que indica el epigrafe).

Rodrigo. Sostiene este mentecato (por Garcia)

Y con él otros afirman, Que se virará de rumbo Si al amanecer el día

No se ve tierra.

CoLÓN. Impacientes

Estáis. ¿Y el plazo? No expira

Hasta mañana a la noche.

GARCÍA. Almirante: yo decia

Y digo, que es temerario,
Después de la mar corrida,
Insistir en una empresa
Cuya conclusión prevista
Es la muerte. Si quisisteis
Probar vuestra valentía,
Si aspirasteis a que fuera
Patente vuestra pericia
De sin igual navegante,
Veis la meta conseguida
Del deseo, y con la vuestra

Del deseo, y con la vuestra Probada nuestra energia. Dejemos ya estos empeños, Que la obediencia debida

Allí donde acaba el mundo

Según colijo, termina.

Dicen bien!

Bravo!

Como él Piensa la marinería.

Voces.
Otras.

OTRAS.

OTRAS.

No piensa así.

Tenemos hijos!

OTRAS. Colón

¡Fuera, fuera!

(con energia) ¡Silencio! Quién os excita
A estas tristes algaradas
Hace mal. Por cobardía
Tomara quien no supiese
Que sois gente decidida.
Esas muestras de impaciencia
Hoy que más que nunca brilla
La esperanza en que a todos
Indicios ciertos animan.

Voces.

Colón.

¡Y esposas!

¿Y seréis, gentes sencillas, Vosotros solos acaso Los que dejasteis familia En las playas de la patria? ¡Esposa! Yo la tenia. ¡Hijos; ¡ay! también me esperan. Mil afecciones carisimas Del otro lado del mar Mis recuerdos solicitan: Pero estando ya tan cerca De mirar al fin cumplidas Todas nuestras esperanzas, Cuando el corazón palpita Sintiendo la tierra próxima. ¿Preferiréis por un dia, Acaso por unas horas, Dejar la hazaña emprendida Y volveros a la patria

Donde os señalen v digan: "Ése, es un loco que fué Tras ilusiones mentidas". A qué si tornáis más tarde, Hallando el punto en que fina El otro extremo del Asia, El que os contemple os bendiga, Admiradas, conmovidas, Griten: "Mirad ahí un héroe. Ése es de aquella marina Oue ganó para su patria ¿Con mil tierras, gloria altísima"? Y después ¿ no os será grato, A vuestras madres queridas, A vuestras dulces esposas, A vuestras amadas hijas, A más de un nombre glorioso, Regalar mil pruebas ricas, Botin de empresas gigantes, Trofeo de cien conquistas? Sabed que en la hermosa tierra A que el mar nos encamina Está Zipango, en que existen Tan grandiosas maravillas Oue hav hasta palacios de oro Desde el cimiento hasta arriba. En sus playas se hallan perlas, Tan hermosas y crecidas Oue con una que alcanzarais A muchos os bastaría, Mas, amanece. Dejadme Ver lo que alcanza la vista.

ESCENA ÚLTIMA

Colón comienza a subir la escalerilla que conduce al puente y los revoltosos van desapareciendo.

Suena de pronto un cañonazo e invaden otra vez marineros y pilotos precipitadamente la escena, gritando: ¡Tierra! ¡Tierra!

Colón sube algunas escaleras más del supuesto puente y detrás de él se precipitan todos.

Como si la emoción invadiese por completo los ánimos, la escena queda algunos instantes en silencio.

Las actitudes y la expresión de cuantos formen el cuadro debe ser escrupulosamente atendida por el director de escena, a fin de que se penetre el público de la solemnidad del momento.

La combinación de luces, puede también contribuir mucho al mejor efecto de esta escena.

Colón (señalando el horizonte). ¡Vedla como la soñé, Surge espléndida del mar!

(Todos los revoltosos se arrodillan).

Todos. ¡Perdón!

(Los marineros se entregan a toda clase de extremos, unos besan a Colón las manos, otros las ropas, otros lloran emocionados).

Colón. Yo os le doy. Mi fe Os contuvo.

GARCÍA (mirando aún hacia la costa y ajeno a todo lo que pasa).

Se la ve,

No es posible ya dudar.

Colón. Ya desembarcar ansío ¡Mis insignias de almirante!

> (Le traen un manto de púrpura y un pendón con una cruz bordada y las cifras de Fernando e Isabel entrelazadas; la cruz y las cifras bajo una corona).

En cuanto atraque el navío Bajaré. ¡Gracias, Dios mío! No en vano grité ¡adelante!

Que, por la ibera nación, De esa tierra que el mar baña Hoy tomaré posesión. ¡Gloria a Cristóbal Colón! ¡Viva Isabel! ¡Viva España!

Todos.

FRANCISCO PÍ Y ARZUAGA.





PRIMAVERA FLORIDA

El órgano esparce sus notas, historias remotas nos canta, y dentro del alma, al oirlas, nuestra infancia santa sale a bendecirlas.

El Sol en los altos vitrales policromos tonos enciende; el humo, formando espirales, asciende del santo incensario, y tiemblan las luces que van con las cruces marcando en el muro el Calvario.

Cubierta de flores el ara de la que nos guía y ampara, purísima estrella que indica la altisima huella y aliento nos da en el desmayo... Las niñas se acercan a Ella cantando las flores de Mayo. Proclámanla Madre y Señora y Reina de tierras y mares...

¡Ay, esos cantares qué lejos resuenan ahora! Ya siento en el alma el vampiro, la duda, que sorbe cruelmente;

ya no hay un suspiro que no tenga un dejo doliente.

Aquella otra vida, aquella mañana florida que estuve cantando en el coro, aquellos risueños

ensueños

de oro... Aquella blancura,

tan pura

que irradia de lo que miramos; aquel gran cariño

de niño

que tienen las cosas que amamos...
todo eso sin nombre,
¡qué pronto, que pronto se aleja!
y aquella ansiedad de ser hombre
¡que triste fracaso nos deja!

Las niñas de blanco vestidas, cantaban a coro;

sus voces unidas
eran un tesoro,
un tejido de oro
de dichas fingidas.

Y Mayo cantaba victoria,
llegaba, nimbado de gloria,
en blanco corcel de áureas alas;
escalas

de música y luz a su paso
nacían, y un brillo de raso
vestía sus galas.
Gallardo doncel era Mayo:
su espada dorada era un rayo
que el Sol le entregó, Primavera
bordó su divisa, que era

un lema de amores...

Las aves tejían primores
de arrullos,
las fuentes rumores,
las brisas murmullos,
y de sus capullos
salían a verle las flores.

Del órgano iguales los dejos, igual de la flor la fragancia, lo mismo del Sol los reflejos, pero, ¡ay, alma mía, qué lejos, qué lejos la infancia!

Julio Hoyos.



A RIVADAVIA

No era mi voz, que, resonando ahora debiera alzar de inspiración desnudo el canto de loor; grave y sonora, el arpa de los bardos argentinos, ansiara yo escuchar, atento y mudo. Pero reina el silencio; el tiempo avanza, llega la hora propicia, y audaz mi acento a levantarse lanza y el grito que le arranca la justicia.

Para el sabio y el bueno
cabe, a la vez, idolatrar la Patria
y amar la humanidad: el doble seno
acoge todo bello sentimiento:
y del genio profundo,
abarca un pensamiento:
la extensión del hogar y la del mundo.
¡Tal fuiste, Rivadavia!
¿ qué importa, pues, si meció mi cuna

donde la tuya no? De la fortuna un pedazo de tierra nos designa para ir a la vida o a la muerte. Quédate a la virtud, severa y digna, salvar con su poder el linde estrecho, y la fibra mover del entusiasmo en vuelo ajeno y en extraño pecho.

No temas, Rivadavia, que mi canto, con lizonja falaz, tu nombre ofenda, y el brillo fulgurante de tus hechos, fuera del campo de su luz extienda. Pródiga fué tu mente generosa en gérmenes de bien; pero, no siempre la cosecha abundosa recoge el sembrador; — voraz, impía, la discordia surgió, luchastes en vano, y, largos años, despertaste al día ausente de tu suelo americano.

¡Cuántas veces pensando
en el desierto lar, tu mente inquieta
volaría tras él—tras esa Patria
a que rendiste fervoroso culto,
y en cuyos hijos, por su mal, hallabas
indiferencia que rayó en insulto!
Mas ese corazón que tú alentabas,
sólo a grandes impulsos respondía;
allí del rencor vil o la venganza,
ni la sombra cabía.
Ambas y en las horas de esperanza
volviendo tu bajel al Plata nudoso,

por un momento contemplaste ansioso el tibio sol, y la ciudad querida. ¡Ay! de las patrias ondas alzóse, contra ti, la hirviente espuma; partiste, y tu vista humedecida, tu Buenos Aires se perdió en la bruma

Y mientras que las páginas obscuras de la Argentina historia se iluminan al brillo de ese nombre envuelto en luz la inmarcesible gloria. Tú, en el hondo letargo de la muerte, término obscuro de la humana guerra, descansa en paz, y a tu ceniza inerte, cálida sea la materna tierra.

AURELIO BERRO.





EL TAMBOR DE SAN MARTÍN

Con los héroes de todo un continente La muerte ha hecho sacrilego botin! Pero aun lucha con ella frente a frente, Y cuerpo a cuerpo, en actitud valiente, El anciano Tambor de San Martín!

Los esclavos se arrancan la librea:
"Termine, gritan, nuestra suerte ruin:
Sea Nación independiente, ¡sea!
La colonia infeliz..." Y a la pelea
También corre el Tambor de San Martin!

Escala, en son de guerra las inmobles Montañas, un brillante paladín; Y se enardecen los campeones nobles, Al vibrante compás de los redobles Que lanzaba el Tambor de San Martin!

Allá van los bizarros batallones!... Y en Maipo, en Chacabuco y en Junín, Destrozan las ibéricas legiones, Arrollando artilleros y cañones Al toque del Tambor de San Martín!

Cuentan, que en lo más recio de un combate, Incendia una granada al polvorín!... Firme y de pie, su fibra no se abate, Y entre montañas de humo el parche bate, Impasible el Tambor de San Martín!

Joven y hermoso, en Lima y sus afueras Lucía su uniforme y su espadín, Su airoso porte y bélicas maneras, Crujiéndole las botas granaderas Al rumboso Tambor de San Martin!

¡Qué tiempos! ¡Qué aventuras! Cuántas cholas De alma angélica y tez de serafín, Suspiraban llorosas, mustias, solas, Porque oyeron las dulces mentirolas Del galante Tambor de San Martín!

Enfermo yace el invencible atleta, Relegado de un pueblo en el confin; Ya no hay dianas ni toques de retreta... Pasó, pasó la juventud inquieta Del ardiente Tambor de San Martín!

Por él son hombres libres los ilotas...
Y lleva un traje de raído brín!
Vive en un rancho y en lugar de botas
Miserables y rústicas ojotas,
Sólo lleva el Tambor de San Martín!

¡Pan y ropas y techo al veterano
Escapado al sacrilegio botín!
Patria de Monteagudo y de Belgrano,
¡Basta de ingratitud! Tiende tu mano
Generosa al Tambor de San Martín!

Que se yerguen las sombras inmortales
De los bravos de Maipo y de Junín,
Y estrechen con abrazos fraternales,
Necochea, Las Heras y Arenales,
Al ilustre Tambor de San Martín!

VICTORIANO E. MONTES.





LA LIMOSNA ESPIRITUAL

Vosotros que en este mundo cruzáis por senda florida con el alma adormecida por ilusiones de amor, vosotros que vais volando siempre en pos de una quimera parad, por Dios, la carrera y mirad en derredor.

Mirad ante vuestra dicha como se agita un enjambre de seres que tienen hambre, de seres que tienen sed; que tienen sed de justicia, que tienen hambre de ciencia, sin hallar una conciencia que al fin les diga: aprended.

Son ellos los pobres niños, los ángeles de la tierra, en cuyo pecho se encierra un corazón para amar; los únicos sin pecado que tienen alma inocente, que miran a Dios de frente porque le pueden mirar.

Con las manos sobre el pecho y con llanto en las mejillas, ved la infancia de rodillas demandando protección; esa infancia triste y sola por quien nadie se interesa, no pide el pan de la mesa, pide el pan de la instrucción.

Pide fuerza y poderio para llegar hasta el cielo, para poder en el suelo llevar la pesada cruz; pide una mano piadosa que le muestre el precipicio, pide auxilio contra el vicio, pide ciencia, pide luz.

¡Piedad para el pobre niño! Venid al pie de la tienda y dejadle como ofrenda "La limosna espiritual"; dadle un poco, dadle algo, dadle al menos lo que os sobre que el bien para el niño pobre no amengua ningún caudal. Pensad que esa nueva luz, que ahora brilla, es nueva aurora, ¿ qué son los niños de ahora? los hombres del porvenir; pensad que esa planta tierna debe estar siempre regada, pensad que si no dáis nada nada podéis exigir.

Pensad que vais por el mundo, que los hados no son fijos, y pueden ser vuestros hijos pobres en vuestra vejez; pensad que nunca es perdida acción tan noble y humana hoy por ellos y mañana por vuestros hijos tal vez.

Vosotros que habláis al pueblo de libertad, de derecho y que tenéis en el pecho para todos caridad, no miráis que junto al hombre el vicio siempre está en vela fundad, primero "La Escuela" si queréis la "Libertad."

ELENA X. X.



HIMNO AL ÁRBOL

Árbol bendito, amigo del labriego, Que extiendes tu ramaje protector Sobre el tranquilo hogar del campesino Como una santa bendición de amor: Arbol fecundo que das fruto y fronda. Sombra apacible y húmedo frescor. Oue en las horas ardientes del verano Templas el rayo abrasador del Sol: Tú, cuya copa levantada al cielo En muda v misteriosa adoración, Urna pareces, de verdoso esmalte, Nota de encanto y apacible unción, Crece fuerte y feliz, árbol amigo, De llanos y de cumbres esplendor, Ondeante corona de follaje Ramillete de místico verdor: Tú que susurrastes estremecido Sollozas melancólica oración Cuando al morir la luz del claro dia, Callan los mundos, adorando a Dios.

José María Aubín.



A LA PRIMAVERA

Huyó por fin el perezoso invierno: Las pardas nubes que apiñadas antes Coronaban los turbios horizontes En gigantescas masas divididas, Disipándose van. Ya no se escucha Mugir soberbio en las quebradas rocas, Ni trémulo azotar las ramas secas Al ábrego sañudo; ni a su empuje Rechinando girar en la alta torre La atrevida veleta. Leves giran Por el tranquilo azul del firmamento Timidas bandas de fugaz blancura, Recamadas de púrpura de oro, Con ellas ciñe virginal la aurora Sus contornos de luz cuando en Oriente Al mundo anuncia la feliz mañana Y el mundo todo de placer sonrie.

Portadora de dulces armonías, El aura en fácil y apacible vuelo Sus alas tiende y bulliciosa mide
De la ancha vega la llanura hermosa,
Y todo al soplo de su amor verdea,
En risueña cascada se desprende
Del alto monte el saltador arroyo
Y al prado llega y lo fecunda y baña:
Y ora entre juncos murmurando corre,
Ora en remansos por correr se inquieta,
Ora su dócil surco prosiguiendo
Las caprichosas márgenes matiza
De tiernas flores que a su paso brotan,
Y al dulce influjo de su aliento crecen.

Y pomposa, la vid, fresca y lozana,
Del olmo ciñe el corpulento tronco;
Trepa a sus ramas; y en la altura copa
Briosa muestra su naciente fruto,
Riza sus ondas sin descanso el río,
Doblan su tallo, las esbeltas cañas;
Él les da perlas de su rica espuma,
Y ellas temblando de placer suspiran:
Y en dulces besos y en sentidos ayes
Sus dichas cantan y su amor le dicen.
Todos cubiertos de riqueza y gala,
Pródigo de perfumes a lo lejos
Formando bosques, los naranjos tienden
Sus verdes ramos, de azahar vestido
El dulce fruto de color de oro.

Y las aves en tanto ya se ocultan En el follaje obscuro, ya ligeras Con el vuelo desigual cortan el viento, Ya, caprichosos circulos formando,
Lucen sus alas de brillantes plumas;
Lucen su voz en armoniosos trinos.
Naturaleza toda se levanta
Fecunda en flores, de perfumes llena
Y respirando amor. Abre el tesoro
De sus inmensos bienes, y afanosa,
Como tributo de su amor, lo ofrece
Al apacible cielo que la admira,
Al encendido sol que la fecunda.

Lo mismo que en la edad de la inocencia, Por deliciosos sueños de esperanza, Atraviesan risueñas ilusiones; Así en el campo de colores lleno Ahora se siente resbalar tranquilo, Brillante y claro el bullicioso día; Tibias y castas las serenas noches, Dulces las horas. Primavera hermosa, Primavera feliz, ¡bendita seas!

Don celestial, magnifico presente, Estación de los dulces pensamientos, Estación del amor. Harto cansada De las pálidas horas del invierno, El alma te esperó. Tu influjo blando Despierta al triste corazón dormido Él el sueño mortal de sus pesares. Renacen ¡ay! como tus bellas flores Las bellas esperanzas. La alegría, Brota del blando sol de tus mañanas, Y es preciso olvidar. No más recuerdos De penosa inquietud. ¿ Acaso sólo Es patrimonio de la vida el llanto? ¿ Quién las penas nos dió nos dió el consuelo?

Renace, corazón, olvida y vive;
Puedes amar también; Naturaleza
Tiene templos de amor y en sus altares
El alma del pesar se purifica.
¡Cuán dulce y perfumado el pensamiento
Vuela en las brisas, y en las flores bebe
Misterios infinitos de ternura!...
Sé bienvenida, Primavera hermosa;
Primavera feliz, ¡bendita seas!

ogal serotes et comes to J. S.



LOS DOS LEÑOS

- ¿ Quién eres el de la ria?

- ¿ Quién eres el de la playa?

—Pino, me llamaba un día.

— A mi me llamaban Haya.

- Eres, entonces mi hermano...

— Hermanos somos en Dios, y a más, bajeles los dos, por voluntad del humano.

- ¿Sí? ¿Qué haces, pues, tan austero junto a esa fosa?

— Lo mismo que tú, anclado en ese abismo;

esperar un pasajero.

- ¿Sin timón?

- Ni es necesario.

- ¿Sin velas?

- No he menester.

—¡Triste jornada ha de hacer en ti el mortal!

-Al contrario.

Mi simple ser le redime

de todo acaso ruin: vo del principio v el fin sov la fórmula sublime. La cuna es trasunto mio: él en ella me presiente; vo sov su ocaso v su oriente, v a donde empezó le guio. ¿ Oué es al águila el gorrión? Pues, para mi, tú eres menos: y esos días de horas llenos que cuentas en tu extensión; tanta ola desatada. tanto horizonte marino son un remedo mezquino de mi infinita jornada. - Pues no hay bajel, en verdad, de igual esencia y virtud! ¿Cuál es tu nombre?

- Ataúd.

-Y tu mar?

- La Eternidad.

José A. Calcaño.





¿DÓNDE ESTÁ DIOS?

Dime, madre de mi alma, dime, madre, la verdad: ; está Dios en todas partes?

— En todas partes está. ; Llena el mundo?

-Si, lo llena.

¿ Me está mirando?

- Si tal.

¿ Está en la flor?

—En perfumes.

¿ Está en el cielo?

-Es su altar.

¿ Está en el aire?

-Es su aliento.

¿Está en el sol?

- Es su faz.

- Madre, comprender no puedo...

— La fe te lo explicará.

-¿Y qué es la fe?

-Rayo puro

de eterna luz celestial.
Cuando llegue con el tiempo
tus tinieblas a alumbrar,
esa luz, más elocuente
que mi labio, te dirá:
que hasta en el eco infantil
de la palabra fugaz
con que por Dios me preguntas
la esencia de Dios está.





EL PARENTESCO

Hace ya no poco tiempo Que me acosa sin descanso Un mocito blanco y rubio, Diciéndome a cada paso:

- "Adiós, pariente", y me para.
Yo pariente, ¿ "cómo vamos"?,
Me pregunta: ¿ "qué hay de nuevo?
Pariente, ¡ esto va muy malo!

Pariente, y es menester, Pariente, que nos unamos, Pariente, a impulsar el Arte, Pariente, los literatos.

Porque, pariente, en las letras Han picado, muchos zánganos, Y sin remedio, pariente, Nos van, pariente, a hacer daño."

Con mi paciencia y mi calma, Siempre he sufrido el chubasco, Dejando *parenterarme*; Hasta que ayer, ya cansado,

Díjele al mocito: — "Amigo, ¿Quiere usted decirme claro, Cuál es nuestro parentesco, Y en qué rama está fundado?"

Sin turbarse, el mozalbete, Quedó mirándome un rato, Y al cabo de un breve instante Me dijo, con desparpajo:

"Crei que usted lo sabía,
Oiga usted"... Y sin trabajo,
Dijo la genealogía
Por do al fin emparentábamos.

Se marchó, y yo pensativo Me quedé reflexionando; Mas no pude deducir, Por su explicación, el grado

De parentesco que había Entre nosotros. ¡Qué chasco! El mozo rubio, me dijo: Que el abuelo del hermano

De la suegra de la tía Del sobrino del cuñado De la prima de la esposa Del hijo de su padrastro,

Fué biznieto de la nuera De un primo en segundo grado Del yerno de la sobrina De la nieta del cuñado De la madre de la suegra De la esposa de mi hermano."

En este picaro mundo Se ven sucesos muy raros: Que siendo de origen guacho, Soy pariente de Fulano, Y así suelen ser parientes De todo el Linaje humano.





METAMORFOSIS

- Madre, - dice la niña, -Cuando el gusano En el blanco capullo Oueda encerrado, Éste se abre Y de él la mariposa Radiante sale. Cuando mueren las flores En el invierno, De la obscura simiente Oue cae al suelo, Brota altanera Otra flor más hermosa En primavera. Si después de la muerte Flor y gusano Nacen a nueva vida Regenerados, No volveremos A la vida nosotros Después de muertos?

- Sabe, - dice la madre, -Que de la cuna Es hermana gemela La sepultura; La muerte es sueño De que nos despertamos Cuando nacemos. Gusanos de la tierra Somos los hombres Y es la tumba el capullo Que nos esconde, Y que rompemos Para ser mariposas Oue van al cielo. Entre dos infinitos Puente es la vida Y naciente y muerte Son sus orillas: La tumba es cuna Y a la cuna venimos Desde otra tumba.





EL POETA Y EL SOLDADO Роета

Soy el alma divina Que alienta el corazón de las naciones, El astro que sus glorias ilumina!

Soy la canción primera Oue hace flamear al viento su bandera Y levanta a su sombra sus legiones!

Soy la eterna esperanza Oue en la frente del hombre reverbera, Y a cuva luz la humanidad alcanza, Desde su cárcel de fatiga y duelo

A vislumbrar el rastro Oue deia de astro en astro El Creador de los hombres en el cielo!

Soy el arrullo de la fe sublime Que en el idioma de los cielos canta Al alma de los mártires, que gime En la encendida hoguera

Y al corazon del Cristo que redime Desde su cruz la humanidad entera Y a su origen divino la levanta! Soy el rayo celeste que colora La bóveda estrellada de la tierra, Soy el rubor de la inmortal aurora

Que abrillanta y que dora Cuanto en la vida la ilusión encierra!

Yo canto al mundo las eternas leyes Que la sublime libertad inspira, Y al arrancar la estrofa de mi lira Hago temblar el trono de los reyes!

Al son del arpa mía

La desolada humanidad despeja

Su doloroso ceño:

Yo acompaño en mis cánticos su queja, Yo arrullo su agonía,

Yo la cierro los ojos y la enseño

Del sepulcro a la puerta,

Que la muerte es un sueño

Que en la inmortal eternidad despierta!

Yo soy el arpa que en el triste suelo Templa de Dios la mente soberana Para que cante a la creación humana: ¡Mortal, álzate al cielo!

Soldado

Yo soy la sangre universal que late

De la Patria en las venas;

Mi pecho es su muralla de combate!
Yo desnudo la espada
Por su gloria sagrada
Y rompo de sus plantas las cadenas!

Yo soy su vengador. Yo soy el brazo
Que aplasta la conquista en su sendero
Y estrella el cráneo del León Ibero
En la nevada sien del Chimborazo!
Yo soy la carne de cañón que alfombra
Sangrienta y palpitante,
Rota y hecha jirones,
El camino triunfante
Que conduce a la gloria sus legiones.

Yo soy la abnegación desconocida
Y la pena ignorada,
Soy la sangre vertida
Con todo el sacrificio de la vida,
Y sin otra ambición en su carrera
Que un jirón de bandera
Que sepulte mis miembros en la nada!

El amor, el cariño

Del dulce hogar, el apacible encanto,

Las caricias angélicas del niño

Y de la madre el llanto,

Todo lo que encadena

A la tierra y al cielo

Lo arrojo a la orfandad, lo hundo en el duelo,

Y con frente serena

Marcho al sublime horror de las batallas!...

Cuando el lamento de la Patria suena, Hasta el lamento de la madre calla!...

Yo soy el centinela de su gloria, Yo marco con mi espada su destino,

Yo mismo hago su historia
Regando con mi sangre su camino!
Para que el eco de su nombre vibre
Y cruce su estandarte el mundo entero,

Lo hago inmortal y muero Como un soldado libre!

¿Cuál es la brecha en que tu lira amante Batalla por la fe que tanto anhela?...

POETA

El destierro del Dante,
La tumba de Varela;
El tajo de la infame guillotina
Que hace rodar la frente iluminada
Y los dos brazos de la cruz divina
En la cumbre del Gólgota clavada!
Esa es la brecha que el deber me fija;
La paz universal es mi bandera;
A su gigante sombra se cobija

La humanidad entera!

Mis armas no son armas de la muerte,
Son la fraternidad y la esperanza:
El grito del cañón no es el más fuerte:
Donde él no llega, la razón alcanza!
Allá en el porvenir reluce un día

Sin hierros, sin banderas, sin cañones: Esa es la patria tuya! Esa es la mia! ¡La Patria universal de las naciones!

SOLDADO

La cima del futuro es el presente Y la paz es el fruto de la guerra! Bajo ese sol ¿ no brillará mi frente?... ¡ No! Yo he caído en la primer jornada, Al pie de mi bandera idolatrada Y abrazando mi tierra!

POETA

Si ha de brillar en la lejana historia
De la pasada gloria,
En la epopeya de supremo duelo
Que el poeta divino
Cantará a las batallas del camino
Que salva el hombre de la tierra al cielo.

SOLDADO

-; Esa es la gloria mía?

Роета

-¡Esa es tu palma!

SOLDADO

Hasta ese Sol; adiós!; Tú eres mi hermano!

Роета

¡Adiós!...¡jamás!... Marchemos de la mano: ¡Tú eres el corazón, yo soy el alma!

RICARDO GUTIÉRREZ.



ANDRESILLO

arridelan alpo Lumas midatos

La Libertad, El Pueblo, — iba gritando
Por calles y por plazas,
Cuando el jardín se viste de heliotropos,
De azules lirios y de rosas pálidas.
La Libertad, El Pueblo, — repetia

Sobre el fango y la escarcha, Cuando tiemblan los árboles desnudos

Y se encorvan las ramas.

Descalzo; el cuello al aire; mal prendido
El pantalón, que a la rodilla alcanza;
Sobre el cabello inculto, vieja boina
De dudoso color y rota malla;
Trigueño, endeble, sin descanso y ágil,

Por calles y por plazas,
A la lluvia y al viento,
Sobre el lodo y la escarcha
Iba gritando con su voz ya ronca:
La Igualdad, La República, La Patria.

Se llamaba Andresillo y contaria Diez primaveras a lo más. Su infancia Fué una penumbra dolorosa y triste, El despertar de un día de borrasca, Un pasaje del Dante, juna tragedia Escondida en la bolsa de una larva! Huérfano desde el punto en que sus ojos Se abrieron a la luz, - por mano extraña Recogido del suelo del suburbio. Hijo de la embriaguez y de la infamia, Creció entre golpes y denuestos, solo, Sin escuchar jamás esas palabras Oue parecen el salmo de las cunas Y que las madres verdaderas cantan. No le vieron jamás sus compañeros En los alegres corros de la plaza; Ni merodeó tampoco en los frutales Oue la ciudad circundan: ni su charla Hizo sonreir al viejo transeunte Que junto al grupo de chicuelos pasa; Ni precedió a las tropas en revista, Al vivo son la marcial charanga. Creció en un antro; conociendo el hambre;

Junto a un hogar sin llamas,
Y apenas supo andar, sus manecitas,
— Sus manecitas por el frío cárdenas —
Ofrecieron temblando al pasajero
Esas hojas inmensas en que vagan,

En orden apiñado Las lineas negras y las lineas blancas Vendiese poco o mucho, eran los golpes Su recompensa diaria
Y fuerza fué agotar la mercancia
Gritar: El Porvenir, La Democracia,
El Progreso, La Idea, con voz ronca,

Bien estridente y alta
Para aplacar la furia del verdugo,
De la mujer salvaje y sin entrañas
Que amparó porque sí, por hacer algo,
Al hijo del misterio y de la crápula.
Si el niño—; perdón, madre!— le decía,

Entre un turbión de lágrimas, Aquella loba contestaba alzando

Su diestra de gigante:

—; Tu madre fué una horrible mujerzuela!...
¡Un aborto del mal!...; no llores!...; calla!
En tanto un hombre, que paseaba ebrio

Por la mísera estancia,
Azuzaba a la bruja murmurando:
— Haces bien ¡ que se calle o que se vaya! —
Así entre el vicio, el odio y la miseria,
Pasó del pobre huérfano
La tenebrosa infancia,
¡ La infancia de Andresillo, un condenado

De que el Dante no habla!

II

Una noche de invierno, triste y fría, — Noche de lluvia sepulcral y opaca, — Andrés, enfermo, pero casi alegre Y sin números ya cruza la plaza Pensando en lo sabroso de su cena Y en lo caliente del jergón de paja.

No es fácil que le peguen; ha vendido
Todo lo que gritó y aunque se halla
Quebrantado y con fiebre, sólo el frío
De la lluviosa noche le acobarda.
De pronto oye un sollozo: es una niña
Huérfana como él, como él oleada
Del fango de la sombra y compañera
De oficio y correrias.—; Qué te pasa?
; Qué tienes?—le pregunta,— y suspirando
Dice la niña pálida:

- ¡Que no pude vender todos los números!

-; También a ti te pegan; pobre Paula!

—¡Me castigan de un modo que da miedo! la hermosa niña, exclama.

- ¿Cuántos números tienes? - Andrés dijo.

—; Ocho!—responde la pequeña.; Oh santa Compasión del insecto por el átomo! Andresillo infeliz, la frente baja, Compra los ocho números y sigue El camino que lleva a su covacha Calculando los golpes que le esperan,

Llena de angustia el alma, Mientras que de rodillas, en la noche,

Sobre las nubes pardas, ¡La madre de la niña sin amparo De gratitud y compasión lloraba!

Llegó Andrés a su cueva. Vió en lo obscuro El gastado jergón de húmeda paja Y sobre tosca fuente, junto al fuego,

El humo de las viandas.

—¡Si te quedó algún número, a la calle!—
La mujer le gritó.—¡La noche es mala
Y no pasaba gente!¡Estoy enfermo!—
Del niño balbucea la garganta
Ya llena de sollozos.—¡A la calle!
¡A dormir en los bancos de la plaza!
¡A cenar con los perros sin arrimo!—
Contesta la mujer y con la rabia
Que ahoga la voz de la piedad bendita,
Dejó al niño y la sombra, cara a cara.

Lo que el niño y la sombra se dijeron Es un misterio aun. ¡Tal vez el alma Enternecida de la pobre madre Sobre el niño tendió las leves alas!

Los quinteros que entraban En la ciudad, rigiendo adormecidos, Con mano floja, las carretas tardas,

Le vieron con asombro, Sobre el dintel obscuro de la casa, ¡Rígido, inmóvil, azulado, muerto, A la confusa claridad del alba!

CARLOS ROXLO.





LA ALONDRA

Cuentan v es positivo Que allá en tiempos mejores Y en su idioma nativo. Solian hablar las Aves con las Flores. De la misma manera, Con acentos süaves Y con voz hechicera Hablarian las Flores con las Aves. Ello es que una mañana. Mañana deliciosa. Vestida de oro, de jazmin y grana, Al pie de cierta fuente cariñosa Dando al sol sus colores Y a los vientos su esencia, Trataban varias Flores Un asunto muy grave; Pues aunque les sobraba inteligencia, Ninguna atina ni explicarlo sabe. Confusa las traia

Confusa las traia Ver a la Alondra un afanoso vuelo, Al empezar la luz de cada dia, Remontarse hasta el cielo. Cantar con misteriosa melodía, Y pronta y breve descender al suelo;

Y más las admiraba, Que haciendo altiva de su pluma alarde, De nuevo se elevaba

Al expirar la luz de cada tarde.

Después de muy diversos pareceres, Estas Flores hermosas,

Que hermanas deben ser de las mujeres, Y como las mujeres, son curiosas,

En asunto tan serio, Conformes decretaron

El modo de saber aquel misterio; Y así determinaron

Que la ocasión primera y oportuna, Al fin se aprovechara;

Y señalaron una

Que a la inocente Alondra preguntara. Leves mecian sus capullos rojos Medio dormidos en sus horas bellas, Cuando vieron venir por los rastrojos La dulce Alondra encaminada a ellas.

Y en el momento una Fresca y brillante rosa, Blanca como los rayos de la luna Le dijo, cariñosa:

"Es inmensa fortuna
 Tener en pluma las vistosas galas,
 Y levantarse al cielo

Al manso impulso de las sueltas alas.

Tú en envidiable vuelo,

Del espacio señora,

Te levantas y subes

Al expirar la tarde y con la Aurora, A las altas regiones de las nubes.

Dinos, Alondra leve, ¿ Qué misterioso encanto Tus mansas alas mueve? ¿ Qué nos revela allí tu dulce canto?" Sonrióse la Alondra (y ya se sabe Cómo se puede sonreir un ave)

Y saltando ligera, Con ademán inquieto, Corriendo la extensión de la pradera Depositó en las Flores su secreto.

Y las Flores temblaron
Y frescas y lozanas

Jamás este secreto revelaron
No igualándose en esto sus Hermanas,
Mas, desde entonces, al nacer el día
Y de la tarde al esparcirse el velo,
Las Flores, en dulcísima alegría,
Las frentes alzan contemplando al cielo.

Alzan al cielo la serena frente Las perfumadas Flores, Y exhalan sus olores, Para dar gracias al Omnipotente.

José Selgas.



CANTO AL TRABAJO

A ti, de Dios venida, Dura ley del trabajo merecida, Mi lira ruda su cantar convierte; A ti, fuente de vida, A ti, dominadora de la suerte.

Escucha cómo canta

La obscurisima voz de mi garganta

Lo que tienes ; oh, ley! de creadora,

Lo que tienes de santa,

Lo que tienes de sabia y redentora.

Porque eres fuente pura, Que manas oro de la henchida hondura, Fecunda y rica en mi canción te llamo: Porque eres levadura Del humano vivir, buena te aclamo.

Redimes y ennobleces, Fecundas, regeneras, enriqueces, Alegras, perfeccionas, multiplicas, El cuerpo fortaleces Y el alma en tus crisoles purificas.

¡Señor! Si abandonado Dejas al mundo a su primer pecado Y la sabia sentencia, no fulminas, Hubiéranse asentado Tumbas y cunas sobre muertas minas.

Mas tu voz iracunda Fulminó la sentencia tremebunda, Y por tocar en tus divinos labios Tornóse en ley fecunda El rayo vengador de tus agravios.

Si de acres amarguras Extraen las abejas mieles puras, ¿Cómo Tú no sacas de tu justicia Paternales ternuras Para la humana original malicia?

Fecundo hicistes el mundo, Feliz nos lo entregó tu amor profundo Y cuando el crimen tu rigor atrajo, Nuevamente fecundo, Si no feliz, nos lo tomó el trabajo.

¡ Mirad, ojos atentos, Toda la luz que irradian sus portentos, Todo el vigor que en sus empresas late!... ¡ No hay épicos acentos Para cantar el colosal combate! Mirad como a la tierra
Provoca con el hierro a santa guerra,
Desgarrando sus senos productores,
Donde juntos sotierra
Semillas, esperanzas y sudores.

El boscaje descuaja,
Las peñas de su asiento desencaja,
Estimula veneros, ciega fosos,
Y el alto cerro cuaja
De arbóreas plantaciones vigorosas.

Abajo, en la ancha vega, Trenza el río sereno y la desplega, En innúmeros hilos de agua pura Que mansamente riega Opulentas alfombras de verdura.

A veces, remansada, La detiene en la presa, y luego airada La despeña en cascadas cristalinas Con fuerza regulada Que hace girar rodeznos y turbinas.

Mirad cómo los mares Abruma con el peso de millares De buques que cargó con sus labores, Y a remotos lugares Manda de su riqueza portadores.

Mirad cómo devora La distancia en la audaz locomotora Que creó gallardísima y ligera; Mirad cómo perfora La montaña que estorba su carrera.

Cómo escarba en la hondura Y persigue el plan dentro la obscura Profunda mina que el tesoro guarda; Cómo la inmensa altura Va conquistando de la nube parda.

Cómo el taller agita,
Cómo en el templo del saber medita,
Y trepida en las fábricas brioso,
Y en las calles se agita,
Y brega en los hogares codicioso.

Labra, funde, modela,
Torna rico el erial, pinta, cincela,
Incrusta, sierra, pule y abrillanta,
Edifica, nivela,
Inventa, piensa, escribe, rima y canta.

El rayo reluciente,
Fuego del cielo, espanto de la gente,
Ha tomado en sumiso mensajero
Que de Oriente a Poniente,
Lleva latidos de vivir ligero.

Al padre y al esposo
Les da para los suyos pan sabroso,
Olvido al triste su dolor profundo,
Salud al poderoso,
Honra a la patria y bienestar al mundo.

Tiempos aun no venidos Del imperio triunfal de los caídos, ¡Derramad pan honrado y paz bendita Sobre hogares queridos Que templos son donde el trabajo habita!

Tiempos tan esperados, De la justicia que avanzáis armados: ¡Sitiad por hambre o desquiciad las puertas De alcázares dorados Que no las tengan al trabajo abiertas!

¡Vida, que vive asida, Savia sorbiendo de la ajena vida, Duerma en el polvo en criminal sosiego, ¡Rama seca o podrida Perezca por el hacha y por el fuego!

Y gloria a ti ; oh fecundo Sol del trabajo, alegrador del mundo! Sin ofensa de Dios, que fué el primero, Tú el creador segundo Bien te puedes llamar del mundo entero.

José María Gabriel y Galán.





A LOS ÁRBOLES

Plantemos nuestros árboles, la tierra nos convida; Plantando cantaremos los himnos a la vida, Los cánticos que entonan las ramas y los nidos,

Los ritmos escondidos Del alma universal.

Plantar es dar la vida al generoso amigo Que nos defiende el aire, que nos ofrece abrigo; Él crece con el niño, él guarda su memoria;

En el laurel es gloria En el olivo es paz.

El árbol tiene un alma que ríe entre sus flores, Que piensa en sus perfumes, que alienta en sus amores; El besa con la sombra de su frondosa rama;

> Latidos y alegrias Sonrisas y calor.

El árbol pide al cielo la lluvia que nos vierte; Ahoga en nuestros aires el germen de la muerte Por él sube a las flores la sangre de la tierra Y en él perfume encierra Y eleva su oración.

Proteja Dios al árbol que planta nuestra mano, Los pájaros aniden en su ramaje anciano Y canten y celebren la tierra bendecida Que les infunde vida, Que les prodiga amor.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.





EL SABOYANITO

POEMA INÉDITO, DE GUIRAUD

CANTO PRIMERO

LA PARTIDA

- " Parte a la Francia, pequeñuelo mio.
- "¿De qué sirve mi amor? ¡No tengo nada!...
- " Alli se vive con tranquila dicha:
- "¡El sufrimiento, aquí, nos parte el alma!
- "Mientras mi lecho sustentó tu vida
- "Y mi labor a nuestro hogar bastaba
- "; Ah! ¿quién me hubiera dicho que a tus besos
- "Y a todas tus caricias renunciara?...
- "Pero estoy viuda; solitaria, enferma,
- "¿Adónde he de tornar ya la mirada?
- "¿Adonde mendigar tu subsistencia?
- "¡Entre pobres también!... Oh, ¡jamás! nada,
- "Deja a tu madre, pobre saboyano,
- "; Marcha, hijo mio, adonde Dios te arrastra!...

"Pero por lejos que tu paso lleves

" Piensa en la choza en que tu madre aguarda.

"Ven; que antes de dejarla nos reuna.

"Una madre bendice con el alma:

"¡Hijo mio, que un beso te bendiga!...

"-¿ Ves esa encina, al pie de la montaña?

"Hasta ella llegaré; ya hace cuatro años

" Acompañé a tu padre hasta su planta.

"¡Pero él, alma de mi alma, no ha tornado!

"Si pudiera guiar tu tierna infancia,

"Yo con menos dolor te dejaría.

"Pero ; ay! endeble al emprender la marcha

"Sin contar aun diez años, ; partes solo!...

"¿ Qué es lo que harás si Dios no te resguarda,

"Entre los malos de que el mundo abunda,

"Y sin madre que aliente tu esperanza?

"¡Oh! no tener un pan para nutrirte!...

"¡Pero es fuerza sufrir, pues Dios lo manda!

"No llores al dejarme; a los palacios

"Lleva siempre la faz regocijada,

"Y aunque a veces la suerte te importune,

" Para distraer al poderoso, ; canta!

"Si, canta mientras la onda del destino

"Tu inocencia infantil no despedaza,

"Y acompañado de tu fiel marmota

"Repite en los reposos de la marcha,

"Las canciones sencillas que mecian

"El sueño candoroso de tu infancia!...

"Si mi fuerza anterior hoy me volviera,

"De la mano guïando tu pisada

"Partiria contigo; pero ; ay! triste

- "Tendrias que dejarme solitaria:
- "¡Y yo quiero morir donde he nacido!...
- "Escucha ahora mi postrer palabra:
- "Si tú quieres que Dios no te abandone
- "Levantando tu férvida plegaria,
- "Recuerda que es el solo bien del pobre
- "El don con que en la vida se le ampara
- "Ruega, pidiendo al rico generoso,
- "¡En nombre del Señor; ten esperanza!...
- "¡Adiós!...¡Adiós!..."

El sol tras las montañas

Ocultaba su luz; la madre dijo:

"Separémonos ya..." Y el niño marcha A través de las lánguidas encinas ¡Conteniendo sus lágrimas amargas!

CANTO SEGUNDO

PARÍS

- "Vosotros que pasáis ¡oh! socorredme.
- "Tengo hambre; cae la nieve amontonada;
- "La tierra hiela. Tengo frio. Es tarde;
- "El viento enfurecido se levanta,
- "; Y estoy casi desnudo!...

" Mientras todo

- "En los palacios vuestra voz aguarda,
- "Arrodillado en el umbral, a veces
- "Suelo llorar...; Oh! dad; poco me basta:
- "Soy un niño; ¡un centavo me mantiene!
- "En nuestras selvas tristes y lejanas
- "Se me dijo que aquí pan hallaría,

"Que el rico en el dolor nos ayudaba;

"Yo soy pobre y mirad, tiendo la mano

"Y quiero trabajar; ¡tenedme lástima!

" Mi voz tiembla de frío y, sin embargo,

"Elevaré mi canto, ¡si os agrada!

"¡Ah! no me escucha; corre; va a una fiesta

"Cuyo rumor me llega en oleadas,

"A terminar tranquilo y satisfecho

"Un día alegre en una noche plácida,

"Y mientras tanto yo, vago doliente

"¡Buscando una garita abandonada!

"¿Cuándo podré bajo el hogar paterno

"Reposo hallar?...; Oh! dadme mi cabaña,

"Dadme la cena que en su umbral comía,

"Y al descender la noche solitaria,

"La oración que subiendo hasta los cielos

"¡Siempre, siempre dejaba una esperanza!

"Madre, al partir llorando, me decias:

" Parte, crece, prospera, ten confianza,

"Y vuelve pronto... Pero yo, pequeño,

"¿Caeré también envuelto en la desgracia,

"Y debiendo morir, moriré acaso

"Sin haber, para ti, ganado nada?...

"¡No se muere a mi edad. Algo me infunde

"El valor celestial de la esperanza!

"Mas, ¿ qué vale esperar? ¡ Ya mi marmota

"Sirve la nieve de fatal mortaja!..."

Y débil inclinaba la cabeza

Sobre la tierra fría; lo ocultaba

La nieve a medias cuando un dulce acento Resonando a través de la borrasca Lo despertó, diciendo: Managar de sono

on and of phose there" - Nuestra hora

"Es la hora del peligro y la desgracia;

"¡El huérfano es nuestro hijo!"

Y dos mujeres

Lo levantaron de la nieve blanca Él, dócil y confuso a sus acentos, Temeroso al principio titubeaba, Mas vió brillar la cruz entre sus dedos Y persignándose, emprendió la marcha!...

CANTO TERCERO

EL REGRESO

Con sus cimas altivas, con sus nieves, Qué hermosos son los Alpes! Todo encanta En sus valles alegres: la verdura. Los bosques, y las flores y las aguas. ¡Feliz el que se para en sus orillas! ¡Feliz el que regresa a sus montañas!... Solo, a lo lejos, en el verde valle Estampando sus débiles pisadas En el camino que a Sabova Ileva, ¿Quién es ese viajero de la Francia? Es un niño, camina apresurado. Pronto toma la senda despejada Del vallado; vestido de domingo, Un pan entero entre su saco guarda! ¿Por qué apresura su camino incierto? Es que quiere pasar esa quebrada. Sin detenerse hasta mirar su aldea

Y descubrir en ella su cabaña! ¡Pasó! ¡Helos allí! La fuente, el bosque Como el torrente azul, ¡tales estaban! Ya al verse al lado de su aldea hermosa Olvida las fatigas de la marcha!... Llega contento y mira. ¿Pero, cómo, Nadie lo espera allí? ¿qué es lo que pasa? Su choza está cerrada y, sin embargo, El humo negro de su techo se alza En altiva espiral, y el niño entonces: "¡Abrid, dice, soy yo!" — y llama, llama, La puerta cede y al entrar, dichoso, La madre enferma, a medias se levanta Y henchida de placer: - "¡Oh, hijo mio, "Vuelves por fin! con regocijo exclama, "Mientras él la acaricia entre sus brazos. "- Estoy enferma, dijo, Dios me carga "Con el peso del mal; pero quería "Verte antes de morir; ; poco me falta!" Y él contestó: — "Bastante, madre mía, "Sin mi amor te has hallado abandonada. "Vive; soy grande y rico para siempre..." Y las manos del niño desligadas El don de sus trabajos descubría: ¡Un solo pan, y tres piezas de plata!... La madre respirando con esfuerzo, Con la vista empañada por las lágrimas Fijaba su mirada, sobre el alto Crucifijo clavado en la cabaña: - "Es Él, el Dios del huérfano y el pobre, "El Dios de los consuelos y la infancia,

- "El que me daba fuerzas en la ausencia,
- "El que me daba aliento en la desgracia.
- "El Cristo del hogar a quien las madres
- "Invocan con afan; el que nos salva
- "Si nuestros hijos parten; ¡que protege
- "Nuestros rebaños y nos da esperanza!
- "Necesito socorros, pobre, enferma,
- "¿Me serás siempre fiel, niño del alma? Y el niño dijo, arrodillado ante ella:
- "¡Que te dé Dios una existencia larga!...

Traducido libremente del francés, por

MARTÍN GARCÍA MÈROU.





AZAHARES

Yo soy el bardo de los amores, Que errante y solo salgo a cantar De mis montañas y de mis flores Y de mis huertos de blanco azahar.

Duermen en las cuerdas el canto alado, Duerme en el alma quieto el amor, Cuando el invierno con soplo helado Quema en el tallo la tierna flor.

Hoy vuelve amante la primavera Cantos y flores a despertar, Mece en los aires su cabellera, Que orlan diademas de blanco azahar.

Cuando en las ramas del nuevo nido, De amor y gozo canta el zorzal, En aquel canto, nunca aprendido, El himno ardiente del azahar. Cuando la luna, dulce viajera, Solemne y triste llama a soñar, Olas de incienso la selva obscura Vierten aromas el azahar.

Rioja querida, nativo suelo, Novia llorosa de ausente amor, Con cuanto lujo viste tu suelo De tus naranjos lívea flor.

Mientras entre tus muros ennegrecidos, Cuentan y lloran tu soledad, Pueblan los aires adormecidos La embriagadora flor del azahar.

Si no te buscan, si no te aman, ¡Oh! Rioja mía, cese el gemir, Aves y flores siempre te aclaman De los azahares reina gentil.

Yo soy el bardo de tus dolores, Que errante y solo salgo a cantar De tus montañas y de tus flores Y de tus huertos de blanco azahar.

Tuyo es mi canto, tuya es mi lira, A ti te debo todo mi ser, En tus azahares mi alma se inspira, Son tus sonrisas mi único bien

Hija del Andes y del desierto,

Quiero en tus muros sepulcro hallar, Que en primavera sea cubierto Con suave alfombra de blanco azahar.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.





A SARMIENTO

(EN SU PRIMER CENTENARIO)

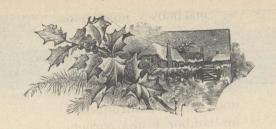
Duerme, Sarmiento, el sueño de la muerte Arrullado en los brazos de la Historia, ¡Que es de la tumba la materia inerte, Y es de la Patria el sol de tu memoria!

Hombre de genio que en San Juan naciste, Duerme feliz, pues la niñez te vela. ¡Ese núcleo de almitas, que quisiste Puesto que eran el alma de tu escuela!

No temas el olvido; tus hazañas, Las sabe el Plata y las venera el Ande, Y, uno tras de otro eco, sus montañas, Te proclaman de grandes el más grande.

¡Duerme feliz!... que tu conducta encierra Luz, voluntad, saber, honor, cariño... ¡Astro inmortal de la argentina tierra, Juro adorarte yo, que soy un niño!...

JUANA MARÍA CASTERÁ.



LOS TÍTERES

POEMA CORTO

Hay títeres esta tarde, y arde en júbilo la aldea. Pensamos la gente y yo de muy distinta manera: lo que a todos regocija, a mí me causa tristeza.

I

Ayer, al volver a casa de dar al campo una vuelta, al paso de mi caballo, alcancé en la carretera el convoy en que llegaban los que van a hacer la fiesta. Un caballejo peludo, al compás de su cojera, tiraba penosamente

de un tosco cajón con ruedas; asomaban fuera de él. como sirviendo de muestra. unos largos palitroques, un tambor y una corneta, v caminaban detrás. formando gentil pareja, un hombre v una mujer, ambos de cara famélica. marcada por los estigmas del vicio v de la miseria. Cuando pasaba delante volvi un punto la cabeza, y vi dentro una chiquilla. rubia como unas candelas. con la carita muy triste, pero muy linda, como estas dos chiquillas adorables, una rubia, otra morena, que con sus risas y lloros de alegrías y de penas, de gozos y sobresaltos, mi casa y mi vida llenan.

No. of the last

La tarde es desapacible, soplan recias ventoleras, y por un cielo plomizo pardos nubarrones vuelan.

De la gente el alboroto

en mis oídos se mezcla al graznido de los grajos, que en grandes bandadas vuelan. La ventana da a la plaza; de modo que, aunque no quiera, a menos de que la cierre, algo veré de la fiesta... Ya llega de la posada la compañía completa: viene el hombre de payaso. y la mujer de bolera, y la pobre niña rubia, que lástima causa verla con su cuerpecillo flaco consumido por la anemia, vestida de malla azul bordada de lentejuelas... El redoble del tambor y el toque de la corneta, en el centro de la plaza a la multitud congrega en torno de unos maderos que a una horca se asemejan, donde penden un trapecio, dos anillas y una cuerda... El payaso, haciendo el corro, provoca en la concurrencia aplausos y carcajadas, voces, gritos y protestas; y al acallarse el concurso, cuando la función empieza,

veo, por cima de aquel hormiguero de cabezas. como un insecto brillante que por un hilillo trepa, la niña, que se encarama al trapecio por la cuerda. Por no ver e espectáculo, entornando las maderas, enciendo luz, tomo un libro y, sin abrirle siquiera, me quedo pensando un punto en la pobre niña, presa entre las garras infames del vicio v de la miseria; y cuando juzgo imposible que llegue a librarse de ellas, oigo un clamor angustioso y un grito que el alma hiela; salgo a la plaza y contemplo, lleno de horror, esta escena: la multitud que se agolpa. el médico que se acerca. la mujer que llora y grita, el payaso que blasfema, y con los ojos sin luz. pálida como la cera, manchada de polvo y sangre, la pobre niñita muerta.

Campanada tendise al Austr

Sentimos el pueblo y yo de muy distinta manera: hoy todos lloran v gimen, y a mi este dia me alegra. Yo he preparado el entierro de la pobre niña muerta, v quiero asistir a él como si fuese una fiesta. He mandado que la quiten el traje de lentejuelas y que la vistan de blanco de los pies a la cabeza; En una cajita blanca al campo santo la llevan: cuatro niñas la conducen. blancas flores la rodean. y su carita, antes triste. ahora va tan placentera, que sobre un lecho de flores parece que duerme... v sueña

Y el día es claro y alegre, el sol brilla y centellea, el cielo es azul purísimo y la atmósfera serena... Una paloma que anida en la torre, a la primera campanada tendió el vuelo, y, rauda como una flecha, se pierde en el cielo azul, de infinita transparencia, mientras, dominando todo con sus voces placenteras, repican tocando a gloria las campanas de la iglesia.

CÉSAR MEDINA BOCOS





A LOS MUERTOS POR LA PATRIA

A través de la bruma de los tiempos las leyendas de las glorias se abrillantan, y fulgura más vivido el recuerdo del que muere luchando por la Patria.

Ante su altar se postran reverentes los pueblos que su esfuerzo libertara, y en él buscan consejo, inspiraciones, virtudes, energías y esperanzas.

Héroes gloriosos de una limpia historia; hijos preclaros de la Patria amada; fuertes varones que por redimirla, lo disteis todo: sangre, vida y alma...

¡No moriréis jamás! Vibrará vuestro nombre del noble bardo en la canción sagrada, en la plegaria de la casta virgen y en las voces divinas de la infancia.

José María Aubín.



LOS NIÑOS

AL DOCTOR MANUEL T. PODESTA

I

¿Veis un botón de rosa? Eso es un niño. ¡Soplo — aroma — misterio — florescencia! La nítida blancura del armiño Símbolo es de su cándida inocencia.

Todo lo hermoso y delicado y suave: ¡Batir de ramas — palpitar de frondas — Pluma en el cisne — cántico en el ave — Rumor de besos y murmurio de ondas!

¡Oh!¡fúlgida niñez arrobadora! Edad de la plegaria y la sonrisa, Pura como el rocio de la aurora, Suave como el aliento de la brisa.

Edad en que ni el odio, ni la duda, Agitan los dormidos corazones — Y la fe de la madre nos escuda Y nos mecen sus lánguidas canciones. Edad en que al espíritu no hieren Remordimientos, ni ambición salvaje — Las ilusiones pálidas no mueren, ¡Ni es la dicha fantástico miraje!

¡Ah!¡Quién pudiera remontar la vida Y a la infancia volver del sentimiento — Para decir al corazón ¡olvida! Y¡resurge! decir al pensamiento!

¡Remontar del pasado la corriente Y desandando el lóbrego camino, Ser el plácido arroyo cristalino Y no el impuro bramador torrente!

II

En las tardes heladas del invierno Cuando todo suspira y se entristece Y la bruma los cielos obscurece Y el día —por lo fúnebre — es eterno:

Pienso en los niños que el turbión azota, En los trémulos niños y desnudos, Que van descalzos — la camisa rota, Hoscos, hambrientos, lívidos y mudos...

Pienso en los niños sin amor de madre, Sin rumbo en la tormenta de la vida, Que ignorando hasta el nombre de su padre ¡Conocen del dolor la cruel herida!

Errantes bajo el ábrego y las lluvias, Pienso, entonces, que nadie les espera, Y en sus graciosas cabecitas rubias ¡Ni un beso dejará la primavera!

Y cuando alguno cruza ante mi paso Con la enfermiza palidez del cirio, Triste los ojos de fulgor escaso, Ver me parece deshojarse un lirio.

Pienso en los niños que la muerte espía En el antro letal de la miseria — Donde es larga la noche — opaco el día — ¡Donde aguza sus garfios la difteria!

Pienso en el niño anémico que espanta— Pienso en los niños que un mendrugo imploran: Y parece que inunda mi garganta El torrente de lágrimas que lloran.

III

¡Poderoso que abruma la riqueza Y que sientes nostalgia en tus jardines: Con las migas, no más, de tus festines, Aliviara su llanto la pobreza!

Allá en las horas en que el viento zumba, Cuando la nieve en remolinos baja Y con su manto gélido amortaja La piedra silenciosa de la tumba; Mientras corren las nieblas del espacio Y crujen las tremantes alamedas;— Tú duermes entre púrpuras y sedas: ¡Muchos tiemblan al pie de tu palacio!

LEOPOLDO DÍAZ.



A UN GORRÓN

¡ Nada! ¡ Decididamente!

De hoy no pasa;

El mal se ataca de frente,

Para usted no estoy en casa,

Mi querido don Vicente.

Hace tres años o cuatro

Que le estoy sufriendo a usted

En mi casa, en el café,

En la calle, en el teatro,
¡ A todas partes conmigo!

¡Qué castigo!

Me tiene usted muy cargado, Sépalo usted, caro amigo, Y lo de caro, lo digo, Por lo que usted me ha costado. He de aguantar a un gorrón Que siempre me ha de moler Con alguna petición Fundándose en la razón De que me ha visto nacer...

Bueno fuera!

Que le sufra a usted quien quiera; Yo naci inconscientemente Por voluntad del Eterno: Si sé que está usted presente. Me vuelvo al claustro materno Mi querido don Vicente. Exagerando el cariño Que dice que me profesa, Me trata usted como un niño Y hasta me abraza y me besa. Mas, sus caricias rechazo Y quiero que en paz me deje. Pues cada beso y abrazo Me cuesta luego un sablazo Que me parte por el eje. Y por eso me incomodo, Y por eso se lo digo, Que el que se porta conmigo De ese modo, se expone, naturalmente, A que vo le diga Que ni es honrado, ni es decente, Como se lo digo a usted Mi guerido don Vicente. Mire usted que es mucho cuento Sin motivo ni razón No verme libre un momento, De semejante gorrón. No hay manera de evitar Que me venga usted a ver, A las horas de almorzar Y a las horas de comer.

Es claro, como es tan grande El amor que me profesa, Se sienta usted a la mesa Sin que nadie se lo mande. Y come que es un espanto Lo mismo que un sabañón, Y vo, por educación, Se lo aguanto. Toma usted luego, café, Ya se vé! Y una copita, y dos puros, Y con cara lastimosa Me habla usted de sus apuros Y me pide cuatro duros, Asi, como si tal cosa. Mas, basta ya, en adelante, Busque usted algún pariente Oue lo aguante, Que yo ya le di bastante Mi querido don Vlcente. ¿Le debo a usted algún favor? No, señor! Es decir, como no sea, Oue al comer conmigo, crea Oue me dispensa un honor. Váyase usted a la porra O busque quien lo socorra! ¡ Nada! ¡ Nada! No aguanto más, una gorra Tan pesada. No quiero saber si vive,

Olvidese usted de mi
Y no vuelva por aqui
Porque no se le recibe.
Ya se lo he dicho al portero:
Si viene ese caballero tan gorrón,
Aunque peque de grosero,
Cumpla usted su obligación:
Que a mi casa, no se pasa;
Que esta es mi decisión
Y que si lo encuentro en casa,
Lo tiro por el balcón.
Eso he dicho y eso haré;
Lo he pensado seriamente;
Conque, ya lo sabe usted,
Mi querido don Vicente.

VITAL AZA.





EL BESO MATERNAL

FRAGMENTO

¡Felices los que han sentido Su tierno rostro oprimido Por el beso maternal!

¡Dichosos los que han oido, Y al canto se han adormido De aquella voz celestial!

Tú no puedes comprender La dicha de poseer Lo que tienes, niño, ahora;

Lo que vale esta mujer Que ríe con tu placer Y que si tú lloras, llora;

Que vela siempre a tu lado Con solicito cuidado, Y tu querer adivina;

Su amor desinteresado, Tan dulce, tan sosegado Como el aura matutina.

Niño, cuando la razón

Alumbre tu corazón V veas como es debido. Recuerda con que ilusión, Con qué delirio y pasión Esta mujer te ha querido. Besa el polvo que pisó Y la cuna que meció Con un afán tan prolijo; Respeta lo que tocó, Lo que te dijo v mandó; Mucho debe hacer un hijo! Alza su lánguido brazo, Forma con el tuyo un lazo, Y no lo sueltes jamás. Dirige su tardo paso, No andes en amarla escaso: Nunca cual ella amarás.

JOSEFA MASSANÉS.





LAS TRES SOMBRAS

Como susurro de la mar calmada, El eco de los júbilos del día, En el alto reinado de la noche, Lentamente expiraba. El aura leve, Impregnada en incienso. La última oscilación repercutía

Moreno, Belgrano y Luca; el publicista, el guerrero y el poeta de la Revolución, estuvieron iniciados en el pensamiento de ésta, desde mucho antes que estallara en 1810. Son tres nombres simpáticos, tres glorias argentinas, al abrigo de todo reproche, por haber comprado a precio de una muerte temprana, la fortuna de no ser partícipes en nuestras encarnizadas luchas civiles.

Don Esteban Luca, pereció náufrago en uno de los bancos del río de la Plata. Es autor de las primeras canciones que convocaron al pueblo « a la lid tremenda contra sus tiranos ». Más tarde cantó las victorias de Chile y del Perú, señalándose entre sus composiciones por la elevación del lenguaje y las ideas, la que comienza así: « Allá en la cumbre de los altos Andes ». Es el primero de nuestros poetas que haya vaticinado con admirable ciencia y filosofía los beneficios futuros de la paz, sostenida por las virtudes sociales y las buenas instituciones políticas.

El señor Luca fué coronel de artillería, y habiéndosele encargado la dirección de los trabajos comenzados por el ingeniero Monasterio, fundió cañones y morteros, y construyó armas blancas para dotar nuestros ejércitos del Alto Perú y de la Banda Oriental.

De la bandera de Maipú salvada; Y, soles de la idea, los luceros, Fieles, y misteriosos compañeros, Del vate, y del soldado en las vigilias, Como los ojos de su Dios velaba Sobre el pueblo inmortal. Hora solemne Era aquella, y de paz. Hora en que el alma Remonta la carrera de los tiempos, Y de mirtos, y lauros y de palmas Orla la sien de los varones grandes. ¡Hora de la justicia! No a implorarla Se acercan esas sombras. Reverentes, Con apacible faz, bañada en llanto, Las tres al pie del monumento lloran. Y con la fe y el júbilo del santo, Clamando ¡Patria! las rodillas pliegan. Una llama del fósforo del genio Las circunda a las tres en espirales. Remirando hacia el cielo, Así hablaron con labios inmortales:

LUCA

¡Buenos Aires! mi frígida tumba No ha extinguido el volcán de mi pecho; Me levanto del líquido lecho, Y mi lira resuena otra vez.

Yo he cantado tu gloria o martirio Desde el fondo arenoso del Plata, Al fragor que las ondas desata Al rugir del Pampero cruel. Aumenté su raudal con mi llanto; Suspiré con su brisa fragante: Trovador ¡oh, mi Diosa! constante Otro amor no canté que tu amor.

¿No eres tú la belleza soñada Cuando envuelta entre fajas azules, Te coronas con cándidos tules Sobre el trono esplendente del Sol?

Era Mayo; — y en rápida rima Encendí la virtud en las almas; Y batiendo anhelosa las palmas La bravura naciente alerté.

Y fundiendo en crisoles los bronces. Y trocando el acero en puñales, Preparé tus guerreros anales Y las cumbres del Andes mostré.

¡Oh! qué días aquellos tan bellos, Perdonad mi jactancia, señora: Es la lira la que habla, y que llora En los labios del viejo cantor.

Si tornase la aurora de Mayo, Si la antigua virtud renaciera, En mis fibras sonoras hiciera Revivir mi entusiasta canción.

BELGRANO

Cual un rayo del cielo Electrizó mi brazo el verbo ardiente Que el tribuno lanzó sobre este suelo.

Y a la voz obediente De "muerte, o libertad", trepé la sierra, Clamando ¡Libertad!; clamando ¡Guerra!

Brotaron de la nada Capitanes, cureñas y soldados; Y en derredor de la bandera amada,

Llegaron denodados, Cabalgando sus potros de batalla, Los esclavos de ayer, de ayer canalla.

¡Cuánto se regocija Mi corazón patriótico pensando, Que a los verdosos pies del Aconquija

Debelé batallando, Las porfiadas legiones invasoras De la tierra del Sol, antes soñaras!

Varia fué mi fortuna, Cual la fortuna de mi Patria hermosa; Ora alzaba triunfante hasta la luna,

Ora por misteriosa Mano humillada, y en el polvo hundida, Réproba de su Dios, por Dios ungida. ¡Misterio de la Historia! Al abortar la tierra pueblos grandes Se estremece entre llamas, y entre escoria.

Como los rudos Andes Cuando al frente de cráteres airados Engendran los metales codiciados.

MORENO

Adolorido, inquieto el pensamiento, Mas siempre esclavo de la fe primera, He visto conmoverse en su cimiento La creencia de juvenil quimera; He visto la virtud falta de aliento Al resplandor de encarnizada hoguera: Y si he llorado el mal, acariciando La esperanza del bien, dormi esperando. ¿No era de Dios, interpretar las leyes, No era del hombre, rescatar las almas, El arrancar los cetros a los reyes Y dar al pueblo soberano palmas? Al ocio dado, y a los vicios muelles Postrado el genio en indolentes calmas, Levantarse, y luchar era el destino Impuesto por el cielo al argentino.

No hay valladar ni diques al torrente Que de los dogmas del derecho brota; No el misterioso dardo de la mente Entre las mallas del error se embota. De libertad la generosa fuente, Las culpas lava de maldad remota: Y bañados con ellos los esclavos De su ominosa cruz rompen los clavos. Con qué placer mi corazón sediento, En el aura vital que me rodea, Se empapa en la virtud del sufrimiento Oue los sudores de mi afán crea. Cumplido será de Mayo el pensamiento, El lábaro de unión augusto ondea; Abrigaré en sus pliegues, y a su sombra El pueblo heroico cuva historia asombra, En demanda de ciencias y virtudes, En demanda de Santa Igualdad, Como mar que otros mares absorbe A tu seno fecundo y hermoso, Las naciones buscando reposo Anhelosas v gratas vendrán. Oh! ; que días tan bellos esperan A los hijos del hijo de Mayo! De esa aurora desciende va un ravo Y su luz v calor siento ya. Adiós, pueblo de llanto, y de gloria, Tu destino feliz me arrebata Desde el fondo profundo del Plata Siempre mi alma a cantar se alzará.

* *

Así, las sombras en la noche hablaron Mientras el pueblo al sueño se rendia; Y al cielo remontaron En el vapor del alba que nacía. Yo me engolfo en las nubes del tiempo, Argonauta de días mejores, Y al través de risueños albores, Te contemplo grandiosa v feliz. Numerosos, cual granos de arena, Van cubriendo tus hijos la Pampa, Y en los rios la imagen se estampa De londeras celestes sin fin. Entre nieblas cercanas descubro Un enigma de gloria futura; Las estrellas del Norte, en la altura Palidecen delante del Sol. Y en la lengua de amor de mis padres, Bajo clima do crecen palmeras, Oigo ya las palabras severas,-¡Libertad! ¡Democracia y Unión! De los mundos caducos, lejanos, Llegaron hasta ti multitudes, Es verdad, que abatiendo las crines El soberbio corcel desbocado. De la heroica carrera cansado Dobla el cuello, y se rinde por fin? ¿Es verdad, que la reina del mundo, -La Razón,-en sus gradas erguida, Tiende al pueblo argentino su egida Y quebranta sus iras asi? Pavoroso cometa en el siglo Se mostró, consternando la esfera, Y en su loca, ferviente carrera, Derrumbóse, rebelde a su Dios. Pero, no; que la fuerza sublime

Del amor atravente del cielo, Refrenando al audaz en su vuelo Al errante bandido domó. Así el pueblo que rompe los lazos De una obscura y feroz servidumbre, Entre sombras buscando la lumbre Se demuestra sangriento también; Mas al fin al dintel de la tumba Se transforma, cual ángel caido, Y del caos como el mundo salido Coronada nos muestra la sien. Coronado, te adoro, y te aplaudo, Redimido, te admiro, y te canto, Bautizado en las fuentes del llanto. Pueblo mio! te canto otra vez. De mi lira la cuerda desecho Que vibraba en mis odas guerreras, Cuando en llanos, en bosques, en sierras Alcanzabas triunfante laurel.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.





INFANCIA

Con el recuerdo vago de las cosas que embellecen el tiempo y la distancia, retornan a las almas cariñosas cual bandada de blancas mariposas, los plácidos recuerdos de la infancia.

¡Caperucita, Barba Azul; pequeños liliputienses, Gulliver gigante, que flotan en las brumas de los sueños, aquí tended las alas, que yo con alegría llamaré para haceros compañía al ratoncito Pérez y a Urdimalas!

¡Edad feliz! Seguir con vivos ojos donde la idea brilla, de la maestra la cansada mano, sobre los grandes caracteres rojos de la rota cartilla, donde el esbozo de un bosquejo vago, fruto de instantes de infantil despecho, las separadas letras juntas puso bajo la sombra de impasible techo.

En alas de la brisa del luminoso Agosto, blanca, inquieta a la región de las errantes nubes hacer que se levante la cometa en húmeda mañana, con el vestido nuevo hecho jirones, en las ramas gomosas del cerezo el nido sorprender de copetones, escuchar de la abuela las sencillas historias peregrinas; perseguir las errantes golondrinas, abandonar la escuela v organizar horrisona batalla en donde hacen las piedras de metralla y el ajado pañuelo de bandera; componer el pesebre de los silos del monte levantados, tras del largo paseo bullicioso traer la grama leve, los corales, el musgo codiciado. Y en extraños paisajes peregrinos, v perspectivas nunca imaginadas, hacer de áureas arenas los caminos y de talco brillante las cascadas.

Los Reyes colocan en la colina y colgada del techo la estrella que sus pasos encamina, y en el portal al Niño-Dios riente sobre mullido lecho de musgo gris y verdecino helecho. Alma blanca, mejillas sonrosadas, cutis de níveo armiño, cabellera de oro, ojos vivos de plácidas miradas, cuán bello hacéis al inocente niño!

Infancia, valle ameno,
de calma y de frescura bendecida
donde es suave el rayo
del sol que abrasa el resto de la vida.
¡Cómo es de santa tu inocencia pura,
cómo tus breves dichas transitorias,
cómo es de dulce en horas de amargura
dirigir al pasado la mirada
y evocar tus memorias!





MIS GORRIONES

Tras el limpido cristal, el cristal de mi ventana, tenia yo en la mañana siempre un rico festival.

Que entre las ramas frondosas de un álamo y al calor del otoño bienhechor que alegra las mariposas, una banda de gorriones posóse a labrar sus nidos y a deleitar mis oídos con no imitables canciones.

¡Cuánto batir de las alas, girar, bañarse en la luz! ¡Cuánto lucir al trasluz el rosicler de sus galas!

¡Cuánta ingenua travesura entre el tupido ramaje y unir, rizando el plumaje los piquitos con ternura! Y ¡cuánto embeleso un día cuando al clarear el cielo pió su primer polluelo, ¡qué gozo!¡qué algarabia!

De un lugar a otro volando siempre y en grata fatiga, aqui el grano, alli la miga para los hijos buscando.

Y aquel apresuramiento con que entrándose en el nido, al impaciente nacido daban el blando sustento.

Y el saltar de rama en rama, como temiendo alejarse, y, a verlos aún, tornarse con el temor de quien ama.

Y aquella audacia en la empresa de abastecerles el ruego, que en mi hogar se entraban luego a hurtar el pan de mi mesa.

Y aun era cosa de ver la inocente felonía de su entrada, y la alegría logrado ya su querer.

Mas, yo, en viéndolos llegar acallando todo ruido, me les fingía el dormido para dejarme robar.

Y ¡cuánta solicitud cuando el incauto polluelo a ensayar su primer vuelo dejó el nido! ¡qué inquietud! Y aquel andarle en seguida pío a pío, contestando, e irle, al paso, enseñando las prácticas de la vida.

A vuelta de algunos días, adultos ya mis gorriones, tuve más amplias canciones, y coros y sinfonías.

Tales, que hasta me soñaba ser yo un príncipe oriental a quien su corte real con músicas festejaba.

Mas ¡ay! que a poco las hojas del álamo amarillearon con las brisas que anunciaron las invernales congojas.

¡Luz, perfumes, ruidos, encanto, fenecieron, pompa y fiesta! ¡quedó yerma la floresta! yo, solitario y sin cantos.

¡Que con pavor de los frios mis gorriones a otro suelo llevaron, raudos el vuelo! ¡y yo los llamaba mios!

Sólo en las ramas desnudas de un árbol, un pobre nido quedaba, mal guarecido contra las ventiscas rudas.

Era una madre amorosa, que retardada en la cria a cuidar permanecia su prole menesterosa.

Partir, par a par, miró los compañeros de viaje; pero en el mustio ramaje junto a sus hijos quedó.

Y sopló el cierzo inclemente; hubo días de terror, y su materno fervor fué más y más diligente.

¡Qué vivir tan afanado! su canto era una querella ¡ah, pobre avecilla! En ella puse mi cariño extremado.

Huésped asiduo a mi mesa, calentábase a mi hogar primero, y luego al pasar tomando el pisto de prisa,

con instinto previsor en un vuelo sostenido iba a llevar a su nido algo de pan y calor.

Y cuanto en furia el invierno, en ella el afán crecía, a sus hijos cada día mostrando un amor más tierno.

Una noche, airado esfuerzo contra el mundo el viento hizo; los techos golpeó el granizo, heló las fuentes el cierzo; vino sin luz la mañana y alzándome de repente, corrí con mano impaciente el cristal de la ventana.

Por entre la niebla yerta tendi la vista...; Oh, Dios mio! ¡estaba el nido vacio, la avecilla, en tierra, muerta!

Alcé los ojos al cielo a preguntarle "¿por qué?" que a veces nubla a la fe en el corazón el duelo.

¡Santo maternal cariño que hasta el sacrificio sabes! Al ver el nido sin aves lloré, lloré como un niño.

ARISTIDES CALCAÑO.





LOS JUGUETES DE LA ABUELA

De su lecho al saltar por la mañana corre la turba de ángeles traviesos a referir, entre sonoros besos, lo que ha soñado, a la paciente anciana.

Desde el mayor, que con viril orgullo conduce y manda al revoltoso bando, hasta el diablejo aquel, rosa en capullo, que habla por señas y anda tropezando,

todos van con ruidosa algarabía, en tropel, soñolientos, mal vestidos y el cabello en desorden, decididos a no volver sin el botín del día.

Porque vela sus ósculos, amargo, vil interés, ¡oh, falta de conciencia! Y lo sabe la anciana, y, sin embargo, puede más el amor que la experiencia. Con manos y con pies la turba embiste contra una puerta; el obstinado empeño crece con el obstáculo... ¿ Qué sueño por profundo al estrépito resiste?

A responder la abuela se apresura, y abre mostrando al impaciente coro su bondadosa faz, su bata obscura, sus blancos rizos y sus gafas de oro.

Invaden todos la severa estancia, que decoran antiguos cortinajes y retratos de serios personajes cuyas ropas acusan moda rancia:

y se alegra la alcoba ensombrecida, como el obscuro bosque cuando llega bandada de jilgueros, que aturdida en luminosa ráfaga navega.

Al encanto infantil rejuvenece tanto mueble por viejo allí olvidado. Hasta el loro que yace disecado en un rincón, aletear parece.

Mas, cesa de repente la algazara
y el rodar por la alfombra: suenan llaves,
y ante un vargueño de labor ya rara
se agrupan todos silenciosos, graves.

Es un prodigio de sabor arcaico el mueble con sus múltiples cajones, sus tallas y las mil incrustaciones con que trazó el buril fino mosaico. Mas no son los primores en que abunda ni el sello de los años venerable lo que al bando pueril de gozo inunda, sino el fondo del mueble inagotable.

Inagotable, sí: rudo saqueo sufre a diario y siempre se desborda en golosinas, que la indócil hada devora siempre con igual deseo.

Por eso lo contemplan con delicia, y al irse, dueños del botín diario, los ojos, relucientes de codicia, se vuelven hacia el mueble centenario.

Por eso, y porque saben (con cautela, se lo repiten todos al oído) que en el mueble un tesoro hay escondido, que allí están los juguetes de la abuela.

¿Juega la anciana?... Sí; ¡chochez visible!...

No la gusta jugar ante la gente;
pero juega en secreto, y es creible,
lo asegura el mayor, que nunca miente.

Él la vió. Como acecha vil espía, mirando por la puerta mal cerrada, la vió cruzar su alcoba, iluminada por el débil fulgor de una bujía.

Vacilaba en su mano temblorosa la luz; andaba con senil torpeza, y llegóse al vargueño recelosa, volviendo a cada paso la cabeza. Descorrió, sin sonar, llave y cerrojos; cayó la vieja tapa sin estruendo; fué después los cajones entreabriendo... y el traidor cuanto pudo abrió los ojos.

La abuela, con afán, de un escondrijo sacó varias estampas desiguales, y atentas las miró y algo les dijo, limpiando de las gafas los cristales.

Luego, debieron ser cosas muy bellas encerradas en cajas primorosas, porque miraba mucho aquellas cosas despacio y recreándose con ellas.

Por último sacó, ¡quién lo pensara!
una muñeca sucia, deslucida,
y mucho tiempo, como joya rara,
la estuvo contemplando embebecida.

Sus dedos de marfil, torpes y secos la acariciaban; luego dulcemente la besaba en el pelo y en la frente como besan las niñas sus muñecos.

Crujió la puerta... El áspero chasquido puso en fuga al espía malicioso que aun escuchó, al huir despavorido cerrar de golpe el mueble misterioso.

Y soñó con tesoros, y despierto siguió soñando el niño todavía, y diciendo a los otros: ¡si algún día se dejase la abuela el mueble abierto!... Llegó el día. Potencia tentadora
que fragua la ocasión para el pecado
mostró abierto, a la turba malhechora
el mueble y el salón abandonado.

Corrió la turba de entusiasmo llena inundando el salón como un torrente, y el vargueño asaltó rápidamente con un sordo zumbido de colmena.

Asidos a las tablas, en inquieto bullir trepando de diversos modos, ni un cajón respetaron, ni un objeto dejaron de tocar a la vez todos.

Rota la cinta que los tuvo unidos, volaron como blancas mariposas papeles de escritura ya borrosas en todas direcciones esparcidos.

Por el aire al volar también fueron con ellos, derramando al volar rancios olores, viejas estampas, rizos de cabellos y restos sin color de secas flores.

Con loco regocijo, por desgracia, en un cajón hallaron escondida una muñeca sucia, desteñida, de ajados oropeles y faz lacia.

Muchas manos la asieron tenazmente del cabello, las piernas y los brazos... Pero todas soltaron de repente y rodó por la alfombra hecha pedazos. Soltaron... y en carrera delirante huyeron asustados dando voces como nube de pájaros veloces al estallar la pólvora tonante.

Y la anciana, llegando a paso lento, mientras huían en tropel sonoro, mostraba en el dintel del aposento los blancos rizos y las gafas de oro.

Uno quedó del sorprendido bando en la estancia, el menor, que huir no quiso, rosa en capullo aun, que habla indeciso por señas y anda siempre tropezando.

Con la temeridad de la inocencia que de nada recela ni se asombra, no temiendo de nadie la presencia quedóse gateando por la alfombra.

¿Qué pasó por el alma de la anciana?... ¡Sábelo Dios! Inmovil... su semblante lleno de arrugas adquirió al instante los rasgos todos de la angustia humana.

Unió sus manos como aquel que reza y los labios movió descoloridos despidiéndose, acaso, con tristeza de aquellos pobres restos tan queridos.

Pero fué más profundo el desconsuelo, más punzante el latido de la herida viendo de la muñeca destruida los miembros esparcidos por el suelo.

En un sillón se desplomó, y un rato muy largo estuvo en actitud doliente, sin separar los ojos de un retrato que también la miraba fijamente.

Era una niña: flor cuya fragancia poco debió durar; su rostro bello y enfermizo a la vez, mostraba el sello de los seres que mueren en la infancia...

Aquel ángel tal vez te sonreia, pobre muñeca de semblante lacio, con labios que crispaba la agonía y te llamó al perderse en el espacio.

Rompió a llorar la abuela, y el curioso rapaz por sus sollozos atraído la miró; pero, al punto decidido, se apartó de su lado presuroso.

Arrastrándose a gatas, muy contento como quien cede a nobles impulsiones, fué buscando, fragmento tras fragmento, la muñeca, por todos los rincones.

Tardando mucho, aunque moviendo aprisa los brazos y los pies, cada pedazo dejaba de su abuela en el regazo, y la miraba con alegre risa.

Reunidos todos en su falda obscura
ella los contemplaba: gota a gota
todo el mar lo bañó de su amargura...
y era muy triste ver, con qué ternura
besó la anciana su muñeca rota!

Enrique Gil.





LOS REYES MAGOS

Habitaba Juan Romillo, y él la juzgaba un Edén, su casa — choza más bien con su nieta Rosarillo.

Juan frisaba en los noventa, que con vigor arrastraba; Rosario, sólo sumaba diez abriles en su cuenta;

pero tan bien se entendían, tan sin sombra de recelo, que más que nieta y abuelo dos amigos parecían.

Él siempre tan vivaracho y ella tan caripareja, Rosario, era allí la vieja, y el señor Juan, el muchacho.

Cuando Juan alguna vez, por rara excepción sombrio, decia: "Pobre ángel mío, consuelo de mi vejez,

yo voy a morirme pronto", ella, alegría fingiendo, le contestaba, diciendo: "Abuelito, es usted un tonto.

Si está empezando a vivir, ¿Por qué apurarse desea?" Y ahuyentándole la idea le obligaba a sonreir.

Y hasta en algunas veladas, del amplio hogar al reflejo, ella entretenía al viejo contándole cuentos de hadas,

y relatos caprichosos de duendes y encantadores, heraldos predecesores de los sueños venturosos.

De esta suerte, el señor Juan, a quien todo sonreía, siempre en su alegre alquería, donde no faltaba el pan,

de la vida en el poniente gozaba feliz y honrado de un reposo bien ganado con el sudor de su frente. "Abuelito: ¿ qué me traerán los Reyes Magos, mañana?", Rosarillo muy ufana preguntaba al señor Juan

la víspera de la fiesta. El viejo, aunque bien la oyó, que no escuchaba fingió, y eludió darle respuesta.

Era inútil, en verdad, lo que el anciano callaba, pues Rosario no ignoraba que al volver de la ciudad

su vecina doña Rosa
— la que siempre algo traía —
ya regresó en compañía
de una muñeca preciosa.

Con un rubio y largo pelo que en mil rizos se derrama, bien la vió bajo la cama donde la ocultó el abuelo,

luciendo su falda hueca con solemne compostura: aquello era ¡la ventura! un sueño, no una muñeca.

No queriendo malograr con su insistir indiscreto, sin embargo, aquel secreto que él se gozaba en guardar, cambió de conversación, estuvo un rato charlando, y se fué a dormir, dejando su zapato en el balcón.

¡Con qué solícito afán, con qué ansia mal comprimida, así que la vió dormida, fué a su alcoba el señor Juan,

y volviendo al poco rato con el gozo en la mirada, la muñeca codiciada colocó junto al zapato.

"Mañana la encontrará — deciase enardecido...— ¡Pensará que la han traído los Reyes Magos quizá!"

Y en dulces delirios vagos que la edad estimulaba, él también se figuraba que vienen los Reyes Magos.

Asomado a aquel balcón, de sus noventa a través, pasar miraba a sus pies, la mágica procesión;

los Monarcas, los bridones con vendajes de oro bellos, los esclavos, los camellos, los mil riquísimos dones; y casi fuera de sí, ante la visión soñada, dijo, con voz apagada: "¿Por qué no tambiéu a mí?"

¿Fué un pensamiento insensato? ¡Quién sabe! Sólo se vió que junto al otro dejó su tosco y viejo zapato,

y como un niño inocente que se queda satisfecho, se fué tranquilo a su lecho y se durmió sonriente.

No fué mentida ilusión de un fugaz delirio insano, ni el señor Juan puso en vano, su zapato en el balcón.

¿ Qué fueron, sino los dones de la regia cabalgata, de aquella noche tan grata las venturosas visiones?

Por Oriente un nuevo día despuntaba luminoso: Juan trabajaba gozoso porque a ser joven volvía,

mas de su labor penosa la siempre viva ansiedad, su bien labrada heredad pagábale generosa.

Tendia por el otero la rubia mies su tesoro, y era una montaña de oro la mazorca en el granero.

Rosario, ya grande, hilaba con un rapaz a los pies, más rubio que aquella mies que al otero abrillantaba,

y una pesada carreta llevaba al Lugar el grano, bajo la robusta mano del esposo de su nieta.

¡Ah, dulcísima visión! Abundancia, lozanía, vida, paz, fuerza, alegría... ¡Los Reyes!...;Los Reyes son!

Cuando al rayar la mañana Rosarillo alzó la frente, fué a buscar alegremente su muñeca a la ventana.

Ya iba con ardiente anhelo la ansiada presa a alcanzar, cuando vió, del suyo al par, el zapato de su abuelo; y pensó, mientras tocaba con la muñeca el Edén: "Se conoce que él también su regalillo esperaba";

y lanzando agudo grito, de su impaciencia reflejo, corrió a despertar al viejo, diciendo: "¡Arriba, abuelito!"

Juan, entretanto dormía, dormía y no despertaba: Rosarillo le llamaba y el viejo no respondía...

¿ Qué era aquel sueño profundo? Acaso el mágico don, porque había en su expresión algo que no era del Mundo.

Era un hondo bienestar, era un sueño placentero, dulce, feliz, duradero... ¡Un sueño sin despertar!

JUAN ANTONIO CAVESTANY.



LOS SOLDADOS

NOCTURNO

El viento resuena con ¡ay! lastimero Silbando estridente con lúgubre son; Su furia desatan los cierzos de Enero Y crujen los goznes del alto balcón.

Rechinan dolientes los viejos portales Que en sordo golpeo se escuchan sonar, Y azota el granizo los fríos cristales Con agrio sonido viniendo a chocar.

Silencio imponente la calle circunda; Ya el viento agitado cesó de rugir; La lámpara triste con luz moribunda Mil sombras derrama brindando a dormir.

De pronto un sonido que viene de fuera Turbando a la noche la tétrica paz, Ahuyenta del sueño la sombra primera Con sordo murmullo que avanza tenaz. Alerta se inclina curioso el oído, Ya avanza el extraño creciente rumor; Rumor compasado, veloz, sostenido, Cual rápido golpe del ronco tambor.

Del húmedo suelo las piedras mojadas Retiemblan al fuerte, robusto marchar; Ya suenan distintas las fuertes pisadas; Soldados anuncian en rápido andar.

Del lecho en el fondo les oigo, callados Andando en silencio, con sordo rumor, Y en larga columna de marcha, formados, Del viento y la nieve sufriendo el rigor.

Su paso escuchando con pena y asombro Les veo la calle dejando detrás, El saco a la espalda, las armas al hombro, La vista en el suelo, marchando a compás.

Robustos y sanos, potentes, membrudos, Sufriendo la escarcha partir se les ve, Gallardos moviendo los brazos nervudos Y hollando las piedras con bélico pie.

Presiento en la sombra brillar las cornetas, Crujir las correas que abriéndose van, Y el brillo siniestro de mil bayonetas, Que tintas en sangre mañana estarán.

Cortando al caballo la rauda carrera Guiando sus tropas irá el coronel, Mirando en la triste velada vidriera, La luz que le anuncia que sueñan con él Del frio ventisco sufriendo el azote, La espada en la tierra dejando rozar, Se ciñen los jefes el burdo capote Y el rostro en el pecho, pretenden guardar.

El uno en el seno de esposa adorada Dejó vida y alma llorando al partir, Y oculta un suspiro con voz entreahogada Pensando en las cartas que le ha de escribir.

El otro, recuerda que andando se aleja De apremios y deudas y sino traidor; Aquél, va pensando las novias que deja, Aquél del invierno maldice el rigor.

Los unos de envidias y ofensas dolidos Blasfeman jurando la muerte buscar; Los otros; soñando con muertos y heridos, Calculan los grados que esperan lograr.

La sombra los cerca, la lluvia los baña, Cumpliendo severos su ingrata misión, Los pobres soldados a entrar en campaña Caminan marchando con lúgubre son.

¿Qué van meditando? Sus nobles destinos Cumpliendo con suerte dichosa o fatal, Irán dando tumbos por esos caminos Durmiendo en el fango, rompiendo el jaral.

Marchando repasan recuerdos que afligen; Suspiran algunos con hondo dolor, Y al cielo sombrio, miradas dirigen Pidiéndole al cielo fortuna y valor. Alguno presiente que en días cercanos Su pueblo nativo de lejos verá; Y a verle al camino saldrán sus hermanos Y el plus que conserva feliz les dará.

De gloria ambicioso, con alma sedienta, Más de uno desea que empiece una acción; Y piensa en las glorias que el mundo nos cuenta De humildes soldados que alzó la nación.

Murmuran algunos con voz apagada Del jefe cercano que oyéndoles va, Y alguno hay que piensa, "¡mi madre adorada Soñando conmigo, rezando estará!"

Los ya acostumbrados a rudas campañas Contentos caminan pensando en vencer; Los mozos bisoños, leyendas extrañas Medrosos recuerdan que oyeron ayer.

Sus pasos cortados de igual movimiento, Curioso el oído se esfuerza en oir Y al alma me llegan, y va el pensamiento, Su ingrata jornada queriendo seguir.

Les veo subiendo peladas colinas, Bajar al pantano, cruzar el fangal, Y en sangre tiñendo sus pies las espinas Del áspero abrojo y seco zarzal.

Mañana en la ruda sangrienta batalla Caerán los más fuertes del plomo al rigor; ¡Sus miembros astillas hará la metralla, Con hondo estruendo y en ronco fragor! Los pechos desnudos que alientan fornidos Caerán en la lucha rabiosa y febril, Regando de sangre los campos floridos Que encharca la horrible contienda civil.

De tantos que escucho marchar presurosos, Si vuelven, a verlos sus madres irán, ¡Vendrán muchos menos, los ojos llorosos Querrán encontrarlos y no los verán!

Las caras que adustas, severas y rudas Resisten marchando del tiempo el rigor, De huérfanos tristes, de madres y viudas Anuncian el hondo y eterno dolor.

Marchando se alejan en pos de la guerra Mañana a estas horas llorando estarán, ¡La patria sin sangre, sin brazos la tierra, Las madres sin hijos, los hijos sin pan!

¡No importa, adelante!¡Luz brinda el camino, Del mundo son ellos la guarda y sostén, Que cumplan es fuerza su noble destino, La patria les pide que glorias le den!

Que en ansia de gloria su pecho se inflama Declara en su marcha su bélico ardor, La guerra los pide, la patria los llama, ¡Ni hay más noble empleo ni empresa mejor!

Ya amengua el sonido del paso cortado, Se extingue, se alejan con rápido andar, Ya le oigo a lo lejos, igual, compasado, Tenaz, sostenido, distante, sonar. La mente conserva sus gratos rumores... Aun suena el distante monótono son

¡Señor! ¡Que les oiga volver vencedores! ¡Su sangre es la mia, la patria ellos son!

EUSEBIO BLASCO.





ORACIÓN AL PAN

En cada grano de trigo, habita un alma infinita.

Alma latente, incierta, obscura; mas que rie, que gime, que sueña, que murmura...

Cuando siegan la espiga, ¿acaso el grano siente dolor ?... ¡Arcano !...

A una semilla, ya hace mil años amarilla,

sacadla a buena tierra, en la colina, y estalla, echa raices y florece y germina.

Ved, por esto, las fieras torturas de los trigos en las eras.

¡Mordidos por el trillo saltadero, un día entero!

Y un dia entero, horas odiosas, joh trigos! ¡arrastrados por las losas! Después, el troje obscuro; la obscuridad sin aire puro.

Después, después, la negra suerte! Entre dos piedras, el dolor, la muerte!

¡Piedras de los molinos, no sabéis el mal que hacéis!

¡Cuántos miles de muertes por minuto, piedras de corazón roqueño y bruto!

! Y las aguas del río van cantando, mientras las piedras duras van matando!

Canta alegre, también, la molinera y rie el agua y rie el sol, afuera...

¡Oh, blanca molinera enharinada! Hay cenizas de muerte en esta albada!...

¡Trigo, sacrificado en nuestro bien, sin que las gracias se te den!

¡Rubio trigo inocente, cuya horrorosa muerte nadie siente!

Tal vez por esto, al fin de tu martirio, blanqueas como luna y nieve y lirio.

¡Bendito seas!

Por nosotros viviste, por nosotros sufriste, por nosotros moriste, simple, puro, mártir fuiste! ¡Bendito seas!

Perdiste vida para darnos vida y te inmolaste cuando nos salvaste...

> ¡Bendito seas! ¡Bendito seas!

Trigo muerto, cadáver fecundante, resucitando en nos a cada instante.

¡Bendito seas! ¡Bendito seas! ¡Bendito seas!

Trigo, cuerpo de Dios — Alma y Dolor — ; nuestra víctima y nuestro redentor!

¿Diez mil granos de trigo no entrarán en la harina de un pan?...

¡Diez mil granos!... ¡ diez mil calvarios y agonías todos los días,

para insuflar alientos en la impura alma de una mezquina criatura!

¡Hombre, levanta a Dios todo tu afán, al ver el pan!

¡Míralo, en esta mesa de tu hogar! Ya no es mesa: es altar.

> Mira, el vigor de los brazos: el pan de Dios.

Mira, la sangre y la alegría que calienta tu pecho y en tu cráneo irradía.

Mira, la fraternidad; mira, la piedad; mira, la humildad.

Mira la dicha que no cansa; la paz en Dios tranquila y mansa.

Comer es comulgar. Hinca, sencillas, enfrente de este pan, las dos rodillas.

Antes que lo muerdas — tigre carnicero, ¡álzalo en la luz!—¡bésalo primero!

Después devora!... El pan es cuerpo y alma: en cuerpo y alma

> es menester, tigre, que te prepares a morder.

¡Hay diez mil almas blancas en el pan que por tu alma con él transmigrarán!...

* *

Sepultura del pan — boca de los humanos: bajo los soberanos

> veloz azules de la inmensidad, ¡invoca la Verdad!

Boca armoniosa, voz — de la Naturaleza ; canta la Belleza!

Boca divina, boca en flor, ¡perdona el mal, ungiéndolo de Amor!

Belleza, Amor, Verdad... ¡suprema Trinidad!

¡Tres dioses juntos, al final, en Uno sólo inmortal!

* *

La Humanidad es sementera en ancha vega, que Dios siembra y Dios siega.

Y cada hombre, ya sea rey, ya sea mendigo, en el troje de Dios es un grano de trigo.

Y a cada instante pueblos, montes, ciudades, llanos, dan espigas sin fin de espíritus humanos.

Brotan, florecen, crecen, son cortados, y los muele el destino, triturados.

Y esta es la historia: esta es la harina del dolor, que nutre la Verdad, la Belleza, el Amor.

¡De modo, hombres pigmeos, que vosotros sois, en la tierra, el pan de Dios!

Y vuestra alma es la claridad que ilumina la Verdad.

Y es la hostia de luz y de pureza donde culmina la Belleza.

Y es el botón de roja y dolorida flor de donde fluye en néctar, el Amor.

| Hombre!

por la Verdad, intrépido y sereno, bebe la taza de veneno.

Por la Verdad entera da tu cuello al verdugo, da tu cuerpo a la hoguera.

Por la Verdad, sin pensar, abandona tus hijos y abandona tu Hogar.

¡ Hombre!

Por la Belleza sacrosanta adora y canta.

Por la Belleza, música de Dios únete a Dios.

Por la ideal Belleza, divina Eucaristía, haz de los universos Medidas y Armonía.

¡ Hombre!

Da por Amor al triste y desvalido tu corazón, tu pan y tu vestido.

Por Amor, con tus labios virginales besa heridas y llagas de hospitales.

Por Amor, por Amor, como Jesús, rie el Dolor, abrázate a una cruz.

Belleza, Amor, Verdad, suprema Trinidad: este es tu Dios.

¡Hombre!

¡Vive por Dios!

¡Sufre por Dios! ¡Muere por Dios!

¡Y bendito en la eterna paz serás, porque de tanto sufrimiento en pos, trigo de Dios, absorto en Dios, descansarás!...

* *

Oremus.

Trigo de Abril, mies del Señor, ¡danos el candor!

Trigo de Agosto, luz que irradía, ¡danos la alegría!

Trigo segado de la heredad, ¡danos la humildad!

Trigo molido, polvo de lirio, ¡danos el martirio!

Trigo de trigo, miga y corteza, ¡danos amor, dolor, paz y fortaleza!

¡Trigo, danos el candor!
¡Danos la alegría!
¡Danos la humildad!
¡Danos el martirio!
¡Danos amor, dolor, paz y fortaleza!

¡El cuerpo déjanos provisto! ¡Deja el espíritu provisto, trigo, de todo bien provisto! Y así seremos el pan de Cristo,
el pan de Dios, el pan del Bien:
pan de la Gloria Eterna, pan de panes. Amén.

GUERRA JUNQUEIRO.



